

EBA MARTÍN MUÑOZ



LOS OJOS

DE LA



MUERTE

El psicotriller del que no podrás escapar

Los ojos de la muerte

Eba Martín Muñoz

Título original: *Los ojos de la muerte*
1ª edición: Julio de 2017

Este libro se imprimió en Amazon KDP
En julio de 2017

© Eba Martín Muñoz, 2017

Maquetación, edición y corrección: Eba Martín
Muñoz

Diseño de portada: Juan Manuel Martín (equipo
Serves)

ISBN—13: 978-1521501788

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos

públicos.

Los ojos de la muerte

Eba Martín Muñoz

EN MEMORIA DE UNA

Empecé a escribir *Los ojos de la muerte* el pasado 11 de abril pensando en lo poco que iba a tardar en escribir esta novela, que pensaba dedicarte (ya te tocaba). Para entonces ya estabas algo malita, pero todos pensábamos que te pondrías bien. Aún no sabíamos que ese bulto sobre tu encía era un tumor que te acabaría comiendo. A finales de abril te operamos y el día 1 de junio te has ido de mi vida, incluso antes de que esta novela vea la luz. No hay derecho.

Por estos seis años juntas desde que te rescaté tras el abandono en aquella gasolinera, te dedico estas letras:

Lo que dejas, mi Una

Dejas...

Dejas miles de fotos ridículas porque nadie más que tú sabía ser fea y bonita a la vez.

Dejas comprobado que no, que en el experimento de dejarte comer hasta que te hartases y comprendieras, al fin, que podías comer sin que te lo quitaran, siempre ganabas tú porque seguiste comiendo hasta el final sin saciarte nunca, menos aquel día.

Dejas miles de pelitos blancos revoloteando por una nueva casa que ya no usarás, nevándome los muebles. Y

dejas otros tantos escondidos para golpearme cuando llegue el frío y saque la ropa de invierno, y los encuentre aferrados estúpidamente a mis jerseys, a los abrigos y las mantitas del sofá, como si estuvieras aún viva; y descubra que aún me quedan lágrimas para ti, que no se agotan.

Dejas a un Leo que te busca por la casa sin comprender dónde estás, un Leo que el primer día no quería salir a dar su paseo si yo no lo hacía contigo en el carro, que te buscó durante días por la casa al levantarse y que aún espera tu regreso.

Dejas una cuenta corriente sangrando y unas deudas que saldar para costear tu operación y tratamiento, que

no sirvieron de nada salvo para ver cómo te ibas cada día más.

Dejas un montón de camitas esparcidas por toda la casa, que Leo ya no quería utilizar en los últimos tiempos para no molestarte y que parece rechazar incluso ahora.

Dejas un océano de lágrimas empapando el apoyabrazos del sofá, pudriendo la almohada, y cientos de klinex ahogados en mi pena.

Dejas tu collar desgastado, una caja entera de medicinas sin usar, un excalibor recién estrenado y un verano que nunca estrenarás.

Dejas latitas de comida que te había comprado para que te pudieras atiborrar en tus últimos días y que así

me perdonaras por haberte puesto a dieta.

Dejas una bola creciendo aferrada a mi garganta, arañándome la carne, resistiéndose a volverse grito.

Dejas a una mami destrozada y un número incompleto, porque volvemos a ser dos, y no tres.

Dejas un carro que me recuerda a los últimos meses y que no sé dónde meter; y una cama llena de sangre que me recuerda que no vas a volver.

Dejas angustia, rabia y cabreo, y miles de preguntas sobre si lo hice bien, si lo hice todo, si fue tarde o muy pronto.

Dejas la sensación de verte en un segundo golpeando mis pies para ver si

cuela y te vuelvo a dar de comer.

Nos dejas a Leo y a mí echándote de menos.

Todo eso dejas, mi amor.

Agradecimientos

Como siempre, agradecer la labor maravillosa de mi equipo de *testers*, que se implican tanto o más que yo en la lectura de la criatura y se afanan por pillarme erratas y ayudarme en el proceso. GRACIAS.

A **Juanma Martín**, por ser mi *tester* mega especial, amigo, socio (no te lo creas) y creador de mi fabulosa portada, jeje. Si alguien le ha puesto corazón en este libro después de mí, eres tú.

A **Encarni Prados**, por volver a repetir experiencia, por ser una gran

lectora y amiga, y por ese día que compartimos en el Retiro que siempre será nuestro (Carolina Villa y chicas de *Locura*, ¡hola!).

A **Benjamín Ruiz**, por implicarte tanto con mi bebé gestante en un trabajo esclavista sin remuneración al margen de los latigazos ??

Y a mi última incorporación al equipo, **Vicky Law**, una lectora a quien no conozco personalmente pero que se presentó voluntaria para este proyecto tras leer *Seres malditos*. Gracias por tu ilusión.

Y, cambiando un poco de tercio (porque aquí suelo agradecerlos a los

lectores que me leáis, nombrándoos en una lista que nunca se acaba), hoy quiero dar las gracias a mis compis de pluma y de tinta por hacer que este camino solitario se convierta en un “Camino de Santiago” donde no faltan las risas, la compañía, los abrazos, los robos y las piedras, jejee.

No os voy a nombrar, que luego queréis meterme mano con la excusa, pero “sus quiero”, leñe.

(A todos no, a otros os tengo una tirriaaaaa...)

Para mis compis escritores, este libro va por vosotros.

Índice

EN MEMORIA DE UNA

Índice

Prólogo

Y la muerte no tendrá señorío.

PARTE 1:

AZUCENA

Diario de Natalia (I)

Diario de Azucena (Libro 1)

Diario de Natalia (II)

Diario de Natalia (III)

Diario de Azucena (Libro 2)

Diario de Natalia (IV)

Diario de Azucena

(Libro 2. Segunda parte)

Diario de Natalia (V)

[Cartas de Asier a J.](#)

[Diario de Natalia \(VI\)](#)

[Carta de Azucena a Natalia](#)

[PARTE 2:](#)

[ASIER](#)

[Diario de Natalia \(I\)](#)

[Conversación telefónica de Asier](#)

[Diario de Natalia \(II\)](#)

[Diario de Natalia \(III\)](#)

[La llegada de Alba](#)

[Diario de Natalia \(IV\)](#)

[Diario de Natalia \(V\)](#)

[Carta de Gemma a Natalia](#)

[Diario de Natalia \(VI\)](#)

[Cartas de Asier a J.](#)

[Diario de Natalia \(VII\)](#)

[La carta](#)

[Diario de Natalia \(VIII\)](#)

Diario de Natalia (IX)

Diario de Azucena (Libro 3)

Diario de Natalia (X)

El despertar

PARTE 3:

SONIA

La mudanza

Diario de Alba (I)

1. La Muerte ha regresado
2. La Muerte tiene hambre
3. La Muerte te está buscando
4. No la mires a los ojos
5. Si tu ventana aparece abierta,

¡huye!

La desaparición de Sonia

Diario de Alba (II)

Diario de Alba (III)

PARTE 4:

ALBA

Diario de Alba (I)

Visitas

Diario de Alba (II)

Diario de Alba (III)

El reencuentro

Diario de Alba (IV)

Transcripción nº 54

Diario de Alba (V)

Nuevas transcripciones

Diario de Alba (VI)

Visitas con David

Epílogo

Relato original

Sobre la autora

"Hay una especie de reflejo automático en eso de hablar de la muerte y mirar enseguida el reloj".

Mario Benedetti

“Marca los días en azul, pero reserva uno para marcarlo en negro.”

V. C. Andrews, *Flores en el ático*

“Tal vez por eso Dios nos hizo niños, para empezar cerca del suelo.”

Stephen King, *It*.

"La Muerte, una carantoña ensabanada que enseña los dientes... "

Ramón del Valle Inclán

Prólogo

Hace muchos años, cuando era una joven estudiante de instituto y la gente aún se desplazaba en burro, escribí un relato con este mismo título, “Los ojos de la muerte”, que presenté a un concurso nacional. ¡Y lo gané! Con él me compré mi primera máquina de escribir, una vieja Olivetti que adoraba.

Bastante tiempo después, siendo ya profesora de instituto, lo empleé durante varios cursos escolares para leérselo, dramatizado (y, a veces, incluso caracterizada con disfraz, lentillas y luz apagada en versión

cuentacuentos terrorífico), a mis alumnos.

Ahora lo recupero para vosotros convirtiéndolo en esta novela que vais a leer y que supone todo un reto para mí en todos los sentidos: por un lado, será la primera vez que no parta de algo que cree mi mente adulta de cero (paradójicamente, no hacerlo me resulta más difícil, ya que soy de ir eligiendo el camino mientras disfruto del viaje de la creación) y, por otro, por la elaborada estructura que he escogido para contaros esta historia.

La estructura, a priori sencilla, esconde cierta complejidad. Por un lado, estará dividida en cuatro partes. Aunque el hilo conductor de todas ellas

será siempre Natalia, el personaje con quien comenzará nuestro viaje, cada una se centrará en un personaje importante para ésta, que marcará una etapa de su vida: Azucena en su infancia/adolescencia, Asier en los primeros años de madurez, Sonia en los siguientes y, por último, Alba en la vejez. Es decir, una división natural cronológica marcada por otros personajes.

A su vez, todas ellas alternarán partes narrativas y dialogadas con fragmentos de diarios, cartas o conversaciones telefónicas de varios de los personajes principales, que aportarán mayor perspectivismo y riqueza.

Bienvenidos a mi mente

perturbada, jejeje, y que disfrutéis de *Los ojos de la muerte*. Si es que salís vivos cuando ella os vea...

PD: Al final de esta novela incluiré el relato original, de apenas ocho páginas, para que podáis verlo (tened en cuenta que no lo he retocado desde que lo escribí con sólo catorce años).

Y la muerte no tendrá señorío.

Y la muerte no tendrá señorío.
Desnudos los muertos se habrán
confundido
con el hombre del viento y la luna
poniente;
cuando sus huesos estén roídos y sean
polvo los limpios,
tendrán estrellas a sus codos y a sus
pies;
aunque se vuelvan locos, serán cuerdos,
aunque se hundan en el mar, saldrán de
nuevo,
aunque los amantes se pierdan, quedará

el amor;
y la muerte no tendrá señorío.

Y la muerte no tendrá señorío.
Bajo las ondulaciones del mar
los que yacen tendidos no morirán
aterrados;
retorciéndose en el potro cuando los
nervios ceden,
amarrados a una rueda, aún no se
romperán;
la fe en sus manos se partirá en dos,
y los penetrarán los daños unicornes;
rotos todos los cabos, ya no crujirán
más;
y la muerte no tendrá señorío.

Y la muerte no tendrá señorío.

Aunque las gaviotas no griten más en su
oído
ni las olas estallen ruidosas en las
costas;
aunque no broten flores donde antes
brotaron ni levanten
ya más la cabeza al golpe de la lluvia;
aunque estén locos y muertos como
clavos,
las cabezas de los cadáveres
martillearán margaritas;
estallarán al sol hasta que el sol estalle,
y la muerte no tendrá señorío.

De mi adorado **Dylan Thomas**.

PARTE 1:

AZUCENA

Diario de Natalia (I)

**Orfanato La Misericordia, Zaballuru
(Bilbao), domingo 30 de junio, 1974.**

¡Hoy es un gran día para mí!

El viernes finalizó el curso escolar, ¡por fin!, y mis compañeras de vida y colegio me acaban de hacer este magnífico regalo: tú. Nunca me habían regalado nada hasta que tú has llegado, ¿sabes? Tampoco había tenido un diario hasta hoy (ni nada de mi propiedad, para serte sincera), y ya sé que serás mi

mejor amigo. Para siempre.

Las chicas me han hecho llorar y no me gusta llorar en público. Me como las lágrimas a base de riñón. Les obligo a deshidratarse antes de que se atrevan a asomarse a mis ojos y nunca, nunca, nunca lloro en público... aunque me esté deshaciendo por dentro. No les daré ese gusto.

¡A saber cuánto tiempo han estado ahorrando las pobres, peseta a peseta, para regalármelo! Muy pocas reciben dinero aquí. Sólo cuando sus padres vienen a verlas, ¡pero ocurre tan pocas veces!

Ojalá te hubiera tenido antes para distraerme contigo cuando a mí no me visitaba nadie... Entré en esta horrible

cárcel de hormigón con apenas un mes de vida, con los ojos cerrados a un mundo que se me negó y, solamente una vez en todo este tiempo, ha venido a verme mi padre, cuando mi madre llevaba ya diez años enterrada. Ni siquiera pude asistir a su funeral. Habría sido un gran día para conocerla quizá... ¡Quién sabe!

Pero no quiero ponerme triste pensando otra vez en la madre que jamás tendré ni en los brazos que nunca me cobijarán. ¡Hoy cumplo dieciséis años! ¿Sabes qué significa eso? ¡Que es muy probable que salga pronto de aquí como el resto de las chicas! Ser libre, ver el cielo, conocer el mundo, quizás a un chico...

Tengo ganas de saltar, de gritar y silbar. Si no estuviera prohibido, creo que lo haría... Observo ahora mismo a las chicas cómo juegan en el patio a «Alturitas»[\[1\]](#) y pienso que las echaré de menos. No a este lugar, por supuesto, pero a ell...

—¡Natalia! —la llamó la monja desde las alturas.

Natalia cerró el diario de manera inconsciente y esbozó una sonrisa forzada ante la hermana de hábitos tan negros como su alma. Cada vez que la veía, recuperaba aquel terrible dolor de cabeza a modo de recordatorio del día en que la mandó al hospital,

inconsciente, después de partirle un palo de escoba en la cabeza.

—Sor Asunción... dígame — contestó ella mientras se levantaba del suelo y escondía su tesoro de papel bajo la cinturilla de la falda.

—Hoy es el último día que vendrás con nosotras a la sala de costura —le comunicó con una cara que no albergaba emoción alguna.

El pecho de Natalia se agitó como una bandera al viento y, en esa ocasión, se permitió una sonrisa verdadera. Guardó silencio, pues ya sabía lo que le esperaba de no hacerlo, y aguardó a que ella hablara.

—Mañana a primera hora viene a buscarte tu padre. Te vas con él. Estate

preparada... —añadió antes de girarse y desaparecer del mismo modo frío e impersonal.

Los ojos de Natalia la traicionaron al cristalizarse. Estaba ahogada por los nervios, el miedo y la esperanza. Se iba a vivir con un padre extraño y el mundo que conocía hasta entonces desaparecería para siempre...

**Santurce (Vizcaya), martes 9 de julio,
1974.**

No me gusta este sitio, querido diario.

No, no y no.

No me gusta mi padre ni la vida que me aguarda con él. Pero tampoco podría (ni querría) volver al orfanato. Entonces, ¿adónde ir?

Me mira con los ojos llenos de rabia, incluso con odio. ¿Por qué, Padre?

Me apuñala con su mirada hasta dejarme sin aliento, hasta que el pecho grita de dolor. Y otras... aún es peor.

Pasea sus ojos de sapo sobre mí mientras éstos se pegan, viscosos, a mi piel, y su lengua de lagartija acariciando sus labios, relamiéndose como si yo fuera su comida.

No sé mucho (nada, en realidad) acerca de cómo se comportan un padre y una hija, pero sé que así no es. No puede ser, no debe ser...

¿Para qué me trajo aquí con él entonces? Sé que le incomoda, que no me quiere. Quizá únicamente me tolera porque soy su manera de disfrutar de criada gratis. ¿Has visto acaso otro servicio doméstico más económico que yo? Plancha, lavo, limpio, cocino y friego para él... y nada más. No hay conversaciones ni trato entre nosotros.

Jamás sonrío. Jamás. Sólo esas miradas insoportables acompañadas del cruel silencio. Nada más. Y quizá deba dar gracias de que no haya nada más. ¡No lo aguantaría! No podría.

El primer día me dijo que podía salir a la calle siempre que hubiera cumplido con mis deberes y dentro de unos horarios. ¿Pero adónde ir? ¿Con quién? ¿A hacer qué? No conozco a nadie fuera del orfanato, mi querido amigo. Sólo te tengo a ti para hablar, para contarte que todo ahí fuera me da miedo. No sé qué hace la gente en una vida real. Yo apenas he comenzado a nacer...

Ayer me armé de valor y, cuando Padre estaba comiéndose el segundo

plato, me senté frente a él y le pregunté, con los ojos sumisos descansando sobre mis rodillas...

Natalia dejó la estilográfica sobre el escritorio y rememoró, con un nudo en la garganta, la conversación mantenida el día anterior:

—Padre... —dijo ella con la voz titubeante.

El hombre levantó la cabeza del plato, sorprendido ante la voz que violaba supreciado silencio, y la miró con ojos escrutadores sin pronunciar palabra.

—¿Por qué me abandonaron? —
le soltó ella sin poder contenerse.

Los ojos del padre se agrandaron por la sorpresa. Un segundo más tarde, retomó sus pasos de baile con el tenedor y continuó a lo suyo.

Natalia se quedó observando cómo el hombre engullía y, llena de una determinación que ignoraba poseer, se levantó del asiento y le arrebató el plato. El padre volvió a mirarla con una expresión de curiosidad.

—No volveré a cocinar para usted si sigue tratándome así...

—¿Así? ¿Cómo? —la voz ronca del hombre llenó la cocina.

—Sin hablarme. Soy su hija.

—¿Y qué harás? —preguntó él,

casi divertido.

—Irme... —dijo ella sin pensarlo realmente.

—¿Ah, sí? ¿Y adónde irías, muchachita?

—A servir interna a una casa —improvisó ella, asombrada. Era como si alguien le estuviera dictando qué debía decir, pues nunca había sido muy espabilada—. ¿No es lo que hago aquí? Al menos allí tendré un sueldo y seguro que alguien me habla más que en esta casa.

—¡Será posible! —murmuró el hombre.

Ella se cruzó de brazos conteniendo una sonrisa de victoria. ¡Había ganado!

—¿Y bien? —dijo ella envalentonada, rezando en su interior para que no la pusiera de patitas en la calle.

—¿Qué quieres saber? —claudicó al fin él con una mueca de fastidio mientras observaba cómo su tortilla de patatas se enfriaba por momentos.

—Todo y nada a la vez —dijo Natalia enfrentándose por primera vez a su mirada—. ¿Cómo se llama usted? ¿Cómo se llamaba Madre? ¿Quién eligió mi nombre? ¿Por qué me dejaron allí? ¿Por qué nunca quisieron conocerme? ¿Cuándo y de qué murió ella?

—Me llamo Darío —dijo antes de levantarse y abandonar la cocina de

improvisó.

Natalia se quedó con la boca abierta mirando a aquel hombre, tan alto y fuerte como desconocido, que desaparecía, una vez más, como una constante en su vida. Los ojos le picaron de indignación.

«¿Qué voy a hacer?» se preguntó, muerta de miedo, mirando en derredor.

Su padre regresó al cabo de unos minutos. Llevaba en la mano un legajo desordenado de libros y papeles, que parecían pesarle a juzgar por cómo arrastraba el desánimo por el suelo. Natalia supo al instante que aquello sería importante, revelador. Miró a la cara del hombre que la había traído al mundo y reparó en que parecía más

viejo que al salir, mucho más viejo.

—Toma. Tu madre se llamaba Azucena. Era maestra antes de... enfermar —dijo con evidente incomodidad, como si estuviera librando una encarnizada batalla con las palabras para poder pronunciarlas. ¿Cuánto había estado este hombre sin hablar con nadie?

—¿Qué es? —preguntó ella al tiempo que alargaba el brazo y tomaba entre sus manos el montón de papeles.

El hombre suspiró aliviado al verse libre de su contacto.

—Son sus cosas. No sé lo que pone. No sé leer —afirmó encogiéndose de hombros—. Lo mío siempre ha sido la granja. Y, ahora, dame mi comida y

desaparece de mi vista. Ya has agotado la conversación de todo el mes — añadió él tratando de fingir que ya no la veía.

Natalia bajó la vista hacia el tesoro que acaba de regalarle y, con la voz y las piernas temblorosas, musitó un «Gracias» mientras se alejaba corriendo hacia su pequeño dormitorio. Subió las escaleras de dos en dos peldaños, de tres en tres... todo lo que le permitían sus cortas piernas, fruto de una alimentación empobrecida y deficiente en su infancia.

Se echó sobre la cama, aguantando las lágrimas por pura costumbre, y esparció todo aquello sobre las sábanas.

—Informes médicos, un cuaderno de dibujo con algunas fotografías dentro y varios cuadernos numerados a modo de diario —enunció Natalia en voz alta, cada vez más nerviosa.

Cogió un informe al azar. «Esquizofrenia paranoide» decía.

«¿Qué será eso?» se dijo mientras se preguntaba si habría cerca una biblioteca para consultarlo.

Continuó leyendo los informes, pero no comprendía tres de cada cuatro palabras escritas en ellos. Exasperada, optó por esperar a leerlos junto a la luz de un diccionario. Así tendría más opciones de entender, puesto que la educación que le habían otorgado las monjas había sido más limitada que el

uso de la violencia que dirigían hacia ellas (o contra ellas).

Los depositó apilados a un lado y abrió el primero de los tres cuadernos-diario de su madre...

Diario de Azucena (Libro 1)

¡Estoy encinta! Después de varios meses de intentarlo, ¡por fin estoy encinta! Me siento alegre y extraña a la vez. El doctor Martínez dice que son cosas normales de las hormonas, que no me preocupe y que siga mi vida rutinaria: con el trabajo en la escuela y las faenas del hogar, que se me pasará.

Y Darío... Él, que suele ser tan inexpresivo, ¡estaba tan feliz! ¡Vamos a ser padres gracias al Señor!, tras un año

de casados y de soportar las murmuraciones del pueblo. Darío dice que va a matar a un cerdo este fin de semana para celebrar la buena nueva e invitar a los vecinos. ¡Está tan orgulloso! Quiere que todos conozcan la noticia y ya se imagina yendo de caza con su hijo varón.

—¿No hay fechas? —se preguntó extrañada Natalia mientras hojeaba el cuadernillo en busca de alguna—. No, no las hay —concluyó, decepcionada al constatar que esos diarios constituían una serie de retazos de vida que no podría ubicar.

Siguió leyendo un poco más...

Estoy agotada, exhausta, y apenas he superado el primer trimestre del embarazo. Creo que será una niña, no sé por qué. Bueno, si lo sé, pero Darío se ha alterado muchísimo en cuanto se lo he explicado y me ha hecho prometer que no se lo diría a nadie o me tomarían por loca según él.

¿Por qué es de locos contar que la niña me ha hablado y me ha dicho su nombre: Muerte? No es un nombre muy habitual, Muerte; pero si ella lo dice...

Natalia arrojó el cuaderno a los pies de la cama como si le hubiera

quemado las manos.

—¿Mi madre quería ponerme ese nombre? ¡Santo Dios! —exclamó, mirando a distancia prudente el cuaderno, abierto y retador como un arma de fuego que pudiera dispararla y acabar con ella en cualquier momento.

Cerró los ojos para tranquilizarse, llenó el pecho de aire y lo soltó en un suspiro relajante antes de regresar a esa lectura que le contaría, por fin, algo de ella, de sus orígenes, y de esa mujer a la que nunca había podido llamar Madre.

Sexto mes de embarazo y me muero de ganas de que salga ya de mí.

No la aguanto aquí dentro, comiéndome, alimentándose de mí como un parásito. ¡La quiero fuera!

Darío no me comprende. Ha empezado a mirarme con una mezcla extraña de odio, tristeza y miedo. Cree que no me doy cuenta, pero lo hago, ¡vaya si lo hago! Les he escuchado hablar a él y al doctor Martínez. Dicen que estoy loca, que es cosa de familia.

¿Loca, yo? ¿Entonces por qué sigo siendo la maestra más querida de la escuela? Adoro a los niños y ellos a mí. Pero esto que crece en mi interior... a esto no lo quiero.

¡No la quiero!

Natalia se mordió el labio inferior con fuerza hasta que la sangre brotó de él. «Mejor el dolor físico que el emocional», decía siempre ella.

«Ya sabías que no te iba a querer, ¿no? ¿Por qué, si no, te iban a entregar a las monjas con menos de un mes de vida?», se dijo, conteniendo las lágrimas de tristeza con las que había cargado esos dieciséis años, y siguió leyendo un poco más, dispuesta a averiguar lo que pudiera de su vida.

La cría ha nacido. Es tan bonita como malvada. Nació con los ojos abiertos y no profirió ni un gemido cuando el doctor le dio un cachete en el

culo. Se limitó a mirarlo con ojos cansados y alzó sus manos hacia mis pechos, pronta para alimentarse de mí. ¡Quiere dejarme vacía, pero no lo conseguirá!

La estoy vigilando muy de cerca. El doctor dice que puede ser muda, ya que nunca ha emitido un sonido, pero creo que está fingiendo. Sea lo que sea lo que trame, no se lo voy a permitir. Tengo un plan...

La joven pasó la página del cuaderno con un cosquilleo desagradable en la espalda. No estaba preparada para leer algo así. Se persignó varias veces para alejar a los

malos espíritus y al pecado como las monjas le habían enseñado, y se preparó para continuar.

¡Lo he hecho! ¡Me he librado de ella! Aprovechando que Darío estaba en la matanza, he cogido a la pequeña. ¡La muy estúpida no se imaginaba nada! La he acurrucado junto a mi pecho, para que lo último que escuchara fuera mi fuerte corazón. Quería que supiera que yo había ganado, y no ella...

Luego, la he sumergido en la bañera y la he ahogado. Ha pataleado un poco, pero no ha luchado tanto como esperaba. ¡He ganado a la Muerte! ¡He ganado a la Muerte!

—¡No soy yo! —exclamó Natalia, ahogada por la sorpresa—. ¡Mi madre tuvo una hija antes!

Leyó de nuevo el último fragmento y dejó que las palabras se licuaran en ella y en su subconsciente. Si ella hubiera nacido antes, en el lugar que ocupó ese bebé, ahora mismo estaría muerta. Nunca habría existido.

Nunca.

Se aterrorizó ante aquella posibilidad, y más aún al darse cuenta de que, por un instante, una sonrisa había florecido en sus labios imaginándose en la posición de la pequeña, imaginando que nada de lo que

le había tocado vivir habría existido.

—¿Quiero morir? —preguntó en voz alta tomando conciencia de sus deseos—. ¡Nooooooo! ¡Qué va! ¡Quiero vivir, ser feliz, salir de esta casa, tener una vida y una familia! ¡Quiero enamorarme y reír hasta que me duela la tripa! ¡Quiero tener amigas y bailar! —gritó.

—¡Baja esa condenada voz, maldita niña, o te daré tal tunda que te dejaré sin piel en las nalgas! —gritó la voz ronca y tosca de su padre desde el piso de abajo.

Ella enmudeció, pero la alegría de saberse viva y con posibilidades de un futuro mejor ya se le había asentado en el corazón.

Todo iría bien...

Diario de Natalia

(II)

Santurce (Vizcaya), jueves 11 de julio, 1974.

Querido diario:

Perdona por estar estos dos días sin escribir, pero, desde que Padre me dio los cuadernos de Madre, no he podido parar de leer. Ya me he leído el primero entero, aunque he tardado mucho. Ella era maestra, y ya sabes que

yo soy un poco torpe con las palabras y lo complicado, así que iba apuntando en mi propio cuaderno todas las palabras que no entendía, incluyendo los historiales clínicos de Madre, y esta mañana, cuando Padre ha salido, he ido a la biblioteca a consultarlas.

¡Tenías que ver qué sitio tan bonito! Pequeño pero cuidado, y con el aroma de los libros flotando en el aire. El sol se filtraba a través de las rendijas de las persianas, ¡y le daban un aspecto tan mágico! Además, la señora bibliotecaria, doña Paloma, es la persona más dulce y encantadora que he conocido en la vida. Creo que iré cada día un ratito a la biblio, porque me he sentido muy feliz entre esas paredes. Y

doña Paloma me ha contado que ahora, en verano, van varias chicas por ahí, así que me dejaré caer a ver si veo a alguna y consigo hacerme amiga de ellas. Estaría bien, ¿eh?

¡Pero no te preocupes, diario mío! ¡A ti no te dejaré! Muy al contrario... ¡tendré más cosas que contarte!

Te estarás preguntando qué he descubierto en la biblioteca... El informe venía a contar varios ingresos de Madre en un psiquiátrico. Parece que, al quedarse embarazada, tuvo algún tipo de brote de locura, aunque eso ya me lo imaginaba al leer su diario. ¿Qué clase de madre ahoga a su bebé en una bañera y dice que es la Muerte?

Resulta que, después de ese

terrible acto, Madre se pasó en el manicomio una buena temporada. Casi un año después, totalmente recuperada, regresó al hogar con Padre. El primer diario finaliza con el relato de su llegada a la casa. Hoy debo ayudar a Padre en las tareas de limpieza en la granja, pero mi intención es leerme mañana el segundo diario.

Ahora debo irme, amigo mío, pero te dejo aquí unos fragmentos del diario de Madre. Así, yo también podré releerlos cuando guste...

Fragmentos del primer diario de Azucena

«Cuando he visto a Darío con la cara desencajada al descubrir a la semilla del diablo muerta en su cuna, no he podido disimular. Pretendía contarle que había muerto accidentalmente pero no he sido capaz. No cuando me ha mirado como si fuera un monstruo, con los puños en alto, conteniéndose para no estamparlos contra mi cara. ¡Debía defenderme y contarle! ¡Contarle que ella planeaba mi asesinato y que no podía permitir que se saliera con la suya! Es la única vez en que lo he visto

llorar. Ni siquiera derramó una lágrima cuando murieron sus padres. Me ha mirado con dolor, como si mi visión fuera un cactus para sus ojos, y he tenido miedo. Ha cogido su chaqueta y ha abandonado la casa sin decir una palabra.»

«Llevo en este horrible hospital dos meses. Los médicos siguen sin creer mi historia y dudo de que me dejen salir si no consigo convencerles de que todo es real. Comenzaré a desdecirme, a fingir que ya no creo lo que sé: que ella era la Muerte y que venía a alimentarse de mí. Fingiré, fingiré y aceptaré esa monserga de «melancolía femenina» que dicen que me había aquejado junto a una

esquizofrenia hereditaria. Les diré que ya estoy bien, que me equivoqué, que no volveré a hacerlo.»

«Empiezo a pensar que aquel bebé quizá no fuera la Muerte. Dudo, dudo, dudo. ¿Ese bebé quería matarme de verdad? ¿Y por qué no lo hizo entonces? ¿Y por qué dejó que lo asfixiara tan fácilmente? ¿Y si yo tenía un problema de verdad? ¡Dios mío! ¿Y si he asesinado a mi propia hija? Si fuera así, no querría vivir. No querría, no...»

«Los médicos alaban mis progresos. Ya llevo diez meses aquí y me siento mejor. Incluso Darío ha sido

capaz de venir a visitarme y mirarme a la cara sin sentir asco. ¡Pobre esposo mío! ¡Cuánto he debido de hacerle sufrir! Pero ya todo está bien. Todo... Comprendo lo que le hice a mi bebé y pagaré por ello el resto de mi vida con dolor y lágrimas. Me lo merezco.»

«Hoy, diez meses y diecisiete días después, regreso a casa junto a mi marido. ¡Estoy tan feliz! Si no fuera por esos ojos molestos de la ventana que me espían por la noche y no me dejan dormir, estaría todo bien. No obstante, eso no se lo diré a nadie: es mi secreto...»

Diario de Natalia

(III)

Santurce (Vizcaya), domingo 14 de julio, 1974.

¡Tengo amigas, mi querido diario!
¡En plural! Las conocí a las dos ayer por la mañana en la biblioteca y me invitaron a ir con ellas a dar un paseo esa misma tarde. Pedí permiso a Padre, que está más raro que nunca. Se pasea por la casa como un oso enjaulado,

emitiendo gruñidos espantosos y dando manotazos al aire. ¿Será la locura contagiosa? Cuando llevo demasiado tiempo aquí, yo también siento que mi mente se pierde, como si un animal mordisqueara mi sesera y mi poco juicio.

Aproveché que estaba en medio de uno de sus paseos furiosos por la salita y le pregunté en voz queda si podía salir. Éste se limitó a gruñir y yo lo tomé por un «sí». ¡Y lo pasé muy bien! Ellas tomaron un helado y a mí, como yo no tenía dinero, me dejaron darles dos lengüetazos a los suyos. Nunca había probado uno, pero... ¡creo que me he enamorado! ¿Cómo hará la gente para no comerlos y no pensar en

ellos a todas horas? Deben de ser pecado, seguro, porque...

La puerta del dormitorio se entreabrió con timidez. La cara barbuda y tosca de su padre se asomó tras ella. Carraspeó, incómodo, y preguntó:

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, Padre —respondió intrigada Natalia mientras se enderezaba en la cama y soltaba el diario sobre la almohada.

—¿Qué dice? —preguntó él.

—¿Perdone, Padre? —dijo ella sin entender.

—Los diarios de Azucena, ¿qué dicen? Jamás los había leído nadie... —contestó él, cogiendo por sorpresa a

Natalia, que ignoraba que en la boca de su padre cupieran tantas palabras.

—Ohhh, ¿quiere que se lo cuente?

—Sí —respondió en un murmullo desesperado que era más súplica que respuesta.

—Sólo he leído el primero, señor —se disculpó ella sin saber a dónde mirar.

—Resúmeme lo —pidió él arrastrando los ojos por las baldosas del suelo.

Natalia suspiró aliviada. Un poco de normalidad no le haría daño, ¿verdad? Y entonces dejó de preocuparse por el fino camisón que dejaba adivinar todas sus formas. Su padre no había venido a eso..., al

menos, por el momento.

—Cuenta que se quedó embarazada de una niña —comenzó Natalia, dubitativa, tratando de poner en orden todo lo que sabía—. Habla de todo lo que sintió en el embarazo, en el parto y después de él, hasta que la niña... murió —se interrumpió.

El padre tosió un par de veces y enfrentó su dura mirada a la de su frágil hija, que parecía un ratoncito acorralado entre el cabecero de la cama y la figura del hombre.

—¿Cuenta cómo murió?

Natalia tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Dilo —exigió en un tono que no admitía discusión.

—Metió a la niña en una bañera y la ahogó —habló la hija, cada vez más incómoda.

El padre apretó los puños con rabia, hizo un par de movimientos negativos con la cabeza y habló de nuevo en su estilo lacónico:

—Continúa.

—Usted, o el doctor, la metió en un manicomio y, casi un año después, volvió con usted a casa —recitó ella de memoria.

—¿Nada más? —preguntó con desconfianza.

—Nada más —respondió, enrojeciendo hasta límites insoportables.

Ella, que nunca había engañado ni

se le daba especialmente bien, se sorprendió al escucharse negar aquello. No sabía por qué había empezado a mentir justo en ese instante, por qué había callado lo de la ventana cuando a ella misma le había parecido un detalle irrelevante, otra locura más de la desconocida que había sido su madre.

No obstante, el hombre no había advertido el intenso rubor de tomate reventón que coloreaba las mejillas de su hija, pues se hallaba atareado contemplando sus manos callosas y ásperas mientras se imaginaba a sí mismo estrangulando con éstas a su esposa fallecida.

Natalia quiso llenar ese silencio que lo ensuciaba todo, incluyendo sus

propios pensamientos, y preguntó sin pensar:

—¿Cómo se llamaba la niña?

—¿Quién? —preguntó el padre, levantando súbitamente la cabeza con los ojos desorientados. Parecía haber regresado de un viaje muy largo en el tiempo.

—La niña que murió ahogada, mi hermana... —repitió Natalia temblando. De repente, sentía frío a pesar del calor estival—. ¿Cómo se llamaba?

—Ángela^[2]. Iba a llamarse, como la abuela materna de Azucena —contestó el otro al tiempo que se acercaba todavía más a su hija sobre la cama y le colocaba la enorme mano áspera sobre su rodilla.

El tacto de su piel le erizó el vello de desagrado. Se encogió aún más sobre sí misma y asió uno de los diarios para parapetarse tras él, pero el padre volvía a estar en esa habitación solamente a medias, en algún punto indefinido y fronterizo entre su vida pasada y el presente.

—¿Cómo la llamaba ella en ese diario? —dijo él en un esfuerzo titánico por no irse del todo de allí.

—Muerte, la llamaba Muerte —contestó la muchacha con la vista reposando sobre el diario que acunaba en su pecho.

Darío se levantó entonces de la cama y le dio la espalda. Los ojos le escocían de recuerdos y rabia.

—¡Más! —exclamó él, siempre de espaldas a ella, con una furia que hablaba más de tristeza que de verdadera ira.

No quería mirarla. ¡Su hija era tan parecida a ella, y él era un hombre al fin y al cabo! ¿No había sido ése su justo castigo por ser un pecador? Mostró la vergüenza, las ganas y las lágrimas a la pared para ocultarla de la joven sentada en el camastro, de su ¿hija?

—No he podido leer más, Padre —contestó aquélla.

Quería que él se marchara ahora mismo de su habitación, que la dejara en paz y que el aire volviese a sentirse respirable. Todo lo consumía Padre cuando estaba delante.

Quería seguir escribiendo en su diario y abrir el segundo libro de Madre. Quería saber más, pero a solas, sin él, y empezaba a entender que no sería así.

—Abre el segundo diario y lee un rato, por favor... —rogó el padre, siempre de cara a la pared.

Natalia se quedó boquiabierta al escuchar «por favor». Eran palabras que, si bien sus labios estaban habituados a usar continuamente, sus oídos no solían recibirlas, y las recibió como una caricia. Sonrió centrándose en esa sensación para alejar los nubarrones de inquietud en su cabeza mientras abría el segundo cuaderno...

Diario de Azucena (Libro 2)

Todo ha vuelto a la normalidad desde mi regreso.

No, no es cierto.

Los vecinos me evitan, incómodos. No saben cómo comportarse conmigo tras lo sucedido y yo tampoco, la verdad. Y, si nos topamos por casualidad en el mercado, las muy estúpidas se refieren a ello como «el accidente» o mis «vacaciones».

No, no hubo ningún accidente y

tampoco he estado de vacaciones, señoras. Llamemos a las cosas por su nombre: he estado ingresada y en tratamiento en un psiquiátrico por matar a mi bebé. Es así. No me hace bien que minimicen mis actos ni mi pena.

Bueno, en mi interior no está minimizado. ¿Cómo pude cometer un acto tan terrible? ¡Mi propia hija! No lo comprendo. No lo comprendo. Pero tendré toda una vida para intentarlo, supongo.

Me han apartado de la escuela. Dicen que ya no puedo ser maestra ni enseñar a los niños a ser adultos felices y responsables. ¿Qué padres dejarían a sus hijos tranquilos con una asesina de bebés? Yo, desde luego, no.

Cuando me miro en el espejo, ya no veo mi cara sino a un monstruo, literalmente: esa imagen del espejo ya no es la mía. ¿Será la culpa que me come? Al menos, los ojos de la ventana no me han perseguido hasta aquí.

—¡Detente! —pidió el padre—. Repite esa última parte...

—Al menos, los ojos de la ventana no me han perseguido hasta aquí —releyó Natalia sintiendo tambores en su pecho.

¿Cómo podía haber sido tan necia para leer de corrido sin seleccionarlo? Ni siquiera valía para mentir, como decían las monjas. Agachó la mirada,

avergonzada y temerosa, esperando la explosión de violencia de su padre, pero éste se limitó a decir con voz serena:

—¿Sabes algo de eso? ¿Hablaba de una ventana en el cuaderno anterior?

—No, Padre —mintió ella de nuevo.

No quedaba otra. Dos palabras, sólo dos palabras que la llevarían de cabeza al Infierno por mentirosa redomada. ¡Y a Padre además! Recitó un «Perdóname, Señor» en su cabeza con los ojos cerrados y aguardó el castigo divino en forma de puño sobre su cara.

—De acuerdo, sigue —fue la única respuesta.

Dios estaría comunicando, atendiendo otra llamada y castigando a

cualquier otro pecador.

Darío, lejos de mostrarse conmigo más paciente o cariñoso, se ha hecho mucho más arisco, más distante y frío. Apenas si me mira a la cara. Creo que a veces no soporta mi proximidad, mi cercanía. Aunque, por las noches, al abrigo de la oscuridad, irrumpe en mi cuarto y me toma como un animal hasta quedarse vacío. Entonces llora sobre mi pecho mientras yo me trago mis lágrimas con sabor a limón amargo, y aguardo a que se levante y abandone mi cuarto a oscuras del mismo modo en que entró: arrastrando la vergüenza y su rabia mientras se promete que ésa será la

última noche.

Darío se giró hacia la muchacha y le arrebató el cuaderno sin mediar palabra.

—¿Dónde pone eso que has leído? —preguntó él con la furia brillando en llamas dentro de sus ojos.

—Ahí, Padre —contestó la chica a la par que señalaba el fragmento.

—Bien —dijo él.

Y, acto seguido, arrancó la página indicada y la redujo a una lluvia de pedacitos minúsculos de papel. Natalia observó cómo caían al suelo y no puedo evitar el recuerdo de la nieve en el patio del orfanato. Esbozó una sonrisa

ladeada, porque la alegría del recuerdo no alcanzaba para nada más, y tomó el cuaderno que su padre le estaba retornando.

—Sigue un poco más...

Natalia abrió el diario, se aclaró la débil voz, y leyó:

Ha sucedido lo inevitable. He vuelto a quedar en estado. Aún no se lo he dicho a él. Tengo miedo. Ni siquiera me atrevo a sentir un mínimo sentimiento de dicha por si todo vuelve a repetirse.

¿Qué sería de mí, Señor? ¿Qué?

Natalia levantó los ojos del

diario y los dirigió a los del hombre, que se paseaba de un lado a otro de la habitación.

—¿Soy yo, Padre? —preguntó con una sensación extraña.

Ya sabía la respuesta.

El hombre lo confirmó con un asentimiento de cabeza y aireó la mano derecha con autoridad para animarla a proseguir con el relato.

Natalia obedeció y volvió al diario.

—El siguiente trozo está emborronado, Padre. Parece que lloró sobre él.

—Pues sigue desde donde puedas, niña estúpida —espetó él, atormentado por la impaciencia.

La chica contrajo la boca en una mueca de dolor sabiendo que con él no hacía falta disimularlo. Ni siquiera se percataría de ello.

Ya lo sabe.

Ya lo saben todos.

Estoy embarazada de unos cuatro meses.

Las cosas han cambiado un poco por aquí. No sabría decir si a mejor o peor en general, pero parece que la vida vuelve a ser un sitio más habitable.

Darío también tiene miedo, pero ha vuelto a mí como antes. Incluso enciende la luz por las noches cuando viene a reclamar su derecho marital y se

queda a dormir conmigo alguna noche. Ya me mira a la cara y, a veces, lo descubro mirándome a mí y a mi vientre aún plano con una sonrisa asomándose a su boca.

El doctor está muy pendiente de mí, más que del niño. Le preocupa, como a todos, que vuelva a las andadas y las alucinaciones reaparezcan. Es cansado sonreír tanto delante de todos e ignorar los cuchicheos.

Y sé que no pararán. Por mucho que me esfuerce por ser perfecta, la más y mejor en todo, cada acto, palabra o mirada mía son juzgados bajo la lupa del estigma de la locura.

Pero no. Se equivocan. Esta vez no mataré a mi bebé. Esta vez las cosas

van bie...

Darío salió de la habitación, incapaz de soportar más palabras. Casi podía escuchar la voz de su esposa tras ellas. Abandonó el cuarto sin decir nada a su hija, bajó las escaleras casi rodando y dejó la casa seguido por sus famélicos perros.

Había sido un error, un error tremendo, traer a esa muchacha a la que jamás podría llamar hija y despertar a todos los fantasmas que había mantenido a raya durante tantos años.

En la habitación, Natalia había contemplado la escena con la boca

abierta, pero enseguida decidió seguir contando a su diario las maravillas del mejor invento del mundo mundial: el helado.

Diario de Natalia (IV)

Santurce (Vizcaya), domingo 21 de julio, 1974.

Querido diario:

¡Soy tan feliz ahora mismo!

Ayer por la tarde Isabel y Amaia, mis dos nuevas amigas, me invitaron a ir con ellas a un guateque^[3] situado en un pueblo cercano, Baracaldo.

¡Santo Dios! ¡No sabía que existieran esos locales salvo en las pelis! Yo tenía miedo al principio. Iba

en medio de ellas dos, y mis piernas temblaron como las cuentas de un rosario en manos del diablo al ver el cartel de «Guateque La OJE» sobre nuestras cabezas. Me imaginaba el Infierno ahí dentro, como aseguraban las monjas cada vez que hablaban de música, baile y chicos.

Se escuchaba la música de fondo, filtrándose por las rendijas de la puerta. Varios chicos y chicas reían, apoyados en la pared del guateque junto a la puerta de entrada, y se decían cosas al oído los unos a los otros, aunque se podían escuchar perfectamente sin acercarse tanto. Era muy raro...

Las chicas (todas ellas, sin excepción) se enroscaban los cabellos

entre sus dedos, como si fuera un tic contagioso, y ellos hinchaban pecho mientras encadenaban un cigarro con otro y ponían morros como de estar enfadados, ¡pero no lo estaban!

—¡Fuman! —exclamé yo mientras me hacía la señal de la cruz en el pecho —. ¡Eso es pecado!

Mis amigas rieron como locas, quizás pensando en el bicho raro que acababan de adoptar, y me contestaron que, si fumar me parecía un pecado, que estuviera atenta a Verónica, la «suelta del guateque», que bailaba cada noche con uno y luego se «iba a pasear» con él sin preocuparse de la longitud de su falda y de las manos hambrientas de los chicos.

Las miré con la boca abierta y me dejé conducir al interior del antro donde imaginaba que perdería mi alma mientras hacía cábalas sobre la largura de la falda de la chica suelta.

—¡Venga, que llegamos a tiempo a la «Hora de los Lentos»! —exclamó Amaia emocionada, que acababa de contagiarse del tic femenino y se estaba ondulando su larga coleta rubia mientras pestañeaba a lo loco como si se le hubiera metido algo en un ojo.

—¿La «Hora de los Lentos»? —repetí yo.

—Sí, Natalia —asintió Isabel, con la carita comida por las sonrisas de sus labios y ojos—. Nosotras nos ponemos por aquí y, cuando la música

lenta empieza, los chicos se acercan para pedirte bailar. ¡Y bailamos pegaditos!

—¡Ohhhh! —exclamé, entre perturbada y fascinada ante la idea de tener a un chico tan de cerca—. Yo no sé bailar...

Ellas me miraron con cara de pena hasta que Isabel añadió:

—Tú sólo cierra los ojos, escucha la música y déjate llevar. ¡Ni siquiera hay que hablar! Además, cuando te quieras dar cuenta, ya se habrá acabado.

Las dos suspiraron al unísono y exclamaron:

—¡Dura tan poco!

—Eso sí —intervino Amaia—. Si

el chico se queda contigo toooooodas las canciones en lugar de cambiar de pareja de baile, es que le has gustado.

La música, tal como ellas me habían explicado, cambió de tercio y el local se llenó de la voz de los Bee Gees cantando «How deep is your love». Las chicas se congelaron en sus sitios sin dejar de sonreír como besugos con alzheimer mientras se atusaban las ropas y el pelo.

Entonces llegó él, con sus cabellos negros ensortijados, su bronceado de marinero y esa sonrisa construida a base de perlas marinas. Me entraron ganas de orinarme encima cuando lo vi acercándose a mí y me habló:

—Tú eres nueva por aquí —dijo, con la seguridad que da ser un dios de la belleza mientras echaba una mirada desdeñosa a mis amigas.

—Ssssssí —dije, convertida en serpiente sin cerebro.

—¿Bailas?

Las chicas me dieron un codazo tan fuerte que me fui a chocar contra él. Sonreí con timidez y me descubrí a mí misma aquejada de la misma enfermedad nerviosa. ¡Estaba haciendo bulecitos en mi pelo!

Me apretó contra él y yo me dejé hacer mientras aspiraba el aroma de aquel chico que bailaba como los ángeles y reía como los dioses griegos reirían seguramente. ¡Aquello que se

sentía tan bonito no podía ser pecado!
Mi corazón se atragantó de emoción. Me
estaba enamorand...

¡Ding dong!

El sonido de la puerta irrumpió la
labor de Natalia. Levantó la cabeza
como en trance, la sacudió como un
perro mojado, y dejó el diario a un lado
con la sensación de fastidio protestando
dentro de ella.

¡Ding dong!

Volvió a insistir el timbre, y ella
corrió escaleras abajo al grito de
«¡Voyyyyyy!».

Su padre volvía a estar ausente.
Esa última semana, después de la

espantada tras la lectura del diario de su esposa, se había mostrado incluso más esquivo, variando sus horarios y costumbres para toparse con ella lo indispensable. Natalia no sabía si sentirse aliviada o apenada por ello. En algún momento había llegado a creer que los diarios (y el hecho de que se los regalara) los unirían algo, pero no había sido así, y aquel hombre alto y poderoso parecía haber crecido metros y más metros. Su corazón era inalcanzable para ella.

Trató de alejar esos pensamientos grises que le oscurecían la sonrisa y se prometió que esa misma noche retomaría la lectura del diario de su madre. Ya estaba preparada para lo que hubiera

dentro...

¡Ding dong!

—¡Que voy! —gritó a la vez que abría la puerta con la sonrisa de las chicas buenas que las monjas le habían esculpido en la cara a base de collejas y otros gestos cariñosos que solían dejarle marcas en la piel.

La cara pecosa de Isabel apareció al otro lado de la puerta.

—¡Cuenta! —dijo a modo de saludo.

—¡Sí, cuenta! —exclamó Amaia saltando de detrás de la primera.

Los labios de Natalia se curvaron de felicidad y las invitó a pasar sin «Holas» ni formalismos.

—Podéis pasar a la cocina, pero

sólo un rato —les informó sería—. No quiero que Padre se enfade, y no sé si le haría mucha gracia ver a nadie en su casa, ¿de acuerdo?

—Alto y claro —afirmó Amaia desde su mirada azul—. ¿Por qué no sales tú mejor entonces? ¡Venga, demos un paseo!

Isabel asintió con la sonrisa contenida.

—¡Perfecto! —convino Natalia—. ¿Vosotras... sabéis algo de mi padre? Quizá... ¿habéis escuchado alguna historia?

Las chicas cruzaron una mirada incómoda y nerviosa.

—Se cuentan cosas terribles de esta casa, de tu madre e, incluso, de tu

padre —resumió Amaia tirando del brazo de Natalia para sacarla a la calle.

—¿Me las contaréis?

—Bueno, no sé... ¡Es que da mal rollo! Son tus padres al fin y al cabo...

—intervino Isabel—. Y es complicado decir según qué cosas. ¡Vete a saber qué es verdad y qué es mentira!

—¡Pero quiero saberlo!

—De acuerdo... —sonrió Amaia de una forma sugerente y pícar—. Pero, para contarte qué se dice de los chalados de tus padres —prosiguió con su tacto diplomático característico—, ¿antes tienes que contarnos qué pasó ayer cuando te fuiste a pasear con el Adán del guateque!

—¡Sí, y contarnos cómo es pasear

con el chico más cotizado y si «paseasteis» mucho! —añadió Isabel.

—Se llama Asier, y es muy guapo y simpático, ¿verdad? —dijo Natalia, un poco abrumada por la intensidad de las chicas—. No entiendo qué ha visto en mí. Soy tan poquita cosa, tan pequeña...

—Pero, chiquilla, ¿tú has visto bien? —intervino Isabel, abriendo sus ojos de ébano—. ¡Eres una monada! ¡Con esos ojos que no se sabe si son verdes o azules, esa piel blanca y perfecta, y esa aura virginal de santa! ¡Los chicos se te comían con la mirada!

—¿A mí? —dijo extrañada—. ¿Me tomáis el pelo, verdad? ¡No me gusta que se rían de mí! —dijo Natalia parándose en seco en mitad de la

calzada.

—No lo hacemos. ¿Por qué narices piensas eso? ¿No tienes espejos en tu casa? —repuso desconcertada Isabel.

—Va, va, ¡al grano! —cortó Amaia—. Cuéntanos todo. Lo último que supimos de ti es que te fuiste a dar un paseo con él y que Asier te acompañaba a casa. ¿Qué pasó?

—Bueno... —la sonrisa se le subió hasta el cielo—. Es atento, cariñoso y se preocupó por mí. Me dio la mano, ¡y era tan suave! Hablamos un poco de nuestras vidas. Bueno, más bien, yo lo escuché, pero estaba bien así.

—¿Y qué más? —corearon las

dos muchachas.

—Me acompañó hasta casa, como dijo, y, cuando llegamos a mi puerta, me acarició la mano.

—Ohhhhhhhhhhhh —suspiraron sus amigas.

—Y... entonces... me besó.

—¿Con lengua? —se asombró Amaia.

—No. Puso sus labios en los míos y los dejó ahí un rato. Yo cerré los ojos hasta que los apartó.

—¡Madre mía con la mosquita muerta! —bromeó Amaia.

—¡Amaia! —le reprendió Isabel.

—¿Qué? ¿Acaso miento? La primera vez que sale a la calle y se liga al chico más guapo y se da un beso con

él. ¡Con esta velocidad se nos casa y embaraza en dos días más! —exclamó con un poso de envidia, sin saber cuán proféticas serían sus palabras.

—Bueno... —retomó Isabel mientras le echaba a su amiga una mirada asesina llena de clavos—. ¿Y habéis quedado en veros otra vez?

—Sí... Mañana vendrá a buscarme a la biblioteca —dijo Natalia azorada.

—Ohhhhhhhhhh —suspiraron las otras—. ¡Qué afortunada eres! ¡Con Asier!

—Dicen que su padre es funcionario y tiene tierras además. Seguro que acaba colocado en algún buen puesto... —le informó Isabel.

—Supongo... —trató de seguirle la corriente, aunque no tenía ni idea de lo que le estaba contando.

—Natalia... —dijo Amaia con la voz transformada—. ¿Ése de ahí que viene haciendo esos no es tu padre?

Ella miró hacia el punto en que señalaba su amiga, y ahogó una exclamación de sorpresa y vergüenza.

—¡Túuuuu, muchacha! —gritó él con la voz ebria—. ¡Ven ahora mismo a casa conmigo!

Corrió hacia ella, la asió del brazo con brutalidad desproporcionada y la llevó a rastras hasta la casa.

—¡Ahora mismo vas a continuar leyéndome el diario de la loca de tu madre! —gritó, alcoholizando el aire.

La puerta se cerró de un portazo tras ellos. Isabel y Amaia habían cambiado las sonrisas por un temblor miedoso. Miraron la puerta un momento y siguieron su camino fingiendo no haber visto nada de aquello.

Diario de Azucena

(Libro 2. Segunda parte)

Cuarto mes de embarazo. Creo que es, nuevamente, una niña. Pero, en esta ocasión, me siento como debería: cómoda, feliz y expectante. No la percibo como enemiga ni amenaza. Me gustaría llamarla Natalia. Es un bonito nombre. Me gusta cómo suena: Natalia...

La joven hizo una pausa. Las manos le temblaban al saber que hablaba de ella. Nunca estaría más cerca de su madre que en esos momentos, a través de aquellas páginas emborronadas. Trató de serenarse por medio de una respiración profunda, pero el hálito alcoholizado de su padre la sacó de su intento.

—¡Lee! —exigió él dando un puñetazo en la mesa de la cocina.

Natalia cabeceó afirmativamente y, apoyada sobre la misma mesa que él acababa de golpear, se inclinó para continuar la lectura.

Quinto mes de embarazo. Estoy nerviosa. Ayer desperté con la ventana de mi habitación abierta, ¡en pleno noviembre!, y me ha recordado demasiado a los meses en el psiquiátrico que creía haber dejado atrás. Estoy convencida de que algo me persigue. He buscado hablar con mi marido de esto. Sin embargo, no quiere escuchar nada de ese tema. Tengo miedo.

—¿Por qué paras? —exigió saber el hombre.

—Después de esto, hay un texto tachado que no se puede leer y el dibujo de una ventana —dijo Natalia entre

temblores.

También ella tenía miedo, pero éste no venía por la presencia de su padre. El terror se lo provocaba aquel dibujo que no podía dejar de mirar.

—¡Déjame verlo! —exclamó él cuando ya casi había levantado el cuaderno.

Él lo miró un segundo. El rostro se le contrajo en una mueca de incredulidad apenas unos segundos. Luego, recuperó su gesto embrutecido por el alcohol y, entre hipos, balbuceó algo de que aquellos cuadernos le absorbían la vida cuando los tocaba. Volvió a dejarlo en la mesa y gritó una vez más:

—¡Sigue!

—Padre... —habló la chica, cada vez más asustada—. Esa ventana es la de mi dormitorio, ¿verdad? ¿Mi habitación es la antigua habitación de Madre?

—¡Pues claro que sí, niña estúpida!

—¿Y qué son esos ojos dibujados tras la ventana? —preguntó ella, con un coraje que no sabía dónde lo había tenido escondido todos esos años.

—¡Eso es lo que quiero que me cuentes! ¡Sigue, o me quitaré el cinturón y te daré una buena tunda! —rugió él, cada vez más colérico y menos borracho.

Natalia se prometió no volver a abrir la boca salvo para leer.

La ventana insiste en aparecer abierta. Darío ha puesto clavos en ella porque, aunque no quiera reconocerlo, también está perplejo con esta situación. Pero el resultado es el mismo: aparece abierta cada mañana.

A veces, cuando por fin me rindo al sueño, la sensación de ser observada por alguien me trae de vuelta a la vigilia y, entonces, oscilando todavía entre el sueño y la realidad, veo esos ojos horripilantes mirándome, relamiéndose.

He tratado de dibujarlos justo encima, aunque me temo que no soy muy diestra en las artes pictóricas.

Asimismo, he intentado convencer

a Darío para que nos mudemos a otra casa, pero me ha mirado como si volviera a ser una demente. ¡No quiero continuar viviendo entre estas paredes!

Sexto mes de embarazo.

No lo soporto más. Esos ojos, esa ventana... Ahora ya sé que ha regresado.

La Muerte ha regresado y tiene hambre.

Al principio pensé que vendría por mí, como la vez anterior. Pero ahora la quiere a ella, la quiere a Natalia.

¿Qué quieres de nosotras?
¿QUÉEEEEEEEE?

Debo salir de esta casa inmediatamente. Ayer hubo tormenta eléctrica. La luz se había ido y yo estaba en la cama con una linterna y una novela de Dickens, tratando de leer y serenarme, ajena a todo. Siempre he odiado los truenos y los relámpagos. Me aterrorizan.

Casi había conseguido meterme en el libro cuando la dichosa ventana se abrió de par en par ante mí con un estruendo que quedó camuflado tras un oportuno trueno. La lluvia y un frío indefinible se apoderaron de la habitación. Busqué el interruptor de la luz, pero la casa continuaba ciega. Maldiciendo, acaricié mi abultado vientre y me levanté de la cama para

cerrarla antes de que me congelara del todo o las ramas de los árboles sacudieran sus hojas en mi cuarto.

Busqué las zapatillas de andar por casa con la linterna.

Clic. Se apagó.

Los ojos, relucientes y amenazantes, brillaron en la oscuridad sobre las ramas del árbol que intentaban abrazarme.

Clic. La linterna volvía a funcionar.

Apunté hacia los ojos, pero no había nada. Ya calzada, me acerqué en un ataque de nervios. Debía cerrar la ventana como fuera.

Clic. Oscuridad.

Los ojos reaparecieron. Me

estudiaban y disfrutaban con ello. Intenté llamar a gritos a Darío, pero mi voz también se había apagado.

Clic.

Volvía a tener luz en la linterna. Enfoqué de nuevo hacia ellos. Ramas y más ramas bailando un tango mortífero. Nada más.

Avancé un poco más, luchando contra el agarrotamiento de mi cuerpo.

Clic.

Los ojos se hicieron enormes, gigantescos, como dos lunas azules e inquietantes. Entonces una voz con timbre de niña y tono de anciana (no sé cómo explicarlo) arañó mis oídos y las paredes de la habitación.

—Eres mía... —dijo la voz,

provocándome escalofríos y sudores—. Tú eres mi madre. Esa niña no se llevará a mi madre.

Clic.

Las últimas sílabas aún flotaban en el aire cuando mi linterna volvió a la vida. Inspiré profundamente y agarré las hojas de la ventana para cerrarla de una vez por todas.

Clic.

Una pequeña mano infantil surgió de la nada y me agarró del brazo con una fuerza imposible. Los ojos se agrandaron de nuevo y un alarido surgió de una boca que yo no podía ver.

—¡Recuerda! ¡Tú eres mi madre!
¡Sólo mía! ¡Serás la mamá de Ángela
para siempre y ella morirá!

Moriráááá...

Clic.

La electricidad regresó en ese momento y la luz iluminó la habitación y mi vergüenza: me había orinado encima.

Ella, la Muerte, había regresado para llevársela a ella y, luego, a mí.

El padre sacó una botella de whisky de alguna parte de la cocina y le dio un larguísimo trago. Necesitaba más anestesia local en el corazón para no sentir dolor.

—¿Quieres? —le ofreció él.

—No, Padre —rechazó Natalia mientras contaba mentalmente cuántas lágrimas retenía dentro de ella—. ¿Todo

esto es... verdad?

—En su cabeza, sí... —contestó él con una rudeza que malescondía una tristeza infinita—. Sigue. Quiero ver qué más hay ahí.

He buscado todas las formas posibles de hacer entrar en razón a Darío y salir de la casa, pero estaba decidido a no creerme, conque sólo había un modo de salir de ahí con vida: fingir que estoy más loca de lo que nunca he estado.

Y he ganado. Lo he conseguido.

Solté barbaridades, atrocidades que jamás podría decir una madre en su sano juicio. Amenacé con bañar a la

niña en agua hirviendo, con quemarla o asfixiarla. Escupí las amenazas más terribles hasta que él no pudo soportarlo más y me abofeteó, lleno de odio e indignación, para que me callara.

Ahora estoy aquí, de nuevo entre estas paredes blancas que siempre huelen a cloroformo y lejía. No obstante, me siento bien. Estoy feliz y contenta porque mi hija estará a salvo. Aquí no puede atraparla. ¡No puede entrar! Ignoro el motivo, pero no puede. Se queda en el exterior, con sus ojos flotantes tras mi ventana, haciendo chirriar el cristal con sus diminutas uñas.

¡He ganado!

Ayer di a luz a mi preciosa Natalia. ¡Es tan perfecta! La acuné todo el tiempo que me permitieron, le di el pecho y le canté canciones en el idioma de las madres: el amor verdadero.

Luego la separaron, para siempre, de mí. Dicen que no soy apta para criar a un bebé y se la llevan a un hospicio donde las monjas cuidarán de ella. Lo que no saben es que mis lágrimas no eran de tristeza, sino de alivio: mi hija está a salvo de Ángela, como se hace llamar ahora.

¡La he salvado!

—¿Por qué te paras? ¿No te he

dicho que sigas? —gritó el hombre antes de darle un sonoro sopapo en la cara.

Natalia se llevó ambas manos al pómulo ultrajado y dio gracias mentalmente a Dios por aquello. El dolor y la rabia por el golpe le habían impedido sucumbir al llanto. Había sido hija sólo por un día. Y, mientras su madre sonreía feliz al pensar que su pequeña estaría a salvo, ella se criaría entre palizas e insultos, como un ser anónimo más, en un centro donde sólo eran un número por el que cobrar una subvención.

—¡Responde!

—Padre... —contestó ella con la voz temblorosa y sin levantar la vista—. A partir de aquí, todo se vuelve raro. No

se puede leer.

—¿A qué te refieres?

—Creo que enloqueció de veras... Lo que escribe a partir de entonces son letras y números al azar junto a dibujos constantes de la ventana, los ojos de los que habla y una mano pequeña. No hay nada más.

—Busca. Tiene que haber más, algo más.

—¿El qué?

—¡Algo!

Natalia pasó el resto de hojas del cuaderno con la suavidad con la que el sol acaricia al agua, pero todos los párrafos eran un sinsentido. Cuando estaba a punto de dar por finalizado el diario, descubrió una pequeña nota final

en una esquina.

—¡Aquí hay algo más, Padre! —
exclamó aliviada.

No podía creerse que la historia con su madre finalizara así. No quería.

Darío ha venido a verme. Me ha suplicado que haga lo posible por restablecerme y volver a casa. Sólo así podríamos recuperar a nuestra hija y ser una familia. ¡Pobre infeliz! ¡No tiene ni idea de nada! Si supiera que no es posible...

Natalia está a salvo donde está y jamás permitiré que salga de ahí o vuelva a nuestra casa. Si debo fingirme loca toda la vida para ello, lo haré.

Empecé ayer, de hecho... Permití que me dijera lo que había venido a decir y, luego, simulé que no sabía de qué me hablaba, que yo no tenía ninguna hija ni esposo... Salió de aquí desolado, pero es necesario. ¡Por el amor de Dios que lo es!

Dejo esto por escrito antes de que el fingimiento se torne real. La medicación y las terapias de estos matasanos ya empiezan a hacer estragos. Pronto, no recordaré la mitad de las cosas y perderé la cordura para siempre. Aquí, lo difícil sería mantenerla.

Te encomiendo a mi pequeña, Dios. Cuídame, protégela...

Natalia se guardó para ella el último ruego: «No permitas que vuelva a esa casa y que Ella la encuentre.»

El padre la observó con una mirada extraña y perdida. Después estampó el vaso de whisky contra la pared, provocando un granizo de pequeños cristales, y la señaló con el dedo mientras gritaba:

—¡Todo esto es por tu culpa! Ha sido un error, ¡todo esto ha sido un error! ¡Devuélveme todo lo que te he dado de ella ahora mismo!

Y, sin darle tiempo a replicar, la agarró del cabello y la subió por las escaleras mientras Natalia sentía cómo se desprendían mechones enteros de su cabeza.

Esta vez sí lloró de verdad: cuando él hubo cogido todos los diarios y papeles, y salido de allí, dejándola encerrada con llave en aquel cuarto.

Lloró, lloró y lloró sin atreverse a mirarse las calvas reflejadas en el espejo ni la marca del puñetazo en su cara. Al día siguiente había quedado con Asier y nada en el mundo podría disimular aquello.

Diario de Natalia

(V)

Santurce (Vizcaya), domingo 18 de agosto, 1974.

Querido diario:

Te he tenido muy abandonado estos días. Padre se volvió loco después de que le leyese el diario de Madre. Me encerró durante días en esta habitación y yo no tenía ganas de nada. Ni siquiera de escribirte. Perdóname.

Un par de veces al día, él me abría la puerta para traerme algún plato de sopa fría asquerosa, agua y pan, o para vaciarme el orinal.

Ni que decir tiene que no pude ver a Asier en nuestra cita a la mañana siguiente. Y yo sólo pensaba en eso y en que él dejaría de interesarse en mí y saldría a pasear con otra muchacha. ¡Es tan guapo y perfecto! Casi prefería darle vueltas a ese tema para no pensar en Padre, en su conducta y en lo que había leído sobre Madre. ¿Qué pondrá en el tercer diario? ¿Por qué no querrá ahora que lo lea? Siento que ahí hay más respuestas esperándome.

Mis amigas vinieron a casa a buscarme el otro día, pero Padre las

aterrorizó. Por lo que pude ver y oír desde mi ventana, salió de casa como un loco con uno de sus rifles de caza en la mano, y las amenazó con usarlo contra ellas si volvían a poner un pie en su propiedad. Les escuché decir, entre gritos de miedo, que Padre estaba tan chiflado como Madre y que toda nuestra familia estaba como un cencerro. No creo que vuelva a verles el pelo.

Aunque ayer, sin comerlo ni beberlo, todo volvió a la normalidad (si es que la ha habido alguna vez en esta casa). Padre entró en mi habitación con un gesto extraño que no supe definir. Yo me mantuve abrazada a la almohada. No sabía cómo comportarme o lo que haría él. Si pretendía calzarme otra guantada o

qué... Y, de repente, me miró a los ojos con cara de arrepentimiento y rumió algunas palabras delante de mí, entre las que creí escuchar «Perdón, eres libre».

Pero lo que hizo a continuación fue lo que me dejó patidifusa del todo: se sentó a mi lado en la cama, trazó una sonrisa que le debió de costar lo suyo por falta de uso, y me dijo lo siguiente:

—Abajo hay un chico que ha venido a verte. ¡Anda, arréglate un poco y baja!

Yo lo miré perpleja. ¿Asier estaba ahí abajo y Padre se comportaba como intuía que debía ser?

—Aprisa, ¡mueve el culo y baja! No le hagas esperar o se cansará. Yo te lo entretengo... —dijo antes de salir por

la puerta y cerrarla a su salida mientras mi boca hacía lo contrario y se abría de puro asombro.

Corrí hacia el espejo y observé con desagrado las pequeñas calvas que adornaban mi cabeza. ¡Eso no lo arreglaba ni Dios! Me cepillé el pelo con fuerza, coloqué una gran cinta sobre él de forma que tapara estratégicamente aquel desastre, y me planté el vestido ligero de los domingos de verano, lleno de florecitas, a juego con mi corazón. Me calcé las zapatillas de tela y volé escaleras abajo.

Se giró justo en el momento en el que yo me acercaba a él. Sonrió y me mostró su dentadura perfecta y blanca. ¡Era tan atractivo y perfecto!

Se limitó a decir mi nombre con su voz de terciopelo mientras me miraba de un modo curioso y ambos supimos que había magia entre nosotros, que ese encuentro iba a ser muy especial. ¡Y lo fue!

Natalia enrojeció al recordar los sucesos posteriores y decidió que una chica decente jamás escribiría las cosas que ella había hecho con él. Pero, como eso ya no podía borrarlo y, en realidad, no sentía ningún tipo de arrepentimiento, lo único que restaba era guardárselo para ella y no describirlo jamás en el diario por si alguien lo leía alguna vez. No quería que la llamaran puta y seguro

que su amigo, el diario, entendía a qué se refería ella sin explicar su desfloramiento.

Le entró una risita tan feliz como culpable, y soltó la estilográfica para poder recrearse en esa hora del paseo con él...

—¡Padre! ¡Vamos a dar una vuelta! —exclamó ella aprovechando el momento de calma aparente que reinaba en el hogar.

—De acuerdo. Pero caminad separados, ¡que nadie diga nada! —respondió él, asomando su cabeza por el umbral de la cocina y representando a la

perfección el papel de padre equilibrado y preocupado.

—Pierda cuidado, Padre. Lo haremos...

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella ilusionada al verse libre en la calle.

Toda aquella semana de encierro y humillación se había borrado de un plumazo en su mente de adolescente soñadora y enamorada. Ahora la vida le sonreía, y ella quería sonreírle también para que esa nube de mariposas que revoloteaban en sus tripas no dejara de hacerle cosquillas.

—Es una sorpresa... —dijo él con una sonrisa arrebatadora.

Caminaron unas cuantas calles

entre nervios, miradas robadas de reojo, risitas tontas y poca (o ninguna) conversación. Él se detuvo ante una gran puerta metálica, extrajo una llave de su pantalón y exclamó:

—¡Estamos!

La chica lo miró intrigada. Asier ya había abierto la puerta y la invitaba a pasar con una sutil reverencia. Ella dudó unos segundos.

—¿Qué es esto?

—Es el almacén del bar de mis padres. Tranquila, que no vendrán. Quiero... enseñarte una cosa.

—Está bien... —cedió, pensando que cualquiera que fuese la sorpresa sería mejor que volver a la casa.

Unida a su mano, lo siguió por el

estrecho pasillo de lo que parecía una vieja casa abandonada hasta que entraron en una de las habitaciones, cuyas paredes estaban pobladas de cajas y cajas hasta el techo que contenían todo tipo de bebidas. Pero lo que más le llamó la atención fue el centro de la estancia.

—¿Qué es eso? —repitió ella como si no tuviera más palabras en su cabeza.

—La sorpresa... ¿Te gusta? —respondió él abrazándola desde detrás y posando los labios en su cuello.

Natalia sintió un escalofrío delicioso y cerró los ojos por un segundo mientras su chico perfecto dejaba caer una pequeña cascada de

besos sobre su cuello inmaculado.

—¡Dios! Me vuelves loco... —
murmuró él mientras le daba la vuelta y
buscaba su boca con la avidez de un
sediento en el desierto.

Ella se separó un poco a pesar de
que su lejanía casi llegaba a producirle
dolor físico.

—No, en serio, ¿qué es? —
preguntó ella con candidez genuina.

—Pues, está claro, ¿no? Un
mantel, una botella de vino, dos copas...
¡Es un picnic! —rio.

—Ohhhhh. ¿Has traído a alguna
chica más aquí? —preguntó ella en un
destello de inteligencia que brilló con
brevedad.

—A ninguna. Jamás. Lo prometo

—dijo él muy serio—. Tú eres la primera...

No mentía. Se miraron sonrientes y excitados. Él la tomó de la mano y ella se dejó guiar hasta el centro de la habitación, donde el «picnic» los aguardaba. Asier descorchó la botella entre adulaciones y piropos, y llenó hasta los bordes las copas.

—¡Oh! Yo no sé si quiero... — titubeó nuevamente ella.

—¿Y por qué no? Sólo es vino...

—Las monjas dicen que el alcohol es la bebida del demonio.

El chaval la miró desconcertado y rompió a reír con ganas.

—¡Dios mío! ¿De dónde has salido tú? Eres tan... de otro mundo,

casi como un hada de cuento infantil. Pequeña, bonita y perfecta...

—¿Sí? —dijo la chica, halagada—. ¿Te parezco perfecta?

—Para mí, sí... —gruñó él mientras se arrojaba encima de ella y le subía la falda del vestido.

Quince minutos.

Sólo quince minutos duró aquello.

Y, en esos quince minutos, ella se preguntó varias veces si iría al Infierno de cabeza por entregar su flor al primer chico que se había dignado a mirarla. Se preguntó por qué se lo había imaginado de otro modo: más bonito y en su noche de bodas, porque eso dolía un poco y molestaba más que nada. Pero, sobre todo, se preguntaba con los ojos

cerrados, mientras él la embestía al ritmo de un conejo epiléptico, cómo podía albergar aquella confusa mezcla de sensación de vacío y suciedad con la alegría de saberse especial y elegida por él. Su instinto de supervivencia le hizo decantarse por esta última y, para cuando él había terminado dentro de ella, Natalia ya no lloraba.

Asier la contempló con una mirada extraña y exclamó:

—¡Bueno! ¿No ha estado mal, no?

Ella se encogió de hombros y esbozó una sonrisa tímida que trataba de ocultar su incomodidad por aquel mundo que no entendía.

—¡Venga, tómate la copa y recogemos! —dijo él, feliz, mientras se

subía los pantalones.

Ella obedeció, como había hecho toda su vida, y apuró el vino de un único trago.

—¡Está rico! —exclamó Natalia.

—Claro que sí, preciosa —dijo el otro con una ternura en la voz y en los ojos que le conmovieron.

Asier se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios. Aquel contacto le hizo sentir más que todo aquello de antes. ¿De verdad ya no era virgen y pura? Miró sus muslos, asombrada al ver chorretones de sangre y un líquido blanco jugando a las carreras en ellos.

—¡Anda, límpiate! —sugirió él mientras le ofrecía un pañuelo de tela.

Cinco minutos más tarde, volvían

a estar bajo el sol ardiente de agosto. Regresaron a la casa en silencio. Ya no había en ellos las risas ni las miradas cómplices de la ida, pero el nerviosismo seguía caminando entre ambos como un peatón más.

—¡No mires! —exclamó él cuando estaban a punto de llegar a la casa.

—¿Qué sucede? —quiso saber ella, alarmada ante el tono y el gesto del chico.

—Son esas dos con las que estabas el otro día...

—¿Isabel y Amaia, mis amigas? —preguntó Natalia girando la cabeza hacia todos los lados hasta que dio con ellas.

La sonrisa se le murió de hambre en la cara al alzar el brazo para saludarlas y ver que ellas le correspondían con una mirada de odio infinito.

—¡Mira la ligerita de cascos! — señaló Isabel.

—De ligerita, nada. A eso se le llama ser puta, y bien puta —aseveró Amaia mientras se giraban y cambiaban de dirección.

Natalia permaneció inmóvil contemplando la escena. ¿Qué había hecho ella para que sus amigas la trataran de ese modo tan horrible? Los ojos se le llenaron de agujas.

—No les hagas caso, nena. Se mueren de envidia.

—¿Por qué? —dijo en voz alta tratando de comprender.

—Te he escogido a ti, no a ellas —dijo pasándose la mano por su ensortijado cabello negro.

Pero Natalia buscaba comprender por qué la amistad y todo lo bonito que contemplaba se le escurría siempre de entre los dedos.

Completaron el resto del camino en silencio, sólo interrumpido cuando ambos se vieron frente a la puerta de madera verde de la casa del padre, que indicaba el final del destino.

—Hasta mañana si quieres, nena... —dijo él con un seductor guiño de ojos.

Ella sonrió tontamente. La magia

había vuelto a surgir entre ambos con apenas cinco palabras.

—Claro... —dijo la joven con las mejillas ruborizadas—. ¿Entonces quieres volver a verme?

—¡Claro que sí, tonta! Me verás mañana y siempre que quieras, encanto. Es una promesa —dijo él, poniendo morritos y achinando los ojos como un topo de cara al sol.

—Una promesa... —repitió ella antes de entrar en la casa y recoger el beso que él le había lanzado al aire.

Asier cumpliría su promesa. Al menos, una de las dos partes...

Cartas de Asier a J.

Baracaldo (Vizcaya), lunes 26 de agosto, 1974.

¡Hola J!

Perdóname por todo lo que te dije el otro día. No era cierto. Estaba enfadado contigo, mucho, y quería hacerte daño. No comprendía que quisieras casarte. ¿Por qué

ibas a hacer eso si me amabas a mí? ¿Por las apariencias? Me parecía asqueroso. Sí, eso es... Era asqueroso, una traición.

Pero, después de todo este tiempo sin saber de ti, he reflexionado mucho (y te he echado en falta también), y ahora comprendo que tenías razón, que era yo el equivocado. Que todo es mejor como tú decías y que

nuestras vidas serán más fáciles de este modo. No quiero perderte. No quiero estar sin ti y echarte de menos a cada rato.

Igual te estarás preguntando si es una de mis tretas para que estemos juntos de nuevo. No lo es, en absoluto. Esta vez va en serio y te lo demostraré. Escucha:

Me he echado novia, ¡y es perfecta! Tenías que

verla... ¡tan ingenua, tan tontina y crédula! Además, es bien bonita, que no me voy a emparejar con una cacatúa, aunque sea de cara a la galería. Y no sólo eso: la pobre es hija del loco que vive en la «Casa de los bebés muertos». ¿Te lo puedes creer? Así que ya te imaginarás lo desesperada que debe de estar por salir de ahí y de esa casa de la locura. Ella

parece normal; es decir, es muy tontuela y tiene el seso sorbido por las monjas y toda esa mierda religiosa de Dios y los pecados, pero no parece demasiado desequilibrada.

Yo creo que es simplemente perfecta: manejable y sumisa. No descubrirá nada y me verá como su gran príncipe azul, con todos esos pajaritos que tiene en la cabeza de cuentos

de hadas, cuando la rescate del demente de su padre y de esa casa. De hecho, ya he comenzado...

Hace varias tardes la llevé «de paseo» a nuestro sitio habitual, ya sabes... El plan es dejarla preñadísima. Mis padres armarán un escándalo a medias por tener que «casarme de penalti» pero suspirarán de alivio cuando vean que no me sucede nada

«malo», que no soy un invertido... Mi padre usará sus contactos para colocarme en el ayuntamiento de Baracaldo, nos darán un piso como regalo de bodas (igual que a mis dos hermanos mayores), ¡y a vivir! Podremos estar juntos otra vez sin levantar sospechas.

¿Sabes? Pensaba que me iba a dar más asco estar con una chica después de estar contigo, ¡pero no está tan mal!

Ahora comprendo tu filosofía.
Todo será más fácil así. He
necesitado tiempo para
comprenderlo debido a mi
juventud, pero lo he aceptado,
créeme.

Por favor, responde a
esta carta. Necesito verte.

Siempre tuyo,

Asier.

Baracaldo (Vizcaya), martes 10 de
septiembre, 1974.

Mi querido J:

¿Por qué no respondes ni
das señales de vida? ¡Me estoy
volviendo loco sin ti! He ido,
en repetidas ocasiones, a
nuestro lugar de encuentro a la
hora de siempre, pero no has
venido. Tampoco he recibido
respuesta a mi última carta.

¿Te ha llegado?

Yo sigo saliendo con esta chiquilla, Natalia. A veces me da lástima... ¡Si vieras cómo se esfuerza por complacerme y hacerme feliz! Jamás me dice que no a nada de lo que le propongo o pido. Es dulce y estúpida como un perro *apaleao* que se arrima al primero que le acaricia el lomo. Hay momentos en los que me inspira mucha ternura,

como cuando trata de ocultar esas calvas y moratones que le hace el bestia de su padre... A veces, incluso siento que la quiero un poco. Otras, sólo me da pena o asco por ser como es. Es como si fuera disfrazada de diana. ¡Se hace tan difícil no tirarle algunos darditos...!

Por favor, hazme saber que estás bien, que te llegó mi primera carta. Si no me

respondes, iré a hacerte una visita al hospital, aunque no te haga gracia que me pase por tu trabajo. Pero, si no me dejas alternativa...

Te echo de menos.
Mucho.

Asier.

Baracaldo (Vizcaya), sábado 28 de septiembre, 1974.

¡Eres un puto embustero!

Te he visto entrar en tu casa con tu mujer del brazo y estabas muy pero que muy feliz. Nunca me quisiste, ¿verdad?

Si no fuera porque yo mismo me descubriría, iría a Cruces y gritaría por todo el

hospital lo super maricón que eres. Guardo fotos, ¡no lo olvides!, y quizá las use si no das la puta cara y me das una explicación, maricón de mierda.

Que te den, Asier.

Baracaldo (Vizcaya), viernes 1 de noviembre, 1974.

Te echo de menos. No puedo olvidarte y Natalia... sólo hace que me sienta más solo. No tiene conversación ni cultura la pobre. Y, por supuesto, ella no es tú... Y yo te quiero a ti.

Hoy ha venido cubriéndose las marcas de cinturón y de cigarros que el cabrón de su padre le ha dejado por todo el cuerpo. Creo que ese cerdo le está

haciendo algo más que pegarla. Es como un conejo asustado. Ayer rompió a llorar hablando de unos diarios de su madre y de una ventana que se abría. Creo que voy a dejarla. ¿De qué me vale una coartada si ya no te tengo?

Que cargue otro con el mochuelo. Yo paso...

Y tú, no creas que voy a dejar esto así. Tu mujercita y el resto de tus colegas del

hospital recibirán un par de sobres interesantes con ciertas fotos festivas de una Polaroid que tú mismo me regalaste, ¿recuerdas?

Te avisé.

Baracaldo (Vizcaya), lunes 16 de diciembre, 1974.

¿Ahora si me respondes,

eh? ¡Que te jodan, gilipollas!
¿Pensabas que iba de farol y
que no lo haría, verdad? ¡Lo
que no sabes es que a mí no
se me veía la cara y a ti sí,
puto marica! Es lo bueno que
tiene haber hecho yo las fotos.

Espero que tu vida se
haya jodido tanto como me
has jodido a mí la mía,
¡cobarde de mierda!,
¡maricón! Pensaba dejar a
Natalia y justo me ha venido

con el puto cuento de que estaba preñada, así que ahora nos jodemos los dos.

Que te vaya bonito (o no).

Diario de Natalia

(VI)

Santurce (Vizcaya), domingo 15 de diciembre, 1974.

Querido diario:

Hay veces que me siento tan confundida que no sé si quiero vivir o morir. Los meses se suceden en una mezcla de dolor, miedo y felicidad que me tiene embotada.

Sigo buscando con desespero el

tercer diario de Madre cada vez que Padre sale de casa, pero lo ha debido de esconder muy bien, porque me ha sido imposible encontrarlo hasta el momento. Pero seguiré intentándolo. No me rindo.

Hay algo que tengo que contarte, mi amigo del alma. Hace un mes que no me viene la menstruación y tengo miedo, miedo de haber quedado encinta, y asco también. ¿Y si no es de Asier siquiera y es de Padre? Ya sabes lo que hace cada vez que se emborracha y llama a mi habitación con cualquier excusa tonta... No lo soporto. Ya no lo soporto.

Mañana me compraré un test de embarazo de ésos que salen en la tele. Por favor, Dios, no me castigues más. Sé que he pecado pero, si estoy

embarazada, por favor, que no sea de él. Por favor, haz que no me toque más. Cada vez que entra aquí y se mete dentro de mí es peor... Al día siguiente descarga su furia contra mí en forma de golpes de cinturón e insultos por haberle provocado. Cada día está peor y ahora le ha dado por atrancar cada ventana de la casa. Dice que los fantasmas han despertado y le atormentan.

Siento que todo explotará de un momento a otro, y yo... yo sólo quiero irme de aquí y recuperar los diarios de Madre.

Santurce (Vizcaya), martes 17 de

diciembre, 1974.

Querido amigo mío:

Dios no me ha escuchado. Ayer le robé a Padre unos duros de su monedero y compré el test de embarazo que te dije en la farmacia. Dio positivo.

Lo más extraño de todo es que, cuando se lo conté a Asier, no salió corriendo como temía. Me dedicó una sonrisa de triunfo y satisfacción, como si se lo hubiera estado esperando. ¿Te lo puedes creer? Me miró con cariño y, con la voz más tranquila que te puedas imaginar, me dijo que nos tendríamos que casar en breve, antes de que se notara el embarazo, y que no me

preocupara de nada porque cuidaría de mí. ¡Qué suerte tengo de tenerlo y de que me quiera tanto!

Esta mañana me ha acompañado al médico de cabecera para confirmarlo. Estaré preñada de unas cinco o seis semanas. ¡Vaya! No sé si estaré preparada para ser madre... Soy sólo una chiquilla aprendiendo a volar dentro del nido. Si me alejo demasiado, puede que caiga y me fracture el cuello, que no pueda alzar el vuelo jamás...

¿Cómo se lo digo ahora a Pad...?

Unos nudillos golpearon con ansiedad la puerta. Natalia pudo notar el

hedor del alcohol filtrándose a través de las rendijas. Soltó la pluma, guardó a toda prisa el diario bajo el colchón y dijo:

—¿Qué quiere, Padre? No puede pasar ahora. Estoy enferma...

Los nudillos golpearon con más intensidad y frecuencia.

—¡No puede, Padre! —lloriqueó ella temblando.

Aún no le había cicatrizado el último mordisco que le había dejado en el culo por ser «una hija del pecado», como argumentaba él cada vez que la vejaba o apalizaba entre lloros sosteniendo que tenía que hacerlo.

—¿Cómo que no puedo? —rugió el hombre con la voz ahogada en coñac

—. ¡Ésta es mi casa y puedo entrar donde me plazca, tú incluida! ¡Abre o verás lo que es bueno!

—Padre, no... —suplicó ella.

Pero Natalia ya estaba abriéndole la puerta, incapaz de desobedecer a su padre, pues constituiría uno de los mayores pecados dentro de las creencias que le habían inculcado a golpes.

—¿Cómo va la ventana? —preguntó él sin mirarla.

Siempre comenzaba igual. Entraba, con la vergüenza encaramada sobre sus hombros, e iniciaba una charla sobre una preocupación inexistente hasta que, a golpes, se la sacudía de encima y, a golpes también, sacudía a su hija después de ponerse encima de ella.

—Bien, Padre...

Él observó la ventana con atención, palpando los nuevos clavos, tirando de ellos para asegurarse de que estaban bien anclados, y luego posó sus ojos de sapo sobre ella. Natalia escondió el temblor de sus manos colocándolas a la espalda. Se sentía más mosca que nunca.

—¿No se ha abierto? —preguntó él arrastrando las letras.

—No, Padre, no se ha abierto.

—Bien —y sonrió.

Con esa sonrisa empezaba siempre todo. La chica se pegó a la pared mientras rezaba un «Padre Nuestro» en su cabeza, que nunca, nunca, nunca le funcionaba.

—¿Y se ha abierto alguna cosa más de por aquí? —dijo él con la mirada acuosa y la voz pastosa—. ¿Qué haces con ese novio tuyo?

—No, Padre, por favor...

Darío ignoró las súplicas de su hija. Sólo veía a su esposa en ella, tan idéntica en el físico, regresando a su casa para atormentarle con su sexo insaciable y su maternidad frustrada.

«La Casa de los Bebés Muertos», se dijo con amargura, «La Casa de los Bebés Muertos.»

Le cogió el cuello con una sola mano y la arrojó contra el colchón sin contemplaciones. Natalia quedó tirada en la cama, con los puños apretados y las lágrimas en formación dentro de ella,

luchando por no salir. De un movimiento, más rápido de lo esperado, se bajó los pantalones y los calzoncillos, y se montó sobre ella como un jabalí en celo.

Natalia había aprendido a no patalear ni chillar. Así era más rápido y se llevaba menos golpes. Pero esta vez algo hizo que se rebelara de algún modo y, cuando éste iba a entrar en ella por quinta o sexta vez (ya no lo recordaba), susurró:

—Padre, no lo haga. Estoy embarazada...

Un brillo de terror se asomó a los ojos de Darío. Se irguió con la velocidad que otorga el miedo, y se alejó de la cama y de ella de un salto.

—¿Tú... estás embarazada? — repitió, alternando ojeadas rápidas entre la ventana y su hija.

Era la primera vez que Natalia veía en la cara de alguien las huellas del miedo, pero las reconoció enseguida. Ella lo había sentido toda su vida y ahora, ese mismo miedo, le daría la paz. Al menos, por ese día.

—Me ha pedido que me case con él. Pronto me marcharé, Padre —dijo ella mientras se cubría el cuerpo con el vestido, arremangado hasta la cintura.

—Está bien —respondió él.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida murmurando algo ininteligible. Cuando parecía que no iba a añadir nada más, Darío se volvió hacia ella y

musitó, con verdadera tristeza en su rostro:

—Lo siento mucho, Azucena, lo siento mucho.

—Soy Natalia, Padre — respondió ella, asustada al verlo tan perdido.

—Perdóname. No volveré a molestarte —dijo una última vez, cerrando la puerta con suavidad extrema.

El miedo, y luego la sorpresa, habían quemado el alcohol de su cuerpo. Natalia lo escuchó alejarse entre sollozos y lamentos. Esa noche descansaría...

Santurce (Vizcaya), domingo 22 de diciembre, 1974.

Natalia maldormía en su camastro agitándose entre sueños inquietos y desconcertantes. El sudor le bañaba frente, espalda y manos. Su pecho subía y bajaba de un modo arrítmico y peligroso mientras sus ojos se agitaban frenéticamente como aquejados de convulsiones. Boqueaba como un pez moribundo fuera del agua y arqueaba la espalda de forma violenta, incluso dolorosa.

En sus sueños, se hallaba atrapada entre millones de nubes negras

que le impedían la visión y el habla. Se asfixiaba sin remedio. No podía hablar, no podía respirar. No podía ver. No podía correr. Pero sí podía percibir que algo la estaba buscando, agazapado entre aquellos cirros de negra maldad, dispuesto a saltar sobre ella por sorpresa y devorarla.

Entonces, entre aquella espesa negrura, creyó ver a una mujer adulta, muy similar a ella, vestida de un blanco impoluto que la hacía brillar como un faro en la noche oscura. Alargó las manos hacia ella con el pensamiento de su madre serenando su cabeza e ideas, alejándola de la locura que ya la estaba cercando.

—Despierta, Natalia, ¡despierta!

—susurró la voz, pero ésta murió enseguida engullida por aquella oscuridad que también se apoderaba del sonido y de las palabras.

Natalia trató de avanzar hacia la voz. Sin embargo, la visión de la mujer también se deshilachó, como el frágil vaho en un cuarto de baño. Apretó los puños y se concentró para espantar de su cuerpo el miedo, que ya le mordía los tobillos y ascendía por sus piernas para llevársela consigo. Respiró con profundidad, exhalando e inhalando el poco oxígeno que halló entre aquellos nubarrones tóxicos, y escuchó un arañar de uñas sobre cristal.

Abrió los ojos, sabiéndose observada, y los volvió hacia la ventana

mientras se incorporaba temblando en su cama. ¡Estaba despierta! Unos ojos de hielo abrasador la contemplaban desde el exterior, absorbiéndole la cordura tan solo con mirarla. Parecían estudiarla, disfrutar con el encuentro. Una pequeña mano volvió a arrancarle un gemido doloroso y estridente al cristal, que se multiplicó por toda la estancia. Natalia se cubrió los oídos, incapaz de soportar aquel sonido agudo.

—Despierta, Natalia, ¡despierta!
—se oyó de nuevo.

La chica lanzó un grito espantoso, tejido de dolor y terror puro, y fue ese mismo grito el que, por fin, la despertó de verdad. Levantó sus párpados, asustada y sin aliento. Como en su

sueño, se incorporó en la cama lo justo y se giró hacia la maldita ventana.

No había nada.

«Quería que pensaras que estabas despierta, que pensaras que no permanecías dentro del sueño...», le susurró una voz dentro de ella.

Haciendo acopio de valor, se levantó de la cama y se aproximó al cristal provista de la linterna que dormía en su mesita para combatir los frecuentes apagones y cortes de luz. La cara se le desencajó cuando apuntó con ella y descubrió unas profundas marcas de garras al otro lado de la ventana.

—Madre... ayúdeme —imploró en voz alta.

El viento se desperezó ahí fuera,

bostezó en un sonido desconcertante y puso en movimiento a los árboles cercanos a la casa. Las ramas del sauce frente a su habitación abrazaron la ventana con la intensidad de quienes se abrazan en una despedida que se augura larga o eterna. Natalia se alejó de un tímido salto y buscó refugio bajo las mantas.

—No te llevarás a mi hijo —dijo con renovada valentía.

Y, así, fueron transcurriendo lentamente las horas hasta que el sol hizo su entrada en el cielo y, con él, desaparecieron los peligros de la noche. Acunada por los rayos de luz y su calor, Natalia se abandonó al reposo y sus ojos cansados se cerraron en un duermevela

ligero hasta que un nuevo ruido le hizo regresar de nuevo.

—¡Abre, abre la jodida puerta!
—gritó el padre desde el pasillo.

Ella se levantó de inmediato, con las legañas cosidas aún a los párpados, descorrió el cerrojo y le abrió la puerta sin darle apenas tiempo a preguntarse qué hacía ahí su padre tan temprano.

«Ni siquiera ha tenido tiempo de emborracharse», pensó.

—Hazte a un lado —dijo él con la cara descompuesta.

—¿Qué sucede, Padre?

—Tu madre ha venido a verme esta noche en mis sueños. Yo no tengo sueños —dijo por toda explicación.

Apartó a su hija de un manotazo

impaciente y entró en el cuarto de una zancada. Las pupilas se le dilataron de asombro. Se giró hacia ella y preguntó, con la voz teñida de odio e incredulidad:

—¿Has hecho tú esto?

Natalia volvió la cabeza hacia la ventana y enmudeció al encontrarla abierta.

—Yo... nnnno, Padre — respondió al fin entre balbuceos.

Darío alcanzó la pared y contempló desde cerca los clavos, doblados y torcidos sobre sí mismos. No, su hija no tenía fuerza para hacer aquello. ¿Y qué ganaría con ello además? Frunció los labios, agitó la cabeza de izquierda a derecha y la

señaló con el dedo mientras le dijo, con una voz inesperadamente tranquila:

—Recoge tus cosas. Habla con tu novio o haz lo que te venga en gana, pero te quiero fuera de esta casa antes de que llegue la noche. No volveré a pasar por lo mismo. No lo permitiré...

Natalia no replicó. Se limitó a observar con el corazón encogido cómo su padre salía de la habitación y de su vida. Había vuelto a abandonarla y ella no sentía el alivio que habría debido sentir. Jamás volvería a tocarla, es cierto, pero el sabor ácido de la soledad bañándola por dentro no le reportaba ninguna felicidad.

Hablaría con su adorado Asier aquella misma tarde en su cita. Después

de todo, en un mes se iban a casar. Seguro que los padres de él comprendían la situación y la acogerían de buen grado hasta que se fueran a vivir juntos como matrimonio...

En menos de diez minutos, había guardado sus escasas prendas y pertenencias en la maletita con la que saliera del orfanato y, cuando estaba a punto de marcharse para siempre de su dormitorio, un ruido reclamó su atención.

Una hoja, mecida por una corriente de aire inexistente, aleteaba asomada bajo la cama. Se aproximó al mueble llena de curiosidad. No necesitó tenerla entre sus manos y abrirla para

saber de qué se trataba. Era el mismo tipo de hoja, del mismo color y tamaño que las de los cuadernos-diario de su madre. Se acarició el vientre a modo de presentación («Bebé... Madre. Madre... bebé») y atrapó la hoja bailarina del suelo.

Se sentó en la cama, y la desdobló con ojos y dedos curiosos...

Carta de Azucena a Natalia

Querida hija,

Te escribo estas líneas en un acto de lucidez. Llevo ingresada en este hospital mucho tiempo, quizá demasiado, y la cordura es de las primeras cosas que pierdes aquí, junto con las ganas de vivir.

Haz que mi sacrificio merezca la pena, que vivir separadas valga el sacrificio, hija mía.

Has cumplido, según mis

cálculos, cinco años ya, y no tengo ninguna imagen tuya con la que ponerte cara en mis fantasías. No sé cómo suena tu risa ni de qué están hechos tus sueños. El mío... siempre has sido tú.

No obstante, si estás leyendo esta carta, es porque estás donde no deberías y encontraste mis diarios.

¡SAL DE INMEDIATO DE ALLÍ!

A estas alturas, Ángela te habrá olfateado ya y querrá llevarte con ella. Por favor, créeme: no estoy loca.

No se lo permitas, no permitas que se despierte. Abandona la casa. Podrá seguirte e irse tras de ti allá donde vayas, pero, por algún misterio incomprensible para mí, no podrá entrar y alcanzarte si no es entre esas paredes.

Te espiaré, buscaré cómo atraparte y hacerse fuerte, pero no lo lograré si no vuelves a poner un pie en esa maldita casa donde todo comenzó, donde engendré al MAL.

Créeme, por favor, no estoy loca...

¡SAL DE AHÍ!

1. La Muerte ha regresado.
2. Tiene hambre.
3. Te está buscando.
4. No le mires a los ojos.
5. Si tu ventana aparece abierta, ¡huye!

Mdlfigrfngj

jkfvjdfjidjf

jlflkdjfojfoj

Muerte

yagsbadsai8s

sdhkshdjhs ha regresado edhfbdsfdbsh
uushdshdishd tiene njkshdkshjdhs
hambre jkjdfkdjfdj te fhjdfhj está
buscando hsudfhusjnweriu no la
shduiehfuedhe mires hsdkhsdjsbjjhj
ventana bhgg hggfsd jijijiji abierta
hjkfhkjhdjkhf ¡huye! ¡huye! ¡HUYE!
¡HUYE! ¡HUYE! ¡HUYE! ¡HUYE!
¡HUYE! ¡HUYE! ¡HUYE! ¡HUYE!
Jijijiji ¡HUYE! ¡HUYE! ¡HUYE!
¡HUYE! ¡HUYE! ¡HUYE! ¡HUYE!
jijijiji

— Padre —susurró Natalia antes de dejar la casa.

Asier la esperaba al otro lado de la puerta, sosteniendo la maleta de ella y una sonrisa forzada que le pesaba toneladas.

Darío siguió fumando su cigarro, fingiendo no escucharla. Deseaba que se fuese de una vez. Había sido un error traerla, un tremendo error. Y ahora tendría que pagar por sus crímenes y pecados el resto de su existencia. Lo supo en cuanto vio esa asquerosa ventana abierta.

Todo había vuelto a comenzar...

—Padre, por favor. Sólo una pregunta antes de marcharme. No

volveré a molestarle ni a aparecer por aquí jamás, se lo prometo.

—Escupe... —dijo él en un alarde de compasión.

—¿Cómo y cuándo murió Madre?

Darío se giró hacia ella con el rostro contraído por el dolor. No se esperaba aquella pregunta, que recibió como una patada en las costillas. En cambio, algo le hizo responder. Quizá así se iría antes. Pronto terminaría todo aquello...

—Murió en el 68, cuando tú habías cumplido los diez —respondió sin mirarla.

—¿Cómo murió?

—De parto —dijo con amargura.

—¿Tengo un hermano...? —

preguntó ella, sorprendida y emocionada.

—No. Las dos murieron en el alumbramiento. Ahora lárgate y no regreses... —le escupió él señalando a la calle.

—De acuerdo, Padre. Cuídese. ¿Puedo saber una última cosa? ¿Cómo se iba a llamar mi hermana?

—Ángela, siempre Ángela. Se fueron las dos juntas, tal como ella había dicho.

—¡Ángela otra vez! —exclamó ella sintiendo el peso de la carta en sus bolsillos—. ¡Adiós, Padre!

Pero el único gesto de despedida por parte de él fue un afectuoso portazo

en la cara. Natalia sonrió a su enamorado, de pie en la acera, y pensó con alegría que, a partir de entonces, las cosas solamente podrían ir a mejor...

PARTE 2:

ASIER

Diario de Natalia (I)

Las Arenas (Vizcaya), domingo 26 de enero, 1975.

Querido diario:

Hoy me caso.

¡Por fin me caso!

Estoy en esta salita preparándome antes de salir hacia la iglesia y, como no tengo con quien compartir estos momentos previos ni quien me ayude con los últimos retoques, prefiero pasarlos contigo antes que revisar el

velo y mi horrible maquillaje. ¡Odio maquillarme!

Tengo ganas de empezar una nueva vida y de salir de casa de mis suegros. Mucho. No quiero decir nada malo de ellos, Dios me libre... Después de todo, ellos me han acogido en su casa todo este mes. Y yo, no es que sea muy espabilada, lo sé, pero noto cuando no se me quiere. Y la madre de Asier, pues no me soporta...

Este mes he intentado acercarme a ella, ayudar en las tareas domésticas, conocerla y que me conozca, pero me rehúye. Además, me muero por saber qué se siente durmiendo con mi marido, y no en esa habitación prestada de uno de los hermanos mayores de Asier

mientras él continúa en la suya... ¡Todo va a cambiar!

Asier se ha comportado de un modo diferente conmigo en este tiempo. Supongo que el tenerme en su casa y el estrés de tener que defenderme ante su madre le está afectando más de la cuenta, y por eso evita mirarme en exceso. Imagino que todo cambiará esta noche cuando vayamos al piso que nos han regalado sus padres.

Me habría gustado mucho, muchísimo, haber podido participar en la decoración y en la elección de los muebles de la casa, pero doña Concha, la madre de Asier, me dejó muy claro que no debía meterme, ya que eran su regalo y su dinero, y que yo ahí no

pintaba nada...

¡Qué se le va a hacer! Agaché la cabeza, sonreí con timidez, como siempre en mí, y respondí un «Sí, señora» que le dejara satisfecha, tal y como había hecho unos días atrás en la tienda de vestidos de novia, cuando avergonzó a la dependienta al gritarle que no me preguntara a mí, que yo no tenía voz ni voto en la elección del vestido, porque era ella quien pagaba.

Imagino que así estará el pobre Asier, entre dos aguas, para no enfadarnos a ninguna de las dos. Claro que yo jamás me enfadaré con él...

¡Pero todo cambiará hoy, todo! Sólo lamento no tener a nadie aquí conmigo, a una amiga, un familiar o un

conocido... Tocaré sonreír ante toda una iglesia llena de extraños, de amigos y familiares de todos ellos, dentro de un vestido que no me pertenece ni me representa (¡Es más feo que el culo de un mono!) mientras, en mis oídos, resuenan las palabras que escuché ayer de mi futura suegra...

Había salido al mercado a comprar frutas y verduras. Supongo que no me oyeron llegar. El caso es que fui a entrar en la cocina y les oí hablando de mí:

—¡Qué vergüenza nos vas a hacer pasar, hijo! ¡Cómo se te ocurre! ¿No había otra chica a la que preñar que nos dejara en mejor lugar que ésta? ¡A la hija

de la loca, la de la «Casa de los Bebés Muertos»!

—¿No queríais verme casado, ama? ¡Pues ya está! —dijo mi chico—. ¡Es la mujer idónea para mí, la perfecta, y lleva a mi hijo en sus entrañas! Además, no está loca como sus padres. Sólo es un poco lela...

Fruncí la boca al escuchar lo de «lela», pero mi futuro marido me había descrito como perfecta, así que la primera afirmación superaba a la segunda con creces. Y su madre era capaz de poner de los nervios a cualquiera, de obligarte a decir cosas que en verdad no sientes... Mi Asier no tenía culpa de nada, el pobrecito.

Seguí escuchando pegada a la

pared, sintiéndome como una delincuente por estar espiándolos. Sonreí traviesa y afiné el oído:

—¡Ya, hijo! ¿Pero qué dirán los invitados, toda nuestra familia? ¡No viene nadie por su parte! ¡Ni una sola persona! ¿Quién no tiene un triste pariente, un amigo? ¡Seremos la comidilla de toda Las Arenas^[4]! ¡Qué vergüenza! ¡Qué bochorno!

—¿Por eso nos habéis regalado el piso en Bilbao, eh? ¡Ya te has encargado de que no nos quedemos por aquí, al contrario que mis hermanos! —la acusó él.

—¡No me hagas hablar, Asier, que no quiero tenerla! Demasiado hemos aguantado tus «excentricidades».

Mientras me preguntaba a qué se refería la bruja de mi suegra, Asier se levantó de golpe, a juzgar por el movimiento de sillas, y se encaró con su madre.

—¡Pues ya no tenéis que aguantar ni una más! ¡Mañana mismo tendréis a vuestro tercer hijo casado y a punto de ser padre! ¿Qué más queréis?

—¡Que no hubieras elegido a esa cazafortunas zarrapastrosa que no tiene dónde caerse muerta! Es muy bonita, sí, ¡pero vamos a ser el hazmerreír!

En ese momento decidí que no quería seguir escuchando más. En silencio, regresé sobre mis pasos hasta la puerta, la abrí con suavidad y volví a cerrarla, asegurándome esta vez de

hacer el suficiente ruido. Entré en la cocina con mi sonrisa prestada de cada día y musité un cantarín «Buenos días». Un día más, sólo un día más...

—Natalia —dijo a su espalda la voz de la encantadora suegra.

La joven novia se miró un segundo en el espejo del tocador frente al que estaba sentada. Sonrió inconscientemente al verse tan hermosa pese a ese vestido de repollo con miles de lazos, tomó aire, cerró el diario y se dio la vuelta con la sonrisa sostenida en equilibrio en los labios antes de que cayera.

—¿Sí, señora?

—Es hora de ir a la iglesia.

Vamos.

Natalia se levantó, abrazada a su amigo de papel, y asintió.

—¿No irás a entrar a la iglesia a casarte con ese libro, no? —dijo ella escandalizada.

—No, señora. ¿Dónde puedo dejarlo? —preguntó la novia, dubitativa.

Le inquietaba alejarse de él y que alguien pudiera abrirlo, violar lo poco de ella que no habían violado: su mente, sus sueños, sus miedos, su madre.

La mujer sonrió un poco esa vez, casi de forma cálida, y respondió:

—Al menos manifiestas interés por los libros. Eso está bien... Lo guardaremos en el maletero del coche y

allí te esperará hasta que vayas a tu nueva casa.

Natalia se animó ante esa leve muestra de cercanía y preguntó:

—¿Es bonita la casa, señora?
¿Hay cuarto para el bebé?

Concha la miró con seriedad primero, con desdén después.

—¡Por supuesto que es bonita!
¿Qué te crees, muchacha ingrata? ¡La he decorado yo, así que no puede ser mejor! Equipada con lo último, luminosa y grande... ¡Hasta con teléfono!

—Muchas gracias, señora —
contestó la otra en un gesto de sumisión.

—¡Ya nos lo puedes agradecer, ya! ¡Te ha tocado la lotería con mi hijo!
—le soltó la futura suegra mientras

montaba en el asiento del copiloto del coche junto al que un chófer trajeado de blanco las aguardaba.

Natalia se sentó en la parte trasera del coche (uno blanco, muy grande y bonito, decorado con flores, tal como le explicaría a su diario más tarde) y cerró los ojos imaginando su inminente recorrido hacia el altar. Casi podía escuchar la música, los acordes del órgano acariciando sus movimientos. Sentía miedo, tristeza, esperanza, soledad y alegría. Todo a la vez. ¿Cómo podía ser?

—¡Espabila, que estás atontááá!

—gritó la voz de pito de la suegra, sacándola de su ensimismamiento.

Ella parpadeó un par de veces algo desubicada y salió del coche con los nervios agarrotando cada centímetro de su piel, cada célula, cada músculo.

—Yo te acompañaré al altar —le susurró su suegro, que le había tomado el brazo mientras le brindaba un guiño de complicidad.

Natalia nunca olvidaría ese gesto de cariño. Sólo así, con esa llamita de amistad ardiendo junto a ella, la joven pudo cruzar el pasillo de la iglesia bajo miradas, cuchicheos y palabras hostiles.

La ceremonia había comenzado...

Bilbao. El mismo día de la boda, por la noche.

¡Hola, amigo mío!

Te preguntarás qué hago aquí escribiéndote en mi noche de bodas, ¿eh? ¡Seguro que hoy no me esperabas ver de nuevo! La verdad es que yo tampoco. Estoy un poco confundida. A veces creo que este mundo no es para mí, que yo no soy de él y que me da patadas para que me vaya. Y yo, que siempre he sido un poco burra, me planto y me quedo, me quedo, me quedo... aunque me pateen.

La boda ha sido ¿bonita? Mucha

gente, muchos nervios, mucha hostilidad. Después de la ceremonia, hemos ido a comer a un restaurante que, cómo no, doña Concha había reservado. La gente iba y venía a nuestra mesa a hacerse fotos conmigo y Asier, y a felicitarle a él como si yo fuera un objeto de decoración. Quizá sean cosas mías. Hoy me siento extraña... Uno tras otro. Uno tras otro. No reconocería a ninguno de ellos si los viera ahora por la calle. Muchas caras, muchos nombres, pero ninguno me ha hablado realmente.

La comida estaba muy rica. Había cosas que yo no había visto en mi vida, pero me han gustado mucho. En realidad, en ese momento yo sólo pensaba en recuperarte. Y también en

Padre y Madre. Supongo que no puedo evitar soñar con ello en un día como hoy...

Después de mil platos, sonrisas y fotos hubo un pequeño baile que me recordó a la noche en que conocí a Asier. Ese pensamiento me hizo reír. Dos veces he bailado en mi vida: la noche en que nos conocimos y el día en que nos hemos casado.

Total, que por fin nos trajeron a casa en aquel bonito coche blanco, te recuperé y subimos a nuestro nuevo hogar. En las películas había visto que era tradición que el novio cruzara el umbral con la novia en brazos para dar prosperidad y felicidad al matrimonio y al hogar, de forma que se lo pedí. ¡Me

hacía tanta ilusión! Pero Asier me dijo que me dejara de chorradas, que ya iba siendo hora de crecer.

No comprendo por qué está así conmigo. ¿Serán los nervios? ¡Todo ha pasado tan rápido! Hace un año ni nos conocíamos, y ahora estamos casados y esperando un bebé... Tengo que ser más comprensiva con él. Podría haberme dejado, haberse desentendido de mí al saberme preñada, pero no lo hizo. Se alegró. Debo quitarme estas estúpidas ideas de la cabeza. Las dudas no me hacen bien. Tengo que quedarme con los hechos, con el amor que me da, aunque ahora mismo no esté aquí conmigo...

La cosa prometía cuando Asier se emocionó al enseñarme nuestra casa. Yo

me contagié de su sonrisa, del brillo de su mirada y volví a enamorarme de él. ¡Qué afortunada era de tenerlo! Me guio por cada habitación explicándome todo lo que habían hecho, puesto y comprado. Cada vez estaba más cariñoso conmigo. Me rozaba traviesamente las manos, el culo, los pechos... con cualquier excusa y reía como en nuestra primera cita.

Entonces me llevó al dormitorio entre besos, ya de esposos, pues nunca antes me había besado con la lengua. Me dejé llevar sin saber muy bien cómo se hacía, y me descubrí sintiendo placer con ese juego de lenguas. ¡Era como bailar con música, pero la música la poníamos nosotros! Me despojó de la ropa y luego se quitó la suya. Yo reía

como una loca de felicidad. Y, entonces, el teléfono de la mesita se despertó gritando como en una pesadilla.

Asier tomó el aparato con un gesto de fastidio y pude ver cómo todo él se transformaba al escuchar lo que hubiera al otro lado. Me dirigió una mirada fría y dura, como si no hubiera estado a punto de hacerme el amor hacía un segundo, y me gritó que me fuera al baño.

No comprendía. Musité un «¿Qué?» y él señaló el cuarto de baño con el brazo estirado mientras decía «¡Que te vayas al baño, coño! Es una conversación privada...»

Media hora más tarde, Asier se puso unos vaqueros y una camisa, y, sin

apenas mirarme a la cara o esforzarse por no herirme, me dijo que se iba, que no lo esperase despierta.

Y aquí estamos tú y yo, mi fiel amigo, en mi noche de bodas con mi mente puesta en mi marido y mi marido puesto en... no sé dónde.

Mi primer día de casada...

Natalia acarició las hojas, escondió el diario entre el somier y el colchón, y rezó para dormirse enseguida. No quería que las lágrimas la comieran viva...

Conversación telefónica de Asier

—¿Sí? ¿Diga?

—[.....]

—Eres tú...

—[.....]

—Espera un momento, por favor...

—(*A Natalia*) ¡Vete al baño!

—¿Qué? —preguntó ella sin comprender, con la piel y la sonrisa enfriándosele por momentos.

La cara de su recién estrenado esposo era una máscara de odio y frialdad.

—¡Que te vayas al baño, coño!
¡Es una conversación privada! —gritó él con la mano izquierda tapando el auricular del teléfono y con la derecha señalando al cuarto de baño de la habitación matrimonial.

Natalia escondió la incredulidad y el dolor bajo una sonrisa sumisa, se cubrió la desnudez de su cuerpo y de su alma con una sábana, y corrió al baño tiritando de frío y vergüenza. Allí se encerró, sentada en la taza del váter, hasta que él la reclamase de nuevo, como un paraguas olvidado en «Objetos perdidos».

—Ya estoy...

—[.....]

—¿Cómo has conseguido este número?

—[.....]

—Ajá. Sí, acabo de casarme.

—[.....]

—Sí, era verdad.

—[.....]

—Ohhhh, claro que sí.

—[.....]

—Yo también —rio.

—[.....]

—¿Ahora?

—[.....]

—No, no, claro que puedo. No era nada importante...

—[.....]

—¡Que sí, de verdad!

—[.....]

—No. Me muero de ganas, en serio.

—[.....]

—Sí. Ha pasado mucho tiempo.
Demasiado...

—[.....]

—Sí. Sobre eso... yo no quería. Lo siento.

—[.....]

—Oh, claro, claro. Ahora lo hablamos...

—[.....]

—Sí. Yo también.

—[.....]

—Hasta ahora, J.

—[.....]

—Agur.

Asier colgó el teléfono con la sonrisa derramándose por las comisuras de los labios. Enfiló hacia el armario, en el que ya descansaban todas sus prendas por obra y arte de su queridísima madre, y escogió una camisa de rayas y unos vaqueros. Con la prisa ralentizando todos sus movimientos, se vistió y llamó a la puerta del baño con golpecitos rápidos.

—¡Nena, abre! —exclamó con impaciencia.

Ella corrió hacia la puerta y se detuvo en seco sin saber si salir o

quedarse en el servicio al verlo vestido.

—¿Qué ocurre, Asier?

—Que me tienes que dejar el baño libre o no podré peinarme y perfumarme como es debido... Aparta, anda —explicó él, malescondiendo su malestar por tener que perder el tiempo con ella.

Natalia salió del baño con la boca abriéndosele por momentos.

—¿Te vas a ir? —no se atrevió a añadir: «¿En nuestra noche de bodas?»?

—Sí. No me esperes despierta, ¿de acuerdo? ¡Venga, acuéstate, Natalia! Ha sido un día muy largo, y seguro que el bebé y tú estáis muy cansados... —le dijo mirándola con cierta ternura culpable.

—Está bien, Asier.

Diez minutos más tarde, Asier salía del baño y de la casa, y Natalia miraba el techo de ese hogar que olía a nuevo sin saber qué hacer. Varias lágrimas y soledades después, se levantó y cogió el diario de su pequeña maletita...

¡Hola, amigo mío!

Te preguntarás qué hago aquí escribiéndote en mi noche de bodas, ¿eh?.....

Mi primer día de casada...

Natalia bajó el boli en señal de rendición a la evidencia, releyó su historia con un poso de amargura y acarició las hojas del diario en agradecimiento por acompañarla en esos momentos. Luego, esbozó una sonrisa de pérdida que le escoció en las heridas del corazón y escondió a su amigo entre el somier y el colchón mientras rezaba para dormirse enseguida y que las lágrimas no se la comieran viva. Poco a poco, el cansancio del día fue haciendo mella en ella y sus ojos se cerraron buscando la paz de la noche y la felicidad que siempre hallaba en sus sueños.

Natalia, que hasta en sueños pedía poco, sin atreverse a soñar mucho

más allá, soñaba con su bebé creciendo dentro de ella. Se acariciaba la tripa y escuchaba el latido perfecto de su corazón, la risa del pequeño, las tímidas patadas que indicaban que ya estaba listo para salir al mundo... Ella sonreía feliz al sentirlo en su interior e imaginar su carita.

Entonces escuchó un llanto agudo y doloroso, un llanto que no procedía del interior de su vientre, sino del exterior. Giró la cabeza y, aún dormida, se incorporó en aquel lecho conyugal por estrenar. El llanto era cada vez más audible. La joven se levantó entre sueños buscando el lugar del que provenía. Quería consolarlo. ¡Sonaba tan desvalido y solitario! Natalia no

podía consentirlo y caminó entre las nubes negras que empezaban a formarse a su alrededor, ignorando que su pequeño ya no reía dentro de ella. Sólo quería buscar a ese bebé sin madre que lloraba y acunarlo mientras le decía que no se preocupara, que ella lo cuidaría.

En el mundo real, Natalia avanzaba imparable hacia el gran ventanal de la habitación. Ahí la aguardaban dos ojos gélidos cuya visión podría arrastrar a cualquiera a la locura permanente. Sin embargo, ella no veía ni la ventana ni aquellos ojos que le sonrían. Para Natalia, la habitación había dejado de existir. Rodeada de nubes negras, se dejó conducir por el sonido del niño.

—Aquí estás... —dijo al fin al dar con una pequeña cuna en medio de aquella nada.

Se agachó a recoger al pequeño, pero un grito repentino le asustó.

—¡NOOOOOO! ¡No abras, Natalia, no abras! —sonó a su espalda la delicada voz de una mujer.

Ella sonrió, segura de que era su madre quien le había hablado, y se dio la vuelta para mirarla a la vez que soltaba lo que ella creía un bebé.

La ventana no llegó a abrirse.

—¡Eso es, hija mía! Aléjate de la ventana y no la abras. ¿Me oyes? ¡No la abras! Es lo que quiere —dijo la voz, tan brillante que, con cada palabra pronunciada, disipaba los cúmulos

negros, las nubes oscuras—. En esa casa ella no puede hacerte nada. Necesita que le abras tú para entrar y llevarse a tu hijo...

—¿Qué ventana, Madre? ¡Es solamente un bebé abandonado! —replicó ella.

—¡No lo es! ¡Miraaaaaaa! —gritó de nuevo.

Natalia se volvió hacia la cuna con los ojos agigantados por el miedo. Las nubes fueron transformándose a su alrededor en paredes y muebles de una habitación que resultó familiar. El bebé de la cuna emitió un graznido imposible y horripilante, que se le clavó en los ojos como una lluvia de alfileres. La cuna se metamorfoseó ante ella en un

ventanal y el pequeño, en aquellos ojos terribles que ya la habían visitado con anterioridad.

Entonces abrió los suyos y despertó.

Estaba de pie, pegada a la ventana, y comprobó, con un horror que siempre recordaría, que el llanto del niño no era tal, sino un desagradable chirriar de garras que horadaba el cristal, peleando por entrar.

Se alejó de ahí paso a paso, incapaz de girarse y de apartar su mirada de aquellos ojos transparentes y malvados, mientras las pequeñas manos infantiles le imploraban que se acercase y le abriera.

—Ábreme, mami, ábreme... —

dijo el ser que se había adherido al cristal.

—¡No la mires, Natalia, no la mires! ¡Recuerda! —sonó dentro de ella la voz de Madre.

Natalia asintió, cogió con prisa la almohada y las mantas que cubrían la cama y se parapetó en el baño. Ahí no había ventanas. Ahí estaría a salvo...

—¿Qué narices haces ahí? —dijo una voz que se fue colando por entre sus sueños—. Natalia...

La chica abrió los ojos con evidentes síntomas de desorientación. El cuello le propinó un latigazo de dolor al alzar la cabeza hacia la voz.

—Ohhh, creo que tengo una contractura por culpa de la postura... — se lamentó ella con la voz somnolienta y una mueca de dolor.

—¿Que qué haces ahí, en el suelo del cuarto de baño? —replicó Asier, molesto—. ¡No me digas que en tu casa dormíais así como si fuerais salvajes!

—¿Por qué dices eso? —dijo ella, confundida—. Ayúdame a levantarme, por favor, y te cuento...

—Sí, levanta, que me estoy meando... —dijo él impaciente, tirando de ella y del revoltijo de mantas en el

que había anidado—. Luego me cuentas, ¿eh? —añadió antes de cerrar la puerta del baño y dejarla fuera de nuevo, como adelanto de lo que sería su vida junto a él: siempre fuera.

Natalia estaba sentada en la cama, mirando fijamente hacia la ventana, cuando Asier regresó a la habitación. La observó con cierta intriga. Entonces, suavizó el mal gesto y se sentó junto a ella forzando una sonrisa. Se moría de ganas de saber qué historia se escondía tras la decisión de una embarazada de dormir en el suelo de un baño.

—Natalia... —le dijo, cogiéndole las manos.

Ella se giró hacia él, agradecida por ese gesto tierno aunque insuficiente,

y sonrió apartando las penas a un lado. Él había regresado.

—¿Vuelves ahora? —preguntó ella.

—Cuéntame, nena... ¿por qué has pasado la noche en el baño? —preguntó entonces él, ignorando las palabras de la chica.

—Es que... —dijo mientras agachaba la cabeza y se miraba los pies desnudos—. Vas a creer que estoy loca...

Ante el asombro de ésta, Asier rompió a reír de un modo escandaloso. Viniera de donde viniera, estaba claro que le había puesto de buen humor.

—¡Que voy a creer que estás loca, dices! JAJAJAJAJA... No te

preocupes por eso, vida mía, que no creo que me sorprendas...

—Bueno... —dudó ella—. Lo que contaba mi madre en sus diarios sobre unos ojos en una ventana, y que yo misma vi en casa de Padre, ayer se me apareció aquí.

Asier deshizo la sonrisa y le soltó las manos de forma automática en señal de rechazo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo estaba soñando con un bebé... —continuó ella, deseosa de compartir aquello con él—. Pero no era el nuestro. Estaba en una cuna en mitad de la nada, una nada hecha de nubes de carbón que me ahogaban y desorientaban. Fui a coger al niño y la

voz de mi madre me hizo despertar. Lo solté y no era un bebé... ¡Estaba a punto de abrir la ventana! Ésta no llegó a abrirse, pero al otro lado...

—¿Al otro lado... qué? —le interrogó Asier, metido en la historia.

—Estaban esos horribles ojos mirándome, riéndose de mí, invitándome a abrir la ventana, a que le dejara pasar. Luego paseó unas manitas de niña sobre el cristal y lo arañó, arrancando chirridos de ésos que dan una «dentera que pa` qué».

—Estarías soñando, seguro... —dijo él, preguntándose si podría repudiarla o devolverla en caso de locura o tara mental.

—Esa cosa dijo que yo era su

mami, Asier. Era como lo que decía Madre en sus diarios. Esa cosa quiere matar a nuestro bebé y sustituirlo...

Asier cogió aire un par de veces, preparó una sonrisa arrebatadora para ella y dijo, mientras negaba con la cabeza:

—Mira, todo esto es sugestión... Leíste aquellas locuras de tu madre (que estaba de atar, si me lo permites), y hoy era tu primera noche en una casa nueva. Estabas cansada, emocionada, con muchos cambios; seguramente, algo preocupada por el niño y yo no estaba... Tuviste un mal sueño, eso es todo. ¿De acuerdo? —dijo él.

—Pero yo... —protestó ella.

—¿DE ACUERDO? —repitió él,

esa vez de forma menos amable.

—De acuerdo —concedió Natalia.

—Esta noche verás cómo no pasa nada... —zanjó la cuestión el otro—. Y ahora voy a ducharme.

—¿Te quedarás esta noche? —resplandeció ella.

—No lo sé... Pero mira: si quieres, nos damos una buena ducha, vamos a comprarte algo de ropa, que siempre me llevas ese mismo vestido mugriento, y te invito a comer a un buen restaurante para celebrar nuestro primer día de casados. ¿Quieres?

—Ohhhh —acertó a exclamar ella mientras trataba de asimilar toda la información y la nueva situación en su

cabeza.

—¿Por qué me miras así? Parece que te haya hecho algo, ¡hostias! ¿Por qué se te han humedecido los ojos? —dijo él, que ya empezaba a olvidar el buen humor que lo acompañaba.

—Yo... pensaba... No sé... Pensaba que sería otra cosa... No sé ni siquiera dónde has pasado la noche ni por qué...

Él se colocó delante de ella de forma intimidatoria, tapándole la visión de la ventana, y le espetó:

—Mira, Natalia... Cuanto antes te hagas a la idea de que quien manda aquí soy yo y que entro, salgo, hago y deshago a mi antojo sin tener que dar explicaciones a nadie (y menos a ti),

menos doloroso será esto para los dos. Quieres que nos llevemos bien, amor mío, ¿a que sí? —preguntó acariciándole la cara.

Natalia asintió, cada vez más perdida.

—Quiero hacerte feliz... — musitó.

—Oh, cielo. Y lo harás, claro que sí. Lo harás... Ya sabes: ninguna pregunta, ninguna explicación... Así tendrás un marido contento...

—Entiendo... —resolvió ella, que, a esas alturas, no comprendía ya nada de nada—. ¿Y qué me queda a mí entonces? ¿Qué hay de mi felicidad?

Las palabras habían salido de su boca de forma atropellada e

inconsciente. Las tenía danzando en su cerebro y, sin saber cómo, habían saltado a la punta de su lengua y escapado de aquélla. Natalia cerró los ojos para recibir el pago por su osadía, pero los puñetazos, esta vez, llegarían solamente en lluvia de palabras.

—¿Tu felicidad? Natalia, vamos a dejar claros un par de conceptos ahora mismo —dijo Asier, arrodillándose frente a ella para tener su cara a la misma altura que la de ella—. Yo te he salvado de esa mierda de vida que tenías: de tu padre, de los cuchicheos de ser la hija de la loca y de vivir en la «Casa de los bebés muertos», de su maltrato y de todas esas guarradas que te hacía. Yo te he dado la vida. Soy,

digámoslo en palabras que puedas entender... soy tu Dios, ¿estamos? Te he sacado de ese basurero y ahora tendrás una vida cómoda, limpia y decente. Tendrás ropa, un marido y un hijo sin tener que preocuparte de nada más. Tus obligaciones serán muy sencillas, incluso para ti: atender la casa, cuidar del bebé cuando nazca y tener a tu marido contento. Como ves, pido bien poco a cambio de todo lo que te he dado... Mi generosidad no tiene límites y espero que no seas desagradecida. No tolero la ingratitud.

—Vale...

—Has conseguido pillar a un marido guapo, joven y encantador, con posibles y de buena familia. Ahora serás

mantenida y no te faltará de nada, aunque seas tan inútil que no sepas hacer gran cosa ni tengas el bachiller siquiera. ¡Te ha tocado la lotería!

Natalia se mordió con fuerza los labios hasta que éstos lloraron sangre con ella. Sintió una tristeza profunda que le agrietó los bordes del corazón.

—¿Entonces... no me quieres?

—¡Oh, claro que te quiero, tonta!

—rió él, entretenido con la situación como si fuera un programa de humor—. De hecho, nunca te querré tanto como ahora mismo... —añadió antes de depositar sobre su frente un beso que a Natalia le supo a la hostia de los domingos: a nada—. Después de todo, llevas a mi hijo (espero) dentro de ti...

—Ohhh.

—Por cierto, hablando de nuestro hijo. Sobre el nombre...

—¿Sí? ¿Podemos elegir dos nombres: uno por si es niño, y otro por si es niña? —se animó ella, que siempre se agarraba a cualquier tabla de salvación que la rescatara de ahogarse.

—¿Elegir... tú? —se asombró Asier poniéndose nuevamente de pie—. ¡Natalia, pero mira que eres tontina, chiquilla! ¡No te has enterado de nada! ¡Tú no eliges nada! ¡Hasta tu ropa la elegiremos mi madre o yo! A ver... ¿quién te ha hecho ese bombo? Yo, ¿no? ¿Pues quién va a elegir el nombre? Si es chico, se llamará Jon, como mi abuelo materno; y, si es niña, se llamará como

mi abuela materna: Alba.

—Vale... —contestó Natalia cada vez abrumada por una desolación tan intensa que estaba consumiendo todas sus fuerzas en sostener esa sonrisa que se le caía por los lados del peso.

—¿Quieres saber algo más? Por ser el primer día, te permito hacer preguntas... Cuanto antes lo comprendas todo, mejor. Tu papel es el de esposa bonita, tonta y sumisa, y creo que has nacido para ello. No me defraudes, ¿eh?

—¿Estás... con otra? —preguntó ella, rellenando con palabras los huecos de incompreensión.

—No, amor mío —rio él—. Tú eres y serás la única, lo juro. ¿Quieres que nos duchemos juntos? ¡Será

divertido! ¡Vamos! —dijo él con su sonrisa más seductora.

Aturdida y llena de nuevas heridas interiores, se dejó guiar por un esposo que reía, feliz y encantado de la vida, como si hubieran estado amándose toda la noche. Natalia entró con él en la ducha y dejó que hiciera con su cuerpo lo que quisiera. Ella ya no estaba ahí. Ni siquiera sabía si lloraba en silencio o era el agua de la ducha derramándose sobre su cara. Sólo repasaba, una y otra vez, cada palabra de Asier y se preguntaba si ella no estaría tan loca como su madre. No comprendía aquel mundo. No comprendía nada...

Diario de Natalia (II)

Bilbao, jueves 20 de febrero, 1975.

¡Hola, mi buen amigo!

¡Tres meses de embarazo ya y casi un mes de casada! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Volando! Pues una mierda... y perdona por mi vocabulario, pero el tiempo pasa muy lentamente, demasiado.

¡Asier ha cambiado tanto desde que nos casamos! A veces, creo que hasta se olvida de mi existencia, te lo prometo. Por poner un ejemplo, ayer

comimos juntos en casa, ¿no? Pues estábamos ya en el segundo plato y le pedí que me pasara el pan. Entonces me miró como sobresaltado, sorprendido de verme ahí junto a él. Y es que, amigo mío, es como si sólo me viera a ratos, los ratos en los que él quiere verme. El resto del tiempo ni existo y mi vida se limita a tener la casa perfecta, hacer la compra y sonreír para él.

Me siento más sola que nunca. No conozco a nadie y Asier me da muy poca libertad para salir, menos que Padre. Le gusta que esté siempre en casa para cuando venga él, bonita y arreglada, aunque nunca sepa qué hora es ésa ni si esa noche dormirá en casa o vendrá a comer... Su padre le ha metido de

enchufe en el ayuntamiento, pero ni siquiera tengo claro qué hace allí ni qué horario tiene. ¿Es eso normal, amigo mío? ¿Me estoy volviendo loca?

Creo... creo que no le importo. Ya lo he dicho.

Bilbao, sábado 1 de marzo, 1975.

¡Buenas noches, diario!

Adivina desde dónde te escribo otra vez... Exacto, ¡qué bien me conoces!

Es sábado por la noche y hoy tampoco se ha quedado a dormir. El

puñetero teléfono ha vuelto a sonar y se lo ha llevado de mi lado otra vez. ¿Qué hará? ¿Adónde irá? El otro día puse el oído y me pareció escuchar algo de un hospital. ¿Se estará viendo con una enfermera? Él dice que no, pero...

¿Estoy siendo una desagradecida, como afirma él, por no valorar todo lo que me da, por exigirle todo el tiempo cosas? Casi me da más miedo que mi matrimonio esté haciendo aguas de este modo que los ojos en esa dichosa ventana.

Siempre que él no está, aparece ella: la Muerte, como la llamaba Madre, arañando el cristal como un tenedor rabioso luchando contra un plato, destrozando mis nervios, matándome del

miedo. Pero ya no le dejo que me lo haga más. No, señor. Según se va Asier, cojo la almohada, me envuelvo en las mantas, y a dormir en la enorme bañera o en el suelo del baño. Y, cuando me despierta Asier o una mala postura (lo que llegue antes), me vuelvo a la cama si el sol ha despertado conmigo.

Bilbao, domingo 13 de abril, 1975.

Querido diario:

He hecho algo espantoso. Pero bueno, voy por partes:

Como sabes, ayer hice por fin una

amiga, la vecina de abajo. Es una mujer agradable, muy buena. Apenas tiene diez años más que yo, pero parece mucho más vieja y más sabia. ¿Será por todo lo que ha sufrido? Esta misma mañana me ha contado cómo perdió a su marido y a su hija pequeña. Una tragedia... Escuchaba su historia y pensaba en que yo no tenía derecho a quejarme. Mi bebé sigue creciendo dentro de mí (¡cinco meses ya!) y Asier... bueno, no es tan malo. Nunca me ha pegado así que podría ser peor. Y, a veces, parece hasta que me quiere un poquito.

Después de dos té y del relato de su triste historia, me animé a hablarle un poco de la mía. Le conté sobre mi vida en el orfanato, en la casa de Padre y de

mi recién estrenado matrimonio. Aunque he omitido cosas, muchas cosas. Tantas que hasta tengo la sensación de haberle mentido y traicionado su confianza, pero hay secretos que solamente puedo compartir contigo, mi buen amigo. ¿Cómo hablarle de la ventana, de los diarios de Madre y las muertes, de lo que Padre me hacía...? No puedo, de momento.

Pero sí le he contado de Asier, de sus desapariciones repentinas, de sus conversaciones telefónicas y de mis sospechas de que me la está pegando con otra. Entonces ella dejó su tacita de té en la mesa, se puso muy seria, me cogió de las manos, se inclinó hacia mí y me dijo:

—Niña... Tienes que averiguarlo.

Yo, en un primer momento, la miré sin comprender. Gemma, que así se llama la vecina, suspiró y dijo:

—¡Alma de cántaro! ¡Que lo sigas la próxima vez y descubras adónde va, con quién y qué hace!

Yo la miré horrorizada y negué rápidamente con la cabeza, pero sus palabras no dejaban de resonar una y otra vez dentro de mí, como un mal eco pegajoso del que no puedes librarte y, al final, ¡lo he hecho!

Ayer, en cuanto el teléfono sonó, me preparé para seguirlo según saliera por la puerta. Como ya es habitual, dijo un «Agur» sin añadir más explicaciones, y yo corrí tras él al rato con el corazón

ahogándome la garganta y el tripón ralentizando mis pasos. Pero, como soy tan tonta y no se me ocurrió planear nada antes, sólo pude ver cómo cogía el coche y se alejaba por la carretera.

He decidido que la próxima vez lo haré mejor. Estoy casi segura de que se reúnen en el almacén de su padre, donde me llevaba a mí, así que mi idea es cogermelo el autobús y aparecer allí. Te preguntarás cómo. Pues bien: anoche le robé las llaves y se las he devuelto esta mañana después de hacerme una copia, antes de que las pudiera echar en falta.

¡Creo que me he vuelto un poco loca y tengo miedo de lo que pueda descubrir y de las consecuencias, pero

necesito saberlo! ¡Lo necesito!

Bilbao, viernes 18 de abril, 1975.

Querido diario:

¡Hoy es el día!

Ayer le escuché hablando por teléfono para verse con ella esta tarde. Se lo he contado a Gemma, mi vecina, y lo hemos planeado todo. ¡Esta vez no puedo fallar!

Le diré que tengo alguna revisión médica y que tengo que irme. No me preguntará. Nunca lo hace ni me acompaña a las cosas del bebé o a las mías. Así tendré una excusa para irme antes de que salga él, coger el autobús y esconderme cerca para verlo todo.

¡Estoy decidida, pero muy nerviosa! Por favor, amigo mío, reza para que salga bien y que no me descubra. Han quedado a las 18h, así que yo saldré una hora antes. Cogeré el bus de las 17:10h y llegaré al callejón sobre las 17:45h.

¡Me siento como una espía! Debo dejarte ya, amigo... Son las 16:30 y debo prepararme para salir. ¡Luego te cuento! ¡Deséame suerte, amigo! ¡Te quiero!

Natalia regaló un furtivo beso al diario antes de cerrarlo y lo escondió en su lugar «secreto». Algo le decía que debía hacerlo, por si pasaba algo y no volvían a verse, por si ella no

regresaba. ¿Y entonces por qué iba a seguir adelante? Por pura tozudez, como hacía con su propia vida... Seguía y seguía, siempre adelante, luchando contra el mundo y su hostilidad por cabezonería, por instinto de supervivencia, por su derecho a ser y a existir. Porque ella también existía, y su bebé, pese a los ojos de Asier que no la veían, pese a los ojos tras la ventana que no dejaban de mirarla y llamarla, pese a la falta de amor. Ambos existían.

Se colocó un peto vaquero y una chaqueta de punto, comprados y elegidos por su suegra, se recogió el negro cabello en una coleta alta y se persignó ochocientas veces y media seguidas antes de salir del cuarto de

baño. Le daba miedo que Asier la mirara a la cara en una de aquellas raras ocasiones en las que reparaba en ella, y leyera en su piel sus planes, su culpa. La descubriría de inmediato.

Salió por fin del baño y se acercó al salón, donde su marido se encontraba, tumbado en el sofá con una revista en las manos.

—Asier... —lo llamó con suavidad.

Él no respondió ni alzó la mirada hacia ella. Por esa vez, aquel gesto hizo sonreír a Natalia. No vería su culpabilidad tatuada en su frente y en unos vergonzosos ronchones rojos que decoraban sus mejillas.

—Me voy al médico. ¿Necesitas

algo?

Su marido gruñó como un oso desperezándose tras la siesta y agitó la mano en el aire en un gesto con el que le daba permiso para irse y para que lo dejara tranquilo.

—Hasta luego entonces, si es que vienes esta noche —respondió ella mientras ya se batía en retirada y tomaba el pasillo.

Bajó decidida las escaleras y sólo se permitió una segunda sonrisa cuando se vio subida en el autobús. Se sentía más adulta, más lista de lo habitual. Sentía que tomaba las riendas de su vida de algún modo.

Iba algo escasa de tiempo. El autobús no había llegado a su hora y parecía haberse parado en todas las marquesinas del mundo, incluyendo las que no pertenecían a esa ruta. Natalia bajó en la parada que se hallaba a dos manzanas del almacén. Miró la hora con un gesto de contrariedad y trató de ganarle tiempo al reloj poniendo a correr a sus piernas menudas que, además, debían soportar el peso de su embarazo.

Llegó a menos diez, casi sin aliento. Lanzó miradas hacia todos los lados por si Asier había decidido llegar

antes a su cita, se adentró en el callejón y apoyó la cabeza en la puerta de la vieja casa por si se escuchaba algo.

—Bien. Todavía no han llegado...

—dijo conscientemente en voz alta para espantar el miedo y relajarse con el sonido de su propia voz.

Separó la cabeza de la puerta y continuó unos cuantos pasos más hasta adentrarse del todo en aquel callejón sin salida. Volvió la cabeza en ambas direcciones y descubrió aliviada una última puerta, semejante a la del almacén, pero con una entrada mucho más pronunciada que la convertía en el lugar idóneo para ocultarse sin ser descubierta por su marido.

Apenas subió el pequeño escalón

de acceso al pórtico, escuchó la voz de terciopelo de Asier acariciando al aire con su risa. Aquello le provocó un dolor inesperado. Él ya no reiría más con ella y, tonta de ella..., ella se había enamorado de su risa. Ahora lo sabía. Contuvo la respiración y esperó, oculta en su pequeño escondite y en la cuasi penumbra que la rodeaba.

«Son dos voces masculinas», se dijo sorprendida al escuchar las risotadas de dos hombres.

—¡Espérate, ansioso! —exclamó el desconocido.

—¡Llevo dos días sin verte, Javier! —respondió su marido mientras acercaba sus labios a los del otro hombre.

Natalia se llevó las manos a la boca para ahogar la pena, que luchaba por salirse del alma en forma de grito. La sorpresa inicial apenas había durado un segundo dentro de ella, barrida por el dolor del descubrimiento. Él la había engañado desde el primer momento. Natalia se sintió deshacerse en un llanto mudo y seco que le agrietó la piel y los sueños. La había elegido a ella, por supuesto... porque él se había percatado de lo rematadamente estúpida e ingenua que era, de lo desesperada que estaba por conocer aquello que llamaban amor o vida.

Los observó prodigándose caricias y gestos mezclados de cariño y urgencia sexual mientras desaparecían

por el almacén en el que ella había creído conocer el amor, donde había engendrado a su bebé. Se tocó el vientre para sentir a su pequeño y mitigar la soledad, y aguardó hasta que su esposo y el amante cerraron la puerta tras ellos. Luego salió de la oscuridad que la envolvía, aunque ésta se había colado ya dentro de ella, y se alejó de allí con pesadez y tristeza.

Cuando estaba a punto de sobrepasar la puerta por la cual su alegría se había esfumado, un gato negro se cruzó en su camino. Los ojos de ambos se miraron curiosos. El gato maulló mimoso en busca de atenciones y ella se agachó hacia él con una sonrisa de complicidad.

—¿Tú también quieres una caricia, verdad, minino? —susurró a la par que le rascaba la pequeña cabeza y el animal se enredaba y frotaba contra sus piernas—. Te gusta, ¿eh? ¡Claro que sí!

El animalito ronroneó de satisfacción y la joven casi se sintió feliz. Entonces cayó de bruces al suelo después de que el gato, inesperadamente, decidiese practicar artes marciales con sus piernas y le clavara las garras con fiereza hasta traspasar la tela vaquera del peto y su carne. El animal comenzó a maullar y bufar como poseído. Natalia trató de incorporarse del suelo y alejarse de esas afiladas uñas que la atacaban sin piedad,

pero el gato había saltado sobre ella y la miraba amenazador desde lo alto de su pecho.

Un nuevo dolor superó al de las heridas, esta vez interno: un latigazo le desgarró las entrañas. La chica sintió una humedad caliente descendiendo por sus muslos. Supo en su interior que era sangre, y no orina, aunque no pudiera comprobarlo desde aquella posición. El gato se paseó con una sonrisa triunfal sobre ella, abarcando vientre y pecho.

—¡Dios mío! —exclamó aterrorizada al ver la transformación que empezaban a darse en los ojos del temible felino—. ¡Eres tú!

El bicho negro abandonó todo bufido y maullido para emitir una risa

aguda y desconcertante, casi humana, que fue subiendo en intensidad. Aquellos ojos que la habían estado acosando al otro lado de la ventana, los ojos de la muerte, estaban ahora sobre ella y su bebé. Natalia experimentó un ataque de pánico tan intenso que el grito murió dentro de ella. Los ojos cada vez estaban más cerca de ella. El gato se colocó frente a su rostro con una sonrisa diabólica y ella pensó que moriría ahí mismo, junto a la puerta tras las que, en ese mismo momento, su marido estaría realizando prácticas sexuales prohibidas. Pero no, la Muerte no la quería a ella. De momento... Madre tenía razón. La Muerte quería ocupar el lugar del feto y ella había sido tan

estúpida de acercarse a la casa de Padre sin pensar que podría darle caza.

Rezó un «Padre Nuestro» y le prometió a Dios que sería una buena esposa y callaría, tal y como se esperaba de ella, si salía de ahí con su bebé vivo. El gato rio enloquecido y su cara se desfiguró en la de una niña anciana.

—¡Por fin! —dijo el ser.

Natalia volvió a sentir una marea de dolor dentro de ella. Trató de revolverse y escapar de aquel callejón, mas estaba paralizada.

—¡Huye! —gritó una voz a lo lejos.

El gato le ocultaba la visión, aunque percibió una luz blanca

inundando el espacio del fondo. Los ojos del felino se apagaron hasta quedarse en blanco y, finalmente, el cuerpo del animal cayó sin vida sobre su vientre.

—¡Sal de aquí ahora mismo y aléjate de la casa! —ordenó la luz blanca.

—¿Madre? —consiguió decir.

—¡Levanta!

Natalia se incorporó con esfuerzo y corrió como pudo sin mirar atrás ni despedirse, aunque en su cabeza únicamente repetía «Gracias, gracias, gracias». Sólo cuando se vio dentro del autobús, se detuvo a mirarse las piernas. Pareciera que un montón de navajas le hubieran rajado. De los jirones de ropa

salían regueros tímidos de sangre, pero aquéllos no eran nada comparados con el charco que se había formado en la cara interior de sus muslos. Se abrazó el abdomen y se juró que jamás se acercaría a esa casa. Había estado a punto de perder a su bebé.

—Señorita... ¿se encuentra bien?
—le preguntó una anciana a su lado.

—Creo... creo que necesito ir al hospital —contestó la adolescente antes de desmayarse.

Diario de Natalia

(III)

Bilbao, lunes 21 de abril, 1975.

Casi lo pierdo, querido diario.
Casi lo pierdo.

Para mi sorpresa, Asier ha estado conmigo en el hospital gran parte del fin de semana. Parecía preocupado por el bebé. Ayer le miré a los ojos y supe que me callaría la verdad para siempre. Después de todo, se lo prometí a Dios si

nos salvaba a ambos. Y justo entonces apareció Madre convertida en esa luz cegadora.

Ahora se lo debo. Debo seguir callada, fingiendo, representando mi papel, y tratar de ser feliz con lo que Dios me ha dado, que no es poco.

Bilbao, lunes 2 de junio, 1975.

Desde aquella tarde en el callejón, los ojos no han vuelto a visitarme, pero no me fio. Ya no. Vi el mal en ellos. Esa cosa quería la vida de mi bebé, quería meterse dentro de mí y

suplantarlo. Quizá esté esperando a que me confíe para volver a actuar, pero no volverá a cogermé con la guardia baja. Si Asier no está, vuelvo al fuerte que me he construido en el cuarto de baño.

Cada vez que él me pilla durmiendo allí, me mira como si estuviera loca y yo callo. Callo lo que sé, lo que pienso y lo que siento. Siempre callo.

Bilbao, jueves 17 de julio, 1975.

Me encuentro ya muy pesada, amigo mío. ¡Es que mira qué barrigón

tengo ya! Gemma, mi querida vecina, me ha regalado ropita para el bebé. ¡Es tan dulce y buena conmigo! A veces pienso que, si no enloquezco, es gracias a ella. Sigo sin atreverme a contarle lo de la ventana y lo ocurrido con el gato en ese horrible callejón. No lo comprendería, y me aterra pensar que ella también me mirara con esa cara de desprecio y pena con la que lo hace mi esposo. Ni siquiera comprende por qué sigo con Asier después de lo que descubrí hace unos meses. Y yo, ante su estupefacción, sigo callando. Es lo que mejor hago.

El caso es que, como te contaba, Gemma me acompañó hace unos días a la última ecografía y el médico me informó de que mi bebé era una niña.

Asier torció el morro cuando se lo conté, como decepcionado, y se limitó a decir que la cría se llamaría Alba, igual que su abuela materna. Yo asentí, feliz de que al menos ésta no se hubiera llamado Eustaquia, Benedicta o Angustias. Por lo menos, es un nombre bonito, ¿verdad que sí, mi pequeño amigo de papel?

Pues eso, que esta mañana Gemma me ha sorprendido regalándome ropita de bebé. ¡Me ha emocionado tanto que he llorado incluso delante de ella! Tengo tantas ganas de ver la cara de mi hija, de tenerla entre mis brazos y susurrarle que todo va a ir bien... La vida tendrá sentido a partir de ahora.

Bilbao, jueves 1 de agosto, 1975.

Anoche la Muerte se coló entre mis sueños.

Yo notaba moverse a Alba dentro de mí, inquieta. Acaricié mi barriga para tranquilizarla, pero las contracciones hicieron que me doblara de dolor enseguida. Me giré en busca de mi marido, pero su lugar de la cama estaba vacío y frío, igual que nuestro matrimonio. ¿Qué hacía yo en el dormitorio si Asier se había ido de nuevo con su amante? Entonces supe que no podía ser, que estaba dentro de un sueño, y me relajé. No me podía pasar

nada malo.

Comencé a reírme de puros nervios, pero el dolor me cortó la risa de tajo. ¡Se sentía todo tan real! Entonces grité y grité. Asier salió del baño a la carrera y me llevó al hospital.

Y allí, tras varias horas terribles de un sufrimiento insufrible, el médico me dijo que ya salía, que me preparase. Pero no salió mi pequeña Alba, no. Escuché los gritos horrorizados del personal médico mientras Asier me dedicaba una mirada de repugnancia profunda. Yo lloraba y quería alzarme para ver qué pasaba.

Y lo vi.

Era el mismo gato del callejón, en la misma posición en que lo había visto

por última vez: muerto, con los ojos vueltos del revés. ¡Esa cosa había nacido de mí!

Una enfermera recogió el gato muerto e hizo ademán de arrojarlo a la papelera, pero sentí que no podía permitirlo. Lloré, pataleé y chillé pidiendo que no lo tiraran a la basura, que era mío. Asier, entonces, me escupió a la cara y, con un gesto de asco absoluto, me dijo que no era capaz ni de dar vida a un ser humano. Luego se fue y los médicos, también. Me quedé a solas con el cadáver del gato negro, llorando y preguntándome qué había sido de mi Alba, dónde estaba y por qué ya no la notaba.

¡Era tanto el dolor que sentía en

ese momento que superaba a todos los partos del mundo! Las lágrimas me ahogaron los ojos y la garganta, y la vista se me perdió. No entendía nada: ni por qué me dejaban sola ni qué hacía ese maldito gato ahí. Entonces escuché la risa de la niña, una risa gutural entremezclada con maullidos. ¡El gato había vuelto a la vida y se reía de mí!

Volví a gritar, desesperada, y ahí fue cuando Asier me sacó de esa horrible pesadilla. Esa noche se había quedado a dormir en casa junto a mí. Movi6 la cabeza en un gesto negativo que no supe interpretar si era de preocupación o de desagrado y corrí hacia la ventana. Las huellas de una pequeña mano al otro lado del cristal me

chivaron que esto no se había acabado. Corrí hacia la cama y me abracé a Asier, muerta de miedo.

Él se portó esa noche. Me abrazó muy fuerte y me prometió que todo saldría bien. Pero yo tengo much....

Natalia soltó el bolígrafo repentinamente, como si éste le hubiera lanzado una descarga eléctrica, y se dobló sobre sí misma de dolor, de un dolor que reconoció de inmediato. Se había puesto de parto, igual que en su sueño. Llamó a Asier a gritos, aun sabiendo que no estaba, y se preparó mentalmente para un segundo alumbramiento en menos de un día.

Puso el diario a salvo en su escondite secreto y se arrastró entre contracciones al piso de abajo. Gemma sabría qué hacer...

La llegada de Alba

Natalia sonreía con su pequeña en brazos. Todo había merecido la pena a cambio de llegar a aquel momento. Dio las gracias a Dios y prometió que jamás se volvería a quejar. Era una afortunada por tenerla. ¡Y era perfecta!

—¿Dónde está? —preguntó Asier a modo de saludo al entrar en la habitación del hospital.

—Aquí —respondió la joven con una sonrisa de colores que ignoraría cualquier detalle desagradable que procediese de él.

El chico se acercó a la cama y observó unos segundos a la niña sin cogerla en brazos o tocarla siquiera. Finalmente, sus labios se curvaron en señal de aprobación.

—Tiene mi pelo negro. Al menos sé que es mío —repuso aliviado.

La sonrisa de ella se desintegró de inmediato. ¿Cómo podía recordarle, justo ahora y con su hija recién nacida delante, lo que su padre le había hecho? Se abrazó a la pequeña, rehízo aquella sonrisa perdida y respondió con calma:

—Es tu viva imagen: morena y de ojos oscuros, Asier. ¿No quieres cogerla?

Él las miró a ambas y dudó por un momento. Después se encogió de

hombros y dijo:

—Quizá a mi regreso...

—¿A tu regreso? ¿Adónde te vas?

—inquirió ella, incrédula, olvidando su promesa de no quejarse ni hacer preguntas incómodas a su marido.

—Tengo... un viaje de negocios. Por eso no he podido venir antes. Volveré dentro de una semana.

—¿Y me vas a dejar sola con la casa y nuestra hija? Asier, acabo de parir y no sé si seré capaz de poder con todo... —se lamentó ella, desbordada y con las hormonas enloquecidas.

—Oh, no te preocupes por eso. Te vas a casa de mis padres hasta que yo vuelva, ¿de acuerdo? —preguntó en un tono que no admitía una negativa.

—De acuerdo...

—¡Pues hasta la vuelta entonces, nena! —dijo él girándose hacia la salida mientras sacudía una mano en el aire.

No hubo gestos de cariño para ninguna de las dos. Natalia se quedó mirando a su antiguo amor entre el desconcierto y el dolor, y pensó, mientras lo veía marchar, que estar casada con él era como beber vinagre. Era desagradable y dañaba por dentro, pero causaba tanta sed que volvías a beber siempre más, una y otra vez, una y otra vez.

La cabeza de doña Concha asomó por el umbral, llenando el espacio con sus apreciaciones, órdenes y cháchara clasista. Natalia se refugió en la carita

de su hija y se dijo que, al menos, las dos estarían protegidas de aquellos ojos diabólicos.

Diario de Natalia

(IV)

Bilbao, miércoles 30 de junio, 1976.

Querido diario mío:

Hoy cumplo dieciocho años y apenas te quedan hojas dentro para que podamos seguir juntos mucho más, así que trataré de hacer que me dures lo máximo posible.

¡Y pensar que todo empezó hace dos años! ¡Cuántas cosas han ocurrido

desde entonces! Releyendo mi primera entrada, me doy cuenta de lo rápido y lento que transcurre esto que llaman vida.

A los dieciséis, abandoné el orfanato para irme a vivir con Padre; y a los diecisiete, ya estaba casada y embarazada. Y ahora, a mis dieciocho, tengo un bebé que hará un añito en apenas un mes y algo. ¡Quién me lo iba a decir a mí!

Alba es simplemente preciosa y perfecta. Incluso Asier, los días en los que está en casa, no puede librarse del influjo que la niña provoca en los demás. En esos momentos, cuando ambos la miramos y ella nos hace reír y sentirnos unidos, parecemos una familia

de verdad desde fuera. ¡Lástima que dure tan poco!

Son como dos gotas de agua, ¿verdad? Con esos ojos negros, la piel morena y los cabellos llenos de rizos oscuros, como caracoles en un día de sol. ¡Tan bonita! Sólo espero que ella me quiera de verdad...

Asier cada vez se ausenta más de nuestra casa y sé que se va con él días enteros, incluso semanas. Ya me he acostumbrado. La primera vez, con Alba recién nacida, me dolió mucho, pero ahora ya no me importa. Así tengo más tiempo para estar con mi pequeña alegría, con mi pequeño tesoro de rizos negros.

Después de todo, nunca más ha

vuelto a ocurrir nada. Ahora pienso que todo fue fruto de mi cabeza, que los diarios de Madre me afectaron y que vi cosas que no existían. Quizá haya heredado su locura, quizá fuera estrés por el embarazo y tantos cambios... Porque jamás he vuelto a escuchar, ver o sentir nada extraño. Ni rastro de ojos, de ventanas chirriantes bajo unas garras ni de gatos muertos que hablan y ríen.

Se puede decir que estoy en una etapa dulce. Disfruto de la felicidad que me da Alba, duermo por las noches a pierna suelta y acepto tantos los días en los que Asier quiere mirarme y quererme como en los que quisiera hacerme desaparecer. Lo comprendo en parte: supongo que mirarme es

recordarle la vida de mentira que tiene y el asco que proyecta en mí es el que él se tiene a sí mismo por ser lo que es, por no salir del armario...

Trato de ser justa con él. Voy aprendiendo poco a poco y creo que lo está notando. Gemma dice que sí, que no soy tan estúpida como me creo, pero yo no estoy tan segura. Sólo agradezco que las cosas sean cada vez mejores y que jamás me haya puesto una mano encima. Ver crecer cada día a Alba es el mejor regalo para mí. No pido más, mi buen amigo.

Bilbao, lunes 2 de agosto, 1976.

¡Hoy es el cumpleaños de mi princesita! Gemma ha subido a mi casa por primera vez para celebrarlo con nosotras. Ha traído una tarta hecha por ella y yo he dejado que Alba probara un poco de chocolate. Le ha gustado mucho.

La tarde estaba siendo genial a pesar de que Asier hoy tampoco estaba con nosotras. Pues nada, ¡a más pastel que hemos tocado! Alba ha reído como una loca cuando ha «apagado» su velita. Ha sido un momento muy especial. Entonces, todo se ha torcido.

No sé, ha sido muy raro... Después de soplar las velas, Gemma quiso ir al baño. Le indiqué que usara el

del dormitorio, donde tantas noches he dormido, porque el otro es el que uso para la peque y me daba apuro que lo viera lleno de cachivaches. Cuando volvió al salón con nosotras, ya no parecía la misma. La expresión de su cara había cambiado del todo, ¿sabes? Reconocí el miedo bailando en sus pupilas. Me dijo que no se encontraba bien y se fue de casa atropelladamente con un triste «Me voy», sin apenas atreverse a mirarme.

Bilbao, viernes 6 de agosto, 1976.

He tratado de hablar con Gemma, pero no me abre la puerta. ¿Qué tripa se le ha roto? Cada vez que le toco a la puerta, me dice que está enferma y que no quiere recibir visitas, que no va a abrirme y que lo siente mucho.

Estoy muy triste, amigo. Ella era un gran apoyo en mi vida y no sé qué he podido hacerle para que no quiera hablarme. Seguiré intentándolo...

**Bilbao, sábado 18 de septiembre,
1976.**

Estoy muy deprimida. Esta mañana, cuando estaba dando de desayunar a Alba, escuché muchos ruidos en el piso de abajo. Aprovechando que Asier estaba en casa, le pedí que la cuidara un ratito y bajé corriendo las escaleras. Tenía un mal presentimiento.

Una empresa de mudanza se estaba llevando todos los muebles y objetos de la casa de Gemma. Me he quedado helada. Les he preguntado qué hacían y dónde estaba la dueña, y ellos

me han respondido que ya no vivía allí, que se había mudado.

¿Por qué haría Gemma una cosa así? ¿Por qué se iría sin despedirse de mí? ¿Por qué ha dejado de hablarme?

Estoy muy triste, amigo mío. No ando sobrada de cariño. Sólo os tenía a ti, a ella y a mi hija. Siento que una parte de mí se está muriendo con su marcha...

Bilbao, miércoles 16 de marzo, 1977.

No he vuelto a saber nada de Gemma y a ti sólo te quedan dos hojas más para contarte, así que trataré de

aprovecharlas al máximo.

Ayer lo extraño e incomprensible volvió a visitarme. No, no tengas miedo. No se trata de Ella. No ha regresado. Pero tuve un sueño muy raro, horrible, y eso fue el principio nada más. Te cuento, amigo mío...

Mikel, el padre de Asier, se me apareció en sueños. Así, como lo oyes. Lo vi a lo lejos. Me extrañó verlo sin su insoportable y acaparadora mujer al lado. Él se acercó a mí con lentitud pero sin dudarle, como si hubiera estado buscándome. Y, cuando estaba lo suficientemente cerca de mí, me tomó de las manos con una fuerza que daba miedo.

Al principio, yo era incapaz de

apartar mis ojos de los suyos, porque algo no iba bien con ellos. Estaban ciegos, vestidos de esa transparencia incolora que le proporciona la muerte a todo... Pero luego abrió su boca para contarme algo y, entonces, reparé en ella. Tenía la mandíbula desencajada en una espeluznante mueca. Ésta cayó a mis pies provocando un sonido hipnótico que aún resuena en mis oídos. Después alcé la cabeza y comprobé aterrada que, de lo que quedaba de su boca, brotaba un río de sangre en lugar de palabras.

Hice lo que solamente hago en mis sueños y nunca en la realidad: grité, grité y grité. Asier se despertó sobresaltado a mi lado. Me zarandeó para que me callara de una vez, pero no

le funcionó en esa ocasión. No podía dejar de gritar y llorar. La niña se despertó y se unió a mis llantos desde su habitación. Fue ahí cuando Asier me golpeó por primera vez. Creo que estaba tan asustado como yo al verme así. Me golpeó en la cara con toda la mano abierta y el llanto se me secó de golpe. Corrí a la habitación de la niña y, en cuanto conseguí que Alba se durmiera de nuevo, volví al cuarto con él, ya más tranquila pero con la mejilla ardiendo de rabia.

Y se lo solté. Así, sin más. Quería ver su cara mientras se lo contaba.

—Asier, he tenido una pesadilla.

Él respondió tal como me imaginaba, con un suspiro de fastidio y

un seco «¿Qué has soñado esta vez?»

—He soñado con tu padre —le respondí con mi voz bastante después de haberlo hecho con mi mente.

—¿Y...?

—Parecía muerto —contesté de inmediato, luchando entre mis inexplicables ganas de hacerle daño, tan poco habitual en mí, y mi sentido del tacto.

Él abrió la boca, sorprendido de veras ante mis palabras, y una oscuridad en forma de puño se estrelló contra mi nariz. Ésta respondió llorando sangre y, sin volver a dirigirnos la palabra, me levanté de la cama y busqué consuelo abrazándome a mi pequeña, que dormía en su camita de nuevo, ajena a mi dolor

y a este hogar de plástico y mentiras.

No conseguí dormirme más. El dolor por una posible fractura de nariz, la sangre que no dejaba de salir y las imágenes de mi suegro no me dejaron tranquila. Y sí, ya sé que pensarás que estoy como una regadera estropeada, pero lo que más me dolía de todo era que él me hubiese pegado. Siempre me había aferrado a eso para justificar lo demás, pero...

La puerta principal se abrió de repente en un estruendo provocado al golpear contra la pared. Natalia olió el peligro. Miró llena de miedo a Alba,

que jugaba a mirarse y chuparse los pies sobre la moqueta del suelo del salón, y cerró el diario sin darle tiempo a más.

Asier había entrado como un huracán en la estancia. Tenía la mirada ida y el rostro desencajado. Se abalanzó sobre su joven esposa y tiró con rabia de su pelo hasta hacerle caer de la silla. El dolor, la sorpresa y el pánico se mezclaron en el estómago de Natalia y emergieron en forma de grito.

—¿Ahora chillas de nuevo, eh, bruja? —preguntó él desde arriba, sin percatarse de la presencia de la niña hasta que no escuchó su llanto.

Paseó la vista por el suelo para localizar a su hija y la vio a un lado, llena de lágrimas y mocos. Cerró los

ojos un segundo, apretó los puños de frustración y, obligándose a emplear un tono más calmado delante de ella, le dijo a la mujer:

—Lleva a la cría a su habitación y vuelve aquí ahora mismo.

—No entiendo... —respondió ésta, consternada. Él no era así, nunca se comportaba así—. ¿Qué sucede?

—¡Que lleves a la puta niña a su cuarto o te cuarteo la cara delante de ella, bruja! —le escupió lleno de odio.

Natalia calló, como había aprendido de su convivencia con las monjas en un instinto de supervivencia que, seguramente, le había salvado la vida en más de una ocasión y, magullada como estaba, cogió a la pequeña en

brazos. Ya en el cuarto infantil, calmó sus sollozos con suaves nanas, lluvias de besos, y promesas de juegos y de columpios en el parque al día siguiente, ignorando que no podría cumplirlas.

Regresó al salón, aturdida y temerosa, sin atreverse a acercarse a su marido ni a adentrarse en la habitación. Asier la contempló a través de una cortina de rabia. Tenía los ojos empañados.

—¿Has llorado? —se aventuró finalmente a decir ella.

—¿Qué cojones eres tú? —preguntó él haciendo caso omiso a sus palabras.

—No entiendo... —repitió ella, cada vez más confundida.

—Sí, ¡cojones! ¿Qué hostias eres tú, bicho raro? Además de ser la única superviviente de la Casa de los Bebés Muertos y estar como una puta cabra, ¿eres bruja o qué?

—Yo... —titubeó ella, pero las palabras murieron como un vampiro a la luz del día cuando la chica humilló la mirada y descubrió que su viejo amigo de papel estaba prisionero en las manos de su carcelero.

Asier siguió la mirada de ésta y se permitió esbozar una leve sonrisa al leer en ella el miedo.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó él—. Así que tenemos un diario... ¿Aquí encontraré las respuestas que busco, maldita bruja del demonio?

—No, por favor... —le rogó ella, olvidando su miedo y acercándose a él —. No lo abras, no lo leas, por favor...

—¿O qué? —le retó el otro—. ¿Soñarás conmigo?

Natalia se quedó paralizada al escuchar esa extraña pregunta. Algo le mordió los huesos y le provocó un dolor indescriptible que hizo que se tambaleara.

—¿Tu padre...? —dijo ella, incapaz de finalizar el interrogante.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Cómo?

—En un accidente de tráfico — contestó el marido, arrastrando las

palabras como si pesaran.

Y así era, pues cada una de ellas llevaba adherida una buena dosis de odio y sufrimiento, provocando que pesaran demasiado para sacarlas de sus labios.

—No puede ser. ¿Ha...?

—Muerto —dijo él agitando furiosamente la cabeza.

—Su boca... —susurró Natalia.

La imagen de su suegro con la boca partida y anegada en sangre volvió con fuerza a sus recuerdos. Esta vez se dobló y vomitó sin remedio sobre la moqueta verde. ¡Lo que había soñado era real! ¡Era real!

Asier se quedó confundido durante unos instantes al verla tan

afectada y sorprendida como él. Luego se rehízo, contrajo los labios y exclamó:

—¡Qué buena actriz eres! ¡Cómo me has engañado!

Arrodillada en el suelo y sin levantar la cabeza, Natalia continuó expulsando las imágenes de su suegro muerto en forma de líquido. El joven se entretuvo mirando las tapas del diario y decidió que era hora de destapar la vida de la mentirosa con la que se había casado. Leyó por encima varios fragmentos. En algunos casi hasta llegó a reírse, en otros la despreció aún más, hasta que su cara se desencajó al dar con el fragmento donde ella relataba su llegada al callejón y cómo lo había espiado hasta descubrirlo entrando en el

almacén con J.

La ira le nubló el poco juicio que le quedaba aquel día y saltó sobre ella como un animal salvaje, dispuesto a hacer trizas a su presa.

—¡Maldita zorra hechicera! ¿Has matado a mi padre porque no te amo? — gritó colérico mientras descargaba sobre ella una tormenta de patadas y puñetazos.

Natalia no pudo responder. Llegó a saborear la sangre regando su boca y a ver salir despedido algún que otro diente que había sido suyo hasta hacía segundos. Luego, dolor, dolor y la nada. Todo se oscureció.

Asier continuó golpeándola mucho después de que ella hubiera

perdido la consciencia.

Diario de Natalia

(V)

Hospital de Cruces, viernes 18 de marzo, 1977.

Me he despertado en el hospital. La enfermera me ha dicho que he estado en un duermevela semi inconsciente casi dos días. Me duele todo el cuerpo y sólo veo por un ojo. Espero no haberlo perdido.

Amigo mío, no sé dónde estarás, pero te estoy escribiendo esto en

servilletas de papel y espero reencontrarme contigo pronto. Me pone nerviosa imaginarte en sus manos.

Me duele mucho la cara, el cuerpo, todo. Creo que tengo el brazo izquierdo roto, porque me lo he encontrado escayolado.

He preguntado a la enfermera por mi hija y no me ha dicho nada de ella. Llevo dos días sin verla. ¡Necesito verla! ¡Quiero ver a mi hija!

Hospital de Cruces, sábado 19 de marzo, 1977.

Hoy me ha venido a visitar el médico que se ocupa de mí. Casi se me

paraliza el corazón al verlo. ¡Era él, el hombre del callejón! ¡El amante de mi esposo!

No he sabido disimular y, cuando nuestras miradas se han cruzado, la certeza de saberse descubierto le ha hecho arrugar los labios y la vergüenza. Ha musitado un «No lo sabía. Lo siento muchísimo» a la vez que apartaba la vista, y yo me he tragado mi «Yo también lo siento» sin llegar a romper mi silencio ni dejar de mirar el rubor de sus mejillas extendiéndose por toda su cara. No estaba preparada para hablar y temía que, si lo hacía, algo muy malo se desataría y saldría cualquier cosa de mi boca excepto palabras. ¡Qué locura!, ¿no? He cerrado los ojos para no verlo

más y, quizá, para no llorar.

Entonces el médico me ha tocado la barbilla, con las mismas manos con las que toca al padre de mi hija, y me ha preguntado si había sido él el responsable. Lo he mirado de nuevo, sin entender, y he asentido. ¿Quién si no?

Él ha debido de leer la incompreensión en mi rostro, porque me ha contado entonces que la versión oficial es que Asier me había encontrado inconsciente al término de las escaleras y que no se sabía quién había sido mi atacante. He sentido ganas de vomitar.

Muchas.

Bilbao, miércoles 23 de marzo, 1977.

¡Ya estoy en casa de nuevo! Magullada, feliz y confusa por estar de vuelta. Hoy, por fin, he visto a mi princesita, pero sólo me han dejado tenerla un rato. La odiosa de mi suegra ha dicho que estaría con ella en su casa unos días «hasta que yo me recuperase». En el fondo, sé que esta vez tiene razón y que, tal y como estoy, no puedo hacerme cargo de Alba y de la casa. Ni siquiera me puedo valer aún por mí misma. Además, doña Concha tampoco lo está pasando nada bien. El viernes pasado enterró a su esposo y, por fin, me

ha parecido ver algo de humanidad en ella. Sólo espero ponerme bien enseguida y que me devuelvan a Alba.

Yo sigo escribiéndote en hojas sueltas, amigo mío, y ya he perdido la esperanza de volver a verte. Asier me ha soltado hoy mismo, de camino a casa, que te había quemado para que nunca nadie pudiera leer lo que había escrito en ti. Te juro que el corazón me sangraba cuando me ha dicho eso. ¡Nunca podré verte ni releerte! Jamás podré acariciar tus páginas o volver a mirar los fragmentos de los cuadernos de Madre...

Y sobre Asier, ya nunca será lo mismo. Ya ni se molesta en disimular como antes. Sólo lo hace cuando hay

gente. Delante de ellos, es el marido perfecto, el padre perfecto. Y no comprendo cómo les puede engañar así a todos.

Yo callo. Como siempre. Siempre callo. Y el resto de la gente, también. Son cómplices de mi silencio, cómplices de cada golpe, mentira y traición de Asier. Creo que ellos lo saben todo. Saben lo que me ha hecho, pero han elegido callar, igual que yo. Después de todo, es mi marido y el padre de mi hija...

Si tuviera un sitio al que irme... Si pudiera escapar con Alba de aquí y de esta vida que ya no quiero, y no tener que volver a verlo nunca más... Cada vez muestra un desprecio más abierto

hacia mí. Creo que me tiene miedo, miedo por lo que sé de él y porque soñara con la muerte de su padre esa misma noche, como si yo lo hubiera matado para hacerle daño. ¡Y vete a saber por qué soñé con esa cosa horrible! Además, creo que el doctor ha roto con Asier. Pronto me hará pagar su ruptura, lo sé. No sé cómo, pero lo sé...

¡Adiós, amigo mío, estés donde estés!

El timbre del portero sonó cuando Natalia estaba doblando las hojas para esconderlas en el hueco que había dejado su viejo diario. Les hizo una

segunda doblez, las guardó en el bolsillo de su chaqueta de lana y se acercó renqueante hasta el portero automático.

—¿¿Sí?? —preguntó con miedo.

Quizá se trataba de alguna historia retorcida que Asier había tramado para ella, pero no, no podía ser. Él se había ido hacía una hora con cara de pocos amigos, y con pinta de irse de viaje turístico por los bares y tascas que encontrase. No regresaría hasta la noche. Quizá, borracho y malhumorado; quizá, contento si se había reconciliado con el médico.

—¿Señora Natalia Aguirre? —dijo una voz masculina al otro lado del telefonillo.

—Sí, soy yo. Dígame... —

respondió ella, cada vez más nerviosa.

—Traigo un paquete para usted. ¿Me abre? —replicó la voz del desconocido.

Natalia titubeó unos instantes y, sin pronunciar palabra, pulsó el botón de apertura. Después abrió su propia puerta y, mientras aguardaba al hombre que llegaría subido en el ascensor, le pareció escuchar a su espalda un sonido de garras protestando contra los cristales. Su cuerpo se tensó inconscientemente, en guardia, y enseguida le acometieron ráfagas de dolor, como pellizcos salvajes en los músculos. Se dio media vuelta y supo que aquel ruido provenía de la ventana de su habitación. Se obligó a darle la

espalda al sonido y a mantener recto su propio cuerpo, que protestaba por el esfuerzo y quería convencerla de las ventajas de acabar en el suelo.

El ascensor anunció su llegada y, tras él, la de un hombre de aspecto robusto y bigote poblado, que se aproximó hacia ella con una caja de tamaño medio en las manos.

—Buenas tardes —saludó el repartidor con una sonrisa de compromiso.

—Buenas... —contestó ella, permitiendo que su cuerpo se apoyara contra el quicio para no desplomarse de agotamiento y debilidad.

—¿Me firma aquí, por favor? —añadió él.

—Cómo no...

El hombre sonrió esta vez con más entusiasmo después de que ella le hubiera entregado el albarán con la rúbrica. Sólo dos paquetes más y habría acabado la jornada laboral por aquel día.

—Tome, señorita... —le ofreció éste con las manos tendidas hacia ella.

Natalia hizo un gesto de gratitud con la cabeza y recogió el paquete intrigada. Antes de que pudiera preguntarle quién era el destinatario, el mensajero ya se había girado, deseoso de terminar cuanto antes, con un «Que tenga un buen día, señorita» lanzado al aire. Ella se encogió de hombros, y analizó el paquete mientras cerraba la

puerta y enfilaba hacia el salón con la misteriosa caja saltando sobre su escayola.

Se sentó en el sofá y su cuerpo se lo agradeció a través de un suspiro involuntario que escapó de su boca. Entonces el corazón volvió a redoblar su ritmo habitual al voltear la caja y ver como remitente el nombre de Gemma, su vecina. Las manos le temblaron sin control y sus ojos se aguaron ante la sorpresa al tiempo que hacía cábalas sobre su contenido y la abría con curiosidad desesperada.

Una enorme sonrisa brilló en su rostro al encontrarse con varios objetos: una carta de varias páginas cosidas con lana, un nuevo diario y un libro de

cuentos para Alba. Acarició cada objeto con devoción, sintiendo una llama de amor y agradecimiento que alivió su maltrecho cuerpo, y se preparó psicológicamente para leer aquellas páginas.

Carta de Gemma a Natalia

Baracaldo, 20 de marzo, 1977.

Querida Natalia:

No sé ni cómo comenzar esta carta. ¡No te imaginas la de veces que la he escrito, la he roto y la he vuelto a empezar!

Antes que nada, quería pedirte perdón por haberme ido así, sin despedirme de ti ni darte ninguna explicación. Conociéndote, imagino que te habrá hecho daño. A mí también me lo

hizo de algún modo, pero en ese momento no podía verte. No quería.

He necesitado meses para procesar lo que me sucedió aquella tarde en tu casa, meses para entender lo que vi (o creí ver, ya no estoy tan segura) y darme cuenta de la realidad. Y, debo confesarlo, tenía miedo y decidí poner tierra de por medio. Pensaba que, si me alejaba de ti y de aquella amenaza, mi vida volvería a ser la de antes. Porque me gustaba mi vida tal como era, ¿sabes? Me gustaba mi casa, aunque me recordara a mi hija muerta y a mi difunto esposo. Me gustaba.

Y ahora comprendo que irme de allí no ha servido de mucho, salvo para demostrarme a mí misma lo cobarde que

puedo llegar a ser.

Aquella tarde en la que Alba cumplía su primer año de vida, si recuerdas, te pedí permiso para ir a tu baño. Tú me indicaste, toda apurada, que mejor fuera al del fondo, en tu habitación. Estaba saliendo de él cuando unos sollozos me paralizaron. Juro que se trataba de la voz de mi hija Irati llamándome desde el otro lado de la ventana. Me quedé quieta, sobrepasada por ese sonido imposible. ¡Estaba escuchando a mi niña de cuatro años muerta! Aún escucho su voz.

«Mami, mami», decía, «¿Por qué nos has abandonado?»

Aturdida y sin saber muy bien qué estaba haciendo, me acerqué corriendo a

la ventana. Una parte de mí sabía que aquello no podía ser, que lo que estaba escuchando era una locura, de manera que me sentí forzada a comprobarlo con mis propios ojos. Entonces, lo que vi superó todo lo inimaginable. La cara de mi pequeña estaba asomada al otro lado, pero no la cara inmaculada con la que ella volvía siempre a mis recuerdos, no. Tenía la cara abierta y deformada por el accidente. Y sonreía, me sonreía a través de las lágrimas.

Subí la hoja de la ventana para verla, para tocarla, pero, en su lugar, me encontré con varios gatos abiertos en canal, con la sangre ya seca, atados al árbol que tienes junto a la ventana. Pensé en lo enfermo que tendría que

estar alguien para cometer semejante atrocidad. Teníais que haber sido uno de vosotros. Tu marido o tú. Mientras reflexionaba sobre eso, con los pensamientos solapándose unos con otros, los gatos movieron, al unísono, sus cabezas disecadas hacia mí. Uno se llevó la patita delantera al cuello y la paseó de derecha a izquierda en claro signo de advertencia. Cerré la ventana de golpe y, entonces, el mismo gato que acababa de amenazarme con cortarme el cuello adquirió la carita de mi dulce hija y exclamó: «¡Tú serás la siguiente si te quedas!»

Cuando volví a vuestro lado, sabía que no podía quedarme con vosotras. Necesitaba salir de tu casa,

pues me provocaba una sensación de claustrofobia y peligro que jamás había experimentado.

Pensaba que, yendo a mi casa y quedándome a solas, volvería a sentirme bien y a pensar que lo que había ocurrido en tu casa no era real, que yo me lo habría imaginado todo, y que era imposible que tú o tu marido matarais y colgarais gatos en vuestro árbol como si de cintas de espumillón se tratara. Pero, cada vez que pensaba en verte, en hablar contigo o, simplemente, estar cerca de ti, me enfermaba. Me daban náuseas, vértigos... No podía.

De modo que, finalmente, decidí irme del bloque. Te había cogido miedo, o eso es lo que me decía a mí misma

para sentirme mejor, ya que a lo que realmente tenía miedo era a morir. Lo que había experimentado en esa ventana había sido tan intenso y real..., había sentido tan cercana la muerte... que no quise saber más. Busqué una nueva vivienda y vendí la mía una vez hecho el traslado.

Ahora sé que hice mal, que tú no eras la responsable de nada de eso, y que es probable que ni siquiera esos gatos ahorcados fueran reales, como no lo eran la cara ni la voz de mi hija. Lo que fuera que me mostró aquello se quiso cerciorar de alejarme de ti para siempre, de aislarte. Y me arrepiento.

Pero no, no voy a volver ni, seguramente, nos veamos más. La poca

valentía que he reunido se me ha agotado con este gesto y esta carta, y espero que te puedas conformar con un intercambio de correspondencia entre las dos y con saber que te aprecio mucho, que te considero mi amiga aunque yo no haya sabido estar a la altura. En el reverso del paquete hallarás mi dirección para que me escribas siempre que quieras. Por favor, te ruego que sólo la emplees para escribirme y que nunca vengas a verme.

He tenido sueños, ¿sabes? Variantes de la misma escena, pero en otra ventana de otra casa más vieja, con un árbol más grueso, poblado y más cercano. En esos sueños, a veces se aparece mi hija pegada al cristal, para

recordarme que me espera; en otras ocasiones, no están ni ella ni los gatos, sino unos ojos siniestros que atesoran todo el frío y la maldad del mundo, unos ojos que se relamen y disfrutan con mi miedo. Ahora estoy convencida de que quiere asegurarse de que no voy a volver. Y admito, llena de vergüenza, que así será.

Te estarás preguntando qué me ha hecho enviarte al final esta carta y estos regalos. Una parte es por mis remordimientos de conciencia, pero, sobre todo, se debe a los acontecimientos de esta última semana.

He tenido nuevos sueños, distintos a los que te acabo de contar. En uno de ellos te vi a ti durmiendo en la

cama junto a tu marido. Entonces, un hombre mayor que vagaba por la carretera empezó a buscarte. El hombre estaba muerto. Había sufrido también un accidente de tráfico, como mi familia. En ese momento te apareciste en aquella carretera llena de niebla y sangre. Yo podía veros a ambos, aunque vosotros a mí, no. Creo que alguien te mandó ese sueño para hacerte mal y que, por alguna razón inexplicable, yo me colé y lo vi todo accidentalmente. Vi cómo despertabas, gritando de histeria, cuando esa mandíbula rota cayó sobre tus tobillos y rebotó contra el suelo. Te vi siendo golpeada por Asier. Lo vi. Lo vi todo y no sé por qué lo vi.

Al día siguiente corrí a comprar

la prensa. Tenía la fuerte intuición de que aquello, dentro de lo absurdo, había sido real. Así lo había sentido mi cuerpo. Y ahí estaba la esquila de tu suegro. Y, no me lo creerás, pero... ¡sentí la paliza que Asier te dio al día siguiente! Estaba cocinando y caí al suelo. Noté cada golpe, patada y escupitajo, cada arañazo y puñetazo. ¡Los sentí todos! Y vi, vi cómo quemaba a tu amigo de papel, al diario del que siempre me hablabas.

No podía consentirlo. No podía consentir que estuvieras tan sola. Pero soy débil, no puedo acercarme a ti. De algún modo, siento que estamos unidas, que ese espíritu maligno ha abierto, sin darse cuenta, un camino por el que yo

me he colado aun sin pretenderlo. Noto, veo y siento algunas cosas de las que haces o te suceden.

Ésta es mi forma cobarde de decirte que te quiero, aunque no esté. Por favor, recibe este nuevo diario y que te acompañe en tu travesía. Como verás, también le he comprado a Alba un libro de cuentos ilustrados que espero que le haga mucha ilusión. Y, antes de despedirme, quiero hacerte un último regalo y una recomendación.

Empezaré por el consejo: Trata de irte de esa casa, Natalia. No tanto por esa cosa maligna que llevas pegada a la espalda, y que os persigue a ti y a tu hija. De hecho, creo que estando ahí le cuesta más acceder a ti. Lo digo por

Asier. He visto su rabia, su miedo, su odio hacia ti. No se detendrá. El mal, el ser maligno que te busca, lo está alimentando para dejarte sin fuerzas ni recursos. ¡Abandónalo en cuanto puedas, te lo ruego!

Sé que se dice fácil, que no tienes adónde ir, que volver con tu padre no es una opción, que tienes a una hija, pero no estudios ni trabajo. Por eso, ahí va mi último regalo. Al final de esta carta te he dejado un nombre con una dirección y un teléfono. Se trata de Marisa, una gran amiga mía con posibles y de buena familia. Está buscando una asistente de hogar por las mañanas y te pagaría justamente. Le he hablado de ti y está de acuerdo en conocerte y darte una

oportunidad. Por Asier no te preocupes, no tiene por qué enterarse, ¿no? Mientras él esté en su trabajo, no tiene por qué saber que tú también, y son solamente tres horas diarias. Te da tiempo de sobra de volver a tu casa y dejarla perfecta, comida incluida. Él jamás se enterará porque, para empezar, apenas se preocupa de ti. Marisa no tiene inconveniente en que vayas a limpiar con la niña.

Creo que es perfecto. Podrías ir ahorrando en secreto ese dinero hasta que puedas marcharte a algún lado. Marisa te espera. No contratará a nadie hasta que vayas a verla, pero hazlo ya. No lo demores. Es tu oportunidad.

Lamento no poder hacer más.

Cuídate, Natalia. Cuidaos las dos. Lo que sea que te acecha está inquieto porque no puede cogeros, pero lo hará en cuanto os vea vulnerables. Y no te acerques a la ventana, ¡no te acerques!

Diario de Natalia (VI)

Bilbao, lunes 11 de abril, 1977.

Querido diario:

Han pasado unas cuantas semanas desde que volví del hospital y tú llegaste a mis manos junto con la carta de Gemma. Hasta ahora no me había atrevido a escribirte entre los dolores que tenía (el viernes pasado me quitaron la escayola, por fin) y mi inquietud.

Te parecerá una tontería de chalada, pero tenía miedo de abrirte, de

estrenar la primera hoja y que no fueras tú, ¿pero sabes? Eres tú. Siempre serás tú, te escriba donde te escriba, ¿no crees? Me gusta pensar en la reencarnación (aunque eso no sea muy cristiano), imaginar que siempre volverás a mí de un modo u otro, mi amigo y confidente mudo. Ojalá yo me reencarne en lluvia en mi próxima vida para ser libre y ver el mundo desde innumerables ojitos hechos de gotas, para dar vida una vez y otra vez a la tierra, y hacer crecer las flores desde todos los cielos del planeta... Sería hermoso, ¿no crees?

Y tú, tú has regresado a mí reencarnado de nuevo en diario. Tan nuevo y tan limpio, tú; yo, tan rota y tan

vieja ya...

Tengo muchas cosas que contarte de estas últimas semanas...

Alba volvió a casa hace diez días y ahora duermo con ella en su habitación de niña. A Asier parece que no sólo no le molesta, sino que le agrada la idea. Así tiene la cama solamente para él y apenas si nos cruzamos. No le doy motivos para que vuelva a tocarme. He aprendido a hacerme invisible e inaudible cada vez que está en casa, que es bien poco. Cuando viene, me hago pequeña pequeña. Sólo así evito el contacto con él. Percibo su irritabilidad, y es que anda mucho más irascible que de costumbre. Sé que estaba bastante unido a su padre. Además, estoy segura

de que él y el doctor Martínez han roto, y me culpa a mí de alguna manera de las dos pérdidas, de la de su amante y la de su padre. Seguro.

Y sé que, cuando él quiera desquitarse conmigo y hacérmelo pagar otra vez, me buscará, y de nada servirá lo pequeña que me haya hecho yo. Hará lo que quiera conmigo, lo sé. Tiemblo sólo de pensarlo, y no sé si me da más asco imaginarme en la cama con él (¡con lo que yo le quería!) o más miedo de que me envíe de nuevo al hospital. Soy consciente de que camino sobre un campo de minas y de que alguna acabará estallando bajo mis pies. Ya lo verás...

Sobre los ojos de aquel ser en la ventana, se puede decir que no han

aparecido más. No sé si es que no puede acceder a la ventana del cuarto de la niña, si se ha ido para siempre, o está esperando escondida en algún lado. Aunque, como decía Madre, la Muerte nunca se va. Siempre te atrapa, y lo hace cuando por fin te habías olvidado de ella.

 Mi pequeña y dulce Alba crece fuerte y bonita, feliz y ajena a todo. Sabe que el abuelo ha muerto, pero se lo ha tomado con la naturalidad de los niños pequeños y le parece bien que ahora la mire desde el cielo, aunque ella no pueda verlo a él. Ni siquiera se pregunta por qué sus papás duermen separados. Gracias a Dios, es demasiado pequeña para eso. Le encanta el libro de cuentos

de Gemma. Siente verdadera fascinación por los libros, por los dibujos que hay en él y sus letras. Mi ilusión es poder regalarle a ella un diario como tú cuando ya sea mayor. Quiero que ella también tenga a su amigo especial, además de los que haga de carne y hueso, que los hará, porque ella tendrá una vida normal como debe ser, con colegio, amigos, risas y mucho amor en su vida. Lo juro.

En cuanto al trabajo, esta mañana he podido ir, por fin, a conocer a la señora Marisa. Me habría gustado ir antes, pero dudo mucho de que me hubiese contratado con un brazo escayolado. Ella es muy agradable y guapa, con la típica vida perfecta de las

películas y una apariencia impecable. Tiene unos treinta y pocos años, tres hijos, un marido que viaja mucho y una casa enorme llena de cosas carísimas, con mucho cristal y plata para limpiar. Quiere que limpie, planche y cocine cada día. Le he dicho que sí y comienzo mañana, pero me da cosa no poder hacer todo lo que me pide en esas tres horas diarias, y más con Alba pululando a mi alrededor. Creo que ha notado mi angustia y me ha sugerido que la niña vaya al cuarto de juegos de sus hijos. ¡Al cuarto de juegos! ¿Oyes eso, diario? ¡Tienen un cuarto de juegos! Tenías que habernos visto a la niña y a mí, con la boca más abierta que un buzón de Correos. Alba ha ido directa a por los

libros. ¡Me encanta ver esa adoración que siente por ellos!

Sólo hay algo que me inquieta, y es Gemma. He tratado de escribirle dos veces a la dirección que ponía en el paquete, pero las dos cartas me han venido devueltas. Mi temor se ha confirmado cuando, a punto de irme de casa de la señora Marisa, ésta me ha detenido y, con una cara de preocupación que demostraba que llevaba tiempo carcomiéndola, me ha soltado:

—Escucha, Natalia, ¿no sabrás tú algo de Gemma, por caridad?

Yo he negado con la cabeza, tragando una saliva tan espesa y oscura como mis pensamientos. El cuerpo

volvía a dolerme, alertándome de una mala sensación.

—No sé nada de ella desde... — ahí hizo un parón, amigo mío, como si estuviera meditando y calculando el tiempo—... justo desde que hablamos de tu contratación.

Ella calló un rato por si yo quería añadir algo y, cuando vio que no decía ni mu, se inclinó hacia mí en plan secreto confidencial (ya sabes) y me susurró al oído:

—Me dijo que te iba a escribir enseguida, y me pidió que te esperase un par de semanas o así porque aún estabas convaleciente de un accidente que sufriste, pero me aseguró que vendrías. Me había contado, por encima, algo de

lo que te pasaba y le prometí que te esperaba. Se le veía un poco preocupada, ahora que lo pienso. Sin embargo, en ese momento, no le di mucha importancia, a pesar de esas enormes ojeras que le estaban comiendo los ojos. Esto fue el domingo 20 de marzo.

—¡Ese día fue en el que me escribió la carta! —interrumpí yo, inquieta.

—¿Ah, sí? —me preguntó ella—. Pues sí que se dio prisa entonces en escribirte, sí... El caso es que todos los domingos, desde hace mucho ya, solemos quedar aquí en mi casa a jugar a las cartas y charlar mientras los niños están con mis suegros. Pero al siguiente

domingo ya no se presentó. Ella nunca había faltado a una cita, y menos sin avisar. La llamé un par de veces para ver qué hacía y, bueno, tampoco me alarmé demasiado cuando no me cogió, así que lo dejé correr. Pensé que la vería a la siguiente semana. Cuando tampoco vino, me preocupé de verdad. Fui varias veces a su casa a buscarla, la llamé por teléfono... pero no me lo ha cogido ni me ha abierto ni una sola vez. Por supuesto, ayer tampoco apareció por aquí. Empiezo a preocuparme...

—¿Y no ha llamado a alguien, a la policía? —pregunté sorprendida.

—¿A la policía? ¡Quita, niña! ¡Ni que Gemma fuera una delincuente! —espetó ella de modo superficial.

—Ajá. Comprendo, señora Marisa...

Y me callé el final de la frase: «No quiere problemas ni que su tiempo de juegos de cartas se vea interrumpido por la incomodidad de una posible declaración...»

Luego, tras intercambiar algunas palabras más, me despedí educadamente de ella hasta mañana. Han pasado unas horas desde entonces, y no dejo de darle vueltas a la conversación y a las dos cartas devueltas. No tiene sentido.

Creo que voy a ir a su casa a ver qué ocurre. No, no puedo hacer eso. Ella me pidió explícitamente que no fuera.

Pues bien, amigo, creo que debo hacer algo ya mismo...

Natalia se levantó de la mesa en la que acababa de estrenar su nuevo diario y se acercó al teléfono anclado en la pared. Se aseguró de que la niña no le pudiera escuchar e hizo rodar la ruleta del aparato varias veces hasta completar un número. Unos instantes después, éste cobró vida y una voz grave respondió al otro lado.

—Policía municipal, ¿en qué puedo ayudarle?

Bilbao, martes 12 de abril, 1977.

No me lo puedo creer, no me lo puedo creer... ¡NO ME LO PUEDO CREER!

Amigo mío, no sé cómo decirte esto. No sé cómo poner palabras a los últimos acontecimientos. No sé si existen siquiera. Y Tú, Dios mío, ¿existes? Perdóname por ser una mala hija y dudar de Ti, pero no comprendo, no entiendo por qué permites que pasen estas cosas...

Sé que me salvaste a mí y a Alba en aquel callejón, o quizás fue Madre y no Tú. Sé que no debería quejarme. No debería... Pero, Señor, ¿por qué ella?, ¿por qué Gemma? Ella sólo quería ayudarme... y, ahora ya no existe. ¿Por

qué?

Otra pérdida más, otro vacío más...

Natalia cerró de golpe el diario y dejó caer la cabeza sobre él. Abrazada a su amigo, lloró amargamente. Lloró culpabilidad, lloró pena y dolor. Lloró hasta que los ojos se negaron a verter más lágrimas y el corazón se le embotó, se le quedó dormido. Entonces alzó la cabeza, contempló la encuadernación del diario, más lujosa y moderna que la anterior, y se obligó a abrirlo de nuevo.

Perdona, amigo, por derrumbarme

así. Ya estoy más tranquila. Quizá me hacía falta. Quizá las lágrimas que no expulsamos se nos quedan dentro en forma de gotas venenosas que nos resecan la piel, la sonrisa y el alma. Y yo ya tenía demasiadas dentro. Y no quiero eso para mí y mi hija. Ya no...

Ahora, ahora te puedo contar más calmada. Ayer di aviso a la policía. Al principio no me hicieron mucho caso, pero les rogué que, al menos, fueran a su domicilio para que comprobaran que todo iba bien. No sé de dónde saqué todas esas palabras ni mi insistencia machacona, pero lo logré e hice que fueran a verla cuando les conté que nadie (ahí mentí un poquito, amigo mío, jijiji) la había visto en semanas.

No sé qué me impulsó a salir corriendo media hora después de la llamada. Cogí el autobús para Baracaldo y pregunté por la calle en la que vivía Gemma, aunque no me hubiera hecho mucha falta, la verdad. La habría encontrado yo sola de continuar un poco más, siguiendo las luces y sirenas tanto de la ambulancia como de la policía. Cuando llegué, un corro de personas se apretujaba curioso frente al edificio. El dolor corporal regresó de inmediato a mí y me preparé para lo que vendría a continuación...

Varios enfermeros (o médicos, qué sé yo) y agentes de policía salieron del portal con una camilla sobre la cual un cadáver se ahogaba entre plásticos

negros. Sabía que era ella, pero no me atreví a acercarme. Me quedé de pie como un pasmarote, mirando el bamboleo del cuerpo ante el traqueteo de las ruedas sobre la gravilla. Me quedé de pie mucho tiempo después de que se hubieran marchado todos: curiosos, ambulancia y policía. Me quedé de pie, llorando sin lágrimas, mirando la nada hasta que Alba se quejó de hambre y frío ahí abajo, pegada su manita a la mía, tirando de mí.

La miré con perplejidad. No recordaba haberla traído conmigo, pero tampoco haberla dejado sola en casa. Me abracé a ella. Alba parecía contagiada de mí y calló todo el tiempo. Regresamos a Bilbao en silencio.

Por la noche, en la cama y abrazada a mi pequeña, continué sin llorar. Solamente cuando me he visto ante ti, he llorado. Gracias. Lo necesitaba.

Esta mañana he corrido a comprar la prensa. Necesitaba información, algo que contara qué le había sucedido a Gemma. En el periódico «El Correo Español» estaba esta noticia... La he recortado y la voy a pegar en la siguiente hoja para poder verla y releerla siempre que lo necesite. Cada vez que no recuerde que mi única amiga está muerta, cada vez que me olvide de que ya no está...

MISTERIOSA MUERTE EN UN DOMICILIO PARTICULAR.

Baracaldo, Martes, 12 de abril.

El día de ayer, fue localizado el cuerpo sin vida de una mujer de 27 años, G. G. M., en el interior de su propia vivienda.

Los vecinos de la fallecida alegan no haber visto ni oído nada fuera de lo común, y los mismos agentes de policía se mostraron ayer sorprendidos por la falta de testigos, ya que, según fuentes cercanas, el cadáver presentaba signos de gran violencia en toda su anatomía, calificados de tortura por algunos de los camilleros a los que entrevistamos.

Este diario ha podido averiguar que hoy mismo que comenzarán su autopsia para esclarecer ciertos misterios -no sólo la causa de la muerte- tales como la ausencia de olor del cadáver pese a hallarse en un evidente estado de descomposición, y presentar ciertas peculiaridades llamativas, como la carencia de sangre en el cuerpo y de la mandíbula inferior, colocada en la mesita de noche en un *atrezzo*

¿Tú también crees que ha sido Ella, la Muerte, amigo mío? ¿Que le ha hecho pagar por «volver» a mí de algún modo, por no hacer caso de su advertencia y no dejarme sola?

Tengo miedo, rabia, tristeza y dolor. Si Gemma no me hubiera escrito esa carta, ahora ella... ¡Ahora estaría viva! ¡Cuánto habrá sufrido mi pobre amiga! Sólo espero que ya no sufra más y que encuentre lo que buscaba. No sé si se habrá reunido con su marido y su hija, o si ella también se ha hecho lluvia... Sólo espero que pueda ser feliz porque lo merecía. Porque era buena y única. O,

al menos, lo era para mí...

La señora Marisa me ha despachado cuando he llegado a su casa con el periódico en mano y la noticia en los labios. Después de leer el texto, me ha mirado de un modo inquietante, como si me culpara a mí, como si me tuviera miedo, ¿sabes? Por un momento, he creído reconocer en sus ojos a los de Asier, llenos de odio y locura, y, luego, a los de Ella, la niña-anciana de la ventana.

Yo he retrocedido, muy asustada, más por la niña que por mí. No quería que la tocara o que pudiera alcanzarla. Quería irme de ahí aunque me quedara sin trabajo, pero no ha hecho falta. Al poco, sus ojos se han normalizado y ha

sido ella, doña Marisa, quien me ha mirado con pavor a mí. Casi nos echa a puntapiés de su casa, así que adiós al trabajo y, con ello, a las esperanzas de abrirme camino...

¿Y sabes, mi querido diario, que hay algo que no me puedo quitar de la cabeza? ¿Algo que me hace ruido desde ayer, como un enjambre de abejas con hambre? Si Gemma estaba muerta y nadie lo sabía, ¿por qué demonios el cartero no se limitó a echar las cartas en el buzón, como habría sido lo normal, hasta que se acumularan? Hay algo que... que no me encaja. Es como si... como si alguien me hubiera devuelto adrede las cartas, alguien que no era el cartero (pues su trabajo habría sido

echarlo en su buzón y ya está), alguien...
¡que quería que supiese que Gemma no
había leído mis cartas ni las leería
jamás!

Tengo miedo, amigo.

Cartas de Asier a J.

Bilbao, martes 12 de abril, 1977.

¡Hola J!

¡No puedo creerme que sigas aún enfadado conmigo! ¿Qué querías que hiciera? ¡Joder, que nos siguió hasta el almacén y nos descubrió! ¿De verdad piensas que iba a

mantener la boca cerrada mucho tiempo? Yo sólo me encargué de recordarle que ella también tenía mucho que perder (no sólo yo) si abría el pico...

Y es que no te quiero perder, J. Ya sabes lo importante que eres para mí. Y, sí, comprendo que eres médico, que salvas vidas, y que te horrorizó lo que le hice a Natalia. ¡Pero yo no soy así

y lo sabes! ¡Fue un accidente!
¡Yo no quería! Se me fue de
las manos, en serio.

No me quisiste escuchar
cuando te dije que Natalia
había matado a mi padre. Es
difícil de creer, sí. Ni yo
mismo sé si continuó
creyéndolo. ¡Pero tú no
estabas esa noche en la que
me contó, tras una pesadilla,
que mi aita^[5] se había muerto!
Cuando, al día siguiente, me

llamó mi ama^[6] para comunicarme su fallecimiento, apenas podía creerlo. ¿Podía ser todo una puta casualidad? ¿Era mi mujer una especie de bruja? Porque ya sabes quién es ella: la niña superviviente de la «Casa de los Bebés Muertos», la hija de la vieja maestra pirada y de ese padre que... ¡Vete a saber qué cosas raras le han hecho o ha llegado a hacer ella para

sobrevivir!

Después de la llamada de mi madre, volví a casa en estado de *shock* con todo aquello bullendo dentro de mí. Y, entonces, descubrí que Natalia escribía un diario. Lo cogí sin saber por qué. Cuando leí que nos espiaba, que lo sabía todo sobre nuestra relación, sentí una furia dentro de mí que me abrasó el pecho y las manos.

Y miedo, sentí mucho miedo.

No me creerás, pero era más miedo que otra cosa lo que tenía en ese momento. Miedo de que ella hubiera matado, de alguna forma, a mi padre a modo de retorcida venganza porque yo no la quería; miedo de que quisiera hacerme (hacernos) daño al saberse no correspondida.

Ahora te escribo esto y

me parece una maldita locura, pero, en aquel instante, ¡lo veía tan claro y obvio! Era una sensación rara de cojones, como si alguien estuviera escribiendo dentro de mi cabeza y yo solamente tuviera que leer lo que ponía y dejarme llevar. Entonces caí sobre ella y le aticé hasta que me quedé sin fuerzas, hasta que me sangraron las manos. Pero me arrepiento, lo juro.

No la volveré a tocar nunca más, te lo prometo.

Nunca.

Ahora Natalia duerme con nuestra hija en el cuarto de la pequeña y yo trato de cruzarme con ella lo menos posible, pues estoy avergonzado de lo que le he hecho y, sobre todo, de seguir teniendo miedo de ella. Ella no lo sabe, pero le tengo miedo. Es así. Miedo de que sueñe

contigo, o conmigo, y nos mate, aunque suene ridículo. Supongo que se me irá pasando, no sé. A lo mejor me está contagiando su locura. He rebuscado entre sus cosas y he descubierto un diario nuevo. Lo había estrenado justo hoy. Habla de una vecina muerta llamada Gemma, que supuestamente vive en el piso de abajo, pero, que yo sepa, no vive nadie debajo de

nosotros...

Como ves, tengo razones para tener miedo, y sabes también lo unido que estaba yo a mi aita. Ese día no era yo, estaba demasiado afectado por la pérdida de mi padre. No soy ningún maltratador, J. Por favor, no lo echemos a perder por un estúpido accidente...

Anda, llámame y tomemos un café... Podemos volver a empezar. Yo te quiero

y sé que tú a mí también. No me castigues así. No rompas conmigo. Te quiero.

Bilbao, lunes 6 de junio, 1977.

Querido J,

¿De verdad vas a tirar nuestro amor a la basura por un mal día, por un error? ¿Es tan terrible lo que hice como para que no me cojas nunca

más el teléfono ni nos des una oportunidad de hablarlo y solucionarlo?

¿Qué tengo que hacer para demostrarte que soy el de siempre, que aquello no volverá a suceder? Dímelo y lo haré. Soy yo, no he cambiado. Te quiero, J.

Te espero, te sigo esperando... Siempre.

Bilbao, miércoles 31 de agosto, 1977.

¡Hola J!

Han pasado muchos meses desde nuestra última cita, ésa en la que me miraste como si yo fuera un monstruo horrible y me dijiste que lo nuestro se había acabado. Todo este tiempo he estado muy enfadado contigo, y con ella también, aunque me he

esforzado por ocultarlo y por tratarla bien.

Ahora ya sé cómo hacer que me creas, que quieras estar conmigo otra vez.

Estos meses de atrás Natalia y la niña han tenido pesadillas con la ventana de su cuarto. Y eran tan fuertes que debía ir a consolarlas cada noche. Al principio, casi no me atrevía a tocarlas, ni ella quería que lo hiciera. Natalia

temblaba todavía más al verme aparecer en la habitación pero, poco a poco, la he ido abrazando y casi diría que nos hemos reconciliado de aquello, como si nunca hubiera pasado.

Y luego estaba mi ama. Lo estaba pasando fatal viviendo sola sin su marido, sin mi padre. ¡Lo echa tanto en falta la pobre!

Así que pensé en todas ellas: en mi madre, en mi

esposa y en mi hija, y decidí hablar con la primera para hacerle una propuesta. ¡Le encantó la idea y mañana nos mudamos a su enorme casa!

Como verás, no soy el niño egoísta que dijiste que era, ni ese «asqueroso maltratador» que me arrojaste a la cara. He pensado en ellas esta vez, no en mí. Mi madre dejará de sentirse tan sola y volverá a reír teniendo

compañía y a su pequeña nieta en casa... Natalia se verá también más acompañada y, además, le he regalado por su cumpleaños una matrícula en un centro de adultos para que se pueda sacar el Graduado Escolar. ¡Tenías que haber visto su expresión de felicidad y sorpresa! ¡Incluso me dio un abrazo! Creo que todo vuelve a su cauce, y puede que hasta haya comenzado a sentir algo

por ella, como si fuéramos una familia de verdad...

Espero que, en la casa de mi madre, Natalia y Alba se curen de sus pesadillas, que se olviden de esas locuras sobre una ventana y unos ojos mortales. ¿Ves cómo pienso en ellas? ¿Lo ves?

Sí, he cambiado: soy un hombre nuevo y mejorado, sólo por ti, gracias a ti. Lo único que no ha cambiado es

cuánto te extraño y añoro.

¡Por el amor de Dios,
habla conmigo!

Las Arenas (Vizcaya), viernes 28 de abril, 1978.

¡Gracias, J!

Cuando ayer me llamaste por teléfono, después de tanto tiempo sin saber de ti, ¡casi me muero de la felicidad! Siento si estuve tan monosilábico, pero es que no me salían las palabras de la impresión.

No sé qué hago escribiéndote esta carta en la

pausa del trabajo, ya que nos vamos a ver esta noche por fin, pero quería decirte, por si las cosas no salen como espero, por si no sé expresarme bien, que te quiero. Te quiero, J.

Este año sin ti ha sido realmente difícil aunque, gracias a tu ausencia, creo que he aprendido a querer a Natalia. No la amo como a ti, pero también la quiero un

poco. ¿No es extraño? Quizá porque veo lo buena madre que es, quizá por su carita de muñeca de ojos de ese color indefinido, por su risa cuando me cuenta anécdotas de su clase donde se está sacando el Graduado.... ¡Es tan tonta la pobre! Pero he aprendido a quererla un poco, sobre todo desde que se le han olvidado esas majaderías de ojos fantasmales y mierdas varias.

No me gustaba que le metiera esas chaladuras a mi hija...

Pero me callo ya o no tendré nada que contarte esta noche... No, ¡qué va! ¡Tengo tanto que contarte!

Me muero por volver a verte y abrazarte.

Hasta luego, J...

Diario de Natalia (VII)

Las Arenas (Vizcaya), miércoles 2 de mayo, 1978.

Querido diario,

Mis sospechas se han confirmado... Mi marido ha vuelto con el doctor hace unos días. Y, así, han vuelto también las llamadas, las ausencias repentinas y las sonrisitas vertidas sin más sobre el café,

endulzando su rostro.

¿Qué te apuestas, amigo mío, a que no tarda nada en hablar de volvernos a nuestra casa? Conociéndolo, no querrá que su madre sea testigo de su doble vida. En casa de su madre no podrá irse sin más, como hacía antes, y no creo que aguante mucho sin querer pasar la noche con él.

Me da miedo que vuelva a cambiar todo, que este período de paz haya sido una estrategia nada más y que, al haberse salido con la suya, todo sea igual que antes. Me da miedo. Alba ya tiene casi tres años y está en una edad en la que podría empezar a darse cuenta de muchas cosas: de que su padre..., de que nosotros...

Pero yo ya estoy prevenida. Nada me sorprenderá. Sé de lo que es capaz. Conozco su egoísmo y sus mentiras; conozco cómo se las repite él mismo, una y otra vez, delante del espejo hasta que suenan a verdad.

¡Vete a saber qué mentiras le habrá dicho al médico sobre mí, o sobre sí mismo, para engatusarlo de nuevo! Como me hizo a mí en su día con esa tela de araña en la que me enredó, tejida de medias verdades cosidas con mentiras... Seguro que le ha contado lo de la ventana y le ha convencido de que estoy loca. Asier haría cualquier cosa para conseguir sus objetivos, lo sé...

¿Sabes que ni siquiera conoce a sus propios vecinos, y eso que estamos

en la casa en la que se ha criado? ¿Te lo puedes creer? A los nuestros ni los conocía. Jamás se preocupó en hacerlo. «Buenos días» y ya. Sólo va a lo suyo... Si lo suyo coincide con lo mío o lo de otra persona, genial. Si no...

Las Arenas (Vizcaya), domingo 5 de junio, 1978.

Querido amigo,

Hoy no puedo contarte mucho. Mañana me examino de Historia y tengo un montón que estudiar. La verdad es que me gusta ir a clase y hablar lo

poquito que se puede con los compañeros. Como yo no soy muy lista, me temo, tengo que prestar mucha atención en las clases y luego venirme corriendo a casa para que doña Concha no me eche en cara que no me ocupó de mi hija. Ya en casa, me toca estudiar el doble que los demás para aprobar. ¡Es lo que tiene tener esta mollera tan dura! Pero, si apruebo todo en junio, pasaré al último curso y, si todo va bien, ¡dentro de un año tendría el Graduado! ¿Te imaginas... a mí con el Graduado? ¡Ohhhh, qué orgullosa voy a sentirme si lo consigo!

Alba también irá al colegio el próximo curso, a Parvulitos^[7]. Ella también está muy ilusionada con ir al

cole, como hace su mamá, y se muere de ganas por empezar ya. Cuando le he contado que les enseñarán canciones, cuentos e historias, me ha mirado muy seriamente y me ha preguntado: «¿Por qué no vamos ahora mismo, mami?». Me ha dado la risa y le he explicado que primero tiene que cumplir los años en agosto y lo tenemos que celebrar mucho, mucho, mucho. Y entonces, ya en septiembre, entrará en su cole. Doña Concha ha insistido en pre-matricularla en un colegio de pijos de la zona y yo no he querido discutir. No me gustaría que el ambiente se estropease. Ya veremos qué hacemos si al final nos volvemos a nuestra casa en Bilbao...

Ahora que menciono a doña

Concha... ¿no la ves cambiada? Pensaba que sería un infierno vivir con ella, pero está claro que no es la misma desde que perdió a su marido en aquel horrible accidente. ¡Con lo que esa mujer era! Parecía que lo mangoneaba siempre (como a todos nosotros) pero, sin él, está como perdida. Es otra, desde luego. Y, aunque conmigo nunca es agradable, a mi hija la quiere con locura y la mima incluso en exceso, así que estoy contenta. Me hace muy feliz ver que nieta y abuela se adoran. Creo que es por eso por lo que doña Concha finge no enterarse de nada, no ver que Asier empieza a salir más de la cuenta... No quiere que nos vayamos y quedarse sola otra vez. Por eso calla y él lo sabe....

Y así andamos todos en este juego retorcido de silencios donde todos sabemos de todos, pero callamos porque nos conviene. A Asier le viene muy bien porque ahora tiene nuestra casa libre e imagino que ya no tendrán que usar el almacén. Sabe que las cosas están tranquilas y que tiene el poder ahora mismo para que todo siga así. Yo misma reconozco que, sin mi suegra cuidando de la niña, no podría ir a clase por las tardes ni estudiar. Además, Alba es, hoy por hoy, una niña muy querida y alegre. No quiero que eso cambie, de modo que rezo para que Asier sea discreto en su otra vida y que siga queriendo quedarse aquí.

¡Te dejo, que debo estudiar!

Te quiero, diario.

Las Arenas (Vizcaya), viernes 30 de junio, 1978.

¡Hola, amigo mío!

¡He aprobado! ¡He aprobado todo y con nota! Bueno, no tengo sobresalientes, pero he aprobado todo, y algunas con un bien y tengo hasta un notable. La profesora me ha felicitado y me ha sugerido que, cuando tenga el título, me apunte a un curso de Secretariado. ¿Te imaginas: yo siendo secretaria? ¡OHHHHHHH! ¡Quiero,

quiero, quiero! No me atrevo a pedírselo aún a Asier. No sé si me dará permiso, si le agradará la idea de que pueda tener trabajo y cierta independencia económica. Creo que piensa que, si tengo trabajo y dinero, me alejaré de él. Pero no sé, ahora mismo se puede decir que hasta soy feliz.

¡Me gusta mi vida! Me gusta estudiar, aunque yo no sea una lumbreras; me gusta ver a mi hija crecer sana, feliz y maravillosa; me gusta el trato correcto que ahora tenemos su padre y yo. Jo... ojalá me deje hacer el curso. ¡Aunque es un poco cara la matrícula! Bueno, antes debo aprobar Segundo y reunir valor para pedírselo...

Ahora rezo para que Asier no me

pidan que volvamos a casa. Aquí estoy bien. Tenemos cierta estabilidad y felicidad. Alba ya ni recuerda las «pesadillas», ni yo tampoco la mayoría de las veces. ¿Para qué volver? Han pasado nueve meses desde que nos trasladamos a casa de mi suegra, nueve meses en los que no ha habido ninguna aparición sobrenatural ni fenómeno extraño... ¿Por qué iba a querer arriesgarme a que eso cambie?

Cuando pienso en todas aquellas extrañezas: en Padre y en cómo era vivir con él, en los diarios de Madre, en los ojos de la ventana, el gato del callejón, los sueños, la muerte de Gemma.... Cuando pienso en todo eso, me da por preguntarme si no ha sido todo producto

de mi cabeza, ¿sabes?

Jamás se me va a ir ese temor de ser como Madre, de ser una enferma mental y acabar mis días en un triste manicomio como ella... A veces pienso que todo lo imaginé yo, lo creé yo... Pero no... entonces recuerdo datos reales que puedo comprobar y tocar, como el recorte de periódico que pegué en tus hojas, mi adorado compañero de viaje, y comprendo que siempre ha sido real, que todo aquello era real. Gemma existió y murió. No fue un sueño... Y el resto, igual, aunque ya no tengamos tus primeras hojas como diario ni los fragmentos de Madre. Todo eso ocurrió, ¿a que sí? Como la mano cálida de mi hija cuando la ambulancia se llevó a mi

amiga...

De hecho, ayer recibí una carta de doña Marisa en la que lamentaba su comportamiento y cómo nos echó de su casa el día aquél... Leer sus palabras sólo me ha servido para darme cuenta de cuánto he cambiado en este tiempo (pues ya no aceptaría trabajar para ella después de ese trato) y para ratificar que aquello sucedió. ¡Vaya que sí!

Sólo que la mente, cuando no sabe explicarse ciertos sucesos, cuando no puede racionalizar lo que ocurre, tiende a borrarlo o negarlo para no bloquearse y estallar. ¡Pero todo aquello ocurrió, sí! Y, por fin, mi querido diario, creo que ya puedo escribirlo sin miedo. Es oficial...

¡La Muerte se ha cansado de mí!

¡Me ha dejado! Creo que se ha ido para siempre al ver que no podía atraparnos. Se ha ido, se ha ido. ¡Se ha ido! Quizá en busca de otras presas... ¡Por fin tendré una vida normal!

Dios, por favor, haz que todo siga igual...

Las Arenas (Vizcaya), jueves 5 de octubre, 1978.

La tormenta ha estallado... Todo se ha ido a la mierda (perdona por decir palabrotas) por culpa de Asier. Ha ido

demasiado lejos yéndose una semana entera con el doctor y, además, unos vecinos de nuestro bloque les vieron entrar en nuestro piso de casados el otro día.

Y ayer doña Concha no pudo seguir haciéndose la tonta y le gritó como nunca le había visto hacerlo. ¡Lo llamó invertido, desviado y marica de mierda! Le gritó que jamás había pasado tanta vergüenza cuando le dijeron que habían escuchado los gemidos de su hijo con otro hombre al otro lado de la pared. Le exigió que dejara de ser maricón desde ese instante o que lo desheredaría.

Asier estaba que echaba chispas. Pensé que saldría el monstruo que me

enseñó una vez y que me mandó de vacaciones al hospital, pero se contuvo y, en su lugar, le contestó que le parecía perfecto y que él se volvía a SU CASA con SU FAMILIA mientras ella se quedaba de nuevo sola.

Entonces ella empezó a hacer unas cosas raras con la boca y el cuerpo. Yo pensaba que estaba fingiendo para llamar su atención y hacerle chantaje emocional... ¡Pero no! ¡Estaba sufriendo un ataque de verdad!

Estoy avergonzada y asombrada de lo que he cambiado. Hace apenas unos años me lo creía todo. TODO. Ahora, no me creo casi nada... ¿Será la madurez o sólo que mis ilusiones se han convertido en humo?

Ahora mi suegra está ingresada. Los médicos dicen que no saben si saldrá de ésta, pues ha sufrido un doble infarto: cerebral y de miocardio. ¿Sabes tú qué es eso, amigo mío? No he querido preguntar para no parecer tonta...

Las Arenas (Vizcaya), sábado 28 de octubre, 1978.

Lamento no haberte escrito estos días de atrás, ¡pero no veas qué locura hemos vivido! Doña Concha ha salido de sus infartos, pero ha quedado como un vegetal. Los médicos dicen que es poco probable que recupere sus facultades. No veas lo que impresiona verla: antes, tan imponente y avasalladora; y ahora, sentada en su silla de ruedas con un hilo de babas colgando permanentemente de su boca.

Los hermanos de Asier, y el propio Asier, han decidido que no

quieren llevarla a una residencia mientras se pueda, que es mejor que la cuide la familia los años que le queden. ¿Adivinas quién se va a encargar de todo ello: de cuidarla, limpiarla, atenderla cada hora y darle de comer? Exacto: YO.

Mis cuñados (y sus respectivas y odiosas mujeres) han argumentado que es lo justo ya que somos nosotros los que vivíamos con ella en su casa, y que es mejor que no cambie de hábitat (como si fuera un oso polar y no una mujer). Asier se ha mostrado de acuerdo con ellos esgrimiendo que, al fin y al cabo, ella había cuidado de mi hija (no la nuestra, la mía) para que yo pudiera ir a estudiar.

¡Menudo baño de realidad! He asentido en silencio ante sus palabras, que no eran preguntas sino decisiones ya tomadas. No tenía sentido defenderme ni defender que no es comparable que una abuela cuide de su nieta un par de horas durante unos meses a que yo ahora deba ocuparme de por vida de una señora cada minuto del día. He callado para que la rabia y la tristeza no se apoderaran de mi lengua. He vuelto a callar.

Si lo sabía yo... que toda esta felicidad modesta de los últimos meses tendría un precio. Tendré que abandonar los estudios. Adiós a mi última oportunidad de sacarme el Graduado. Esto me pasa por tonta y fantasiosa, por

convertirme en la lechera de cuentos inalcanzables...

¿Yo, secretaria? Jamás.

Ahora me espera una vida de claustrofobia cuidando de mi suegra, de la casa y de todo, sin olvidarme de Alba, mientras Asier disfruta de su vida sin privarse de nada. Mis sueños por los suyos. Mi vida por la suya.

Ésta soy yo, querido diario...

Las Arenas (Vizcaya), martes 13 de febrero, 1979.

Me estoy ahogando, amigo mío. Me estoy ahogando. Si no fuera por mi princesita, que es la dueña de todas mis sonrisas...

Hace unos años me habría sentido afortunada de tener lo que tengo pero, Dios mío, perdóname por ser una hija tan caprichosa: YA NO. Necesito aire, salir de estas cuatro paredes y respirar, descansar de cuidar a esta mujer que sólo fabrica pises, mocos y cacas. Me siento vacía, frustrada. Cada día es lo mismo...

Me levanto temprano para bañarla y limpiarle las heridas de su cuerpo. Después de asearla, corro a despertar a mi pequeño terremoto de cabellos negros y vuelta a la bañera. Le preparo el desayuno y, mientras la niña se lo toma, le quito el albornoz a mi suegra y la visto. La coloco delante de la tele y llevo a Albita al cole. Regreso, otra vez corriendo, y compruebo que todo está bien. Entonces plancho, limpio, barro, pongo lavadoras, hago las camas y cocino... Si, entre medias, doña Concha grita, acudo.

Recojo a Alba del cole, comemos y vuelta al colegio dos horas más. Friego los platos y le limpio las heridas a mi carcelera. Viene Asier (o no). Hago

la compra y recojo a la niña otra vez. Merienda, rato de juegos con ella alternados con atender a la suegra. Cena para todos, fregar y un ratito de descanso hasta que me quedo frita en el sofá. Y, así, cada día...

Las Arenas (Vizcaya), lunes 24 de diciembre, 1979.

Que Dios me perdone, pero gracias por este regalo, Señor. Gracias. Doña Concha ha muerto esta madrugada pasada. Fui a levantarla para su aseo matinal y ahí estaba, más fría y estirada

que nunca. Muertecita del todo...

No debería alegrarme, lo sé: es horrible. ¿Pero verdad que a ti te puedo decir lo aliviada que me siento? No sé... es como salir de una prisión, como sentir que las esposas que te impedían moverte hubieran desaparecido... ¿Soy muy mala por sentir esa alegría, ese alivio por mí?

Si siento dolor es por mi marido. No me imaginaba que pudiera quererla tanto, ya que apenas se ocupaba de ella tras el derrame cerebral, pero verle llorar de ese modo, sentirle tan pequeño y frágil... me ha conmovido. Me he acercado a él para consolarlo. Él me ha sonreído con tristeza cómplice y nos hemos abrazado como nunca, más allá

de los brazos. He sentido su corazón, su dolor y, sin saber cómo, me he encontrado dentro de su boca en un beso de hambre y de urgencia. Me ha desnudado y hemos hecho el amor. Tras más de dos años sin estar juntos, mi marido ha vuelto a mí y yo a él.

Estoy confundida y no sé ni qué siento ahora mismo, pero si puedo decirte que fue bonito, que no se pareció a ninguna de las veces anteriores (que yo recuerde). Fue dulce y tierno, tal y como me lo imaginaba estando con el médico. Fue él. Esta vez sentí que, por fin, era un poco mío y rompí a llorar. Él me abrazó, seguro que pensando que lloraba por su madre, y así estuvimos largo rato: desnudos, abrazados y más

unidos que nunca hasta que tuve que romper el abrazo para recoger a Alba del cole.

Las Arenas (Vizcaya), jueves 31 de enero, 1980.

Amigo mío, no sé ni cómo empezar hoy...

Estoy embarazada de nuevo y no tengo ni idea de cómo decírselo a mi marido. No hemos vuelto a estar juntos desde aquella mañana en la que falleció su madre, y no porque yo no haya querido (lo reconozco), sino porque ahora es él quien me huye, como si estuviera avergonzado de nuestra unión o, quizá, arrepentido...

Ya, ya lo sé... Estás haciendo números y no te salen las cuentas. Estás

preguntándote por qué estoy tan segura de que estoy de nuevo preñada en tan poco tiempo transcurrido. Pues, bien, te lo diré, aunque me aterroriza decirlo en voz alta...

HA REGRESADO.

Anoche Asier no durmió en casa. Estaba en la cama, ya dormida, cuando una sensación de peligro me sacó a rastras de mis sueños. El corazón empezó a latirme en la oscuridad pese a que mis cobardes párpados aún no se habían levantado. El sonido de mis latidos llenó la habitación y notaba que alguien me observaba con insistencia. Meforcé a mirar y ahí estaban. De nuevo, aquellos ojos de un azul traslúcido que me revolvió el estómago

y las lágrimas. Las largas uñas asomaron bajo éstos y comenzaron a rasgar distraídamente el cristal. Entonces, el tamborileo de mi corazón enmudeció ante la voz de la niña-anciana, que me reclamaba: «Mami, mami... Te buscaba y ya has vuelto...»

Bajé de la cama de un salto, salí del dormitorio a todo meter y acabé parapetada en un rincón del baño como en los viejos tiempos.

Ahora ya sé que la Muerte me está buscando, amigo; que siempre ha estado ahí y que, esta vez, no tiene intención de perder. Ángela ha vuelto para quedarse y suplantar a mi bebé. Y, lo peor de todo, es que no hay lugar en el mundo donde pueda escapar si no

estoy acompañada. Mi soledad le da poder y ella lo sabe...

La joven negó con la cabeza, exhausta, y depositó el bolígrafo junto al diario mientras se esforzaba por alejar de su cabeza la amenaza que la acosaba repasando mentalmente la lista de tareas pendientes del día. Lo primero sería recoger las cartas que se le amontonaban en el buzón; después, ir al mercado y poner una lavadora. Cuando estaba a punto de abandonar su asiento, recordó de improviso algo y volvió a abrir su diario para escribir un poco más...

PD: Casi me olvido de contarte... Otro día lo hubiera considerado tan importante que te lo habría contado en primer lugar, pero es que, después del regreso de ELLA, casi me parece una tontería...

Pues bien, los hermanos de Asier, los mismos que nos encasquetaron el cuidado de doña Concha por el hecho de convivir con ella unos meses, ahora nos dan un mes para abandonar la casa. Han abierto testamento y esta propiedad en concreto es para los tres hijos, de modo que planean venderla y repartir las ganancias a partes iguales. Así que, en menos de un mes, volveremos a nuestro antiguo «hogar».

No sé si será bueno o no. Al fin y al cabo, Ángela (prefiero llamarla así) ha demostrado que puede llegar a mí en cualquier lado siempre que esté sola. Estoy en peligro vaya a donde vaya. Sea pues....

Natalia cerró el diario con una sensación de angustia creciendo dentro de ella. Había una nueva vida en su interior, pero no se sentía feliz. ¿Qué clase de madre era ella? Ocultó el libro en su lugar secreto y salió un momento de la casa para recoger el correo.

Con la desidia que aportan los actos rutinarios, abrió el buzón, prendió

la correspondencia y regresó al piso sin demasiada prisa por ocuparse de las facturas. Se preparó una manzanilla con anís y, con la taza en la mano, se sentó a la mesa del salón donde le aguardaba el correo. Facturas, propaganda y más facturas, y, destacando entre todas ellas, un pequeño paquete mecanografiado, sin sello ni franqueo, que informaba de que había sido depositado en mano. Lo abrió, llena de expectación, y la sangre se olvidó de circular en su cuerpo en cuanto sus ojos se toparon con un pequeño cuaderno maltratado: el último diario de su madre, junto a una hoja plegada adherida a él.

La cabeza comenzó a girarle. No podía ser casualidad. Todo volvía al

principio: los diarios de Madre, la amenaza de Ángela y un nuevo embarazo. Alejó de ella el diario maldito y se dispuso a leer la carta con los nervios latiendo en sus dedos.

La carta

Querida Natalia:

Me presento. Soy el abogado de Darío, su padre. Le estoy escribiendo a usted por petición expresa de mi representado ya que, como bien conoce, él no puede por sí mismo.

Me ha costado dar con usted, puesto que no reside en el domicilio conyugal en el que consta como empadronada; no obstante, me alegra que mis investigaciones hayan sido fructíferas y haberle hecho llegar por fin esta información.

Su padre está enfermo y su mayor ilusión es verla a usted, y hablar de asuntos personales y familiares que tienen pendientes. Por favor, no le haga un desprecio y vaya a visitarlo: podría resultar el cumplimiento del último deseo de un hombre moribundo.

Como muestra de su buena voluntad, su padre me ha pedido que adjunte a estas líneas un diario de su madre. Quizá, tras la lectura, tenga varios interrogantes que únicamente podrían verse satisfechos realizando esa visita, dado que su padre es el único que posee las respuestas.

Piénselo. Y piense que es una gran oportunidad para cerrar heridas y saldar cuentas emocionales.

Sin más que añadir, un saludo cordial.

Juan Francisco Peralta, abogado y consultor.

Natalia dejó la página mecanografiada en la mesa y paseó la mirada hasta posarla de nuevo en el viejo cuaderno, el tercer diario de su madre, pero la retiró de inmediato en cuanto sintió cómo las retinas se le quemaban con su sola visión. Aún no estaba preparada para abrirlo. Quizá no lo estuviera nunca.

Lo cogió con los ojos cerrados haciendo pinza con los dedos, y se apresuró a esconderlo en un sitio seguro al tiempo que lo mantenía lo más alejado posible de su cuerpo. No sabía por qué, pero aquel tercer diario le provocaba más miedo que cualquiera de las apariciones de Ella. Tras enterrarlo

entre la ropa, que muy pronto deberían empaquetar para mudarse, se vistió con la prisa que aportan las decisiones espontáneas mientras, en el salón, la manzanilla y sus tostadas se enfriaban de soledad ante su olvido.

La joven abandonó precipitadamente la casa y corrió hacia el reencuentro con su pasado...

¡Ding dong! ¡Ding dong!

La puerta protestó ante su llamada maldiciéndola en la lengua de los objetos antiguos: polvo, crujidos y una

leve sensación de amenaza.

Aguardó unos instantes. No había acudido a la llamada para nada. Aquella visita sería más segura para su salud mental y su corazón que enfrentarse a las historias de su progenitora. Tomó aire un par de ocasiones para forzar a su corazón a serenarse y volvió a enfrentarse a ella con un gesto de fastidio.

¡Ding dong! ¡Ding dong!

Esta vez los timbrazos tuvieron su recompensa cuando escuchó un arrastrar cansado de pies en el interior de la vieja casa. La puerta se entornó y la recibió el rostro malhumorado y barbado de su padre, tal y como ella lo recordaba.

—¡Vaya! —exclamó él por

saludo.

—¡Vaya! —repitió ella, asombrada por la vorágine de emociones que experimentó al verse ante él.

En primer lugar, en el momento en que había leído la carta del abogado, se había ido imaginando a su padre en la cama agonizando cual moribundo, agotando sus últimas horas o días en un esfuerzo titánico por desafiar a la muerte y ganarle la batalla. Y verlo en pie, tan erguido y enérgico, desprendiendo la misma fortaleza de siempre, le había dejado la boca tan abierta como los ojos. Luego, la sorpresa se tornó en enfado. ¡Todo había sido una treta para atraerla hasta allí! Decidió ocultar su ira

y enmascararla con la sumisión y estupidez que le habían caracterizado antaño. Su padre se tragaría aquella actuación y ella podría averiguar por qué éste se había tomado tantas molestias para orquestar aquello y traerla a su casa. Quizá, incluso, recibiera algunas respuestas con las que no contaba...

—¿Pasas o piensas quedarte en el rellano repitiendo tontamente mis palabras? —preguntó él.

Natalia se mordió la lengua y agachó la cabeza a la vez que tomaba el interior de la casa que el otro le ofrecía.

—Estás muy guapa... —dijo él cuando Natalia estuvo dentro, con la voz más suave y cálida, mientras recorrían

el largo pasillo que los llevaría a la cocina—. Se te ve más... mayor, adulta, segura...

—Han pasado cinco años ya, Padre. Soy madre y llevo una casa — respondió ella por toda explicación.

—¡Demonios! —exclamó el padre—. De verdad que pareces otra...

—Usted, en cambio, está igual que siempre, Padre. No se le nota nada que esté enfermo... —replicó ella, sorprendida por sus propias palabras y por su osadía.

El padre, que iba en cabeza, se detuvo de inmediato y se giró para mirarla, estupefacto por aquella respuesta. Natalia supo que había ido muy lejos y que su plan de representar el

papel de su antiguo «yo» estaba fracasando con indiscutible rotundidad. Contuvo el aliento y se preparó para que la mano rugosa y áspera de éste volara hacia su cara. No obstante, nada de aquello aconteció. Darío parpadeó unos instantes para alejar la confusión de sus ojos y exclamó:

—¡Que me aspen! ¡Por supuesto que has cambiado!

Y reemprendió el camino mientras ella se reprendía por ser tan transparente como una gota de lluvia. Eso no había cambiado, por desgracia...

—Usted dirá, Padre —se arrancó ella mientras el hombre le ofrecía un café recién hecho.

Darío carraspeó, agitó la cabeza y se acomodó frente a ella en la mesa de la cocina. Ambos ocupaban las mismas posiciones de entonces, incluyendo a un tercer invitado siempre presente entre ellos, un incómodo silencio que saltaba de los ojos del uno a los del otro.

—Me estoy muriendo —dijo por fin él.

Natalia adelantó su asiento hacia él en un gesto inconsciente de proximidad, apartó el café que sostenía entre las manos después de darle un

sorbo inseguro y le interrogó con la mirada.

—Cáncer —contestó el otro en un derroche de palabras.

—¿Cuánto...?

—¡Quién sabe! Unos meses, quizá unos años si respondo bien al tratamiento...

—Ajá —respondió su hija, que se retorció compulsivamente los dedos para evitar que los nervios le retorcieran a ella la garganta.

El silencio volvió a interponerse entre ambos, adhiriéndose a sus pupilas hasta hacerlas escocer. Natalia se frotó los ojos para librarse de las lágrimas que empezaban a asomar. El padre inspiró con esfuerzo y aligeró la pesada

carga de las palabras que había soportado demasiado tiempo a cuestas:

—Cáncer de próstata. No me puedo imaginar una muerte más justa e irónica para mí. Al final, va a resultar que el cabrón de ahí arriba tiene sentido del humor...

Natalia ignoró semejante blasfemia fingiendo disfrutar de un nuevo sorbo de café y se preparó para continuar escuchando a su padre en aquella especie de confesión.

—Debo pedirte perdón, Natalia, y saldar mis deudas contigo... —empezó él—. ¿Te ha llegado el diario de tu madre?

—Sí.

—¿Y?

—No he podido abrirlo —
confesó la chica.

—Comprendo. Mira, Natalia, tu madre era una mujer muy enferma y creo que mi amor por ella me enfermó también a mí. Cuando escribió ese último diario, tú ya habías nacido y las cosas se habían puesto peor, mucho peor. Abandonarte en el orfanato nos destruyó como personas: nuestros valores, nuestra fe, todo... Yo mismo soy un enfermo. ¿Qué padre normal habría hecho lo que yo contigo? — preguntó, enterrando la cara entre unos dedos que apenas bastaban para esconder la infamia de sus actos y su vergüenza—. Ninguno —puntualizó mirándola directamente a los ojos—.

Quiero que lo leas porque estoy seguro de que en él encontrarás la verdad que buscas. No hay ventanas malditas, no hay ojos tras ellas ni una niña malvada llamada Ángela que regresaba de la muerte para llevársela a ella o a nuestras malogradas hijas. No había nada de eso; sólo una terrible enfermedad esquizofrénica y paranoide que contaminó nuestro hogar y nuestros actos, empujándonos a cometer acciones propias de bestias. Si bien es cierto que los últimos años de vida, tu madre mostró signos de recuperación y los pasó en casa, fuera del hospital, nunca estuvo curada del todo. Y yo, tampoco. Solamente así puedo explicar lo que hice...

Hizo una pausa para tomar aire y ordenar sus pecados para bañarlos en su café con leche antes de que se enfriara. Natalia apuró su taza y volvió a fijar su mirada en la boca de su padre, preparada para atrapar sus palabras al vuelo.

—Siempre hemos estado rodeados de un poso de enfermedad inconsciente —prosiguió Darío, cada vez menos titubeante—. Por eso, cuando empezaste a hablar de las mismas locuras de tu madre, cuando volví a ver esa ventana abierta y, sobre todo, cuando vi el monstruo en que me había convertido, forzándote a acostarte conmigo porque yo te veía en ella... Por eso te eché de casa, por eso no puse

impedimentos tampoco para que salieras con ese chico cuando apareció por aquí la primera vez. Supe que él sería tu salvación y la mía. Bueno, la mía no, porque yo ya estaba condenado. Pero, con suerte, te alejaría de esta casa y de mí, porque yo habría pecado una y otra vez. ¿Comprendes?

Natalia reprimió una arcada que nació, no en su estómago, sino en su mente. Negó asqueada, pues una parte de ella sí entendía lo que le estaba diciendo. Ella misma se sentía enferma.

—Ahora... —volvió a hablar el padre—. Ahora todo es como debería ser. Tú estás casada y tienes una familia y yo, yo he empezado a pagar por todas mis atrocidades. He redactado un

testamento, Natalia. Cuando muera, esta casa y mis ahorros de toda una vida, que son bastantes ya que siempre he llevado una vida sencilla y austera trabajando de sol a sol... Todo, la casa y mi dinero, serán para ti. Espero que eso compense, de algún modo, la vida normal que te hemos arrebatado, hija mía —añadió con la mirada fija en su taza vacía.

La joven contrajo involuntariamente los músculos al escuchar aquellas dos palabras, que sintió como dagas que le atravesaban el tórax y avanzaban desgarrando su cuerpo desde el interior. Una sensación de ahogo la invadió por completo.

Se ahogaba, se ahogaba de verdad.

Entonces, un pequeño gorrión se estampó contra el cristal del ventanal de la cocina. Su padre, que no se había apercebido de la agonía de su hija, se alzó de un salto de su asiento para comprobar qué había sido aquel ruido en la ventana. Frunció los labios en un mohín de disgusto cuando vio la sangre y el pájaro moribundo en el suelo.

Natalia cayó desplomada al suelo por la falta de oxígeno. Ahora ya podía notar dos pequeñas manos invisibles aferrándose a su cuello, oprimiendo su garganta hasta el desfallecimiento. Darío se giró al escuchar el sonido de ésta golpeando las baldosas y el gorjeo ahogado de su boca. Corrió hacia ella, incrédulo. Su hija parecía estar

ahorcándose a sí misma con sus propias manos. Se arrojó al suelo junto a ella, le retiró las manos en un rápido movimiento y sintió con asombro unas pequeñas manitas que no podía ver, aferradas al cuello de Natalia. Clavó sus uñas en la carne invisible y tiró de ellas con toda la fuerza que la rabia y el miedo acumularon en un pacto espontáneo.

Su hija boqueaba con los ojos desorbitados y perdidos en algún punto del techo, y su pecho se agitaba con desesperación reclamando aire.

Un segundo pájaro, esta vez una paloma, impactó con más dureza contra el cristal. Darío desvió un instante la mirada hacia el sonido y el terror se

introdujo a través de sus ojos cuando vio una mano rasgando el cristal y unos ojos de un azul imposible que, más que observarlo, parecían poseerlo. Aterrado, tornó a mirar a su hija, que comenzaba a respirar y a recuperarse, y le dijo entre susurros:

—¿Estás embarazada?

Natalia, incapacitada todavía para producir palabras con su garganta malherida, movió la cabeza afirmativamente. El padre retrocedió, arrastrándose en el suelo, para alejarse de la que hasta hacía un segundo era su prioridad, e inició un juego de miradas desquiciadas repartidas entre la ventana y ella.

—¡Fuera de esta casa ahora

mismo! —gritó el hombre al fin.

Natalia se incorporó, tosió un poco y logró balbucear:

—¿Por qué?

—¡Estás embarazada! ¡Largo ahora mismo de aquí! —vociferó nuevamente mientras le señalaba la salida con el brazo extendido.

—¿Pero no había dicho usted que no existía nada de aquello que contaba Madre? ¿Que todo eran locuras imaginarias suyas?

—Lo retiro entonces... ¡Vete! —añadió, dándole un repentino empujón que la hizo trastabillar.

Natalia se aferró a la mesa para no caer de nuevo. Su padre se acercó a ella con la expresión de un energúmeno,

la agarró con fuerza del brazo y la obligó a a desandar el camino por el pasillo.

—¡Padre! ¿Por qué me está haciendo esto? —musitó ella mientras era arrastrada sin contemplaciones ni cuidado hacia la salida—. ¡Ha dicho que Madre estaba loca!

Darío interrumpió su avance y la giró de forma brusca buscando los ojos azul-verdes de su hija. No le cabía duda de aquélla sería la última ocasión en la que los contemplaría. Ahogó la tristeza y el dolor en forma de ira, y le espetó furioso:

—¡He mentado, me cago en la puta! ¡He mentado! ¡Esa cosa existe y nos hizo enloquecer a tu madre y a mí!

Se metió en mi cabeza. ¡Ahora lo sé! ¡Se metió en mi cabeza para obligarme a hacerte aquellas cosas que siempre me avergonzaron y me hicieron sentir miserable e inmerecedor de hablarte o abrazarte como un padre! Esa cosa quería que te preñara, buscaba tu bebé. ¡Fuera de esta casa ahora mismo! ¡Largo!

—Pero... —titubeó Natalia.

—¡Que te largues ahora mismo y no vuelvas, o le prenderé fuego a la casa contigo dentro!

Y, acto seguido, la arrojó contra la puerta en un acceso de violencia. Natalia sintió un dolor sordo en la cara al besar la madera de la puerta contra su voluntad. Un hilillo de sangre manó de

su nariz, informándola de que aquello iba en serio, pero, antes de que ésta pudiera siquiera quejarse o volver a abrir la boca, se vio empujada a la calle. La puerta de madera verde se cerró de inmediato tras ella.

Natalia se acarició el vientre en un gesto protector al sentir una presencia amenazadora flotando en el aire, acechante, y corrió hacia la marquesina con la urgente necesidad de alejarse de allí mientras se prometía a sí misma que jamás volvería a poner un pie en esa maldita casa.

—¡Adiós, Padre! —gritó al viento sin importarle las miradas asombradas y reprobatorias de la gente en la calle.

Ella los retó a su vez con la suya y siguió corriendo a lo loco. Acababa de enterrar a su padre en su corazón. Todos estaban muertos, pero ella... ella no iba a morir. Se lo debía a sus dos hijos, a Alba y al que estaba por nacer. Jamás volvería a permitir que la pisaran. Jamás.

Llegó a la parada del bus sin aliento y hecha unos zorros. La sorpresa le golpeó en el pecho cuando se topó con su propio reflejo en el cristal de la marquesina. Además de la sangre que surcaba su cara desde la nariz, que empezaba a hinchársele, lucía dos feas marcas oscuras de unas manos diminutas sobre el cuello.

Tembló de miedo y las lágrimas

se congelaron dentro de ella. La maldición que había acosado a su madre en vida hasta llevarla a la muerte la perseguía ahora a ella. No había escapatoria. Todo el aplomo anterior se desmigajó y la realidad terminó de picotearlo como una bandada de pájaros hambrientos. Volvía a sentirse pequeña y sola, la misma Natalia de siempre, la misma que salió del orfanato con la sonrisa fabricada de sueños por estrenar. ¿No había aprendido nada?

Subió al autobús y permitió que la confusión jugara con ella hasta hartarse. Luego, trataría de descubrir quién era ella en realidad, quién era Madre. Debía leer aquel tercer diario...

Diario de Natalia (VIII)

Bilbao, sábado 1 de marzo, 1980.

¡Hola, amigo mío!

Siento no haberte escrito después de contarte mi visita a casa de Padre. Como te dije, no tengo intención de volver allí ni de hablar más con él.

Si recuerdas, justo después de enseñarte esas horribles marcas de manos en mi cuello, te conté que tenía

intención de coger el último diario de Madre para leerlo. Pues lo hice (o intenté). En cuanto te guardé, mi dulce compañero de penurias, fui directa al cajón. Recordaba perfectamente haberlo enterrado bajo los pijamas de invierno, pero, cuando rebusqué entre ellos, no había nada. ¿No es extraño? Sé que lo puse ahí...

No quise preguntarle nada a Asier por si lo interpretaba como una acusación de robo. No quiero que cambie nada entre nosotros. Ahora las cosas están bien y hasta me sonrío y me besa a veces en la frente, como unos buenos compañeros de piso que, incluso, se aprecian. Yo le dejo que haga su vida y a mí cada vez me da más

libertad para tomar decisiones, ahora que doña Concha ya no está, sobre mi ropa, la niña, la casa...

Bueno, que me enrollo. Si ves el diario de Madre, ¿me lo dirás? Me inquieta que haya desaparecido de ese modo. ¡Y tengo más novedades, amigo!

¡Por fin le he dicho a Asier que va a ser padre de nuevo! Me costó mucho hacerlo, no creas. Se lo dije temblando, muerta de miedo, pensando que igual volvía a despertarme en el hospital después de que «alguien me atacara y él me salvara la vida al encontrarme inconsciente en el rellano», pero su cara se iluminó de felicidad y me abrazó con verdadera alegría.

—¡Un niño! ¿Me vas a dar un

niño? —me preguntó sin dejar de tocarme la cara, las manos y la barriga.

—O una niña —maticé yo—. Lo que el Señor desee darnos...

—Oh, sí, claro... —repuso dudando.

Y, al rato, volvió a abrazarme riendo, encantado con la noticia. Después corrió al teléfono a darle la buena nueva a él. Me tragué el orgullo herido y seguí empaquetando nuestras cosas.

El miércoles volvimos a nuestra antigua casa. Ha sido muy extraño regresar, pero lo bueno es que, con la mudanza, Asier ha estado cada día (y cada noche) en casa. Una mudanza es algo complicado y estresante, y más con

una niña tornado como la nuestra, que no para quieta. Asier no quiere que haga demasiados esfuerzos estando embarazada y se está portando. Ha hecho él gran parte del trabajo y del traslado se ha ocupado la empresa de mudanzas que ha contratado.

Ahora sólo me queda colocar lo menos duro: la ropa, pues el resto lo ha hecho él. No me puedo quejar, no. Y, mientras no me deje sola, todo irá bien y Ángela no se acercará a nosotros. Espero que siga así y no se vaya con el doctor.

Por favor, por favor, por favor...

Bilbao, lunes 12 de mayo, 1980.

Ha vuelto a hacerlo, ¡otra vez!

Anoche me dijo que no aguantaba más fingiendo ser quien no era, sin pasar la noche con quien amaba. Me pidió que lo perdonase, que lo había intentado estos últimos meses, pero no... Él me tiene cierto cariño, como a una mascota, pero no me quiere, no me ama, no me necesita y nunca lo hará. Le quiere a él. A ÉL.

Esta vez se le veía afectado. Al menos, no era como antes. Parecía preocupado por mis sentimientos y me dijo llorando que se había propuesto ser un buen marido, un buen padre y cuidar

de nosotras, sobre todo ahora que le iba dar otro hijo, pero que su mente volaba siempre con él, que no podía. Necesitaba estar con él.

Que no podía, que no podía, que no podía...

¡Maldito cerdo! Hizo la maleta y me dijo que se iría de vacaciones con él una semana, que lo perdonara y que regresaría al siguiente domingo para seguir representando el papel que ni él mismo se cree ya.

Y Ángela no defraudó. Estaba esperando, como siempre, emboscada en la oscuridad de la noche, poniéndome mil trampas para que le abriera la ventana. Esta vez fue con una treta conocida: con el llanto de un bebé en un

sueño.

Desperté en la cama, envuelta en tinieblas y sudores fríos, con cierta desorientación. No veía nada. Me levanté del lecho y seguí el rastro del llanto a través de un túnel de niebla blanquecina que se volvía negra a mi paso, como el humo de un tubo de escape. Al principio me sentía aturdida y caminaba por inercia deseando llegar al bebé que sufría, pero, a medida que me acercaba a la cuna, caí en la cuenta de que estaba en una pesadilla fabricada por Ella, de que ese bebé no era mío ni de nadie. No era real. Supe, dentro de mí, que cogerlo sería la muerte del que llevaba en mi vientre. Por eso creo que Madre no se apareció esta vez. Supongo

que sólo lo ha hecho en los momentos en los que sabía que peligraba. Pero yo ya sabía a quién me enfrentaba.

Me asomé a la cuna del bebé lloroso y no lo cogí. Estaba tumbado de espaldas y berreaba como un demonio con almorranas. No podía verle la cara, de modo que le di la vuelta de un empujón nervioso y el bebé enmudeció al verme. Era Ángela, con sus ojos terribles hiriendo mi cuerpo. Se cabreó y soltó un alarido agudo que me paralizó. Estaba furiosa conmigo, lista para saltar sobre mí si yo no la tomaba en brazos, pero yo no podía alejarme porque su chillido me había paralizado el cuerpo.

Y, si algo he aprendido en estos

años, amigo mío, ha sido a gritar, por fin, cuando es preciso. Grité tanto que casi enmascaré sus aullidos. Me desperté en mi cama, cogí a mi pequeña Alba, que protestó medio dormida, y me la llevé conmigo a mi antigua zona de descanso: la enorme bañera del cuarto de baño.

¿Y sabes que están haciendo esos dos hombres desconocidos ahora en mi casa? Instalando unos estores fijos en las ventanas. Me da igual lo que diga Asier cuando vuelva. Si me tengo que enfrentar a él y a otro viaje con los gastos pagados a una cama de hospital por instalar algo con su dinero y sin su permiso, lo haré. No permitiré que La Muerte entre en esta casa y se lleve a

mis hijos. Lucharé.

Espero que funcione y la mantenga alejada de nosotros cuando Asier no está. Y si no, al cuarto de baño en cuanto anochezca.

No vas a derrotarme, Ángela, ¿me oyes?

Sé que tú te has llevado el diario de Madre para que no lo lea. ¿Tienes miedo de que descubra lo que pone, eh? Pues prepárate, que yo no te tengo miedo a ti.

PD: Esto último es una cochina mentira, amigo, pero quiero ensayarlo y repetirlo mucho para sonar convincente si vuelvo a tenerla cara a cara.

Bilbao, jueves 3 de julio, 1980.

¡Hola!

Ya lo sé, no me regañes. Llevo mucho sin escribirte, pero estoy teniendo un embarazo muy fatigoso y Alba no para a sus cinco inquietos años. ¡Está preciosa mi pequeño volcán de rizos!

Tampoco han pasado muchas cosas y podría reducirlas a dos: Asier y Ángela.

He sufrido varios sangrados preocupantes que amenazaban con el aborto, aunque, por suerte, el embarazo no se ha visto interrumpido. Creo que

era Ella intentando meterse dentro del feto, pero no ha podido atraparnos hasta ahora.

Imagino que todo el mérito se lo debo a los estores, que han sido un éxito. Las primeras noches fue terrible escuchar los arañazos de rabia tras ellos. Estoy convencida de que le ha cabreado (es la palabra, amigo mío) no poder mirarme ni mostrarse ante mí. Seguro que disfrutaba enseñándome sus terribles ojos y observando mi miedo. Ahora la he dejado a oscuras y está muy enfadada. Quiere hacérmelo pagar.

Ya te digo que las primeras noches me resultaba muy difícil dormirme con esos rasguños chirriantes y sus alaridos, pero, al final, me he

habitudo a ellos y casi me acunaban para dormirme. Entonces me ha venido a buscar en sueños, pero ya sé cómo despertarme y soy yo quien chilla apenas me encuentro dentro de uno.

No tiene nada que hacer. Nada. En dos meses daré a luz y Ella no podrá impedírmelo.

Sobre Asier... Volvió encantador de su viaje. Se le nota la felicidad, se le van cayendo trocitos de ella a cada paso que da porque rebosa. Yo me alegro por él en parte, claro que sí, pero mi otro «yo» llora por eso, por no ser yo a quien ama ni tener quien me ame a mí. En fin, ¿cómo voy a quejarme con lo bien que me trata ahora? No es de recibo... Fíjate si volvió pletórico que no puso pegasa a

los estores ni al dineral que gasté en ellos cuando los vio. Se limitó a mirarlos, se encogió de hombros y, simplemente, señaló:

—Son bonitos. Y, si mi mujercita y mi hija se sienten más seguras con esas telas sobre las ventanas, que no se diga.

Acto seguido, se puso a deshacer la maleta al compás de una canción que tarareaba mientras yo lo miraba tan boquiabierto como un besugo en la pescadería.

**Hospital de Cruces (Baracaldo),
miércoles 17 de septiembre, 1980.**

Querido amigo mío.

¿Cómo estás? Yo, feliz y exhausta.

¡Ayer di luz a mi nuevo bebé y todo fue bien! Es una niña y es tan bonita... Sí, ya sé que dicen que todos los recién nacidos son feos, pero ella tiene que ser la excepción porque dan ganas de comértela sólo con mirarla. Mañana volveré a casa con mi pequeña en brazos. ¿No es maravilloso?

Sólo me entristece que tampoco esta vez Asier haya estado a mi lado durante el parto. Estará con él, seguro.

Tuve que llamar a un taxi en cuanto las contracciones se intensificaron, y el taxista, un hombre muy majo, me trajo a Cruces y no me dejó pagarle la carrera. Hay mucha

gente buena todavía en este mundo, aunque nosotros no hayamos conocido a mucha, ¿verdad, amigo? De todos modos, ya estaba preparada para salir corriendo al hospital, pues Ángela me había regalado otra pesadilla preparó la noche anterior llena de sangre, gatos muertos y ojos dentados que devoraban a mi hija. Sabía que nacería al poco de despertar.

Asier no ha visto todavía a su hija. Le he dejado una nota en la nevera y espero que no tarde mucho en pasar por casa y verla. La gente empieza a murmurar al verme aquí tan sola y recién parida. La vez anterior, al menos, estaban mis suegros...

¡Menos mal que Alba no vuelve

de sus colonias^[8] hasta el domingo! Habría sido terrible dejarla en casa sola, con Ángela merodeando en busca de alimento...

¡Pero mira qué bonita es! ¿Verdad, diario? No se parece en nada a Alba ni a su padre, pero sigue siendo preciosa. Creo que esta vez ha salido a mí, o a Madre más bien, con ese cabello claro y con mis ojos claritos... ¡Es una muñequ..

La puerta de la habitación se abrió de golpe y entró un Asier apurado con la culpa tatuada en su expresión. Ella cerró aprisa el diario y lo camufló

torpemente bajo la almohada con la mano derecha, ya que sostenía a la niña con su brazo izquierdo.

—¡Hola! —saludó él desde la puerta.

Natalia frunció el ceño. Todo era demasiado parecido a la vez anterior como para no sentirse inquieta.

—¡Hola! Aquí está nuestro milagro... —respondió ella, señalando con la barbilla a la pequeña que dormía en su regazo.

—Estaba...

—Sí, ya imagino con quién estabas —interrumpió ella. No quería imaginarse a su marido acostándose con el médico mientras ella daba a luz a su segunda hija—. ¿No quieres conocerla?

—¿Conocerla? —repitió él sin aproximarse a ellas con la decepción adueñándose de sus gestos.

—Sí, es una niña... —subrayó ella, reafirmando su existencia.

—Ohhhhhh... Vaya —se limitó a decir éste, inmóvil y lejano más allá de la geografía.

—¿No vas a verla tampoco a ella? —le recriminó la joven parturienta.

—Oh, es que yo... Yo no... —titubeó mientras retrocedía en sutiles pasos hasta quedarse más fuera que dentro de la habitación.

—Ya veo... —contestó su mujer sin molestarse en ocultar su enfado y decepción.

—Es que yo... no sé si estoy preparado... —soltó.

—¿Para qué? ¿Para tener otro bebé que tiene vagina en vez de pene? —quiso saber ella, alzando la voz.

La parturienta de la cama vecina desvió la mirada de la escena, cohibida por lo que estaba presenciando.

—No, no lo sé... Estoy confuso —contestó aquél, y realmente tenía toda la apariencia de estarlo.

—Está bien... Por favor, ven a ver a tu hija un segundo... —rogó ella suavizando su voz, ya de por sí suave.

Asier entró en el cuarto de mala gana. No comprendía qué le estaba pasando. De repente, era como si una parte importante de él rechazara a la

niña, aunque él sabía que no quería hacerlo. No quería. Y, como aquella dualidad dentro de él le hacía sentirse mal, su primera reacción había sido, como siempre, la de escapar. Levantó los ojos hacia su esposa y se enfrentó a su mirada implorante. Apretó los puños, tomó aire y, en un esfuerzo titánico, pues su cuerpo se negaba a moverse, se adentró arrastrando pesadamente los pies. Notaba sus pies anclados en el suelo, convertidos en plomo. El sudor le empapó la frente y las manos. Sus pies se negaban a avanzar. Estaban clavados.

—Es extraño... —musitó él, deteniéndose exhausto a mitad de camino.

—¿El qué? —preguntó Natalia,

inquieta al reparar en que algo no marchaba bien.

—Es... ¡Joder, es una locura!, pero siento que no puedo acercarme más a vosotras. Perdona, no sé qué cojones me pasa. Es como si mi cuerpo se negara a avanzar hacia ella. ¿Me has pegado la chaladura, eh? —le espetó él entre el desconcierto, el miedo y la preocupación.

—Asier, no soy bruja... —comenzó a explicarle ella, preocupada.

—Chissssstttt —susurró el hombre—. ¡Calla! ¿Oyes eso? —preguntó, mirando en derredor con el rostro contraído por el pavor.

Natalia supo que no estaba actuando ni borracho. Asier sólo había

bebido en ocasiones contadas y funestas para él: la ruptura con su amante tras la paliza y la pérdida de sus padres. Se irguió en la cama, cada vez más incómoda y asombrada, pues ella no notaba ninguna presencia extraña como otras veces; y, además, se encontraban a plena luz del día y con más gente de testigo.

—¿Qué sucede? —preguntó ella mientras ocultaba a su pequeña del exterior en un abrazo protector.

Asier sonrió de un modo siniestro, pero no era a ella quien miraba ahora. Ni siquiera la estaba escuchando. Había alguien más con él, a su izquierda, hablándole al oído, pero Natalia no podía verlo ni sentirlo.

¿Cómo podría defender a su hija de ese modo?

—¿Qué haces, Asier? —preguntó Natalia al borde del llanto después de contemplar, horrorizada, que el otro asentía con la cabeza mirando hacia la derecha, como si hubiera una segunda presencia, y sacaba un mechero de sus pantalones con los ojos puestos en el bebé.

Pronunciar su nombre provocó un efecto parecido al de un beso de amor en un cuento de hadas y rompió el «encantamiento». Asier se miró confundido las manos, preguntándose qué hacía con ese mechero y lo dejó caer al suelo. Luego observó el entorno y, cuando reparó en que se hallaba

dentro de un hospital, buscó la mirada reconfortante de Natalia, que lo aguardaba con el temor bañándole el pulso y las manos.

—¡Joder, Natalia! ¿Qué hago aquí? —dijo, como despertando de un sueño.

—¿No recuerdas nada? —preguntó ella.

Asier negó con la cabeza, avergonzado y confuso, y comenzó a caminar hacia ellas.

—¡No, por favor! —exclamó su mujer—. ¡No te acerques ahora a nuestra hija, por favor!

—Coño, ¿y por qué no? Soy su padre, ¿no? No me hace gracia que sea otra maldita niña, pero es mía al fin y al

cabo... Nuestra, quiero decir —replicó él sin detener su avance ni reparar en la angustia de Natalia, que aumentaba con cada paso que él daba.

—¡Creo que has amenazado con prenderle fuego a la niña! —gritó ella cuando él ya se inclinaba a tocarla.

Asier congeló sus movimientos y la miró con furia hambrienta en los ojos. Tenía unas ganas atroces de partirle la cara y de recordarle quién mandaba ahí, pero la imbécil tenía a la niña encima y, además, notaba, a su espalda, los ojos de la compañera de habitación puestos en él.

—¿Pero qué hostias dices, tía? —gritó—. ¿Cuándo le he puesto yo la mano encima a Alba? ¿Cuándo? ¡Sólo

quiero ver a mi hija, me cago en la puta!
—vociferó sobre su cabeza.

—Está bien. Tranquilízate, ¡por Dios! —suplicó ella—. Ya lo hablaremos en casa. Mírala, pero no la cojas ahora, ¿vale? Estás demasiado nervioso... —trató de argumentar.

—Vale —dijo repentinamente el otro sin rastro de furia ya—. ¿De qué hablábamos? ¿Hoy no haces la cena, no?

Natalia lo miró desquiciada. Asier estaba actuando de un modo incomprensible, pero sólo en intermitencia. Intermitencia... El miedo se introdujo de tal modo en su cuerpo que empezó a tiritar salvajemente.

Intermitencia...

Recordó el episodio de su madre

en la ventana con la linterna. Ahora lo veía claro. Asier era el instrumento, la linterna que se apagaba y encendía a intervalos para mostrarle la amenaza, para mostrarse Ella. La Muerte lo estaba utilizando, encendiéndolo y apagándolo para darle un mensaje: «Sigo aquí y la niña será mía».

Apretó a su pequeñina contra su corazón, como si su amor pudiera salvarla de todo aquello y se forzó a abandonar los temblores.

—¿Puedo cogerla? —preguntó él, que no recordaba nada de lo hablado segundos antes.

—Mejor, mírala nada más, Asier, que está dormidita y no queremos que se ponga a llorar... —disimuló ella con

una gran sonrisa tranquilizadora.

—Está bien —respondió el padre encantado—. ¡Es realmente preciosa! ¡Qué bonitas hacemos las niñas! ¿Eh, cielo?

—Pues sí... Échate un poquito para atrás, porfi, que tengo mucho calor —mintió ella, preparada para un nuevo apagón de linterna.

Asier se sentó en la cama junto a ellas y la miró con cariño.

—Eres una gran madre, Natalia... Ella sintió que sus ojos se deshacían ante aquella inesperada afirmación.

—Gracias, Asier. ¿Sabes ya qué nombre le vas a poner a la niña? ¿Cómo se llamaba tu otra abuela?

—Puajjjj. Se llamaba Antonia y no me gusta. Creo que a esta princesita le pega más otro nombre... —dijo acariciándole la carita con el dedo índice.

—¿Cuál?

—Ángela. Se llamará Ángela.

Clic.

Clic.

Clic.

CLIC.

Diario de Natalia

(IX)

Bilbao, sábado 1 de noviembre, 1980.

¿Cómo estás, amigo mío? ¿Enfadado por lo abandonado que te tengo? Es que no he parado ni un momento... La pequeña duerme mal por las noches y yo, con ella; y Alba, cada día más movida.

Trataré de resumirte qué ha pasado en este tiempo porque, de nuevo,

vuelves a estar casi sin páginas. El lunes sin falta iré a comprar un diario nuevo, no te preocupes, para que podamos migrar tu alma a ese objeto inanimado y seguir por siempre juntos, ¿quieres?

Al final, vino Asier al hospital cuando te estaba escribiendo y todo se volvió extraño de inmediato. Sentí un pánico atroz. Era como si fuera tripolar o qué se yo, y a cada rato decía y hacía cosas diferentes. Creo que pretendía matar a nuestro bebé. Fue horrible. Al principio pensé que se trataba de Ella, Ángela, pero no podía ser porque yo ya sé cómo huele, cómo suena, cómo se siente cuando está cerca. La noto siempre que se aproxima a mí y, por eso, últimamente me sentía fuerte, porque

pensaba que nunca me podría atrapar si yo no me acercaba a Ella.

Asier miraba a ambos lados y ponía caras raras, como si estuviera acompañado de dos ¿espíritus? ¿Cómo lo sé, me preguntas? Pues llegó un punto en el que pareció recuperar su «yo» real. El pobre estaba desubicado, no recordaba haber dicho nada ni haber llegado hasta ahí. Entonces pude relajarme lo suficiente para fingir y prepararme, pero, cuando me dijo que nuestra pequeña se llamaría Ángela, colapsé. Te lo prometo.

Creo que mi cerebro se apagó por un instante. Así, como te lo cuento. Los médicos dicen que me desmayé de debilidad, pero yo sé que fue de puro

terror y, aunque no duró demasiado ese rato de inconsciencia, jamás olvidaré lo que vi. Jamás.

Junto a Asier, a cada uno de sus lados, había dos espíritus, mitad bestias, mitad hombres (si a eso se le puede llamar así). Tenían cabeza de lobos y tórax humanos, y una larga cola compuesta por ojos rodeados de dientes. Ambos reían y cuchicheaban al oído de mi marido palabras que no entendí. Y no sé por qué estoy tan segura, pero me apostaría cualquier cosa a que son las mascotas de Ángela, los esbirros de la Muerte. Supe que tratarían de usar a Asier para llegar a mí o a mis hijas.

Entonces los médicos me reanimaron y me topé con la cara de

Asier, arrugada por la preocupación. Nos abrazamos como unos viejos amigos que no se veían desde hacía un mundo y, entre lágrimas, le supliqué que le pusiéramos otro nombre a la niña, aunque éste fuera más feo que un frigorífico por detrás.

Debió de verme tan asustada y alterada (y él mismo se había inquietado con mi desvanecimiento), que me soltó un:

—Está bien, Natalia. Ponle el nombre que tú quieras esta vez, ¿sí?

Yo se lo agradecí con un llanto de alivio. Después, me limpié las lágrimas y mis mocazos, y dije:

—Sonia, la niña se va a llamar Sonia.

—Es bonito. De acuerdo. Sonia entonces —contestó él mientras los hombres con cabezas de lobo se fueron alejando de la cama hasta desaparecer.

Y lo cierto es que ahora no le quito ojo ni a Asier ni a las niñas. Imagínate qué cansancio tengo acumulado entre el mal dormir, dar el pecho, la casa, Albita y el cole, la ventana, etc... Aunque he de reconocer que Asier cada día es mejor compañero y que atrás quedaron los días de desprecios, insultos y malos tratos. Pero no se me va... No se me va todo aquello, ni ver cómo esos bichos se metían en su mente para llegar a mí, así que jamás descanso vigilándolo todo. He puesto cerrojos en las ventanas. A

Asier no le hacía mucha gracia de primeras (ya sabes lo agarradete que es), pero he aprendido a ser convincente y le dije que era por la seguridad de la familia, que yo apenas descansaba y que pasaba mucho miedo cuando él se ausentaba la noche entera, y que si alguien quisiera entrar por nuestra ventana...

¡Y ya tenemos unos cerrojos nuevos tan grandes como mi alegría! Tenías que haber escuchado al Bicho bufando tras el cristal. Primero fueron los estores y, desde entonces, ya no puede mirarme ni yo verla a Ella; y, ahora, esos cerrojos tan bestias que, aunque me tratara de engañar dormida para que abriera la ventana y la dejara

entrar, no podría. No tengo fuerza para abrirlos. Asier ya ha empezado a refunfuñar con lo de que hay que airear la habitación, pero, que Dios me perdone, ¡que se joda el aire! En mi casa ya no va a entrar nadie.

Y así han pasado los días... Hoy te he escrito aprovechando que éste se ha ido al cementerio a visitar a sus padres y creo que ya te lo he contado todo. Bueno, sólo añadir que me ha llegado una carta del abogado de Padre pero, según la he visto, la he tirado a la basura. No me interesa.

El próximo domingo bautizamos a Sonia. Ya te contaré.

Te quiero, mi fiel y único amigo...

**Bilbao, sábado 19 de septiembre,
1981.**

¡Qué feliz soy, amigo mío!

Las cosas no pueden ir mejor. No, señor.

Ayer celebramos el primer cumpleaños de la enana. ¡Está preciosa y realmente tiene mis ojos! Pero se parece tanto a Madre en la cara y ese pelo rubio tirabuzoneado a lo Shirley Temple...

Ángela se ha ido otra vez, igual que sucedió cuando Alba dejó de ser

bebé. Parece que los niños más grandecitos no le interesan, así que supongo que se habrá ido a cazar a otro lugar. Asier y yo cada vez estamos mejor, aunque su relación con el doctor continúa. Sé que no entenderás por qué aguanto esto, pero mira, en el fondo, yo lo quiero y es mi única familia. Ahora me trata bien, me respeta (a su manera), puedo darles a mis hijas cariño, estabilidad y un buen hogar. ¿Qué voy a hacer si no? Si soy una inútil sin estudios ni experiencia laboral... Y yo nunca he pedido demasiado. Me conformo con poquito para ser feliz y ahora lo soy. De verdad, créeme.

Mis hijas son lo mejor del mundo y me dibujan tantas sonrisas en los

labios al final de cada día, tantas... ¡Soy muy afortunada!

Como ves, te escribo desde un nuevo diario, ¡que ya era hora! Esta vez lo he elegido yo, nada de regalos. Bueno, sí ha sido un regalo: de mí para mí, jejeje. Nunca me había comprado nada para mí misma y me ha dado mucho gustito hacerlo, y más para volver a estar contigo. ¿Has visto que preciosidad de encuadernación? ¡Es una maravilla!

Y, hablando de regalos, Asier me ha comentado que, cuando la peque vaya a Preescolar, quizá sea un buen momento para retomar mis estudios abandonados. ¿Has visto qué cambio ha dado? ¡Cómo se le nota que es feliz! Y, claro, no tener

a sus padres y haber reñido con sus hermanos por culpa de la herencia, quieras que no, le ha unido más a mí. Me da miedo emocionarme demasiado con el tema. Ya sabes lo importante que sería para mí tener el Graduado Escolar, poder saber más de todo e, incluso, hacer ese curso de Secretariado. Me gustaría tanto... ¡Ojalá pueda cumplir mi sueño llegado el momento!

Asier sí ha estado esta vez en el cumpleaños, y lo ha hecho cargado de regalos, sorpresas y hasta con un payaso contratado para hacerles monerías a las niñas. ¡Pensaba que Alba se acabaría meando en las braguitas de la risa! Les he hecho muchas, muchas fotos. Estoy deseando ir a revelar el carrete y

enseñártelas, sobre todo las de la cara de mi pequeña Sonia cuando su papi sacó, cual mago con chistera, un paquete enorme con un lazo. Alba la ayudó a romper el envoltorio de colores y, tras él, asomó la cabeza de un precioso osito de peluche de color marrón. Lo miró con la boca muy abierta, muy seria ella, y nos hizo morir de risa cuando dijo, con sólo un añito:

—Nino, se llamará Nino. Me lo ha dicho él.

Y, acto seguido, se abalanzó sobre el peluche, y se lo comió a besos y abrazos.

¿Qué? ¿No es esto la felicidad? Yo creo que sí, amigo mío...

PD: He vuelto a recibir otra carta del abogado y ha acabado en el mismo sitio que la otra: en la basura. No picaré más.

Bilbao, miércoles 3 de febrero, 1982.

Estoy muy nerviosa, amigo, muy nerviosa... Me tiembla el pulso y el habla... Resulta que estaba haciendo las cositas de casa, como siempre, mientras Sonia jugaba en su parque de juegos. Acababa de recoger la ropa seca del tendedero y me fui a guardarla en los armarios. Ya había colocado lo de las niñas, que son las que más ropa ensucian, y me faltaba ordenar la mía y la de Asier. Pues bien, cuando he cogido su ropa interior para guardarla en el cajón, he notado algo extraño. De repente, he sentido frío, pero dentro de

mí, no fuera, junto a una incomodidad que me golpeaba el pecho. En cuanto he metido la mano bajo la maraña de calzoncillos que tiene, lo he palpado. Sabía lo que era sin tener que mirarlo.

Ni me he atrevido a cogerlo.

He ido a buscarte y me he venido al salón corriendo para poder contártelo. ¿Tú qué dices, amigo mío? ¿Qué hago? Tengo miedo de abrirlo y de averiguar ciertas cosas. ¿Y si hacerlo despierta otra vez al monstruo? ¿Qué pasará si lo abro? Y, aún más intrigante, ¿qué demonios hace el diario de Madre entre los calzoncillos de Asier? Ese diario no estaba antes ahí. ¿Por qué iba él a cogerlo, esconderlo durante tanto tiempo y ahora dejarlo a la vista? No, no

le pega... Él lo habría leído y tirado. Y, si no es él, ¿quién lo ha tenido este tiempo y por qué? ¿Y por qué me lo devuelve ahora?

¿Qué hago, amigo! Dime, ¿qué hago?

Natalia alzó la cabeza hacia la salida, como aguardando a que apareciera caminando el tercer diario. Estalló en risas nerviosas y una luz cegadora de tonos blancos surgió tan deprisa como se fue. Casi había sido un guiño, un guiño de ojos.

—Madre, eres tú, ¿verdad? — musitó la joven, mucho más tranquila.

Se incorporó de la silla tapizada del salón, echó un rápido vistazo a su hija, que se había quedado dormida, comprobó el reloj y vio que aún le quedaba una hora para recoger a la mayor del colegio.

—Vamos allá... —se dijo para darse ánimos.

Diario de Azucena (Libro 3)

Darío ha dejado de visitarme tan a menudo como antes. Imagino que se le hace duro encontrarme en este lugar en el que la locura se te adhiere a los ojos hasta quemártelos. Es imposible entrar aquí sin salir un poco menos cuerdo cada vez.

También sé que le cuesta mirarme a la cara. No me perdona por lo que he hecho. Me culpa de ser una mujer débil y enferma que le ha destrozado la vida y

las ganas de formar una familia. «El marido de la maestra pirada» lo llaman, el casado con la asesina de bebés... Soy su vergüenza, su lacra. Maté a Ángela e hice que me encerraran aquí para salvar a Natalia de ella.

Si él supiera que sólo le he salvado la vida... La he alejado para siempre de las garras de la Muerte. Ahora mi dulce hija estará dando sus primeros pasos. ¡Cuánto me gustaría verla y estar con ella en su primer cumpleaños y en todos los días de su vida!

Ya llevo mucho tiempo aquí, casi trece meses. Aún no sé cómo sigo siendo yo. El dolor me está royendo los huesos, y los medicamentos y las

terapias de estos matasanos me anulan el pensamiento y la voluntad cada vez más. Siento que me están ganando...

Natalia aprovechó el final de la página para tomar un pequeño descanso y coger aire. ¡Le resultaba tan extraño leer sobre sí misma! Y, todavía más, que fuera de mano de alguien a la que nunca llegaría a conocer pero que le dio el mayor regalo: la vida.

Se obligó a vencer el miedo ante lo que se encontraría al seguir, giró la página y enmudeció. La caligrafía había cambiado mucho. Ya no era redonda y cuidada, sino alargada, nerviosa y temblorosa. Además, el texto estaba rodeado de dibujos espeluznantes que ella reconoció de inmediato: la ventana, los ojos de Ángela, su mano de largas uñas y sus dos bestias infernales, los

bichos lobunos.

Los miró inquieta. Estaban tan bien hechos que parecían preparados para saltar sobre ella. Era como... ¡como si tuvieran vida! Decidió ignorar ese pasaje y pasar a la siguiente página. No quería leer las locuras de un mal día de su madre.

Las dos siguientes páginas volvían a ser iguales. O no. Ya ni siquiera había texto en ellas, únicamente dibujos. El realismo de éstos era aún más logrado e inquietante y presentaba zonas que, por el color y la textura, Natalia habría jurado que habían sido pintadas con sangre y otros fluidos corporales. Sintió el dolor de su madre a través de los años, escondido para ella

en aquellas páginas.

Siguió pasando las viejas hojas amarillentas del cuaderno. Nada de aquello tenía sentido. ¿Para qué habían intentado impedir que leyera aquello si no decía nada? ¿Acaso había algo oculto en aquellos dibujos que ella no era capaz de ver?

Unas hojas más adelante, cesaron las horribles ilustraciones para cederle el paso a un nuevo texto.

¡Pobre infeliz! ¡Pobre infeliz! Las cabras tejen chaquetones de lana para el verano, jojojoho. En la ventana se esconde la niña mala y saca a sus lobitos a pasear. Quieren comerme la lengua para que no hable, jijiji. Pues mira cómo hablo y os enseño las tetas... ¡Toma, toma, para ti! ¡Que os den por culo, mierdecillas!

Natalia es una perla escondida en una ostra, y una hostia te llevas si la encuentras, jojojoho. ¡Que sí, que sí! ¡Que me gusta el regaliz! Mi niña ya tiene tres años y yo cuatro que estoy aquí.

¡Que vivan los unicornios!

Natalia se sorbió las lágrimas del corazón, atormentada por las dudas ante seguir o no la lectura. Ver el estado que había alcanzado su madre le hacía más daño del que había calculado. Tamborileó con los dedos dubitativos sobre el texto, echó una mirada a su pequeña, dormilona de día, fiestera de noche, y exclamó:

—¡Está bien, Madre! Si usted quiere que lo lea, lo leo. Imagino que hay algo que quiere mostrarme. De acuerdo...

Una corriente de aire vino a jugar con su pelo como una ninfa en el río, cosquilleándole las orejas y la nariz. Natalia casi pudo escuchar las

risas y el murmullo del agua. Olía a flores y a vida. La sonrisa le nació en el corazón, y brotó en sus labios y en sus ojos como un capullo en flor. La corriente abandonó su juego y besó las hojas del diario hasta recorrer casi su totalidad. Natalia se inclinó para mirar la página que le había dejado abierta.

—¿Aquí, Madre? ¿Aquí es donde debo leer? —preguntó retóricamente y se enfrentó a un nuevo texto con el arrojo y la determinación de un soldado en combate.

Creo que comienzo a ser yo de nuevo. No sé cuánto tiempo he estado

perdida. Supongo que mucho porque me dicen que estamos en 1965. Recuerdo estar entre brumas, entre nieblas oscuras, y ver a Ángela entre ellas. Recuerdo notar su presencia y el tacto de sus manos sobre mí. Recuerdo cómo me llamaba mamá y me hacía peinarla una y otra vez con un peine de pinchos hasta que las manos me sangraban. Recuerdo cómo me pedía que jugara con ella, aunque era Ella quien jugaba conmigo. Llegó a atraparme, sí. Eso lo recuerdo. Pero creo que no le satisfacía tener una madre ahí en su mundo. Ella quería venir al mío y ser mi hija en éste, estar entre los humanos. Sí, lo recuerdo.

Me dijo, con esa voz extraña de niña- anciana que te ralentiza el corazón

cuando habla:

—La Muerte puede tener todo menos el amor. Os he escuchado a los humanos decir que el amor de una madre es el mejor. Yo quiero una. Quiero el amor. Quiero una madre y la tendré.

Imagino que por eso me liberó. Tiene un plan de nuevo. Lo tiene. Nunca seré libre. Quizá, quizá es la hora de liberarme a mí misma. Sólo me detiene no ser acogida en el seno del Señor si lo hago. El Cielo no está hecho para suicidas. ¿Lo estará para una asesina de bebés?

Recuerdo también haber escrito una carta a mi hija. ¿Dónde estará? Natalia... mi vida... Ya tendrás, ¿cuántos? ¿Siete años si mis cálculos no

yerran? ¡Siete años!

¡Vaya por Dios! Los médicos dicen que, si hay alguien loco en este mundo, serían ellos por tenerme encerrada. Aseguran en sus informes que estoy recuperada del todo, que hace tanto que no sufro una alucinación ni un brote que continuar aquí me haría más mal que bien.

Han llamado a Darío para comunicárselo. No recuerdo la última vez que nos vimos. Creo que fue por mi cumpleaños y estamos en verano, de forma que hace ya muchos meses de aquello. Me pone nerviosa el

reencuentro.

¿Qué habrá dicho él cuando los médicos le han informado de mi alta médica? ¿Qué sentirá? ¿Querrá verme de nuevo y vivir otra vez juntos como marido y mujer? ¿Le quedará algo de amor para mí en su corazón o todo eso se marchitó? Imagino que habrá supuesto una impresión enorme para él que le dijeran que regreso a casa. ¿Y si él ya no me quiere?

Ha transcurrido medio año desde que soy libre de nuevo. Las cosas son difíciles aquí. Me duele salir a la calle y sentirme apuñalada por las miradas

despreciativas de la gente. Hasta los que antaño fueran mis amigos, ahora fingen no verme ni reconocirme.

Ya no soy Azucena, soy la maestra chiflada, la asesina... Y, Darío, Darío no es él. ¡Cuánto sufrimiento lleva anclado en su mirada y en sus hombros! ¡Cuánto dolor hay en estas paredes y esta «familia», Dios mío! Al menos, cuando me mira, sus ojos me confiesan que aún me ama. No podemos tocarnos, no debemos hacerlo. Es nuestro castigo, pero me consuela que, al menos, esa parte no se lo haya llevado Ángela consigo. Todo lo asoló Ella: la alegría, nuestros sueños, la ilusión de una familia. Todo. Pero el amor... el amor no nos lo ha arrebatado. Eso no.

Me quiero morir. ¡Esto no tenía que haber pasado! ¡No! Darío llegó borracho a casa como una cuba, llenito de alcohol. Entró en mi dormitorio como un huracán, y derramó su furia y su simiente sobre mí. Estaba fuera de sí, dominado por alguna fuerza extraña. Le grité varias veces que parara, que eso estaba mal, que no podía, que no podíamos, pero ni siquiera atendía a su nombre.

Entonces lo supe... Grité «¡Ángela!» y él bajó la cabeza hacia mí. Esbozó una sonrisa de hiena, cruel y fría, y en sus ojos brillaron los ojos de

Ella, no de mi marido. Era Ángela. Había regresado para cumplir su promesa. Yo sería su Madre.

Estoy encinta de cuatro meses... Y pensando en matarme para que no nazca esta niña del demonio que crece dentro de mí. Darío arrastra su vergüenza por las barras de los bares, buscando ahogar los recuerdos y la culpa entre cubitos de hielo y Ducados.

Vuelve llorando cada noche, implorando mi perdón por algo que apenas recuerda haber hecho. ¿Qué le puedo decir yo? ¿Que lo sé? ¿Que no era él en realidad, sino la Muerte dentro de

él para embarazarme?

Tengo al diablo dentro y sueño con imágenes espantosas llenas de sangre, vísceras y atrocidades. A veces me asquean, otras me dan hambre y siento... siento ganas de matar. Ésta no soy yo. No lo soy. ¡No quiero ser la madre de la Muerte!

Ocho meses y medio. Se acerca el momento. Lo presiento. He estado equivocada todo este tiempo. Ella no nacerá de mí y se quedará aquí con nosotros. Ahora sé su plan, ahora que estamos tan unidas que nada puede ocultarme. Me va a llevar con ella en el

parto, pero muerta, no viva. Así llegaremos juntas al otro lado, como madre e hija, muertas las dos, aunque la Muerte no se puede morir ni se la puede matar.

Ahora que sé lo que hará he perdido mi serenidad. He vuelto a comportarme ante todos como una desquiciada, pero nadie me cree. Ni siquiera Darío. Grito una y otra vez que esta niña, Ángela, viene a llevarme con ella, que no sobreviviré. El doctor me mira con condescendencia e imagino que ya está reservando plaza para mí en el psiquiátrico, pero no se imagina que, en esta ocasión, no llegaré a ocuparla.

Natalia, hija mía, te amo. Te amo, aunque no te conozca ni tú a mí.

Comienzan las contracciones. Ya no habrá más días para mí...

Natalia releyó un par de veces la última entrada. ¿Ahí se acababa todo? ¿Eso es lo que había ocurrido? ¿Ángela había matado a su madre y ahora la buscaba a ella para ocupar su lugar? Fue a cerrar el diario y una hoja díscola escapó de éste flotando en el aire con majestuosidad, casi con chulería. Lo recogió antes de que llegara a tocar el suelo y lo desplegó.

Era un informe médico, el certificado de la muerte de Madre, donde explicaba que ambas, Azucena y el pequeño bebé, habían fallecido por complicaciones derivadas del parto.

Nada más.

Así acababa la historia de su

madre.

Así empezaba la suya... Tomó una decisión. Al día siguiente hablaría con Asier para hacerse una ligadura de trompas. No le daría a Ángela ninguna oportunidad.

Diario de Natalia

(X)

Bilbao, viernes 12 de marzo, 1982.

¡Por fin me lo he hecho, amigo!
¡Se acabó lo de ser madre por sorpresa!
Asier opuso algo de resistencia al inicio. Seguramente, se estaría preguntando para qué narices quería someterme a una operación de ese tipo si nosotros no..., ya sabes... nunca hacemos uso del matrimonio. Aquel día

de la muerte de su madre fue tan accidental y único como una Aurora boreal. Pero accedió cuando vio que yo no iba a cambiar de opinión, y él hace tiempo que respeta estas «excentricidades» mías. Vete a saber si piensa que también me he echado un amante y por eso me ha dicho que sí, para no soportar la vergüenza de un posible embarazo mío sabiendo que no es suyo.

Quién sabe...

Me operaron el lunes. Tenía miedo de entrar en quirófano, pero todo fue bien, a Dios gracias. El martes estuve en cama todo el tiempo con muchas molestias, y Asier se la pasó quejándose todo el día también. Había

pedido la jornada libre en el trabajo para cuidarme a mí y a las niñas, pero está demasiado acostumbrado a que lo cuiden a él; no al revés. Es como un niño chico, pero lo acepto así. Eso es lo bonito de todo: que, por fin, nos hemos aceptado el uno al otro. Entiendo lo que es él y su relación; y él entiende lo que me ha hecho a mí, la vida que me ha negado con un marido que me hubiera amado, y creo que cada vez se esfuerza más por compensármelo.

Ya no le tengo miedo. Sólo me provoca tristeza. Jamás podré ocupar su corazón como lo hace el doctor Martínez.

Pero, bueno, que todo siga así... Ángela se ha ido del todo. Creo que

sabe que la he vencido. En cuanto regresé a casa con las trompas ligadas, supo que yo ya no podría quedarme preñada. Y, tal como apareció un día, se fue esa misma noche. Esta vez siento, dentro de mí, que todo ha acabado y que no la volveré a ver jamás. ¿Tú qué piensas, amigo?

Bilbao, lunes 10 de enero, 1983.

¡Qué ganas tenía de verte, diario mío!

Pensarás que ya no te quiero como antes, pero no es así, te lo juro.

Sonia ha estado muy enferma y hemos estado de médicos mucho tiempo. Creía que se nos iba, ¿sabes? Y me ponía tan mala pensar en contarlo por si, con ello, conjuraba algún mal espíritu y se la llevaba, por si todos mis temores se hacían realidad al decirlo...

¡Pobrecita, mi princesa! Los médicos dicen que sufría de terrores nocturnos, ¿pero desde cuándo los terrores nocturnos te provocan fiebre, vómitos y diarrea? Sea lo que sea, ya hemos superado el trance y por eso te lo cuento ahora, que ya no hay peligro. Han sido meses muy angustiosos. Y, claro, con tres añitos, la pobre no se puede explicar muy bien. Sólo se agarraba muy fuerte a su osito Nino, del que no se

separa jamás, y lloraba abrazada a él.

Pero, poco a poco, todo ha vuelto a la normalidad y se ha incorporado a su primer curso de Pre-escolar esta misma semana; hoy, en realidad. Imagino que se le hará raro porque el resto de nenes empezaron el cole en septiembre y ya se conocen todos, y ella lo hace hoy, a la vuelta de las Navidades, con una rutina instaurada.

Alba está perfecta. Le encanta el cole, los libros y dice que va a ser escritora cuando sea mayor. Y yo me lo creo... ¡Rebosa magia cuando habla! Tiene siete añitos nada más, ¿y sabes lo que me ha pedido para su cumple en agosto? ¡Un diario como el de su mami para escribir, ojo al dato, «sus cosas,

secretos e historias» me ha dicho! ¿No te mueres de la risa? ¡Demonio de cría! ¿Cómo sabrá que te tengo si sólo te cuento cositas cuando estamos a solas? En fin, que es una niña muy especial. Está en 2º de EGB y su maestra está encantada con ella. Es la niña perfecta: responsable, lista, imaginativa, cariñosa, dulce y protectora con su hermana pequeña. Sigue siendo igual de movida, pero es el terremoto más encantador que he visto en mi vida.

Sonia es diferente... más reservada, menos sonriente, muy reflexiva. Sólo habla con su osito y, ahora que ha sufrido esta enfermedad, mucho más. Lo trata como si fuera una persona. Los médicos dicen que no es

preocupante, que es como tener un amigo imaginario, sólo que éste es un muñeco... Ella misma parece una muñeca, tan pequeñita para su edad, con esos ojos hechos de los mismos trocitos de cielo y de mares que los míos, y esos rizos de sol cayendo en cascada... Espero que el colegio le haga bien y comience a abrirse más al mundo, que se haga más sociable... A ver qué me cuenta a la vuelta hoy de su primer día con los niños de clase. ¡Qué ganas tengo de que me haga partícipe de algo!

Por cierto, ¿te has dado cuenta desde dónde te escribo? Jijijii. Ya lo sé, soy una marranita, ¿pero qué quieres? Estoy últimamente muy estreñida y me lleva tanto rato que... ¡Además, ya hay

confianza! Así ya no tenía excusas y me ponía a escribirte sí o sí.

¡Ostras, amigo! ¿Escuchas eso?

Natalia irguió la cabeza para agudizar el oído. Estaba segura de que alguien estaba manipulando la puerta de la calle. Su corazón sufrió una crisis epiléptica y se golpeó contra las paredes de su pecho, enloquecido. ¿Quién estaba entrando en su casa? Contuvo el aliento y se subió las bragas en silencio después de dejar el diario junto a sus pies. Debía cerrar enseguida el pestillo antes de que el intruso entrara y llegara hasta ella. Escuchó cómo manipulaba la cerradura

y cómo, al rato, se cerraba la puerta.

Había entrado.

La joven madre se aproximó a la puerta con una mano en el pecho, tratando de amortiguar la escandalera que estaba formando su corazón, que palpitaba tan fuerte que no habría sordo en el mundo que no adivinase su presencia. Recordó el relato de Poe de «El corazón delator» y por fin comprendió realmente el significado. Pensó que la conciencia y el pánico eran dos amplificadores del sonido, imposible huir de ellos y de su ruido.

Después se apoyó en la puerta lacrada con la oreja pegada a ésta. El intruso avanzaba por el pasillo haciendo tintinear unas llaves, acercándose cada

vez más a la habitación en la que ella se encontraba. Entonces, una voz acompañó a sus latidos en sonoridad para confundir aún más al silencio:

—¿Natalia? ¿No estás? — preguntó.

Ella suspiró de alivio al escuchar la voz de Asier, pero algo le hizo congelar la respuesta en sus labios, suspendiéndola como un funambulista en la nada. ¿Qué hacía él a estas horas en casa? ¿Y el trabajo?

—¿Natalia? —preguntó de nuevo—. Esta mujer... ni ha cerrado con llave... —se quejó en voz alta mientras entraba directamente en el dormitorio de matrimonio.

El corazón de Natalia volvió a

rugir. ¿Y si él trataba de ir al baño y descubriría que estaba cerrado, que ella estaba dentro? ¿Por qué había hecho esa estupidez de no contestar? ¿Por qué seguía sin hacerlo? Quiso moverse, pero su cuerpo no respondió.

Al otro lado, Asier comenzó a hacer girar la ruleta del teléfono. Ella se serenó y prestó más atención...

—¿J?

—[.....]

—Sí, soy yo...

—[.....]

—No, me he venido a casa. No me

encontraba muy bien...

—[.....]

—No, no está. Habrá salido a hacer la compra. Seguro que viene en nada.

—[.....]

—¡Joder, J! ¡Pues que no podíamos dejar la conversación así y no podía llamarte desde el curro! Ya sabes la gente lo cotilla que es y odio que murmuren.

—[.....]

—Pues yo creo que no está todo dicho. ¿Cómo va a estarlo después de tantos años de relación?

—[.....]

—¿Estás de coña? Antes me has dicho que dudabas de lo nuestro, ¿y ahora me dices que me dejas? ¿Por teléfono?

—[.....]

—¿Qué cojones te pasa? No entiendo, J...

—[.....]

—No. No me lo estás contando todo...

—[.....]

—¡Me cago en tu puta madre! ¿Has vuelto con tu ex? ¿Y yo qué cojones he sido para ti? ¿Una aventurilla de casi diez años?

—[.....]

—¡Hijo de puta! ¡Tú jamás me has querido!

Asier interrumpió la conversación telefónica con un golpe de auricular

bañado en rabia. Desvió la mirada hacia la puerta del baño, curiosamente cerrada, y le propinó una patada furiosa. Natalia se llevó las manos a los labios para reprimir un grito al sorprenderle el sonido y la vibración de la puerta rebotando en su cara.

Luego escuchó alejarse a su marido, que lanzaba maldiciones encadenadas al aire; le siguió un portazo violento y, finalmente, la nada. Aguardó unos cinco minutos más antes de atreverse a salir del baño y lo hizo con lágrimas en los ojos. Intuía que la felicidad y estabilidad del hogar habían empezado a resquebrajarse y ella desconocía cómo coser tales desgarros. Sólo sabía de los suyos y apenas le

quedaba hilo ya para los jirones ajenos del alma.

Bilbao, sábado 27 de agosto, 1983.

Yo pensaba que el infierno era un lugar en el que te veías de golpe y porrazo, pero no es así. El infierno es un sitio al que te acercas sin darte cuenta, cada día un pasito más, hasta que ya estás en él. El infierno es esta vida y los demonios conviven conmigo. Así es nuestro hogar ahora.

¿Por dónde empezar a contarte?
Dios mío, ¿por dónde?

Asier está descontrolado desde la ruptura con el doctor y, cada día que pasa, se aleja un poco más de nosotras tres, y de él mismo. Nos ha cambiado

por el fondo de un vaso. Llega borracho a casa tres de cada dos días, para que veas. El otro día intentó acostarse conmigo por la fuerza y le metí una patada en sus pendientes reales. Pensé que la cosa se pondría más fea, pero se quedó tirado en la cama llorando como un niño chico, gritando el nombre de su amor al techo mientras buscaba su dignidad, perdida en alguna botella de whisky.

Las niñas ya se dan cuenta de todo y les está afectando muchísimo. Hasta Alba, siempre risueña y que adora a su padre, no quiere acercarse a él. Sonia se ha encerrado más todavía en su caparazón y en el cole ha empezado a dar problemas. No sólo no se adapta al

sistema escolar, sino que ha agredido a varios niños de su clase. Al finalizar el curso en junio tuve que reunirme con el director para valorar la situación. Tuve que explicarle que estamos atravesando una crisis importante, pero me ha sugerido que busquemos otro colegio más adecuado para ella de cara al nuevo curso.

Estoy sufriendo un montón con todo esto. Mucho. ¿Tienes algún consejo para mí? Y, en medio de todo esto, sigo recibiendo cartas del pesado del abogado. Fui a guardarlas esta vez, por si las moscas, en el diario de Madre, que había dejado junto a ti, pero ya no estaba. Ha desaparecido...

El timbre de la puerta principal sacó a Natalia de la conversación con su amigo de papel. Se levantó del asiento preguntándose quién sería un sábado a la hora de la siesta y corrió a satisfacer su curiosidad mientras rezaba por que no le trajeran a Asier borracho, esposado o similar.

—¿Sí? —preguntó ella titubeante al encontrarse a un apuesto hombre trajeado en el rellano.

Su belleza le hizo enrojecer como una colegiala y se reprendió a sí misma por casquivana e infiel de pensamientos.

El hombre de la corbata turquesa con los ojos a juego dibujó una sonrisa

fascinante en su rostro, también impresionado ante ella, y dijo con voz de barítono:

—¿Señora Natalia Aguirre?

—Sí, soy yo. ¿Y usted es...? —
reprimiendo una sonrisa rebelde que jugueteaba entre sus comisuras.

Cupido había vuelto a hacer de las suyas, pero el angelote era muy tonto y muy joven para comprender que las flechas habían llegado demasiado tarde para ella: casada, con dos hijas, una ligadura y veinticinco años.

Él tendió la mano hacia ésta a modo de saludo y la de ella corrió a su encuentro antes de que la propia Natalia fuera consciente de ello. La electricidad acarició a ambos, que comenzaron a

alternar toses que malescondían risitas tontuelas.

—Soy... —dijo al fin el hombre mientras extraía algo de su portafolios—. Juan Francisco Peralta —añadió ofreciéndole un sobre.

—Oh... Usted es el abogado de mi padre —resumió ella, decepcionada y preparada para mostrarle el lacado de la puerta en todo su esplendor.

—¡No me cierre, por favor! —exclamó el hombre—. Deme únicamente cinco minutos, no necesito más.

—Está bien —concedió ella—. ¿Qué quiere?

—Esta carta que le entrego en mano contiene una copia del testamento de su padre, así como unas letras que me

dictó para usted. Creo que debe leerlas.

—¿El testamento? —repitió la chica con aquellas dos palabras rebotando en su conciencia contra las paredes de su mente.

—Sí, señora Aguirre —confirmó el abogado bajando los ojos, turbado y con cierta incomodidad—. El padre de usted falleció hará un mes. Usted es la única beneficiaria de todo cuanto poseía, como bien sabe: la casa, el terreno, la pequeña granja y las cuentas bancarias.

—¿Eso es...?

—Bastante, señora Aguirre. Dentro de la carta encontrará mi tarjeta de visita con el teléfono y la dirección de mi bufete. Por favor, pásese en cuanto

pueda y comenzaremos con el papeleo. Su padre me contrató para que usted no tuviese que encargarse de nada y pudiera disfrutar de lo heredado sin demasiados quebraderos de cabeza. Me pidió que me ocupara de cuanto necesite, lo que sea. Lo arreglaré todo para usted. Soy su hombre... si me deja —argumentó el hombre con las mejillas alteradas.

—Ohhhh... —consiguió responder ella a través del torbellino de ideas y sensaciones que se arremolinaban dentro de ella.

—Espero verla pronto, de verdad —añadió el abogado turquesa con la mirada colgada de la suya.

—De acuerdo. Hasta la vista

entonces, señor Peralta.

—Llámeme Juanfran —añadió con una inclinación gentil de cabeza antes de girarse para tomar el ascensor.

Natalia lo miró curiosa mientras llamaba al elevador, mordiéndose las uñas y las ganas de gritar a causa de todas las noticias que acababa de recibir.

—¡Y a mí llámeme Natalia! —respondió finalmente ella cuando la puerta del aparato ya se estaba cerrando con él en su interior.

La mujer entró en casa y cerró la puerta preguntándose si él la habría llegado a oír. Entre tanto, el joven abogado iniciaba su descenso con la sonrisa columpiándose en los labios,

repitiendo en su cabeza, una y otra vez,
el nombre de ella.

—Natalia, Natalia, Natalia...

Bilbao, Nochevieja, sábado 31 de diciembre, 1983.

Tengo mucho miedo, amigo. No sé cómo explicarlo. Las cosas están cambiando muy rápido y siento vértigo.

Por un lado, creo que me he enamorado de Juanfran. Sí, el abogado. ¿No es raro todo? Me descubro yendo a su despacho más de lo debido con consultas tontas, aunque ya todas las propiedades de Padre me han sido transferidas. Ahora uso la excusa de la venta de la casa para poder verlo. ¡No sé qué me pasa con este hombre! Pero ni siquiera me hace falta verlo para tener

taquicardias, que la boca se me reseque y me ponga *colorá* como un tomate sólo con pronunciar su nombre, recordar su cara o su colonia que huele a... ¡a amor!

Sueño con él muchas noches y me descubro sonriendo tontamente si me viene a visitar en mis pensamientos, despierta o dormida. Fantaseo con que un día se me declarará, me cogerá de la mano y me invitará a dar un paseo con él y, en ese instante, me cogerá de la cintura y me besará como nunca me han llegado a besar. Entonces, mi mundo de grises y oscuridades se llenará de colores.

Pero él no me ha dicho nada. No sé si es galante conmigo en especial o no... ¡Ya ves qué tonterías digo, amigo!

¡Si soy una mujer casada!

Sobre la casa, es cierto que quiero venderla. Jamás pondría un pie en ella con todo lo que sé. Sería invitar a Ángela a volver a nuestra vida, y es lo último que quiero ahora que Sonia empieza a integrarse en el colegio y a abrirse más conmigo y con los demás niños.

¿Quieres que te cuente un secreto, diario? ¡Pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie! ¿Eh? Ahí va... Sueño con vender la casa de Padre, las tierras y la granja y, con lo que me den por todo ello, comprarme yo un apartamento modesto, que no sea muy caro, y poder subsistir un tiempo con lo que me sobre de la venta junto al dinero

del banco de Padre, que es mucho. Así podríamos respirar hasta que encuentre un trabajo para las mañanas de lo que sea: limpiando casas, cocinando... mientras las niñas están en el cole. Podría dejarlas en el comedor y yo trabajar.

Lo he pensado mucho. Quiero separarme de Asier. No lo aguanto más. Más que aguantar, estoy asustada. Le han mandado de «vacaciones» a casa por llegar al trabajo bebido y dar un puñetazo a alguien. De esto me he enterado por accidente, ya que él ya no me cuenta nada. Se ha convertido en un alcohólico agresivo. Aunque no me ha pegado, el otro día me levantó la mano. ¡Y si vieras con qué odio me mira! Me

llena de frío cuando me echa todo eso encima. Es como si planeara matarme. No me preguntes cómo, pero lo sé.

Las niñas también empiezan a tenerle miedo. Están aquí, en la mesa, sin atreverse siquiera a hacer ruido o a comer, esperando al borracho de su padre para cenar. Tienen miedo de que él les grite por no haberlo esperado o por estar armando barullo justo cuando aparezca por la puerta, haciendo eses y gritando desvaríos. ¡Pobrecitas mis niñas...

Un portazo precedió a una nube de whisky y de ron. Natalia contempló a

sus hijas con un ruego en la mirada para que estuvieran muy quietas y se apresuró a esconder el diario detrás del televisor.

—¡Nataliaaaaaaaaaa! —gritó la voz ebria de Asier, que recorrió el pasillo hasta llegar a ella.

Ella abandonó el salón tras una mala intuición, que recibió como un pellizco doloroso en las tripas que le provocó un respingo, e interceptó a su marido en el pasillo. No quería que se acercara a las niñas.

—¡Hola, Asier! —disimuló—. ¿Quieres dormir un poco? Sonia está malita y Alba no tiene mucha hambre, así que puedes acostarte un ratito y, luego, si quieres, picoteamos algo de la cena y nos tomamos las uvas juntos, ¿sí?

—propuso ella en un alarde de coraje mientras forzaba una sonrisa que no conseguía curvar demasiado y se agarraba del brazo de éste.

—Espera, espera... No tan rápido, bonita —replicó él en un tono desagradable.

Asier se giró para pulsar el interruptor de la luz del pasillo y ver con claridad qué era aquello con lo que acababa de tropezarse en el suelo. Natalia se dio cuenta demasiado tarde de lo que estaba pasando. Cuando reparó en el objeto que yacía burlonamente en el parquet, éste ya se hallaba entre las manos de su esposo.

—¿Qué cojones es esto? —farfulló, peleándose con su propia

lengua.

—Dámelo, por favor —suplicó Natalia, asediada por el horror. Verlo en sus manos le producía una angustia intolerable—. Es el diario de mi madre.

—¡Ohhh! ¿El diario de la maestra chiflada? —repuso sarcásticamente, y le pegó un violento empujón para recorrer los pocos metros que restaban hasta alcanzar el salón.

Natalia se golpeó contra la pared, pero enseguida se repuso del choque y salió corriendo tras él.

—¡Niñas, a vuestro cuarto! —gritó ella a su espalda.

—Sí, a vuestro cuarto —corroboró el marido—. Que mamá y papá van a hablar de cosas de mayores.

Natalia suspiró de alivio al ver que, al menos, había ganado esa batalla para sus hijas. Luego, los huesos le empezaron a doler con tanta intensidad que tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no desplomarse al suelo. Las niñas corrieron a su lado con las miradas llenas de lágrimas y de súplicas silenciosas, y desaparecieron por la puerta sin ser conscientes de que jamás volverían a ver su madre tal como la habían conocido.

Natalia miró cómo se alejaban los dos soles de su vida y se enfrentó a su destino. Sólo quedaban él, el diario de Madre, ella, su dolor de huesos y la incuestionable certeza de que iba a suceder algo terrible.

—Veamos qué cosas decía la loca de tu madre... —escupió el otro, porque, literalmente, expulsaba cada palabra entre charcos de saliva y nubes de alcohol.

Asier abrió el cuaderno casi a la mitad. Estaba poblado de unas imágenes inquietantes. Asier la miró a ella y luego a los dibujos, lleno de asombro.

—¡Joder con la tarada! —exclamó entre risas, observando uno de los dibujos con detenimiento.

De pronto, su mueca sonriente se transformó en otra cosa. En el dibujo, unos ojos tras una ventana lo estaban mirando a él y le sonreían. Junto a ellos, unas bestias que parecían una abominable mezcla de lobos y humanos

le cuchichearon desde la página. Los dibujos comenzaron a cobrar vida delante de él.

—Asier, ¿qué ocurre? —preguntó Natalia acercándose peligrosamente a él.

Pero Asier no la escuchó. Ni siquiera la veía. No podía despegar la mirada de aquello. Las hojas del cuaderno se desplazaron por sí mismas, tiñéndose de sangre y mostrándole unos dibujos en movimiento cada vez más cruentos. Se trataba de él mismo apuñalando a su mujer, matándola hasta que ésta quedaba inerte sobre su propia sangre. En las últimas hojas aparecía él mismo junto a los lobos, observando cómo las bestias se alimentaban de ella,

devorándola hasta hacerla desaparecer. Era él, sólo que sus ojos no eran sus ojos, sino los que le habían sonreído instantes atrás.

Volvió al dibujo del inicio para cerciorarse, pero los ojos ya no estaban tras la ventana, sino delante de ella, rodeados de unas letras en sangre que le hacían una invitación que, en ese momento, no podía rechazar: «MÁTALA, MÁTALA, MÁTALA».

—Asier... —repitió Natalia por cuarta vez, tocándole esta vez la mano que sostenía el diario.

En aquella ocasión sí acudió a su llamada. Alzó la cabeza y esbozó la sonrisa más cruel y sádica que se había inventado jamás. Sin embargo, Natalia

únicamente lo miraba a los ojos, ojos de muerte, ojos de ella... los ojos de Ángela.

Apenas si tuvo tiempo de protegerse la cabeza con las manos. Asier cayó sobre su mujer dispuesto a cumplir con el encargo. Sintió cómo le hundía el cráneo con el propio libro, escuchó un crujido y su propia respiración antes de verlo todo rojo y borroso para pasar al negro, los colores de su vida.

El despertar

**Cruces (Baracaldo), lunes 2 de abril,
1984.**

Le dio la bienvenida un intenso dolor de cabeza. Seguramente, era eso lo que la había despertado. Sentía un dolor que ensordecía sus pensamientos e impedía que éstos se formaran a su libre albedrío. Se rompían por los lados al tratar de elaborarse y no llegaban nunca a completarse. Se extrañó al presentir ese vacío desértico en su mente, pero no

por no tener miedo de ello. Entonces abrió los ojos y enmudeció de la sorpresa.

Frente a ella y sentados a una distancia prudencial, dos hombres desconocidos la observaban con la mirada ultrajada por las lágrimas. Se trataba de un hombre de bata blanca y de otro con traje y unos ojos preciosos de un color turquesa inusual. Ambos la miraban con un rictus doloroso en sus rostros.

—¿Por qué no veo con un ojo? — fue su primera pregunta.

El hombre del traje bajó la vista y apretó los puños de rabia. El de la bata se incorporó de su asiento para acercarse a ella.

—Natalia... —dijo el hombre—.

Soy el doctor Martínez, ¿me recuerdas?

Ella lo miró asombrada. No había visto a ese hombre en su vida. Negó con la cabeza y repitió:

—¿Por qué no veo con un ojo?

—Natalia... Yo soy... era... amigo de tu marido, Asier. ¿Lo recuerdas?

—¿Asier? ¡Pues claro! ¿Cómo no voy a recordar a mi marido? ¿Y mis hijas? ¿Dónde están? ¿Dónde estoy yo? ¿Qué pasa aquí? —las preguntas le salieron atropelladamente.

—Déjame que te cuente, por favor —dijo él. Natalia reparó en que la había tuteado desde el inicio—. No es bueno que te alteres... Yo te contaré una

parte de lo que necesitas saber y el señor Peralta se encargará de la otra, ¿sí?

Natalia miró al hombre de ojos turquesa y, por un segundo, creyó reconocerlo cuando éste levantó tímidamente la mano y los labios para saludarla.

—¿No te acuerdas de mí, Natalia? —dijo el abogado sin atreverse a acercarse a ellos.

—No, lo siento —negó ella—. ¿Por qué sólo veo con el ojo izquierdo? —repitió, llevándose esta vez las manos a la cara y topándose con un aparatoso vendaje sobre ella.

—Natalia, ¿qué día crees que es hoy? —le preguntó el médico para

valorar su respuesta y decidir por dónde comenzaría.

—Año Nuevo, claro. Mis niñas y yo estábamos esperando a su padre para cenar.

—¿Y qué más?

—Nada más —repuso ella, desconcertada.

—¿No vino? ¿No sucedió nada?

—Supongo que no lo haría, o lo hizo tan tarde que nos quedamos dormidas esperándolo.

El médico cruzó la mirada con el hombre de la corbata de colores y los dos negaron con la cabeza a la par. El doctor carraspeó visiblemente emocionado y musitó:

—Lo siento, lo siento muchísimo.

A Natalia le pareció haber vivido esa situación en alguna otra vida. Giró la cabeza con esfuerzo para analizar el entorno y dijo, con los pensamientos ralentizados:

—Estoy en el hospital.

—Sí —corroboró el doctor.

Ella sonrió orgullosa. Lo había deducido sola. Mientras, el mismo motivo por el que ella se había sentido feliz hizo que los hombres cabecearan de nuevo. Aquello no iba bien. Posiblemente, el estado mental de Natalia era peor del augurado.

—Natalia, tu marido te atacó.

—¿Cómo? ¿Qué tonterías dices? ¿Cómo me iba a hacer nada mi marido con lo que nos queremos?

—Te dio una paliza tan fuerte que casi no lo cuentas —intervino el otro hombre, despejando a manotazos unas lágrimas furtivas que surcaban sus pómulos.

Natalia buscó con su único ojo sano confirmación en el doctor.

—Así es. Estás en el hospital por su culpa.

—¿Y él? —quiso saber ella—. ¿Y mis hijas?

—Ahora te lo contamos todo, no te preocupes. Tus pequeñas están bien. Están siendo custodiadas por Servicios Sociales en una Casa-Hogar hasta que tú volvieras. Has estado en coma un tiempo y no sabíamos... —dijo el médico con una sonrisa incómoda en la

cara.

No se sentía capaz de portarse con la frialdad y distanciamiento habituales con los que trataba al resto de pacientes y que venían de serie con la bata y su profesión.

Natalia guardó silencio, no porque no tuviera preguntas que hacer ni porque prefiriera prepararse para escuchar una historia desconcertante, sino porque las palabras que escuchaba tardaban mucho en conectar y asociarse en su cabeza y, por tanto, en adquirir significado. Requería de varios minutos hasta que alcanzaba a comprender cualquiera de todas aquellas frases.

—Sufriste una pérdida importante de masa encefálica, Natalia —dijo al fin

el médico sin rodeos—. Una pérdida grave que ha afectado a varias de tus funciones. No sabemos hasta qué punto, pero se ha visto afectada tu memoria, no sólo la relacionada con tus recuerdos almacenados, sino (aunque de esto no estamos tan seguros) con los nuevos que tengas a partir de ahora. Quizá ya no puedas retener mucha información nueva y olvides casi a diario algunos datos, pero es bueno que recuerdes a tus hijas. Eso nos da esperanza.

—No comprendo... —respondió la chica, confundida.

—Lo sé, preciosa, lo sé —dijo el doctor, acariciándole la mano con el corazón lastimado por la culpa y el sufrimiento—. Tus capacidades

cognitivas también se han visto comprometidas. Es como si tu mente hubiera retrocedido a un punto anterior en madurez y conocimientos, a un punto muy anterior, del cual ya no podrá salir.

—¿De qué punto hablamos, doctor? —preguntó el joven de la corbata a su espalda mientras Natalia los observaba con mirada bovina sin lograr descifrar todo ese lío de palabras sin sentido.

—No lo sabemos con certeza. Ocho, nueve, diez años quizá... —le dijo éste volviéndose a su interlocutor.

—Mi Alba va a cumplir nueve años —dijo ella, sonriente—. ¿Dónde está Asier?

—Natalia, Asier está en la cárcel

hace meses por intento de homicidio. Trató de matarte. Si las niñas no llegan a llamar por teléfono pidiendo auxilio, tú... —explicó J.

—¿Meses? ¡Pero si ayer lo estábamos esperando para cenar!

—Has estado en coma unos cuantos meses. Estamos en abril.

—¿Y mis hijas?

—Las estamos cuidando —repitió el médico, desolado—. Quizá necesites descansar. Cada día podrás pensar mejor y comprender. Es lo que esperamos.

—No, no... Sí entiendo. Asier está en la cárcel; yo, en el hospital; y mis hijas, cuidadas, ¿sí? —dijo Natalia en un gran esfuerzo por ordenar varias

de las palabras que se habían pronunciado en la habitación—. ¿Y mi ojo?

—Lo lamento. No pudimos hacer nada por él... —musitó el médico, cada vez más derrotado y ahogado por la sensación de culpa y de repugnancia por haber compartido su vida con el ser que había cometido esa atrocidad.

—¿Soy como una niña pequeña? —preguntó ella en un destello de inteligencia que la visitaría de vez en cuando, como una prima lejana.

—Sí, y quizá puedas mejorar con ejercicios, con tiempo, medicinas, terapia... Quizá no todo sea irreversible.

—¿Irre...?

—Quizá puedas «crecer» un poco más —apuntó el abogado desde la distancia.

Natalia lo miró y le esbozó una sonrisa infantil que desbordaba ternura.

—Crecer es bonito. Me gusta. Y tú eres muy guapo —apuntó ruborizada.

El abogado se levantó de un salto del asiento que se había negado a abandonar hasta ese momento y salió de la habitación precipitadamente.

—¿Qué pasa? —dijo ella, asombrada por la reacción.

—Necesita desahogarse. Todos lo necesitamos.

—Ah, se va a mear. Pues qué bien. Yo también me estoy meando un poco... —contestó ella.

—Natalia, cuando regrese, te voy a dejar a solas con él para que te cuente la situación en la que te encuentras.

—Ya sé cómo estoy. Estoy en la cama de un hospital, me duele el cuerpo y la cabeza, tengo escayolas y me falta un ojo —resumió ella.

—Buen resumen —le felicitó él—. Pero me refiero a lo que va a suceder contigo y con tus hijas a partir de ahora, de lo que pase en adelante. ¿Comprendes?

—Las palabras se desordenan al llegar a mi cabeza.

—Lo sé.

—Pero hay algo menos de ruido aquí dentro —se señaló la frente—. Y cada vez entiendo más.

—Eso es buena señal. Que se ordenen tan rápidamente nos da esperanzas. Has sufrido lesiones cerebrales muy importantes, Natalia.

—Me meo...

El doctor sonrió y se agachó para coger una cuña del armarito de la pared. Aquel trabajo lo realizaban los enfermeros, pero no habría nada en el mundo que no hiciese por aquella joven durante el resto de su vida para compensarle tanto sufrimiento. Le retiró el pañal que había estado usando durante su estado comatoso, le colocó la cuña y Natalia orinó en ésta con la vergüenza propia de una niña pre-adolescente.

—Ya... —dijo ella.

—Muy bien. Esta tarde me pasaré de nuevo a verte y a hablar contigo, ¿quieres?

Ella cabeceó afirmativamente.

—Doctor... ¿Cuándo voy a ver a mis hijas?

—Tan pronto como podamos, te lo prometo.

La puerta se abrió, y los ojos azules del hombre de la corbata y el traje aparecieron tras ella. Natalia se bajó rápidamente el camisón del hospital para que no le viera sus vergüenzas ese hombre tan guapo.

—¿Se queda con ella? —le dijo el doctor al recién llegado.

—Sí, me quedaré un buen rato. Para contarle todo hasta que lo entienda

o hasta que se duerma —dijo el otro.

—Perfecto. Si ve que empieza a desvariar o sufre algún síntoma nuevo, avísenos. Yo estaré por aquí haciendo la ronda.

—Sí, así lo haré, doctor Martínez, tal y como hemos hablado miles de veces con la esperanza de que despertara... —respondió el abogado con una sonrisa prestada.

—Lo sé. Sólo es mi obligación repetirlo, pero me voy tranquilo dejándole con ella, señor Peralta. Es usted un buen hombre —se explicó él, despidiéndose con un cariñoso apretón sobre el hombro.

—Y usted... —contestó el otro, emocionado.

—No lo crea. Yo iré al Infierno por todo esto... —dijo el doctor antes de desaparecer tras la puerta.

Juanfran se acercó a ella. Tenía los ojos enrojecidos de haber llorado.

—¿Tú también has perdido algo? —le preguntó Natalia apenada.

Él asintió y se sentó junto a ella en el mismo lugar, todavía caliente, que había ocupado el médico.

—¿Quieres escuchar una historia que va sobre una princesa? —propuso él.

—¡Claro! —palmoteó ella, risueña, aunque el dolor de cabeza enseguida le hizo fruncir los labios.

—Pero no te muevas mucho. Tienes la cadera rota y varias heridas

importantes...

—Vale...

—Pues érase una vez una princesa que tenía a unos reyes muy extraños como padres. No eran malos, pero digamos que mandaron a su princesa a estudiar lejos, bien lejos de ella.

—Ohhh, ¡qué mal! ¿no?

—Pues sí, porque la princesa no llega a conocer a su madre y, de su padre, mejor no haber sabido. El caso es que ambos padres, los reyes, fallecen y la preciosa princesa hereda el castillo, un castillo bien bonito con terreno, con animalitos... un castillo al que puede irse a vivir para siempre con sus dos hijas, también princesas.

—¡Oh, como yo!

—Claro, porque hablamos de la princesa Natalia y de sus preciosas infantas, Alba y Sonia...

—Ohhh, ¿tenemos un castillo?

—Más o menos —sonrió el abogado al ver que ella comprendía la historia.

—¡Sigue! —pidió ella.

—Pues la princesa, que está malita porque ha tenido un accidente muy grave, cuando por fin se recupera y sale del hospital, se va a vivir con sus infantas al castillo, y ahí son muy felices. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó Natalia con los ojos muy abiertos, cada vez más emocionada con el cuento de la princesa

que se llamaba como ella.

—Porque el hombre malo ya no está con ellas y nadie puede hacerles daño. Nadie, nadie, nadie. Porque la princesa va a recibir una pensión vitalicia para vivir tranquila y felizmente en su pequeño castillo; y porque incluso tendrá ayuda doméstica y para el cuidado de sus hijas si ésta lo necesita.

—¡Pero yo puedo cuidar de mis hijas perfectamente! —protestó Natalia enfurruñada.

—Sólo si lo necesitas... —subrayó él, mirándola con un cariño que dolía.

—Ohhhhh. ¿Y cuándo nos vamos al castillo? ¿Tú vendrás también?

—En cuanto te recuperes de tus lesiones y cojas fuerzas, te reunirás con tus princesitas y os iréis al castillo. Yo mismo os llevaré. No para quedarme, pero prometo ir a veros de vez en cuando.

—¡Jo!

—Podrás llamarme siempre que quieras.

—¡Vale! —dijo ella acorralando la palabra entre bostezos.

—Estarás agotada. Te dejo que duermas. Me quedaré aquí hasta que te quedes dormidita del todo, ¿sí?

—Vale...

—Una última cosa, Natalia... —dijo Juanfran mientras extraía un paquete del portafolios—. Tu hija mayor me ha

dado esto para ti. Me dijo que lo necesitarías.

—¿Qué es? —inquirió con la mano extendida. Adoraba los regalos y las sorpresas.

—No lo sé. Lo ha envuelto ella misma. Tienes unas niñas que son divinas.

—Sí —concordó ella con su único ojo empañado al sentir, por un segundo, la maternidad.

Rasgó el papel con nerviosismo y se quedó mirando extrañada el libro que había delante de ella.

—Es un diario, pone —apuntó.

—Eso parece. ¿No es tuyo?

—No lo sé, pero no me parece mío... En fin, buenas noches —y cerró

los ojos, exhausta.

—Buenas noches, Natalia —
contestó el joven abogado de ojos fríos
y corazón caliente, pero ella ya no le
escuchaba...

Bilbao, lunes 7 de mayo, 1984.

—¡Aprisa, niñas, que Juanfran
nos espera abajo en el coche! —les
apremió.

—¡Ya vamos, mami! —gritó Alba
desde su dormitorio—. Es Sonia, que se
está despidiendo de la habitación la muy
tonta.

—¡Tres minutos y nos vamos! —
respondió la madre.

Un torbellino ruidoso de piernas y risas nerviosas entró en el salón, donde ella las aguardaba vestida con su mejor sonrisa.

—¿Listas?

—Sí, mami... —dijo Alba.

—*Espeda*, que me he dejado a Nino en la cama —contestó Sonia, y volvió a irse trotando.

—No quiere irse de aquí, mami —se chivó la hermana mayor.

—¿Pero cómo es eso si nos vamos a un castillo?

—Mami, que es mentira, ¡no es un castillo de verdad! —exclamó enfadada la niña porque, desde que había vuelto

con ellas, su madre era como una hermana pequeña y había que explicárselo todo.

—Bueno, ya lo veremos...

—¡Ya estamos listos Nino y yo!

—anunció la pequeña de rizos dorados abrazada a su inseparable osito.

—Muy bien, pues coged vuestra maletita y vamos —dijo Natalia echando un último vistazo a aquella casa extraña con rejas en las ventanas, de la que no tenía apenas recuerdos.

—Mami... —la llamó Alba—.

¿No te vas a llevar el diario? —preguntó apuntando con el dedo al libro que dormía, olvidado, sobre la mesa del salón.

—Ohhhh, esto... —dijo mientras

lo cogía con una mano y lo examinaba con cierta extrañeza—. ¡Qué chorrada! ¿Para qué querría yo un diario? — reflexionó en voz alta.

Lo abrió un segundo, se acercó a la cocina con él y lo lanzó al contenedor de la basura. Ella no escribía diarios.

—¡Vámonos!

Las niñas salieron alborotadas entre nubes de risas. Natalia apagó la luz tras ellas antes de abandonar aquella casa para siempre.

PARTE 3:
SONIA

La mudanza

**Santurce (Vizcaya), lunes 7 de mayo,
1984.**

—¿Qué, nerviosa? —le preguntó Juanfran antes de salir del vehículo y proceder a enseñarle su «nueva» casa.

—Un poco... ¿Hay cocodrilos en el foso como en los castillos que he visto en los cuentos? ¡No me hace gracia tener cocodrilos! ¡Se pueden comer las cortinas! —exclamó Natalia—. ¡Y a las niñas! —añadió con una sombra de

preocupación en el rostro.

Éstas salieron del coche correteando para explorar los alrededores.

—¡Nos os alejéis, niñas! —gritó el abogado, aliviado al ver que entraban directamente al gallinero a revolucionar a sus pequeños habitantes.

—¿Y los cocodrilos? —preguntó la voz de la mujer con la que había soñado vivir.

—No hay cocodrilos, tranquila, y tampoco almenas ni todas las cosas típicas y anticuadas de un castillo —le explicó, tratando de reducir la decepción en la mirada de aquella mujer-niña.

—¡Vaya! ¿Entonces no soy una

princesa de verdad? —preguntó entre pucheros.

—¡Por supuesto! Fíjate si eres princesa que, vivas donde vivas, convertirás el sitio en un castillo sólo por habitarlo.

—¡Es magia! —palmoteó ella.

—Lo es... —concordó él con un halo de tristeza—. Déjame que salga yo primero para ayudarte a salir con las muletas y te muestro la casa, ¿quieres?

Juanfran había llegado a conocerse la casa de memoria, tanto que podría recorrerla con los ojos cerrados sin sentirse perdido ni desorientado. Y ese conocimiento no se debía a haber acudido a ella, durante los últimos días

de la vida de Darío, a arreglar todo el papeleo, sino a haberse encargado personalmente de la mudanza junto a la empresa de transportes, y a haber colocado cada objeto y prenda de ropa en su sitio para que ellas pudieran tomar posesión de la casa desde el inicio sin más preocupaciones que enfrentarse a las novedades.

El abogado abandonó el asiento de su Citroën Tiburón negro, rodeó el coche y le abrió la portezuela del copiloto mientras le ofrecía la mano para que ella se apoyara en él. Natalia recogió las muletas del suelo y esbozó una sonrisa insultantemente bella.

—Cuando sea mayor, quiero un novio como tú.

El hombre turquesa ocultó el rostro al ladearlo de forma premeditada y respondió con la voz manchada de resignación:

—Claro, Natalia... Toma mi mano.

La chica logró enderezarse y aguardó a que volviera a ella mientras observaba cómo aquel joven tan guapo sacaba del maletero las maletitas de las niñas y su equipaje de mano, y se lo colgaba al hombro.

—¿Vamos? —preguntó él en cuanto la alcanzó. Natalia asintió—. ¿Podrás tú sola?

—Claro, mientras no tenga que luchar con los cocodrilos malos, puedo yo solita —respondió con el mentón

levantado y orgulloso.

Y, así, ambos se reunieron con las niñas en el corral con parsimonia no escogida.

—¡Mamá, mamá! —gritó Alba emocionada—. ¡Hay gallinas, un gallo, pollitos, conejos y cerditos! ¡Tenemos trabajo, eh!

—¡Ya te digo! ¿Vamos a tener que pensar un nombre para todos éstos? —se animó Natalia—. ¿Y cocodrilos? ¿No habrá cocodrilos?

—¡Mamá! —le regañó Alba, que no llevaba nada bien el cambio de su madre.

—¿Los hay? —preguntó la otra, preocupada.

—¡Pues no, porque aquí no hay

agua y en España no hay de eso! — replicó enfadada.

—¡A ver, so lista! ¿Cómo sabes tú eso? —le replicó la primera.

—¡Pues porque lo hemos visto con la seño de Natu! —se defendió la niña, enojada por tener que explicar algo tan obvio—. ¡Y deja de hablar de cocodrilos, que vas a asustar a Sonia!

En ese momento, Sonia lanzó un grito al otro lado de la pequeña granja. El joven abogado corrió hacia ella, seguido por su hermana mayor.

—Halaaaaaaaaaaaaaaa —gritó de nuevo la pequeña de cuatro años—. ¡Tenemos dos ovejitas, tenemos dos ovejitas! —exclamó jubilosa, danzando entre ellas con pequeños saltitos y con

Nino entre sus brazos.

—Sal de ahí, que puedes asustarlas y te pueden atacar, tirar o hacer daño —le explicó el abogado, inquieto.

Sonia abandonó el corralito de mala gana y se unió a ellos para entrar en la casa, donde Natalia los esperaba, apoyada en la puerta de madera pintada en un tono verde esperanza.

—¡Venga, princesitas! Ahora tenéis que descubrir cuál es vuestro cuarto y encontrar los secretos y rincones ocultos del castillo, ¿vale? —propuso el hombre.

—¡Vale! —corearon las tres, Natalia incluida.

La puerta se abrió perezosa,

emitiendo un quejido que dejaba claro su inconformidad por ser despertada. Juanfran accedió al cuadro de luces y activó la electricidad en el interior de la vieja casa de pueblo. Las niñas se desperdigaron por el pasillo y desaparecieron en un huracán de faldas y volantes que invadieron el espacio hasta mucho después de que éstas hubieran desaparecido. Natalia se apoyó en Juanfran y avanzaron juntos a lo largo del corredor mientras él hacía de su *cicerone* privado.

—Esta primera puerta de la derecha es una despensa, o una alacena, como quieras. Aquí hemos puesto toda la comida en las baldas, como ves, y en ese armario blanco de ahí están

guardados los productos de limpieza. Como verás, está lleno, incluyendo ese arcón congelador. Me he permitido hacerte la compra de todo hasta que venga la asistente del hogar que te han asignado.

—¿Cuándo viene? —quiso saber la chica, consciente de que ellas solas no se arreglarían del todo.

—Bueno... la maldita burocracia es lo que tiene... Hasta el uno de junio no vendrán ni la asistente ni la cuidadora para las pequeñas, pero el doctor Martínez y yo vamos a estar muy pendientes. Además, estamos tratando de conseguirte a una chica externa para cocina y limpieza para estos días, pero es difícil. La gente busca empleos

estables, no para unos días.

—Ohhh... Maldita burocracia — repitió ella con convicción porque las palabras le habían parecido muy bonitas y musicales—. Maldita burocracia mala...

—¿Seguimos? —le invitó él—. Casi enfrente de la puerta, en la pared de la izquierda, hay un cuarto de aseo pequeñito con un lavabo, una bañera de medio cuerpo y un váter. No sé qué fue antes, pero les vendrá muy bien a las niñas cuando vengan de la calle y no se puedan aguantar —le dijo él guiñándole el ojo.

—Jejeje, ¡sí! ¡Nos pelearemos a ver quién llega la primera! ¡Seguro que es Alba, la tía abusona, porque yo voy

en muletas!

—Mira... Esta segunda puerta es el salón. ¿Es grande, verdad?

—Es un poco como de viejos, ¿no? ¡Pero tiene una chimenea, halaaaaaa!

—Sí, Natalia, pero será mejor que la dejemos olvidada hasta que venga el invierno y que un adulto supervise su encendido, ¿vale?

—¡Jopeeeeeee! ¡Eso no vale!

El abogado la miró preocupado y se acercó a su oído con un gesto confidencial.

—Está bien. Te contaré un secreto —le dijo entre susurros.

El aliento de él le cosquilleó en el lóbulo de la oreja y la nuca le lanzó

un escalofrío que le provocó unas risitas de satisfacción.

—¡Está bien! ¡Dime, dime! —dijo ella con la voz igualmente baja.

—Pero debes prometerme que no se lo dirás a nadie jamás, y menos a tus hijas, ¿eh?

—¡Lo prometo! —exclamó, llena de seriedad y de compromiso con la causa.

—Está bien... Pues en la chimenea vive un cocodrilo muy malo y muy feo llamado Joaquín, con la boca llenísima de dientes amarillos y grandes que buscan princesas despistadas que enciendan la chimenea para que él pueda escapar y luego comérselas.

—¿En serio? —gritó ella,

olvidando el secretismo y la voz baja.

—¡Palabra de niño Jesús! —
respondió el joven de los ojos turquesa
con la mano izquierda sobre su corazón
y la derecha levantada.

—Ohhh, ¡pues gracias! ¿Te puedo
decir yo otro secreto? —dijo la joven
con la voz temblorosa mientras se
acercaba a su oído como él había hecho
antes con ella.

—Claro...

—Pues... —Natalia se pegó aún
más a él—. ¡Que no quiero un novio
como tú porque quiero que tú seas mi
novio! —dijo de corrido, tropezándose
con las sílabas, los nervios y las risas
antes de darle un beso furtivo en la
mejilla y enrojecer como un pimiento

morrón.

—Ohhhh, gracias, Natalia. Entonces, si es un secreto, no se lo diremos a nadie hasta que ocurra, ¿vale? —dijo él sin saber cómo comportarse mientras le depositaba un beso en la frente—. ¿Seguimos un poco más?

Ella dijo que sí con la mirada y avanzaron hasta la última puerta de la planta baja, la cocina. Natalia observó la estancia con detenimiento, rebuscando en su cerebro algún recuerdo o imagen, pero sólo halló polvo y fragmentos rotos que no supo cómo pegar.

—¡Mami, mami! —gritaron las niñas, que acababan de bajar del piso superior—. ¡Tienes que venir! ¡Tienes que venir!

—¡Tenemos un cuarto chulísimo con un gran árbol que nos saludará cada mañana y un armario de color rosa para cada una! —se explicó Alba, emocionada por tener un armario para ella sola.

—¡Y un *cuato* de *jevós tamén!* —añadió la pequeña.

—¿Sí? —preguntó sorprendida Natalia mientras se giraba hacia Juanfran para averiguar si le estaban tomando el pelo.

—Sí, he hecho preparar un cuarto de juegos para las niñas también. ¿Quieres verlo? —respondió el hombre.

—¡Claro que quiero! —gritó ella. Juanfran la cogió en brazos y la subió por las escaleras al tiempo que se

preguntaba cómo iba ella a poder subirlas y bajarlas hasta que se recuperara de sus lesiones. Cuando llegaron al piso de arriba, él la detuvo y le dijo:

—Ahora vamos a ver las habitaciones, pero creo que lo mejor será que no subas aquí arriba hasta que no puedas hacerlo por ti misma. No quiero que te caigas y te desnuques. ¿Quieres que montemos una habitación en una pequeña salita de estar que hay junto a la cocina y que no te he enseñado? Puedes dormir ahí, como si fuera una aventura, y yo puedo ponerte un pequeño armario.

—Ohhhhhh, ¡Claro! ¡Podríamos poner una tienda de campaña chuli!

—Mejor una cama de verdad, para que puedas descansar y no te duela nada.

—¡Ya estamos...! —protestó.

—¿Entonces te hacemos tu cuarto especial de princesa ahí abajo y que las niñas se queden ahí arriba?

—¡Síííí!

—Pues ven... Éste será tu futuro dormitorio, en cuanto puedas subir hasta aquí. Bonito, ¿verdad?

—¡Ya te digo! ¡Y con chimenea también!

—Ya... pero en ésa vive Enrique, el hermano, aún más feo, del otro cocodrilo.

—¿Joaquín el cocodrilo tiene un hermano feo llamado Enrique? —

preguntó ella con los ojos llenos de dudas (el suyo y el falso ojo que le habían colocado) mientras las niñas jugaban, entre risas y chillidos, a ver quién saltaba más alto en la cama de su madre—. ¡Me estás tomando el pelo!

—¡Que me salgan verrugas en el culo si miento! —dijo el abogado con la mano en el pecho y la sonrisa escondida a duras penas.

—Me vale. Enséñame el resto — pidió ella.

—Dentro de tu habitación hay un baño, pero bueno, ya lo verás cuando puedas usarlo. Tienes una bañera enorme en él. Aquí está el cuarto de juegos de las niñas. Antes fue el despacho de tu madre, que era maestra.

¿Te gusta?

—¡Es precioso, Juanfran!
¡Cuántas cosas chulas!

—Me alegro... Ven por aquí. Éste el baño de las niñas, que es bastante grande para ellas y, justo enfrente, su dormitorio.

Natalia se adentró en él con aprensión. Apenas reparó en los colores pastel de las paredes ni en los muebles rosas que decoraban la estancia. Sus ojos se habían quedado pegados a esa enorme ventana y al imponente árbol que se veía tras ella.

—Esa ventana... —murmuró ella con un sentimiento de malestar que no supo descifrar.

—¿La reconoces?

Ella negó con la cabeza y empezó a temblar.

—No me gusta este sitio... Me muerde las tripas.

—¿Quién te muerde las tripas?

—No sé... Quizá sea Enrique...

—¿Enrique? —repuso el otro, extrañado.

—¡El feo cocodrilo! —le reprochó ella por su falta de memoria—. ¡Vámonos, porfi! No quiero estar aquí. Me muerde las tripas.

Natalia retrocedió hasta salir de esa habitación y Juanfran inició el descenso con ella poniendo mucho cuidado. Esas escaleras eran irregulares y traicioneras. Las niñas llenaron el espacio de gritos y «¿A qué no me

pillas?».

—Natalia, tengo que irme ya a trabajar, pero esta tarde vengo a veros cuando salga del bufete, ¿vale? La comida está preparada sobre la mesa. Sólo tienes que calentarla en el microondas. Si tienes dudas, pregúntale a Alba —le explicó él muy despacio para cerciorarse de que le llegaban todas las palabras—. Ah, ahora que menciono a Alba, ¿te importa que hable un poquito con ella?

—No... —dijo ella con los labios fruncidos en un gesto de celos supremos.

—Gracias, mi princesa favorita —le dijo sonriente antes de alejarse de ella.

—¡Alba!

—¿Sí? —preguntó la niña interrumpiendo los juegos con su hermanita.

—Tengo un regalo para ti y un favor que pedirte. Ven, acércate.

La niña obedeció, intrigada, mientras fantaseaba con regalos como libretas de purpurina, lazos para el pelo o ponys blancos. Cualquiera de las tres opciones estaría bien.

—Ya sabes lo que le ha pasado a mamá, ya que lo hemos hablado muchas veces. Ahora es como si tú fueses la mayor, porque tienes nueve añazos ya, y ella tiene unos siete u ocho. Tienes que tener mucha paciencia con ella, cuidarla mucho y protegerla como ella siempre

ha hecho contigo, ¿vale?

—Sí, ¡ya lo sé!

—Ahora vais a vivir solas y, hasta que vengan las señoras para ayudaros el mes que viene, tienes que jugar a ser tú la mami.

—¡Pero no es justo! ¡Mis amigas van a hacer la Primera Comunión este año y yo no!

—Lo sé, pero la harás el próximo año, prometido. Ahora tienes que ser muy buena y ayudar mucho. ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo —dijo al fin la niña de ojos y cabellos oscuros con una seriedad impropia de su edad.

—Genial... Confío en ti, ¿eh? ¿Quieres ver mi regalo?

—Ostras, ¡claro!

—¡Toma! —dijo él sacando un paquete de su habitual portafolios.

—¡Ohhhhhhhhhhhhhhhhh! —un suspiro de emoción auténtica salió de sus labios para perfumar la habitación de alegría en estado puro—. ¡Es un diario! ¡Para mí!

—Sí, sé que querías uno y que se lo pediste a mamá cuando apenas sabías escribir. ¿Y has visto a Mickey?

—¡Sí! ¡Es el diario de Mickey mouse! ¡Soy la amiga de Mickey mouse!

Y la niña salió corriendo hacia su nueva habitación, dispuesta a estrenar a su compañero Mickey, después de darle un beso rápido en la mejilla y de gritar un «Gracias» que no se llegó a

materializar hasta que ésta no estuvo en el piso superior, tumbada en la cama y observando aquella primera página vacía decorada en los laterales con varios Mickeys en distintas poses.

Juanfran sonrió y dejó la casa con una sensación de absoluto cansancio. La vida era muy injusta.

Diario de Alba (I)

Santurce (Vizcaya), martes 8 de mayo, 1984.

¡Hola Mickey!

Me presento. Soy Alba y voy a ser tu nueva mejor amiga. Tengo nueve años, para diez casi ya, y era la niña más lista de los niños de mi otra clase.

Me gusta leer y un día voy a ser una famosa escritora, periodista, veterinaria o astronauta. No lo he decidido todavía. Tengo una hermana

pequeña de cuatro años que se llama Sonia y es un incordio, Ella no se parece en nada a mí. Yo soy igual que papá (y es un asco, porque no quiero parecerme a papá), con los ojos y el pelo oscuros; y la tata es como mamá, con los ojos verdules (así los llamo yo) aunque con el pelo muy rubio.

Mi hermana es muy tonta y pesada. Siempre está jugando y hablando con su osito Nino cuando no está persiguiéndome para que juegue con ella. ¡Pero yo ahora te tengo a ti! Y podré hacer cosas de mayores y contarte todo lo que se me ocurra. ¿A que es chupi?

¡Jo, Mickey, qué buenos amigos vamos a ser! ¿Sabes que mi mamá

también escribía un diario? Pero eso era antes, antes de que papá...

Ayer un amigo de mamá, que es abogado y guapíiiiiiiiiisimo, te trajo a mis manos como regalo. Yo sé que es para asegurarse de que me porto bien y cuido de mamá, pero no hacía falta, ¿sabes? Lo habría hecho igual porque es mi mamá y la quiero mucho.

Le han pasado cosas muy feas a mamá. Papá se puso raro y borracho y, cuando más miedo le teníamos, le pegó mucho y muy fuerte en la cabeza. Recuerdo sus gritos y la sangre que escupía de ahí arriba. ¡Pobre mamá! Ahora se ha quedado mongola. Juanfran me dice que es como una niña, pero eso es mentira. ¡Yo soy una niña y no soy

mongola! Mamá se ha quedado tonta, como los niños de aquel campamento de verano con los ojos raros.

Ahora tengo que cuidarla y lo voy a hacer muy bien. Hoy hemos estrenado una casa nueva y tenías que ver lo chulipreciosa que es nuestra habitación. Aunque ahora me toca compartir el cuarto con la pesada de Sonia, pero bueno...

La casa es muy bonita y me encantan los animales del corral, pero la tonta de mi hermana se ha pasado toda la noche hablando con el árbol. Es cierto que estaba un poco pesado, venga a golpear el cristal con sus gordas ramas, pero ¿va a dejar de hacerlo por mucho que se lo digas? ¡Pues no, porque los

árboles no tienen orejas! En fin... voy a prepararle el desayuno a mamá y a la tata, que está jugando a no sé qué en el cuarto de los juegos, y al cole.

Santurce (Vizcaya), miércoles 9 de mayo, 1984.

¡Hola Mickey!

¿Me has echado de menos? ¡Mira que prometo escribirte todos los días, eh? Te contaré de las amigas del nuevo cole al que voy, cuando las haga, porque de momento son todas un poco estúpidas. Nos miran mal a Sonia y a mí,

y hablan de una casa llena de bebés muertos. ¡Serán tontas! ¡Que vengan y verán cómo no tenemos bebés muertos por aquí, narices!

La verdad es que echo de menos a mis amigas del otro cole. Allí tenía muchas y nos reíamos motrollón, pero aquí no nos ajunta nadie. ¿Sabes que me he pasado el recreo con la tata? ¡Pues sí! ¡Con una mocosa a mi edad! Ainssssss...

Y te contaré, ¿qué más?, pues cómo va mamá, te hablaré de los libros que lea y te pondré aquí los cuentos que escriba e, incluso, te pegaré conversaciones enteras que oiga, porque hoy he decidido que también voy a ser espía y detective privado, porque tengo

mucha memoria y recuerdo todo lo que veo y oigo. He pensado un plan de trabajo para el futuro y creo que, cuando sea mayor, cada semana seré una cosa distinta para poder hacer todo lo que me gusta, que es mucho, y no aburrirme nunca. ¿A que es guay del Paraguay?

Pues aquí va mi primer día como espía:

Primer sujeto espiado: mamá

Mamá duerme en el piso de abajo porque no puede subir y bajar escaleras con las muletas. Juanfran le ha preparado un colchón y un armario en una habitación junto a la cocina que huele un poco raro. Creo que esa

habitación no ha sido abierta en mucho tiempo porque tenía peste. Ayer los espíé a ella y a Juanfran para ver si se daban un beso o algo, pero ella sólo hablaba de cocodrilos en las chimeneas y en las ventanas, y de si nos iban a comer. Juanfran ponía caras raras y al final se fue llorando un poco. Entonces lo intercepté, porque los espías también tenemos que hacer estas cosas de valientes y ponernos en mitad del fuego de batalla, y le dije si podíamos hablar. Se quitó las lágrimas disimuladamente con una mano (porque se supone que los hombres no lloran) y entró conmigo en la cocina. Entonces me convertí en policía, que, si me gusta mucho, lo seré los fines de semana No todos, porque a

veces querré jugar y descansar), y comencé el interrogatorio:

—¿Cómo has visto a mamá?

—Igual que ayer. ¿Por qué? ¿Has visto algo extraño o preocupante en ella? —me preguntó él, que seguro que también es poli los fines de semana el muy cabrito.

—No, pero... me preguntaba...

¿Te gusta mamá?

Él me miró con la boca abierta.

No, definitivamente, él no era poli.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque a mamá sí le gustas y, no sé... Podríais haceros novios y venirte a vivir con nosotras y cuidarnos. ¿No te parece un buen plan? Te haríamos tortitas para desayunar y cosquillas en la

barriga cuando vengas enfadado del trabajo...

Él me miró como si se hubiera acordado de algo muy triste. Me sentó en sus rodillas, frente a la mesa, como si yo fuera una niña pequeña, y me respondió:

—Tu mamá y yo no podemos estar juntos...

—¡Vaya que no! —le solté enfadada—. ¡Pero si os acabo de ver ahora mismo juntos!

—No... No me refiero a eso... No podemos estar juntos como novios ni nada similar. Además, mis padres me han presentado a una chica y nos estamos conociendo. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Alba?

—¡Pues claro, que tengo nueve años, no cuatro! Entonces tienes novia ya, claro, y no puedes tener dos. ¿Es eso, no?

—Más o menos...

Entonces me levanté con mis morros enfurruñados y le dije:

—Pues si nos vas a dejar, mejor que sea más pronto que tarde, antes de que te cojamos más cariño, ¿eh?

No se lo dije del todo en serio, o igual sí, pero él me creyó, movió la cabeza en un feo «sí» y se despidió con nuevas lágrimas. Espero que vuelva...

¡Así no se puede espiar como Dios manda!

Segundo y último sujeto espiado:
la tata (aquí no vive nadie más, pero
prometo buscar nuevos sujetos)

Pensé que sería muy aburrido espiar a una cría de cuatro años, porque no se puede decir que haga gran cosa y porque es más rara que yo qué sé, pero he descubierto que no sólo es rara, sino que está loca.

(Nota mental: espiarla mucho y muchas veces.)

Estaba en nuestra habitación jugando y cuchicheando sin parar. Yo me acerqué hasta la puerta y me coloqué tras ella, silenciosa como un pedo ninja, porque así es como se mueven los espías, a traición y sin hacer ruiditos. ¡La tía no estaba jugando con Nino! Al

pobre lo tenía tirado en el suelo y ella estaba sentada a lo indio frente a la ventana, haciendo unos símbolos muy raros en el cristal, que pintaba con los dedos después de hacer vaho con la boca. Me callé un ratito más y vi que se reía y decía que no con la cabeza. ¡Como si hubiera alguien más en la ventana! Pero ahí sólo se veía el árbol gordote ése, que ya me empieza a caer mal porque no me deja dormir por las noches con sus arañazos en los cristales.

Entonces le toqué la espalda y se giró con cara de leche cortada. Y te juro que casi me meo de miedo en los pantalones al verle esa cara de cabreo. Sonia sí que valdría para policía malo...

—Perdona si te he asustado, tata
—le dije.

—No lo has hecho —me soltó
ella.

¡Pero si ella no habla así de bien
ni de ese modo!

—Ohhhh... ¿Y qué haces, tata?

—Juego —me dijo mientras se
volvía a mirar hacia la ventana.

—¿A qué?

—Al ahorcado...

Ahí supe que se estaba quedando
conmigo. Esos símbolos raros no tenían
nada que ver con el juego del Ahorcado
y, además, ese juego es para niños
mayores como yo, no para ella, que no
sabe casi escribir.

—¿Y con quién juegas? —le

solté, porque yo creo que en los interrogatorios hay que hacer muchas preguntas aunque sean muy tontas, como he visto en las películas que echan por la tele.

—Con Ángela...

—¡Qué bonito nombre! ¿Y quién es esa Ángela y dónde leches está? —le dije, ya enfadada, porque no me gusta que me hagan bromas ni me digan mentiras.

—Es mi nueva amiga y vive en ese árbol —señaló—. Pero pronto vivirá con nosotras.

Yo miré el árbol y, como no vi nada, decidí que era el momento de hacer pis y dejar a la loca de la tata con su amiga imaginaria.

Y, un ratito antes de ponerme a escribirte, hice mi último espionaje. ¡Cágate, Mickey, con lo que he visto!

Esta vez estaba en el cuarto de juegos sobre una alfombra de colores. Sonia había hecho un círculo muy chulo con juguetes. Estaban Nino, mi muñeca Nancy militar, algunas barriguitas y playmobils, dos muñecas de trapo, una Chochona en chándal, y mi precioso payasete de pelo rubio y narizota roja. En mitad del círculo se había sentado ella, y les explicaba que iban a jugar al juego de Ángela y que sería muy divertido.

Y, ¿a que no sabes qué hizo, Mickey? ¡Se puso a cantar una canción muy rara! La voy a escribir ahora antes

de que se me olvide:

—¡Uno, dos! La Muerte ha regresado, no mires a otro lado...

Aquí, mi amigo diario, ella empezó a contar desde Nino hacia su derecha, señalando con su dedo de señalar a los dos primeros muñecos.

—¡Tres, cuatro! La Muerte tiene hambre, y se despierta con calambres...

Volvió a señalar a los dos siguientes.

—¡Cinco, seis! La Muerte te está buscando, aunque tú me estés espiando...

Y, entonces, ella se giró (pero no entera, sólo su cabeza) y me señaló a mí en lugar de a la Nancy militar, porque le tocaba a ella, con una mirada muy de

papá, ¿sabes? No sé cómo explicarme pero era como si no fuera ella, aunque era ella. ¡Qué lío! Me quedé ahí quieta, incapaz de moverme y de salir corriendo, que es lo que más me apetecía en el mundo mundial, y ella volvió a su canción de pirada, ignorándome de nuevo.

—¡Siete, ocho! No la mires a los ojos, o verás cómo te cojo... —siguió cantando.

—¡Nueve y diez! No abras la ventana, o hará lo que le dé la gana...

Y, cuando la tata dijo diez, señalando a mi payasito, lo cogió de un manotazo rápido y le arrancó la cabeza. Y ahí sí que salí corriendo, ¡pero corriendo de veras!

Tengo miedo, Mickey mouse. No me gusta esta casa ya. ¡Me quiero ir de aquí! Voy a llamar a Juanfran ahora mismo y se lo voy a contar y a pedirle que vuelva y que me perdone. ¡Sí, eso haré!

***1.* La Muerte ha regresado**

¡Uno, dos! La Muerte ha regresado, no mires a otro lado...

**Santurce (Vizcaya), madrugada del
jueves 10 de mayo, 1984.**

—¡Venga, acuéstate ya, joooo! —
suplicó la niña en la cama después de
que unas risas sobresaltaran su
descanso.

Alba se frotó los ojos para alejar la neblina de ellos y se incorporó sobre la almohada con el fin de localizar a su hermana pequeña, que se había mantenido en silencio después de despertarla; en demasiado silencio.

—¡Sonia! ¿Qué haces?

La pequeña de cinco años estaba de pie frente a la ventana, mirando fijamente hacia ella, igual de aletada que cuando veía los dibujos animados en la tele. Alba soltó un suspiro dramático de fastidio y gritó:

—¡Eh, tata! ¡Me has despertado, jopetas! ¿Te quieres ir a la cama ya? ¡Mañana hay cole y nos la vamos a cargar!

La ventana iluminaba el tercio del

rostro que podía ver desde aquella posición en su cama, y reparó en que la niña lucía una sonrisa bobalicona y enorme.

—¡Sonia! —la volvió a llamar, cada vez más enfadada—. ¡Sonia!

La cría se mantuvo ajena a la voz de su hermana y comenzó a reírse con timidez ante el cristal. Pronto, las débiles risas se convirtieron en auténticas carcajadas de alegría. Nino se agitaba en su mano izquierda y acariciaba el suelo con su manita de peluche en un bamboleo desacompasado. Un pequeño río amarillo surgió bajo el camisón de la niña, deslizándose por entre sus piernas, pero Sonia parecía no ser consciente de

ello y continuaba riendo, más y más alto, con la mirada anclada a la ventana.

—¡Sonia! Te estás haciendo pipí encima. ¡Ya verás mamá, qué bronca te va a echar! —le dijo Alba tratando de buscar una reacción en ella, pero ésta seguía ignorando todo lo que sucediese fuera de aquella ventana.

Alba se levantó de la cama con una pedorreta que dejaba bien claro lo que opinaba de las excentricidades de la mocosa de su hermanita y se dirigió hacia ella. Cuando la alcanzó, le tocó la mano con la que sostenía a su oso de peluche, que no dejaba de mover adelante y atrás, pero tuvo que retirarla cuando su tacto helador le quemó la piel.

—¡Sonia! ¡Estás congelada! —
exclamó.

Ella rio de nuevo, esta vez más alto, con lágrimas de hielo surcándole el rostro que le recordaron a las carreras de trineos. Entonces la niña inclinó un instante la cabeza hacia el charco amarillo que se había formado bajo sus pies, se giró hacia la hermana mayor, señaló la ventana con expresión risueña y dijo:

—*Mida.*

—¿El qué? —preguntó Alba, confundida, antes de obedecer.

Entonces dirigió su mirada hacia el ventanal y se sorprendió.

—No veo nada, ¿qué tengo que mirar?

—*Mida* —repitió la pequeña con la mano apuntando hacia el árbol.

Alba se acercó algo más a la ventana tratando de ignorar el extraño frío que surgía de ella.

Y lo vio.

Algunas de las ramas que, en un principio, ella había creído agitadas naturalmente por el viento, danzaban entre sí en una caótica mezcla de bailes como el tango, el can-can, las sevillanas o la salsa. Parejas de baile hechas de ramitas se disputaban la atención de las dos niñas, como si éstas fueran los jueces en un importantísimo concurso de baile.

—¡*Mida* cómo saltan!
¡Halaaaaaa! —exclamó Sonia, riendo de

nuevo.

Alba observó la escena boquiabierta. No negaba que no fuera divertido ver cómo las ramitas bailaban sus respectivas coreografías, cómo se empujaban y pisaban las unas a las otras para acabar con la competencia y ser ellas a quienes miraran, pero ella sabía que aquello no podía ser.

—Sonia... ¿No te da miedo?

—¿*Po* qué, tata? Es Ángela. Ángela no da miedo, es mi amiga.

—¿Está ahí fuera Ángela? ¿En el árbol?

Sonia clavó sus ojos azules en ella y movió afirmativamente la cabeza.

—¿Dónde? —preguntó la mayor, que empezaba a sustituir el asombro y la

diversión iniciales por un miedo profundo que le arañaba el estómago.

—Ahí, tata.

Alba aproximó su cara hasta pegarla al cristal congelado. Entre las ramas (pero no las bailarinas, sino las grandes ramas del árbol, las estáticas), se columpiaban unos ojos que parecían haber sido esculpidos en hielo. Los ojos se sorprendieron al ser descubiertos y una voz salió de una boca que no consiguió ver en ese momento.

—¡Ohhh! ¡Así que ahora tú también me ves? ¡Fantástico! ¡Entonces podremos jugar las tres! —dijo la voz entre risas guturales.

Alba dio un salto hacia atrás y miró a Sonia llena de espanto.

—¿Ésa es tu amiga Ángela?

—Sí... es una niña como *nosotas*,
pedo tene esa vos *poque* ahí *fueda tene*
fío.

—¿Una niña viviendo en un
árbol? —reflexionó en voz alta la
mayor.

—¿Me dejáis entrar y os enseño
un juego muy divertido? —dijo la voz
infantil y anciana a la vez.

—¡Sí! —gritó Sonia dando
palmas.

—¡Nooooooo! —replicó
aterrorizada la otra—. ¡No va a entrar!

—¡Jooooo! Yo no *pedo abir* la
ventana sola. ¡Veeeeeenga! —suplicó la
pequeña—. Deja pasar a mi amiga...

—¡Nooooo! ¡Y aparta de ahí ahora

mismo! —le ordenó ella, con la intuición en su interior chillando que se alejara de aquella cosa de ojos traslúcidos.

Entonces una mano llena de garras se encaramó a la ventana a una velocidad inexplicable y comenzó a rascar el cristal obsesivamente. El ruido picoteó las orejas de las niñas como un enjambre furioso.

—¡Se ha enfadado! ¡Déjala *ent*ar!
—lloriqueó Sonia mientras se protegía los oídos con sus pequeñas manitas.

Las ramas cesaron su baile y volvieron sus caras de palo hacia Alba sonriendo malignamente. La mano realizó un gesto brusco en el aire, como de director de orquesta con una batuta

invisible, y todo empezó a cambiar en ese mismo instante. Las ramas comenzaron a mutar en diferentes animales, incluyendo algunos que, físicamente, no podían estar ahí, sobre el árbol: aves, gatos, perros, peces e, incluso, un cocodrilo. Alba contempló la metamorfosis, paralizada por el terror, hasta que su cuerpo la obligó a correr escaleras abajo cuando toda esa reunión imposible de bichos la miró con crueldad y decidieron estamparse contra el cristal usando sus propios cuerpos a modo de ariete.

Cogió a la pequeña Sonia de la mano a la fuerza y bajó a toda velocidad las escaleras que las separaban de su niña-madre.

—¡Mamá, mamá! ¡Despierta! —
irrumpió gritando en la habitación
provisional—. ¡Mamáaaaa!

Natalia se despertó de inmediato.
Prendió la luz y miró a sus dos hijas.
Una lloraba y la otra reía. Ella tenía
mucho sueño y no comprendía nada.

—¿Qué pasa?

—¡Ahí arriba hay algo, mami!
¡Hay algo! —chilló con todas sus ganas
ahora que el miedo había tenido tiempo
de invadirle la mente.

—¿El cocodrilo malo? —
preguntó ella con un mohín de enfado.

—¡Sí, mamá! ¡El cocodrilo malo
y todos sus amigos!

—¿Pero tiene amigos encima con
lo feote que es? ¡Esto no puede ser!

¡Hay que llamar a Juanfran para que nos cace al cocodrilo! —exclamó resuelta la madre.

—¡Así se habla, mami! —la apoyó Alba.

—¡Pero no es un cocodrilo! ¡Es Ángela haciendo magia! —protestó la niña pequeña.

—¿Ángela? —repitió Natalia al sentir un eco lejano en su cerebro desfragmentado—. ¡Qué bonito nombre!

—Es mala, mamá. Yo la he visto y nos quería comer. Escondía sus colmillos pero se los he visto, largos como sables. ¡No le dejes que entre, porfi! —intervino Alba.

—¡Mamá, es *mentida*! ¡Tene envidia *poque* es mi amiga y no suya,

pedo es mu güena!

—¡Mentirosa!

—¡Bota, bota y en tu culo *expota*!

—Ehhh, no sé qué hacer. Si es amiga de Sonia, es de mala educación matarla... —titubeó la madre.

—¡No, por favor, mami! ¿Por qué no dormimos esta noche aquí contigo y se lo preguntamos a Juanfran mañana? —preguntó la hija mayor con desesperación.

Natalia se esforzó por pensar y tomar una decisión correcta y, finalmente, respondió:

—Tengo sueño y eso significa que tenemos que dormir. Mañana decidimos qué hacemos con el cocodrilo, pero, si es amigo de Sonia, no podremos

matarlo, ¿eh?

Alba cabeceó afirmativamente con un solo pensamiento: espiar al tercer sujeto de la casa, los ojos, y contárselo todo a Juanfran y a Mickey, por ese orden. Las niñas se acurrucaron junto al cálido cuerpo de la madre y se hicieron un ovillo bajo las sábanas.

—¡Qué frías estáis! —lloriqueó la madre.

Sonia respondió con una risita que incomodó a Alba tanto como el espectáculo que acababa de presenciar en el piso de arriba. Los ruidos de los golpes contra el ventanal se fueron apagando poco a poco y, al final, Alba también cayó dormida junto a los cuerpos de su madre y su hermana.

Hasta la mañana siguiente, cuando subiera a vestirse, no se encontraría con el cristal teñido de sangre y unos profundos surcos cuya visión la desanimó durante toda la jornada. Lo que fuera que había sucedido esa noche no era una pesadilla.

—¿Y bien? ¡Me has asustado mucho por teléfono! —dijo el abogado de ojos preciosos en cuanto ella le abrió la puerta.

Alba se tiró a su cuello y se agarró a éste con una necesidad que iba

más allá del desconsuelo. Él la abrazó a su vez, preocupado, y dejó que la muchachita se desahogara hasta que las lágrimas le permitieran explicarse.

—¿Dónde están mamá y Sonia?
—preguntó al fin, cuando el llanto descarnado se convirtió en una sucesión de hipos.

—Están en la cocina, jugando al «Veo veo».

—¿Me cuentas qué ha pasado, pequeña? —pidió él mientras se deshacía del abrazo estrangulador de ella y se incorporaba.

—Anoche, en la ventana, unos ojos malos, unas uñas, unas ramas que bailaban y muchos animales muertos —dijo precipitadamente, con el miedo

desordenando las palabras que tenía preparadas para él en sus labios.

—Ohhhh, entiendo —sonrió—. ¿No habría, por casualidad, un cocodrilo llamado Enrique?

Alba abrió la boca con incredulidad.

—¡Vaya! ¿Cómo lo sabes? Su nombre no me lo sé porque no nos lo dijo, pero querían echar la ventana abajo —replicó muy seria.

—¿Me lo enseñas?

—¡Claro! Pero, prepárate, ¿eh? Que sé que no eres poli y puedes vomitar por la sangre —le advirtió ella, tomándolo de la mano antes de subir las escaleras.

—¿Sangre? —repitió preocupado

el hombre.

—Y mucha... —señaló la niña con un movimiento afirmativo de cabeza que reafirmaba sus palabras

—¡Vaya! —exclamó él sin saber qué decir.

Llegaron al piso superior. Juanfran se extrañó de ver todas las puertas abiertas excepto la de la habitación de las niñas.

—¿La has cerrado tú?

La pequeña negó con la cabeza. Estaba segura de no haber dejado a Sonia subir al piso de arriba por su cuenta en ningún momento. La había acompañado al cuarto para vestirse y se había asegurado de que no se quedara sola en la habitación. Toda esa sangre de

la ventana le quitaba el aire, le provocaba mareos y dolor de cabeza. Ella tampoco podría ser poli los fines de semana, así que debía buscarse una nueva profesión sustituta.

Recordó que, después de vestirse, había convencido a mamá para no ir al cole porque la tata tenía algo de fiebre y porque era mejor hablar de la caza del cocodrilo con Juanfran. Y, finalmente, había telefoneado al abogado, al que había estado esperando en la cocina mientras ellas dos jugaban a un «Veo veo» demasiado fácil (y aburrido) para ella.

—¿Preparado? —susurró Alba con la mano apoyada en la manilla.

—Entremos —contestó él, entre

divertido e intrigado.

Alba se quedó paralizada al observar la ventana.

—Pero... pero... —dudó.

—Mira, cielo, esto que os ha pasado es normal —le dijo el hombre arrodillándose para ponerse a su altura—. Es una casa desconocida, habéis pasado por muchas cosas difíciles y, a veces, cuando hay tantas novedades y problemas, la mente te gasta bromas pesadas en forma de pesadillas o cosas que no son.

—Pero...

Juanfran la abrazó.

—Fue una pesadilla, créeme —le dijo al oído.

Ella se sintió reconfortada por la

voz y el abrazo del hombre, y volvió a sentirse segura.

—Quizá tengas razón.

—La tengo, de verdad —le aseguró él.

—Vale... —concedió ella con una sonrisa mientras una alarma en su cerebro pitaba y pitaba hasta que algo, o alguien, la desconectó.

—¿Bajamos a ver a mamá y a la tata? —propuso él.

—¡Vamos, pero su juego es un rollo, te lo advierto! ¡A la tercera ya te querrás morir! ¿Qué te juegas? ¡Se repiten como el ajo!

El hombre rio encantado, y dejaron atrás una ventana que no presentaba ningún arañazo ni rasguño,

una ventana limpia de sangre y de manchas, una ventana abierta de par en par.

2. La Muerte tiene hambre

¡Tres, cuatro! La Muerte tiene hambre, y se despierta con calambres...

Santurce (Vizcaya), madrugada del viernes 11 de mayo, 1984.

Se encontraba en un jardín que olía a hierbabuena, a rosas y a gladiolos; se encontraba en su jardín. Era un día de primavera precioso, de

ésos en los que el sol te acaricia pero no azota, de los que te roba sonrisas en lugar de suspiros de resignación y sudor. La brisa jugueteaba con su pelo azabache y limpiaba la tristeza que había acumulado en forma de lágrimas. Alzó la cabeza hacia el cielo azul y, como era habitual, un coro de pájaros amigos la aguardaban para piar y cantar con ella. Los saludó con una reverencia formal, agarrándose el camisón, y éstos comenzaron su concierto a *capella* mientras ella se aproximaba en un trote despreocupado a su rincón favorito: un grupo de plantas que competían entre sí en belleza y fragancia.

Aplaudió extasiada al ver aquellos pendientes de reina que tanto le

gustaban y que crecían en sus sueños sólo para sus ojos, y jugó con ellos al «Pito, pito, gorgorito» al tiempo que éstos susurraban:

—¡A mí, elígeme a mí, por favor!

Cortó a los dos afortunados y se los colocó en las orejas con un grito lleno de euforia:

—¡Soy la reina de mi casa y del mundo entero!

Luego dio más y más volteretas alegres encadenadas con risas traviesas en mitad del jardín. ¡Qué feliz era ahí, en su pequeño jardín secreto! Ahí no había ningún papá malvado que le hundía la cabeza a mamá hasta que ésta vomitaba cosas y más cosas de dentro. Cerró los ojos y se obligó a olvidarse

de todo aquello. Allí sólo se acudía a soñar y a ser feliz, ¡claro que sí! Estaba levantando los párpados de nuevo cuando sintió un repentino mordisco en las pupilas. Aulló de sufrimiento y se llevó las manos a la cara. Dolían. Trató de averiguar qué tenía delante, pero sus ojos estaban como borrachos, con la visión emborronada. Los pájaros cesaron su alegre canto a un tiempo y, un instante después, una lluvia feroz de aves muertas (sus queridos amigos cantores) cayó sobre su cabeza desde un cielo que se había ennegrecido y tornado hostil en cuestión de segundos.

Buscó a tientas con las manos y supo que estaba allí delante, mirándola. Notó cómo se giraba y le daba la

espalda, y se apresuró a perseguirla a través de la niebla y de pequeños pasos inseguros a causa de su vista borrosa y mordisqueada. La neblina y la sangre de los pájaros que se estampaban contra el suelo lo envolvieron todo. Comprendió que debía alcanzarla y escapar de allí cuanto antes. Siguió el rastro de Nino, que se movía balanceado por el caminar de su hermana, y apretó el paso hasta alcanzarla y tocarle el hombro. Ella se giró con una sonrisa indescifrable, que contrastaba con su ceño fruncido y serio.

—¿Qué diantres haces tú aquí? — le preguntó la niña con una dicción perfecta.

Alba retrocedió instintivamente al caer en la cuenta de que no era ella; sólo

lo parecía. Se esforzó en enfocar la vista y vio los colmillos que le asomaban bajo los labios, tanto a ella como al propio peluche. Tragó una mezcla espesa de saliva y miedo, y contestó, tratando de disimular:

—Soñaba y te he encontrado. ¿Volvemos a casa?

Su falsa hermanita asintió con una sonrisa siniestra y negra que absorbió la blancura de la niebla.

—¡Tres, cuatro! La Muerte tiene hambre, y se despierta con calambres... —canturreó con una horrible voz, que era tres voces en una: la de Sonia, la de una niña desconocida y la de una mujer mayor, muy mayor.

Alba retrocedió aún más al

vislumbrar la garra que se lanzaba contra ella y gritó.

Empapada en sudor, pensó que se había quedado ciega. Se mantuvo inmóvil unos segundos, aún presa del pánico, hasta que cayó en la cuenta de que ya estaba en la realidad, que se hallaba a salvo en su cama, en la oscuridad de la noche y de su dormitorio. El corazón se fue ralentizando junto a sus temores y, sólo entonces, reparó en la voz que cuchicheaba débilmente. Aguantó la respiración y se fue incorporando del lecho en silencio.

Se acarició el brazo mellado por

la garra de la falsa niña y se mantuvo alerta, ya sentada sobre el colchón. Era Sonia quien hablaba. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y se dirigió hacia la camita de la pequeña. Ésta se movía inquieta, profundamente dormida, y decía palabras extrañas e inconexas que, a Alba, justo por no entenderlas, le ponían el vello de punta. Acercó la lámpara a la cara de su hermanita y vio cómo sus ojos se movían bajo los párpados como si tuvieran piojos o *pica-pica* en ellos.

Sonia levantó el tono ligeramente y repitió las mismas palabras a modo de una cantinela. Alba notó la rebelión de su estómago y se dobló lo suficiente para mantenerlo en su sitio. Entonces

reparó en las garras oscuras que decoraban su brazo izquierdo. Abrió la boca, sorprendida, y decidió que debía despertarla, pues estaba en peligro. Unió su carita a la de ella y le susurró con delicadeza, para no asustarla:

—Sonia, despierta. Estás soñando.

La pequeña abrió los ojos de inmediato y con decisión, como si se hubiera estado preparando para aquello toda la noche. Los ojos azules de ¿su hermana? se clavaron como tornillos afilados en los suyos, hiriéndolos de nuevo.

—¡Tres, cuatro! La Muerte tiene hambre, y se despierta con calambres...
—dijo alegre la niña, con su voz en

noche también dormirían con mamá.

—¿Y dices que tenía un mordisco de Tyrannosaurus Rex aquí en la espalda? —preguntó el doctor Martínez, que había acudido a la casa tras la llamada del abogado.

—O más grande. ¡Era así! —señaló la niña abriendo los brazos al máximo.

—Hombre, aquí no veo ningún mordisco de ningún dinosaurio tragón —respondió él—. Pero estas dos extrañas manchas negras en la piel.... y esta

fiebre... Haremos una cosa, ¿sí? — propuso el médico mirando alternativamente a los cuatro pares de ojos que lo miraban con atención: las niñas, la madre y el abogado.

Todos ellos asintieron a su manera mientras el médico comprobaba, una vez más, la temperatura corporal: cuarenta grados.

—Está ardiendo —murmuró antes de dirigir su voz hacia ellos—: Os voy a dar unas medicinas para bajarle la fiebre y una posible infección. Si mañana continúa igual o empeora, traédmela al hospital. No trabajo en infantil, pero podré estar pendiente de ella junto a mis colegas pediatras, que son estupendos.

—Así haremos, doctor —
intervino Juanfran asumiendo el mando
—. Estaré al tanto de ellas y, ante
cualquier problema, te la llevo al
hospital o te llamo.

—Estupendo... Ahora debo irme,
comienza mi turno —se despidió el
médico con un apretón de manos.

Luego dirigió una mirada triste a
Natalia, que canturreaba, perdida en sus
fantasías, sobre cocodrilos trepadores
que se comían los jardines y las flores
de sus hijas; y el médico lloró un nuevo
«Lo siento» dentro de él. Alba saltó a su
cuello para dejarle un beso de «amor
por guapo y por cuidar de su hermanita»,
y Sonia volvió a caer dormida en la
cama de su madre entre espasmos y

lágrimas.

—¿Tú también nos vas a dejar?

—preguntó Alba, resuelta.

—Pero sólo un ratito. Tengo que ir a trabajar pero, en cuanto termine, vendré con una bolsa de viaje y el pijama. Esta noche duermo con vosotras por si sucede algo. Tú no puedes con todo —reconoció el joven.

—¡Vaya que no! ¡Por lo pronto, ya he averiguado quién ha mordido a la tata y por qué! ¡Soy la mejor espía! —se vanaglorió ella.

—¿Quién ha sido?

—La Muerte. Ahora también quiere una hermanita... —repuso Alba, porque en él sí que se podía confiar.

Y, justo cuando aquellas

inquietantes palabras fueron pronunciadas, un gran estruendo voló hasta ellos desde el segundo piso. Sonia abrió los ojos en su cama y añadió, entre risas traviesas:

—¡Ya está aquíiiiiii!

Natalia cesó su cantinela de pirada y se orinó encima. Alba buscó consuelo en las turquesas que el abogado tenía por ojos, aunque sólo halló agujas clavándose en su conciencia al saber la procedencia del ruido: la ventana estaba de nuevo abierta.

3. La Muerte te está buscando

¡Cinco, seis! La Muerte te está buscando, aunque tú me estés espiando...

Santurce (Vizcaya), viernes por la tarde y entrada al sábado 12 de mayo, 1984.

Diario de Alba

¡Hola Mickey! Sé que te quedaste con cara de ratón loco con lo que te conté ayer, ¡pero es que están pasando tantas cosas raras en esta casa, mi ratoncito bonito!

Tengo mucho, muuuucho que contarte. Ya verás, ya...

Ayer, cuando el doctor se fue y pasó lo de la ventana, corrí escaleras arriba por si la pillaba con las manos en la masa entrando por la ventana. Y no, no la vi, pero la sentí. Era una presencia fría que convirtió nuestra habitación en hielo, como cuando chupas a lo loco el polo recién salido del congelador y se te pega la lengua a él. ¡Pues así! Mis ojos se pegaron al frío de la habitación hasta

escarcharse y mi boca se convirtió en una locomotora vieja que echaba humo, como si estuviéramos en invierno.

Juanfran llegó detrás de mí y también la notó. Cerró la ventana, corrió unos viejos cerrojos oxidados que había a cada lado del marco y examinó el cuarto como buscando algo. Ahí pensé que igual empezaría a creerme y que algo de poli tenía si estaba tan mosqueado como yo con esa ventana. Date cuenta de que a él sí le conté la verdad sobre el mordisco y sobre esa niña vieja que ahora busca hermanitas para jugar y que se hace llamar Ángela. Si le mentí al doctor con lo del dinosaurio es porque no me fío nada nada nada de él. ¡Y bien que he hecho!

porque, cuando te cuente una cosita que descubrí anoche, vas a alucinar pepinillos. Pero sigo...

Juanfran, que ahora no es sólo amigo de mamá, sino mío también, dio otro par de vueltas por nuestro dormitorio, pero, como tampoco vio nada, al final nos bajamos con mamá y con Sonia. Sonia se había vuelto tan fría como la habitación de arriba a pesar del calor y de estar arropadita bajo las mantas. El abogado le puso el termómetro a la tata y soltó una palabrota muy fea cuando vio que tenía una temperatura altísima. Eso nos asustó mucho a todos, incluso a mamá, que se puso a cantar sin parar. Entonces él trató de llamar al médico para consultárselo,

pero nuestro teléfono, al igual que mami, no funcionaba, así que me pidió que cuidara de ellas mientras salía a buscar una cabina de teléfonos.

Lo acompañé hasta la puerta, cogí el teléfono para ver si a mí me hablaba (no lo hizo) y decidí que era hora de volver al trabajo. Tenía que ser otra vez espía y detective. Y éstas son mis averiguaciones de ayer:

Primer sujeto espiado: mamá

Mamá, a veces, no parece mamá.

Me explico: Hasta entonces, he tenido dos mamás: la bonita (la de antes) y la menos bonita (desde que papá le pegó), pero ahora hay una tercera mamá. Y ésa es la que menos me

gusta y que más me asusta.

Cuando acompañé a Juanfran a la salida, me pareció escuchar que mami decía algo en bajito, de modo que me puse mi traje de ninja invisible y me deslicé hasta ahí sin que ninguna de las dos me oyera. Asomé la cabeza y vi que le decía algo a la tata mientras le acariciaba el pelo y las mejillas, como si volviera a ser nuestra primera mamá. Luego se puso a llorar y le pidió perdón muchas veces seguidas.

¿Por qué crees, Mickey, que mamá le estaba pidiendo perdón a la tata? ¿Qué le ha hecho ella? Me apoyé sin querer en la puerta y el sonido le chivateó que yo estaba ahí. Entonces desaparecieron el llanto y la expresión

de tristeza en su rostro, y los cambió por la cara de la segunda mamá, la que canta y dice tonterías con los ojos borrachos y lejanos.

Ahora tengo dudas de mamá. La he pillado dos veces más. Cuando cree que no hay nadie, es como si volviera a ser la de antes. Entonces cuchichea sobre la Muerte y sobre Ángela, y dice que ha entrado en nuestra familia. ¿Está mamá fingiendo que se ha quedado tonta? Y, si es así, ¿cómo ha podido engañar a los médicos? ¿O es que a veces hay algo, o alguien, que le hace volver, pero dura tan poco tan poco que ni ella es consciente?

Éstas son las preguntas que toda buena detective debe hacerse y resolver,

así que, como ves, tengo mucho trabajo por delante como superespía.

Segundo sujeto espiado: Juanfran

Es el que menos trabajo me da y eso que no es fácilmente espiable, sobre todo porque no vive con nosotras. Él no sospecha de mamá ni sabe que, a veces, ella «regresa».

Juanfran llegó de la calle casi una hora más tarde, con nuevos medicamentos tras la charla telefónica con el médico ése (pfffffff. Ésta es mi mueca de disgusto) y dijo que, si mi tata no mejoraba con eso, el doctor Martínez enviaría a recogerla. Me gustó la idea de no quedarme a solas en esta casa.

Empiezo a tener mucho miedo, ¿sabes? Aquí hay algo muy malo.

Y también me gustó mucho que se quedara ayer a dormir con nosotras en la habitación de arriba de mamá, pero no tanto que nos obligara a Sonia y a mí a acostarnos en nuestra habitación. ¿Pero es que está tonto o qué? ¿No ha visto la ventana? Retiro, retiro lo de que era algo policía. ¡Qué va! ¡Si nos manda con los malos!

Traté de convencerlo de que era mejor si las tres dormíamos abajo, juntitas, pero él contestó que todas necesitábamos descansar y que, las tres en una cama, con Sonia tan enferma, no lo haríamos. Añadió que él estaría en la habitación de al lado por si pasaba algo.

Y, claro, como siempre hay que hacer lo que dicen los mayores... pues a la habitación del demonio que nos fuimos. Me despedí de mamá con un beso y subí a mi habitación con ganas de llorar. Sonia ya estaba en la cama, pues Juanfran la había subido en brazos y acostado.

Tercer sujeto espiado: la tata

Como te decía, mi hermana ya estaba arriba acostada y yo trataba de hacerme la sueca ayudando a hacer cosas por ahí abajo para no tener que subir, pero al final me obligó el abogado (sí, ahora lo llamo así porque a veces me cae gordo). La verdad es que no

pensaba espiarla a ella; sólo subí las escaleras despacito porque me daba miedo que me oyera llegar.

Fue todo muy raro.

Todavía había bastante luz natural que venía de la ventana cuando me acerqué a ella. Como se podía ver toda la habitación, jugué a observarla un rato. Mi hermanita estaba sentada en la cama, de espaldas a mí y a la puerta, mirando (o lo que fuera) hacia la pared del fondo e ignorando, por una vez, la cochina ventana. Hacía un frío que te mueres, mi pequeño amigo, y el vaho de mi boca dibujó nubes de miedo. La tata llevaba su camisón de flores favorito y parecía una estatua, quietecita quietecita, con los tirabuzones rubios cosidos sobre una

espalda sin movimientos de respiración. Bajé la mirada y vi al pobre Nino tirado bajo su cama, olvidado por completo. Sólo se le veía un bracito, que se asomaba en el suelo implorando ayuda para escapar de su oscura celda.

Me agaché, sin apartar la vista de encima a Sonia, y lo recogí con cariño. Los ojos del peluche tenían una expresión tan real, tan triste... ¿Cómo podía estar tan frío? Un escalofrío azotó mi espalda.

—¡Cinco, seis! La Muerte te está buscando, aunque tú me estés espiando... —cantó la voz de mi hermana, juguetona, sin darse la vuelta ni moverse siquiera un pelín.

La temperatura del peluche bajó todavía más y me quemó las manos. Nino cayó al suelo sin posibilidad de un nuevo rescate, y observé con asombro mis palmas y yemas quemadas.

—Sonia... ¿Qué te pasa? Tengo miedo —susurré entre el miedo y el dolor.

Mi hermana se dio la vuelta muy despacio y me atravesó un segundo escalofrío. No era ella, no eran sus ojos... Su cara, demacrada y pálida como la muerte, no era nada comparada con esa mirada diabólica y aterradora.

—¿Qué quieres? —me preguntó molesta. Pero incluso su voz era distinta, más adulta.

—Yo... ¿Estás bien? —pregunté a

punto de echarme a llorar.

—Sonia está muy bien... —dijo la voz de la vieja-niña en los labios de mi hermana—. ¿Y tú... quieres jugar conmigo?

Salí de ahí pitando hacia el baño, donde me encerré con el pestillo y lloré, lloré y lloré hasta que Juanfran vino a consolarme y a ignorarme a partes iguales. Estaban pasando cosas muy feas y nadie parecía verlas.

Luego decidí que sería una niña valiente, porque no sé de ningún espía o detective cobarde que haya triunfado en el negocio de ese modo, y volví al cuarto para demostrarle a mi amigo, el abogado, que no era un bebé. Me puse el pijama y...

Y ahora irían mis dos últimos sujetos espiados: el doctor y los ojos de Ángela, pero, como me los he encontrado juntos en el mismo sitio, te lo cuento de otro modo para que no te hagas un lío.

Mi sueño de anoche, viernes

Ya te imaginarás, Mickey, que me costó horrores dormirme. Venga a repartir mis miradas entre la ventana y Sonia, que no dejaba de decir esas palabras raras que me daban ganas de vomitar y me hacían temblar. Pero creo que, al final, me quedé frita y, entonces, pasó todo...

Desde el inicio, ya sabía que

estaba en un sueño, ¿eh? Por un lado, porque me encontraba en mi jardín secreto y, por otro, porque iba en camisón y dime tú adónde va nadie por la vida sin ropa de calle... En fin, que estaba yo en mi mundo de colores, mariposas y flores, riéndome y cantando, pero ya no tanto como otras veces después de la lluvia de pájaros muertos que te conté... Me acerqué a mis adorados pendientes de reina, porque son mis favoritos, y vi otro mundo entre ellos asomando al otro lado, un mundo en blanco y negro que, ahora, supongo que era para avisarme de que se trataba del pasado.

Asomé mi naricita, incrédula al principio ante el espectáculo, pero luego

metí sin ninguna vergüenza la cabezota entera por entre el seto para poder verlo bien. ¿Qué caracoles hacían ellos juntos y riéndose? ¿Qué hacía papá ahí? Se le veía más joven, mucho más joven, pero era papá y paseaba de la mano con el gilipichis del doctor. ¡Ahhh, ese traidor! Entonces se abrazaron y se dieron un beso de amor en la boca, de ésos con lengua por dentro que te hacen crecer hijos en la barriga... ¿Sabes los que te digo? Sí, claro que lo sabes porque tú tienes a Minnie. ¡Pues de ésos! ¿Cómo podía papá ser novio del doctor si era el novio de mamá? ¿Y mamá, qué? ¡Pobrecita! Ahora entiendo por qué lloraba tanto por las noches cuando él no estaba... ¡Médico ladrón de novios!

Atravesé el seto sin hacer caso de las ramas y hojas que se me clavaban en la piel, y me lancé corriendo hacia ellos con las manos furiosas en alto. ¡Ellos habían dejado a mamá así! Al verme las manos, me detuve asustada un segundito porque ya no tenían mi color. ¡Yo también me había convertido en una niña antigua en blanco y negro! Como las que salían en la tele vieja, ya sabes... Bajé los ojos hacia el resto de mi cuerpo para ver si toda yo era gris y, sin saber por qué, verme sin colores me enfureció aún más.

Quería pegarles, darles patadas en las espinillas y echarles todos los escupitajos del mundo para que se enteraran. ¡Ellos! ¡Ellos tenían la culpa

de todo! Di un grito de furia y me arrojé con todas mis fuerzas contra ellos, que seguían metidos dentro de la boca del otro. Pensaba que no me haría daño al estar en un sueño y no ser del todo real, pero la cabeza me lloró de dolor cuando me golpeé con el cuerpo de papá. Los dos se separaron y me miraron como a un bicho raro. El médico no me reconoció al principio, pero él sí.

—¿Alba? —me preguntó el caradura.

—Hola, papá. ¿Qué tal en la cárcel? —pregunté con ganas de hacerle daño y de que viera que lo sabía todo.

—¿Cómo puedes estar en mi sueño? Aquí tengo dieciocho años y tú no habías nacido. Ni siquiera conocía a

mamá entonces —se justificó él con una mueca muy rara que me habría hecho reír mucho si no estuviera tan enfadada.

—Pues no lo sé, papá... Pero tú, vosotros... —los miré mientras los señalaba con mi dedo acusador (que usaré si algún día soy profesora o mamá)—. ¡Los dos sois unos mentirosos y habéis hecho daño a mami! —grité, y los ojos se me llenaron de lágrimas y la nariz, de mocos. Y no podía respirar de rabia y tristeza.

—Yo... salvé a tu madre y volveré a hacerlo —se defendió el médico con aire culpable mientras deshacía el abrazo que tenía con papá.

—¡Te odio, papi, te odio! —le grité.

Y entonces les pegué un empujón y seguí corriendo hacia delante sin saber muy bien qué hacía.

—¡No, cariño, no sigas por ahí! ¡No deberías estar aquí, no deberías! — gritó la voz de papá cada vez más lejana —. ¡Regresa a tu mundo de colores, Alba, y no entres ahí! ¡No entres! — sonó otra vez su voz, pero, en aquella ocasión, tan lejos tan lejos que se oyó casi como un susurro en mis oídos.

Me detuve de inmediato, sorprendida. O en mis sueños tenía supervelocidad o algo muy raro estaba pasando. Todo era gris: cielo gris, yo gris, pájaros grises, niebla gris... Me giré para ver a papá toqueteando al médico pero ya no estaban.

—¿Adónde no tengo que entrar?

—pregunté en voz alta a la nada.

—Entrar, entrar, entrar... —
repitió el eco.

Me encogí de hombros y ya pensaba en darme la vuelta para volverme con mis florecillas, no sin antes arrearles una buena patada en el trasero por sorpresa a esos dos, cuando una luz delante de mí parpadeó y llamó mi atención. Me acerqué con cuidado y casi di saltos de alegría al encontrarme con nuestra casa (la de verdad, no la de ahora de la puerta verde). Corrí hacia ella, me monté en el ascensor y empujé la puerta principal.

Estaba abierta.

Todo estaba como lo recordaba.

A papá y mamá se les escuchaba discutir al fondo, en su dormitorio, sobre algo de cortarse unas trompas o algo así, aunque yo jamás he visto ningún elefante en casa. La tata lloraba en su habitación y escuché mi propia voz jugando a reñir a las muñecas. Fui directa a espiarme porque no sé de ningún detective que haya podido espiarse a sí mismo y era una gran oportunidad. Me acerqué y me vi, más pequeñita, hablando con las muñecas, regañándolas sin parar. ¡Jolines, qué mandona soy!

Reprimí unas risitas nerviosas por lo raro que era mirarme a mí misma y fui a ver a la tata, que no dejaba de llorar, como de costumbre la muy pesada.

Estaba en su cama-cuna y berreaba señalando algo al frente. Desvié la mirada hacia donde apuntaba su manita y entonces la vi. Tenía los ojos tan pegados a la ventana que parecían calcomanías puestas en el cristal y pronunciaba las mismas palabras raras que Sonia estos días de atrás mientras arañaba la ventana, haciendo un sonido chirriante y molesto que daba mucha dentera.

Le eché una mirada de odio y ella se alzó cuando me sintió a mí. Los ojos se le agigantaron por la sorpresa y juraría que también por miedo.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has podido viajar hasta aquí? —dijo la voz negra y agitada de la niña-anciana.

—He venido a echarte de nuestra casa —le dije, envalentonada al notar sus temblores.

Los ojos se rieron y me permitió ver su boca de niña muerta llena de dientes afilados como sables podridos.

—Da igual que estés aquí o cómo hayas venido —razonó la voz—. Si estás ahora aquí, es que me conoces, sabes quién soy. Soy la Muerte, pero tú puedes llamarme Ángela. Imagino que, de donde vienes, Sonia ya es mía. ¿A eso has venido? ¿A tratar de salvarla, estúpida mocosa?

—Sí —dije, escondiendo mi miedo mientras apretaba mucho las piernas para que no se me escapara el pis.

—¡Imbécil! Todas sois mías, todas me pertenecéis. LAS TRES. Incluso tu hijo también me pertenecerá.

La voz se me metió dentro del cuerpo y sus palabras corrieron dentro de mí mordiéndome como chinches traviesas y hambrientas. El pipí se me salió solo y chillé, chillé como una loca. Entonces su garra golpeó con furia el cristal hasta romperlo enterito y Ella entró flotando en la habitación. Sonia convirtió su llanto en risas al ver a la niña-anciana volando sobre la habitación. Ángela se acercó a la tata y le acarició sus gordos mofletes con las garras.

—¡Nooooo! —supliqué,
paralizada por el terror.

Ángela me miró, sonrió desafiante, como si supiera que había ganado, y le hundió sus crueles garras en el cuello. Verle toda esa sangre y el cuello abierto me mareó pero, antes de desmayarme, pedí ayuda. La Muerte me miró. Me sacó la lengua, burlona, y sus gritos se unieron a los míos en una fusión aterradora.

Abrí los ojos, despertándome ante mi propio grito y el de la tata. Giré rápidamente la cabeza hacia su camita y la vi chillando tanto o más fuerte que yo. Movida por una intuición, salté al suelo y corrí hacia la ventana. Estaba abierta de nuevo. Los ojos se alejaban en la

noche burlándose de nosotras, disfrutando del sabor de la sangre de Sonia.

—¿Qué sucede? —preguntó Juanfran con la voz entrecortada, que se había plantado en un segundo en nuestra habitación.

—Es Sonia. Se muere... —respondí sin mirarlo con los ojos pegados en Ángela, que saltaba de árbol en árbol, divertida.

Él dio la luz y volvió a soltar una palabrota. Me limpié las lágrimas y los mocos con el puño del camión, y me obligué a enfrentarme a la escena. Sonia se agitaba en la cama gritando y vomitando un líquido rojo.

—¡Está convulsionando! ¡Rápido,

llama al doctor! —me ordenó el abogado—. Tienes el número junto al teléfono. ¡Corre!

Rodé escaleras abajo todo lo rápido que pude y me abalancé sobre el teléfono para pedir ayuda, pero seguía mudo. Abandoné el salón y me topé con mamá, que estaba saliendo de su dormitorio, sonriente y vestida con ropa de calle.

—¿Qué haces, mamá? —pregunté confusa.

—¿Nos vamos ya? El cocodrilo ha mordido a la tata. ¿Nos vamos?

Negué con la cabeza de impotencia y subí las odiosas escaleras de dos en dos, rezando para no partirme la crisma en aquella oscuridad.

—¡Juanfran! ¡Sigue sin funcionar!
Me miró sin comprender.

—¡El teléfono no va! —grité
enrabiada.

—¡De acuerdo! Me la llevo al
hospital en mi coche —respondió él.

Unos minutos más tarde, Juanfran
la subía en su coche, ambos en pijama,
rumbo al hospital. Me despedí de ellos
entre lágrimas agitando mi mano en la
noche mientras se alejaban a toda
pastilla de allí. Cerré la puerta y me
adentré en la casa buscando a mami,
Estaba subida al colchón, cantando y
bailando sobre él.

Y no pude más. Me tiré al suelo y
rompí a llorar por todo, por todos. Por
mami, que ya no era ella; por papá, que

nunca supo querernos ni ser feliz; por Sonia, que vomitaba sangre; y por mí, porque tenía mucho miedo.

Mamá dejó de saltar, se bajó del colchón, me acarició el pelo y se sentó junto a mí, las dos pegaditas a la pared.

—No llores, hija —me soltó—. El cocodrilo ya ha comido.

Me abracé a ella y juré que jamás sería policía. No me gustaba la sangre.

4. No la mires a los ojos

¡Siete, ocho! No me mires a los ojos, o verás cómo te cojo...

Santurce (Vizcaya), día del sábado 12 de mayo y noche del domingo 13 de mayo, 1984.

Diario de Alba

¡Hola Mickey! ¿Cómo estás, amigo?

Yo, agotada. Apenas dormí anoche, como sabes, porque estuve hasta tarde contándote lo que había pasado, haciendo tiempo hasta que alguien volviera a la casa. Mamá al final se quedó dormida, y yo me arrebujé contra ella para sentirme protegida. Tenía miedo, mucho miedo de dormirme, de volver a soñar o de que pasara algo aún peor.

Lo he pensado mogollón y creo que lo mejor será tener solamente una profesión, una que ayude a todos y salve a la tata. Por eso voy a ser periodective, que es una nueva profesión que yo me he inventado y por la que me darán el

premio Nobel de los Inventos por tener una idea tan chula y que a nadie se le había ocurrido antes. Como ya sospecharás por el nombre, seré mitad periodista, mitad detective. ¿Por qué? Porque de nada sirve averiguar y saber muchas cositas y luego no difundirlas. ¡Yo voy a hacerlo! ¡Le voy a contar al mundo lo que pasa en esta casa y lo publicaré aquí mismo, en tus páginas, para luego llevarte a un periódico y que todos lo sepan! ¡Así nos ayudarán! ¡Chúpate ésa, Ángela!

Por eso, a partir de ahora, no te extrañe si te hablo raro, ¿eh? Es que estoy poniendo mi voz de periodista seria para que nos hagan caso, pero sigo siendo yo, ¿vale? Empiezo...

Alba, la periodective,
informando al mundo entero

SÁBADO, 12 DE MAYO,
04:32 de la mañana

La tata (perdón, la
pequeña Sonia, que queda
muy feo tachar en un
periódico) se va en el coche
negro de Juanfran, el abogado

amigo de mamá. El teléfono sigue sin funcionar, y en casa nos hemos quedado solas mamá y yo. Yo lloro y mamá ríe, baila y me acaricia el pelo.

Nos vamos a dormir. Ángela no aparece.

SÁBADO, 12 DE MAYO,
07:17 de la mañana

Me despierto y comienzo

a escribir el diario de Mickey. Después subo a nuestra habitación. La ventana está abierta de nuevo pese a los cerrojos que corrió Juanfran y a que no hay nadie ya allí. Decido comenzar mi labor de información. Son casi las ocho entre pitos y flautas (¿Se puede decir «pitos» en un periódico?)

SÁBADO, 12 DE MAYO,
08:40 de la mañana

Mamá se levanta ojerosa. No parece tan feliz como los días de atrás. De hecho, casi se comporta como una adulta de nuevo. Va a la cocina, prepara nuestro desayuno sin armar un buen lío como otras veces ni tirar nada. La observo moviéndose de un lado para otro, intrigada. Cuando la

cafetera empieza a pitar, se da la vuelta con la mirada de la primera mamá y me dice:

—No lo cojas.

—¿El qué, mamá?

Pero no hace falta que vuelva a abrir la boca. En ese momento, el teléfono se recupera de su afonía y grita para que me entere. Corro a cogerlo por si es Juanfran, pues no sabemos nada desde que se fueron.

Descuelgo.

Pregunto quién es.

Se oye un ruidito.

Repito mi pregunta de
quién es, enfadada.

Suena una risita; luego,
una voz:

—¡Siete, ocho! No me
mires a los ojos, o verás cómo
te cojo...

Cuelgo sin pensármelo
dos veces y regreso a la cocina
corriendo.

—¿Cocodrilos? —

pregunta mami con enfado.

Asiento con la cabeza.

—¡Malditos! —apunta.

Nos ponemos a
desayunar. Esta vez a mamá
no se le han quemado las
tostadas.

SÁBADO, 12 DE MAYO,
09:25 de la mañana

El timbre de casa suena. Corro a abrir la puerta. ¡Es Juanfran! Entra con una sonrisa que no engañaría a nadie, y menos a a una periodectivo como yo. Entra en casa con cuidado de no tropezarse con sus propias ojeras y las bolsas en los ojos, que lleva colgando. Mami se

ha quedado sopitas en el sofá,
así que no se ha enterado.

—¿Qué? —le pregunto
impaciente.

—Se ha quedado
hospitalizada. No saben qué
tiene. Han conseguido bajarle
la fiebre, aunque su cuerpo se
mantiene extrañamente frío —
me dice mientras recorremos
juntos el pasillo.

Vamos a la cocina. Pongo
a calentar el café que ha

hecho mamá hace un rato.

—¿Y lo rojo? —digo.

—Era sangre, pero le han hecho pruebas y tampoco entienden de dónde viene. No tiene ningún derrame ni herida internos. Nada —me explica él.

—Gracias —le digo, y le pongo el café entre las manos —. Toma.

—¿Por qué?

—Por todo. Por no

dejarnos solas. Por hacer de papi de las tres, incluso de mamá —le respondo mordiéndome el labio y haciéndome la fuerte para no llorar. Ya soy mayor. Tengo casi diez años.

Él sonrío y veo que sus lágrimas se le escurren de los ojos, y eso que él es mayor que yo. Me doy la vuelta y salgo despacito para que llore a gusto. Voy al sofá y me cojo

prestado el brazo de mamá
para que me abrace un rato.
Me quedo dormida.

SÁBADO, 12 DE MAYO,
12:11 del mediodía

Me despierto con dolor de cuello. Me levanto y miró a mamá, que sigue durmiendo abrazada a mí. Le dejo que duerma y voy de puntillas a la cocina.

Juanfran no está.

Inspecciono la casa y lo encuentro arriba en nuestra habitación mirando la ventana,

¡que está abierta otra vez!
¡Cochina ventana!

—¿La has abierto tú? —
pregunta al verme llegar.

—No creo... —digo sin
ganas de explicar lo que sé.
No me va a creer—. ¿Cuándo
viene la tata?

—No lo sé. Esta tarde
regreso al hospital. Con lo que
me digan, os aviso. Ahora
necesito comer un poco,
descansar y ducharme.

—Ohhh... Puedes

hacerlo aquí si quieres —le ofrezco.

Él me mira sonriente y se agacha hasta ponerse a mi altura. Va a rechazar mi invitación, lo sé.

—Necesito descansar de verdad y aquí no podría. Además, debo cambiarme de ropa... Pero me pasaré por aquí antes de ir a ver a Sonia y después, también.

—¿Por qué no podemos ir nosotras a verla?

—Un hospital no es un buen sitio para una niña y tu madre... Es mejor que os quedéis aquí, ¿de acuerdo?

—Vale. Juanfran...

—¿Sí?

—El teléfono... ya funciona.

—¡Estupendo! Entonces os llamaré varias veces desde allí para manteneros

informadas, ¿sí?

Asiento feliz porque me da mucha tranquilidad el hombre guapo de traje y ojos turquesa, y nos damos un abrazo.

SÁBADO, 12 DE MAYO,
19:00 de la tarde

Mamá está intranquila; yo, también. Juanfran vino

hace dos horas a casa para decirnos que salía a ver a Sonia y no hemos sabido nada más desde entonces.

Mamá nota el peligro y parece preocupada; yo, también.

El teléfono suena y yo sueño con que sean buenas noticias. Descuelgo.

—Soy yo —dice la voz que quería oír.

—¿Y...? —tartamudeo.

—Está fuera de peligro —dice él. Adivino su sonrisa a través del teléfono—. Pasará la noche en observación y, si todo va bien, mañana por la mañana los médicos le darán el alta. Les preocupa que siga estando tan fría.

—¡Ohhh, estupendo! —celebro yo—. Juanfran... ¿Vas a venir?

Silencio al otro lado. Está clarísimo que se lo está

pensando.

—Sonia está aquí y yo...

—se excusa—. Yo estoy agotado. ¿Qué te parece si mañana por la mañana voy a vuestra casa, desayunamos juntos, y vamos al hospital a ver a Sonia y a recogerla si nos dejan? ¿Sí?

—¡Síiii! —grito fingiendo una alegría que es mía sólo a medias.

Cuelgo y voy a buscar a

mamá, que llora mirando al techo.

—Mami...

Se gira y me abraza. La reconozco. ¡Es ella! Dejo que me abrace y disfruto de su corazón junto al mío. No quiero que me suelte nunca.

—¿Está bien, verdad? — pregunta en un llanto que le sale de dentro y le ahoga las palabras.

—Sí, mami. Está bien y

volverá a casa mañana —
miedo un poco puesto que no
es seguro.

Me da miedo que la mala
noticia me la quite. Por eso
miedo. Quiero que se quede
un poco más.

—¡Te he echado de
menos, mami! —le digo
agarrándola fuertecito.

Sus brazos dejan de
apachurrarme como a mí me
gusta. Se separa de mí y la

miro. Se ha ido. Ahora es la segunda mami, o la tercera.

Huyo a mi habitación a contárselo a Mickey, pero me doy cuenta de que ahora soy una profesional y no puedo contarle cosas de niña y debo seguir contando lo que pasa en la casa, no cómo me siento. Lloro mirando a Mickey, que me sonríe desde la cubierta.

¡Qué difícil es ser mayor!

SÁBADO, 12 DE MAYO,
21:22 de la noche

Juanfran ha llamado un par de veces para preguntar cómo estamos y para contarme que Sonia «evoluciona favorablemente», que son las palabras que usan los mayores para decir que se está poniendo buena y que volverá a casa en un periquete.

Hemos cenado unos bocatas de Nocilla porque el menú lo elegía yo hoy y porque me salen muy ricos. Mamá estaba de acuerdo. Nos los hemos comido, me he lavado los dientes y ahora me iré a dormir con mamá a su cama.

Te echo de menos, Mickey, y creo que mañana te escribiré normal. Digo yo que podré ser periodectivo y tu

amiga a la vez, ¿no? Pues eso.
A ratitos, diario; a ratitos,
periódico.

Cierro la conexión por
hoy, amigos. Seguiré
informando mañana...

Alba cerró el diario, se acostó
junto a Natalia, que ya dormitaba, y dejó
que el señor Sueño la llevara de
excursión a su Reino del Silencio. Había
sido un día extremadamente largo y
agotador...

—¡Tata, tata! —le susurró una voz al oído cuando se estaba haciendo una corona de flores para el pelo—. ¡Tata!

Alba se dio la vuelta con el convencimiento de que no podía ser Sonia. Sin embargo, lo era. Estaba paliducha y delgadita. No la recordaba así, ya que siempre había sido una albondiguilla.

—¿Cómo te has colado tú aquí, tata? —le preguntó la mayor.

—Te echaba un poquito de menos —dijo la otra—. ¿Éste es tu sitio *sequeto*? ¡Qué bonito! ¿Puedo?

Alba le acercó las rosas enlazadas para su corona y Sonia las

acarició arrobada. Las flores se marchitaron ante su contacto, deshaciéndose con velocidad pasmosa. Los pétalos se volvieron ceniza antes de bañarle los pies.

—¿Qué has hecho? —preguntó Alba, incrédula.

—Yo... yo... —sollozó la pequeña a la vez que se miraba unas manos que empezaban a hacerse grises —. ¡Ven! ¡Te enseño algo!

Antes de que Alba pudiera negarse o alejarse de ella, Sonia se había aferrado a su brazo y, con una fuerza inusual e inverosímil, tiró de ella hasta transportarla a otro paisaje, lejos, muy lejos de su jardín.

—¿Adónde me has llevado? —

preguntó Alba con la inquietud
asomándose a los ojos y a su lengua.

—A mi sitio *favodito*, tata —
sonrió ella—. Yo *tamén quedía*
enseñate el mío.

La hermana de cabellos y ojos
oscuros contempló el paisaje con interés
no exento de asombro. Miles de árboles
las acorralaban, meciéndose por el
viento y doblándose sobre las hermanas
como queriendo arrebatarse el oxígeno
que les pertenecía a ellas. Era un bosque
muerto, sin vida, sin sonidos de
animales ni aromas. Sólo esos
monstruosos árboles y el viento
gimiendo sobre ellas.

—¿Un bosque tenebroso es tu
sitio preferido, tata? —preguntó al final

mientras se preguntaba por los traumas que podría albergar una niña de cuatro años para tener ese lugar como válvula de escape.

—*Caaado*, es donde *ocude* mi cuento *favodito*... ¡Ven, que te enseñe mi cabaña!

Alba corrió tras la enana, y enseguida se vio dentro de una pequeña casa de madera que olía a mantequilla y a churros con chocolate.

—¡*Ahoda espeda y vedás* qué diver, tata! —palmoteó Sonia señalando la puerta.

¡Toc toc!

Sonia empezó a reír, divertida, mientras Alba observaba la escena en guardia.

—¿Quién es? —preguntó la niña entre risitas.

—¡Abre, abuelita, y verás! —dijeron dos voces al otro lado.

Sonia corrió a abrirles la puerta. Alba interceptó su trayectoria interponiéndose frente a la puerta y sujetándola del brazo.

—¡No lo hagas! —suplicó—. ¡No abras!

—¡*Pedo* si es un *juevo mu chuli, vedás!* —respondió la otra antes de soltarse de un brusco tirón y empujarla.

—¡Adelante, lobitos! —dijo a los visitantes con una genuflexión estudiada pero que poseía cierto encanto infantil.

Dos enormes seres avanzaron hacia la puerta y se internaron en la

casa. Alba tembló de miedo. Eran unas extrañas criaturas, una especie de hombres gigantescos con cabezas de lobo, pero de lobo malo, y un rabo muy largo lleno de ojos transparentes rodeados por largos colmillos.

—¡Son sus mascotas! —gritó Alba al darse cuenta de quiénes eran—. ¡Me has traído a su morada! —le recriminó a su hermanita.

Sonia rio nuevamente. Era una risa traidora y hostil.

—¡También *quiede jubar* contigo, tata!

Los *lobombres* se aproximaron con parsimonia hacia ella, como si la película no fuera con ellos, y se separaron el uno del otro. Una voz sonó

tras ellos. Entonces, los bichos hicieron aún más hueco y la tercera presencia se hizo visible. Ángela estaba en la puerta observándola, saboreándola con la mirada, salivando como una bestia ante su olor.

—¡Siete, ocho! No me mires a los ojos, o verás cómo te cojo... — canturreó la niña-anciana de ojos de cristal.

Alba cerró los suyos para alejar su visión de ella, y gritó, gritó, gritó.

Despertó de pie en el piso de arriba, en la oscuridad de su dormitorio, frente a la ventana; una ventana que, efectivamente, volvía a estar abierta.

Mientras, en el hospital, una

pequeña llamada Sonia se había incorporado de su camita y extendía los brazos por entre los barrotes del ventanal mientras hablaba un extraño dialecto. Al rato, sus ojos se volvieron traslúcidos y cayó desplomada al suelo.

**5. Si tu ventana
aparece abierta,
¡huye!**

¡Nueve y diez! No abras la ventana, o haré lo que me dé la gana...

**Santurce (Vizcaya), día del domingo
13 de mayo y noche del lunes 14 de
mayo, 1984.**

La pequeña abrió los ojos con

timidez. Tanteó el suelo con las manos, miró a ambos lados de la habitación y esbozó una sonrisa de satisfacción. Flexionó sus piernecitas y, cuando estaba a punto de alzarse, le llegó la voz de una mujer a su espalda:

—¡Cielito! ¿Qué haces ahí en el suelo y con la ventana abierta? —preguntó la enfermera, que ya corría hacia ella para cerrarla—. ¡Te vas a resfriar, angelito!

Ella rio y se abrazó súbitamente a la enfermera, que sintió un frío devorándola por dentro.

—¡Estás helada, chiquilla! ¿Qué hacías ahí? —repitió mientras la cogía en brazos y la llevaba hasta la camita.

—*Queo* que he *tenío* una

pesadilla, *pedo* ya estoy *men*, me he *despetado* —respondió la niña.

—Bueno... —dijo la enfermera, arrojándola con una gran sonrisa y una fina sábana—. Tienes muy buena cara, así que seguro que mañana te mandan a casa con tu familia. ¿Qué te parece?

—¡Que es lo que más *quedo* en el muuuuundo! —exclamó la niña.

—Pues, ahora a dormir, Sonia; y mañana, a casita.

Diario de Alba

¡Hola Mickey!

¡Buenas noticias! Después de que Juanfran nos llevara esta mañana a mami y a mí a desayunar churros con chocolate (pero no como en el sueño, en plan trampa, sino de los de verdad, de los que te hacen sonrisas en la boca), Juanfran ha dicho que mejor iba él solo al hospital para no alterar a mamá, que está un poquito más rara de lo normal, y así le podíamos preparar a la tata una fiesta de bienvenida sorpresa.

¿Por qué no habrá sido Juanfran nuestro papi? ¡Qué ideas más chupis se

le ocurren! Hasta mamá se ha puesto contenta y hemos ido corriendo a un «Todo a cien»^[9] a comprar bolsas llenas de globos de colorines. ¿Y sabes qué hemos hecho, Mickey? ¡Los hemos inflado y colgado por los techos, las puertas y las paredes! Juanfran nos ha llamado hace un ratejo y dice que Sonia está muy bien, recuperada del todo, y que vendrán a casa en un pispás. ¡Qué emocionada estoy!

Ángela no ha podido con nosotras y casi me engaña haciéndome creer que se la había llevado. Por si me lees, ¡qué mentirosa eres, Ángela!

Ohhh... ¡Ahí vienen...! ¡Están llamando a la puerta! ¡Son ellos! ¡Te dejo, que hay que darle una sorpresa a la

tata!

¡Ya estoy de nuevo por aquí! Hoy te voy a escribir normal, ¿vale? Pero, si pasa algo de lo que deba informar, trabajaré aunque hoy sea el Día del Señor porque los periodistas nunca descansamos. Te cuento:

La pequeña fiesta ha sido un éxito. Hemos bebido Trinaranjus y comido tarta de chocolate, y a la tata le han gustado mucho los globitos. Dice que nunca le han hecho una fiesta sorpresa. ¡Pues, claro, tonta! ¡Que yo ya lo sé, que vivimos juntas y no hace falta que me lo digas! Luego hemos comprado un pollo asado con patatas fritas porque Juanfran se ha quedado a comer con

nosotras. ¡No hemos dejado ni los huesos! ¡Qué rico estaba y cómo me gusta comer con los dedos!

Pero, como todo lo guay se acaba, Juanfran se ha tenido que ir. Mañana es lunes y ha dicho que tiene que volver al trabajo y preparar no sé qué papeles esta tarde. Le he dado un achuchón muy gordo y le he dicho que le quería mucho al oído. Él se ha mordido el labio y se ha ido sacudiendo la cabeza como un perro mojado. ¿Crees que he hecho mal en decírselo? Quizá ahora quiere ser mi novio y no sabe cómo decírselo a mamá.

Luego nos hemos quedado solas las tres y ha sido muy raro, ¿sabes? Como si la alegría se hubiera ido pegada a las suelas de los zapatos de

nuestro amigo de ojos turquesa y a nosotras sólo nos quedasen unos labios cansados de sonreír a la fuerza. Mamá ha mirado la hora y ha decidido que era hora de acostarse (aunque no lo era) ya que mañana nosotras también volvíamos al cole. Ha dicho exactamente:

—Ha llegado la hora del baño, que oléis mal. ¡A la bañera!

Yo he asentido, porque, ¡qué rayos!, era verdad. La tata olía como una mofeta y yo, casi casi. Pero, entonces, Sonia se ha puesto muy seria y muy estirada, y le ha respondido como si ella fuera la mayor y la que tenía la razón:

—No quiero ir y no voy a ir.

¿Has oído, Mickey? ¡Ha dicho «no quiero» y ella no pronuncia las /r/!

—Oh, claro que irás... ¡A la bañera ahora mismo! —le ha soltado mamá, un poco enfadada y muy sorprendida.

Sonia nos ha mirado a las dos con unos morros de cabreo que «paqué» y se ha puesto a berrear como una loca, pero como una auténtica loca, ¿eh?

—¡No voy a volver a meterme en esa bañera jamás! ¿Me habéis entendido?

Ahí me he preocupado un rato largo. Mamá, como ya no es mamá, no la ha metido en la bañera a la fuerza (que es lo que debería haber hecho, pero no quiero ser una acusica) y su única respuesta ha sido cruzarse de brazos e irse a la cama enfadada como una niña

pequeña.

¡Esto es el mundo al revés!

He corrido tras ella para hablarle, pero estaba metida en sus cosas de mami segunda. La he seguido hasta su habitación y casi me da con la puerta en las narices antes de soltarme esta frase, que he anotado porque me ha parecido curiosa y creo que significa algo:

—¿Desde cuándo a los cocodrilos no les gusta el agua?

Y, así, hemos terminado el día. Ya estamos las dos en la cama con el pijamita puesto en nuestro cuarto rosa de princesas (aunque a mí me parece de monstruos, pero le he prometido a Juanfran que seré una niña buena y no pienso defraudarlo dando guerra). Sonia

no ha querido lavarse los dientes (¡ni que le tuviera alergia al agua!), pero yo no soy tan valiente y no me quiero jugar una caries.

He comprobado que todo está bien. La ventana está cerrada del todo y, ahora que la tata ya no está malita, espero que podamos tener una noche tranquila y sin cosas raras.

¡Buenas noches, Mickey mouse!

Te quiero



Alba dibujó un corazón en su diario y le obsequió con un beso en el centro. Recitó una oración para agradecerle al niño Jesús todas las cosas bonitas que habían pasado aquel día (el regreso de su hermana, la fiesta, el chocolate, comer con Juanfran...) y rezó para que todos los días de su vida fueran así de bonitos.

Guardó a Mickey en el cajón de la mesita, echó un último vistazo protector a la ventana y a su hermana pequeña, y se durmió con una sonrisa en los labios. Todo había salido bien...

—¡Ohhhhhh! ¡Vosotras sois nuevas! —se alborozó, llena de júbilo.

—¡Sí, somos nuevas y bonitas! ¿A que sí? —se vanagloriaron los tulipanes del jardín—. ¡Huélenos, Alba, huélenos!

Ella se agachó para sostenerlas entre sus manos y aspirar su aroma.

—¡Pues sí que oléis bien! ¡No os conocía! —aplaudió ella, encantada de tener nuevas flores en su Jardín de los Sueños—. ¿Cómo os llamáis?

—¡Si adivinas quién está detrás de ti, te lo decimos! —rieron las recién llegadas.

—¿Detrás de mí? —se extrañó, pues no había notado la presencia de nadie más.

Se giró de prisa para contar con el factor sorpresa, pero el paisaje continuaba tan solitario como de costumbre. Después de todo, ése era su sitio secreto de los sueños. ¿Qué demonios haría ahí otra gente? ¡No, señor!

—¡Si no hay nadie! —les rebatió, divertida.

—Claro que sí... Observa... —canturrearon los tulipanes.

Alba desvió la mirada hacia el suelo y gritó de sorpresa al ver una sombra pequeña tras ella que le oscurecía sus propios pies.

—¡Hola, tata! —dijo la sombra.

—¿Sonia? —preguntó ella, titubeante—. ¿Qué haces otra vez aquí?

La pequeña se plantó de un salto delante de su hermana mayor entre risas y palmoteos.

—¡Sorpresa, tata! Ahora que ya sé el camino, yo también quería darte una sorpresa a ti, como la que tú me has hecho con los globos. ¡Eres una tata genial y te quiero! —se lanzó contra ella con sus brazos convertidos en tenazas para Alba.

La niña mayor se dejó abrazar con la certeza de que aquélla no era su hermana. No hablaba como ella, no se comportaba como ella y, sobre todo, jamás habría podido encontrar su lugar mágico. Decidió fingir y mantenerse en guardia.

—¿Una sorpresa? ¿Cómo la de la

cabaña de la abuelita de Caperucita? — preguntó.

—¡Jo, qué mala eres, tata! ¡Eso era un juego! Ahora quiero darte algo... Mira ahí.

La niña de ojos oscuros los hizo aterrizar sobre el muro en el que los nuevos tulipanes presumían de colores, fragancias y cánticos.

—¿Lo ves, tata? ¡Mira! —le apremió la pequeña de ojos azules y sonrisa de ángel.

Sonia le dio su manita a Alba y tiró de ella hasta quedar a escasos centímetros del muro. La segunda estudió el muro sin ver nada raro y, en ese momento, Sonia, con la mano enroscada en la de ella, tocó la pared

haciendo brotar una preciosa ventana hecha de rayos de sol y arcoíris.

—¡Ohhhhh, es precioso! — exclamó la mayor, impresionada.

—¿*Vedad?* Ahí me escondía cuando tenía miedo, tata, cuando los lobitos venían a *medendame* —contestó la chiquitina con un puchero.

—¡Dios mío! ¡Pero si eres tú de verdad! —expresó emocionada.

Se agachó hacia ella y se fundieron en un abrazo.

—¡Te quiero, tata!

—¡Te *quiedo*, tata! ¡*Ahoda vedás!*

Sonia golpeó con los nudillos en la preciosa ventana de oro y colores.

—¿Sí? —preguntó una voz de algodón de azúcar al otro lado.

—¡Soy yo! —rio la pequeña,
emocionada con el ritual.

—¿Contraseña?

—¡Hipopótamo!

—¡Correcto! —dijo la voz.

La ventana mágica del muro se abrió, provocando una lluvia de brillantina y confeti que le hizo creer a Alba que estaban en el cielo. A continuación, se asomaron por ella, desde el otro lado, un unicornio con pajarita y un pingüino con peluca pelirroja y nariz de payaso, que hacían malabares y soltaban pompas de jabón por la boca.

—¿Ves qué chuli, tata? —
preguntó la pequeña, orgullosa.

—¡Síííí! —concordó la mayor.

Sonia le ofreció la mano al unicornio para que le diera un beso cual princesa. El unicornio la aceptó encantado, y Alba reía y reía hasta que la pata-mano del unicornio se empezó a transformar en una fea mano-pezuña llena de pelos negros.

—¡Nueve y diez! No abras la ventana, o haré lo que me dé la gana... —gritaron el unicornio y el pingüino mientras se metamorfoseaban en los horribles lobombres de la cabaña.

El primer lobombre tiró de su hermana y la arrastró hacia el interior de la ventana mágica. Alba se arrojó tras ella, pero solamente consiguió partirse la nariz al chocarse contra el impassible muro. La ventana había desaparecido y

su hermanita, también.

Despertó con el sabor de la sangre ahogándole las papilas gustativas. Se llevó la mano a la nariz y descubrió con horror que sangraba sin tregua ni vergüenza. Con el corazón asustado, se enfrentó a la visión de la ventana. Ésta no sólo se mostraba abierta, sino que presentaba una pequeña mancha de sangre a la altura de su propia nariz. Ladeó la cabeza hacia la cama de Sonia entre hipos de angustia y profirió el alarido más espantoso que su garganta emitiría en la vida.

La cama de Sonia estaba vacía.
Ángela se la había llevado.

La desaparición de Sonia

**Santurce (Vizcaya), lunes 14 de mayo,
1984.**

—¡Mami, mami! —chilló Alba al
borde del sollozo mientras bajaba
atropelladamente las escaleras—.
¡Mami!

Para cuando la pequeña llegó a la
puerta del dormitorio provisional de su

madre, las lágrimas habían ya conquistado su cara. Entró de golpe y sin llamar.

—¡Mami! ¡Es Sonia!

Natalia estaba sentada en la cama observándose unas manos que no dejaban de temblar. Se giró al escuchar la llamada de su hija. Ésta también tenía la cara empapada en llanto.

—Tuve que hacerlo... —respondió la madre en una mueca de piedra cincelada en dolor y tristeza.

—¿El qué, mamá? —preguntó la niña.

—Estas manos... —respondió Natalia, ausente, mientras las alzaba al cielo—. Estas manos la crearon y estas manos se la llevaron.

—¿Qué dices, mami?

Natalia parpadeó confusa y preguntó:

—¿Por qué no vas a despertar a tu hermana y vamos a desayunar? Me temo que hoy tampoco iréis al cole...

—Mami, pero Sonia no...

—Sonia, sí... Ve a buscarla. Te espera en la cama —interrumpió la madre con convencimiento.

—Pero ella no...

—¡Qué vayas, jopetas! — exclamó la otra mezclando de forma inverosímil su gesto adulto y duro con aquel lenguaje infantil.

Alba subió las escaleras penosamente, como si cada peldaño conquistado fuera un ladrillo dentro del

pecho que le dificultaba la respiración. Se le hacía difícil volver ahí arriba y enfrentarse a esa cama vacía, pero mamá lo había ordenado. Haría lo que le había pedido y, después, correría a llamar al hombre de los ojos turquesa para que las ayudara de nuevo.

Entró en la habitación y la boca se le desencajó a causa de la impresión. La cama ya no estaba vacía, como instantes atrás. En medio de la cama y recostado sobre la almohada, se encontraba Nino, el querido osito de su hermana. Se acercó a él sin dejar de repetirse que antes no estaba ahí y lo acunó con cariño. Tenía un tacto suave pero gélido, como si hubiera dormido al raso en una noche de invierno, y su boca

se presentaba curvada en la posición incorrecta. En lugar de sonreír, parecía reprimir las mismas lágrimas que Alba permitió que corrieran libres y sin pudor.

Descendió las escaleras, derrotada y con el peluche en brazos, sintiendo cómo un monstruo de garras enormes se le metía en la garganta hecho una bola y la arañaba para dejársela en carne viva. Quería gritar y llorar hasta deshacerse o despertar, si acaso aquello no se trataba de un sueño más.

Mamá la aguardaba abajo, al pie de la escalera, con una sonrisa enigmática.

—¿Ves, tonta? ¡Qué bonitas son mis pequeñas! —dijo risueña.

—¡Mami! ¡Sonia ha desaparecido! —gritó al final entre la ira, el miedo y la impotencia.

—¿Qué dices si te está dando la mano? —rio la madre.

Alba miró al osito que llevaba en la mano y supo que todo su mundo, su infancia, su Jardín de los Sueños, su felicidad, todo... acababa de ser derruido. Se tapó los oídos con desesperación para no escuchar el ruido de la detonación de su mundo viniéndose abajo y chilló hasta desgarrarse la garganta.

—¿Juanfran? —lloró la niña en un ataque de nervios.

—[.....]

—Sonia no está.

—[.....]

—¡Pues que no está!

—[.....]

—Mira. Yo me he acostado, me he dormido y, luego, he soñado con ella. En mi sueño desaparecía, se la llevaban unos lobos malos y, cuando me he despertado, ya no estaba en su cama.

—[.....]

—Sí, la ventana estaba abierta.

—[.....]

—No, te lo juro. ¡No está en casa!

—[.....]

—No, en todas las habitaciones no, pero...

—[.....]

—Ya. Vale, lo hago ahora mismo, pero prométeme que no vas a tardar.

—[.....]

—¿Mamá? Pues muy rara, sí. Ven, por favor, yo la espiaré por ti hasta que vengas. Habla con Nino como si fuera ella.

—[.....]

—Sí, vale, lo haré. No tardes.

—[.....]

—Vale, agur.

Alba abrió la puerta antes de que el abogado llegara a pulsar el timbre. Lo había estado esperando apostada en la pared, llorando a lágrima viva después de comprobar cada rincón de la casa, incluyendo armarios y bajos de los muebles, y cerciorarse de que, efectivamente, su hermanita se había volatilizado. Incapaz de ver cómo su madre-niña jugaba y hablaba con Nino como si éste fuera su hermana, optó por alejarse de ella y de su labor detectivesca por un rato. No lo soportaba más.

Se arrojó sobre él en un torbellino de lágrimas en cuanto su amigo puso un pie en la casa. El hombre

la apretó contra su pecho y luego la obligó a soltarse para poder realizar su propia búsqueda por la casa. Alba fue siguiendo sus pasos tras él como un perrito abandonado, repitiendo a cada momento:

—Ahí no está. Ya he mirado.

Cuando el abogado terminó el registro, se dio por vencido y, al tiempo que se sentaba sobre la propia camita vacía de Sonia, habló:

—Cariño, necesito que me digas, antes de llamar a la policía, todo lo que hayas visto u oído que te haya resultado raro o fuera de lo habitual.

—¿Todo? —repitió ella dudosa, porque se tirarían mucho rato hablando de ser así—. ¿Lo de los sueños también?

—preguntó sentándose a su lado.

—No, me refiero a cosas reales... A esa ventana, al comportamiento de mamá... —se explicó él bajando la voz.

—Oh, pues... ya la has visto en la cocina hablando con el muñeco de la tata como si fuera ella... —apuntó sin llegar a superar del todo la sensación de saberse una chivata y una traidora.

—Sí, lo he visto —afirmó él frunciendo los labios—. Pero me refiero a antes, al tiempo transcurrido entre que viste por última vez a tu hermanita y mi llegada.

—Pues... —dudó ella, debatiéndose entre confesarlo todo o callar. No quería meter en problemas a

mamá.

—Dímelo, por favor. Quizá con eso encontremos a la tata... —le explicó el abogado al notar sus titubeos.

—Ya te he dicho que no estaba en la cama cuando me he despertado chillando por culpa de esa pesadilla feísima. La cama de la tata ya estaba vacía y he bajado corriendo a decírselo a mamá. Sonreía raro, ¿sabes?, y no dejaba de mirarse las manos, que parecían tener frío porque tiritaban mucho. Entonces ha dicho una cosa muy extraña...

—¿Qué ha dicho? —preguntó Juanfran en tensión. Su olfato de abogado se había activado.

—Que esas mismas manos le

habían dado la vida y se la habían quitado.

—¿A Sonia?

—No lo sé... no ha dicho más.

Pero estaba llorando, eso sí. Luego le ha cambiado la cara y me ha pedido que vaya a buscar a la tata diciendo que hoy tampoco iríamos al cole ninguna de las dos.

—¿Y...?

—He subido. Y te juro que casi me caigo de culo cuando he visto al peluche en todo el medio de la cama, porque antes estaba vacía.

—¿En serio?

—¡Te lo juro, Juanfran! —aseguró Alba haciendo una cruz con los dedos y besándoselos con un gesto serio y

comprometido.

—Está bien... —sentenció el otro con unas palmaditas cariñosas en la rodilla de la niña antes de ponerse en pie.

—¿Te he ayudado?

—Mucho —confirmó él y la estrechó entre sus brazos.

—¿Vamos a encontrar a la tata? —preguntó ella con la esperanza renaciendo en sus pupilas infantiles.

—Vamos abajo —dijo él iniciando el descenso y evitando pronunciar una respuesta dolorosa.

—Natalia... —la llamó el hombre antes de adentrarse en la cocina.

—¡Oh, Juanfran! ¿No trabajas hoy? —preguntó la mujer.

El abogado de dulces ojos se aproximó a ella y observó sus manos en un rictus de dolor.

—¿Qué te ha pasado en las manos? —preguntó conteniendo sus emociones—. ¿Qué son esos cortes y esa sangre?

—Una pelea con cocodrilos esta noche... —respondió ella con una sonrisa triunfal.

—¿Y has ganado? —prosiguió apretando los puños.

—Claro. Estamos las tres aquí,

¿no? —respondió moviendo la cabeza como si fuera la pregunta más estúpida del mundo.

Juanfran relajó las manos un segundo, indeciso. Se giró para darle la espalda pero, a mitad de camino, cambió de idea y se volvió contra ella. La aferró con violencia de los brazos y la zarandeó como a un muñeco.

—¿Qué has hecho con tu hija, por el amor de Dios? ¿Qué has hecho? ¿De quién es toda esa sangre y dónde está ella?

Natalia se sorprendió ante la brusquedad y la cólera repentinas de él, y comenzó a sollozar.

—¡He luchado contra los cocodrilos y he ganado! ¡Aquí está

Sonia! —gritó ella asustada mientras le plantaba al muñeco delante de la cara.

El hombre le dio un manotazo, asqueado, y arrojó a Nino al suelo. Natalia gritó corriendo hacia el peluche y Alba escapó de ahí, envuelta en un llanto que la ahogaba, en busca de su amigo Mickey.

—¿Qué has hecho tú, qué has hecho? —lloriqueó la madre regalando caricias de sangre al oso de peluche en el suelo.

Juanfran observó la escena con dolor y salió apresuradamente de la cocina. Luego trataría de consolarlas. Ahora tenía que hacer lo que tenía que hacer. Entró en el salón, descolgó el teléfono e hizo rodar la ruleta siete

veces hasta que éste cobró vida.

—Ha contactado con la Ertzaina.
¿En qué podemos ayudarle?

—Soy Juan Francisco Peralta, abogado, y quiero denunciar la desaparición de una menor. Necesito que vengan con urgencia a esta dirección. Acaba de desaparecer una niña de apenas cinco años y me temo que la madre pueda estar implicada. Es posible que la tenga retenida en algún sitio oculto, muerta o herida.

Diario de Alba (II)

Santurce (Vizcaya), lunes 14 de mayo, 1984.

¡Hola Mickey!

Estoy muy muy muy triste. No quiero sonreír nunca más. La tata ha desaparecido esta mañana (o esta noche) después de tener un sueño con ella en la que se la llevaban los lobombres de Ángela. ¡Sí, Mickey! ¡No está! ¡Ha desaparecido! Como lo hacen los veranos cuando empiezas el cole y, a los

dos días, ya no parecen ni reales.

Después, mamá se ha puesto rara y lo mismo lloraba que reía, decía cosas muy extrañas, como si ella tuviera algo que ver con su desaparición. Las manos le temblaban y las tenía teñidas de rojo sangre. Luego me ha hecho subir a buscar a Sonia y, en la habitación, Nino ha aparecido de la nada en la cama de la tata, y a su boca cosida se le había caído la sonrisa en una mueca triste. ¿Crees que Nino lo sabe y la echa de menos?

¡Pero ahí no acaba la cosa, ratoncito! Luego mamá se ha puesto a hablar con el peluche como si fuera ella, la tata, ¿sabes? Y yo ya no aguantaba y he llamado a Juanfran porque me he empezado a preguntar si no estaría Sonia

dentro del peluche, y yo creo que eso es un poco locura, ¿no?

Ha venido hace un rato y ha sido horrible. Juanfran ha abofeteado a mamá, ha lanzado a Nino al suelo de la cocina, y he dejado a mamá llorando a moco tendido tirada en el suelo con el osito. Yo también he llorado un buen rato en la cama, con los gritos y sollozos de mami de fondo hasta ahora mismo, que he oído llamar al timbre. Me he obligado a callarme para enterarme de quiénes eran o si unos hombres buenos nos traían a Sonia.

¡Chissst! No hagamos ruido. Es la policía, pero no la han traído con ellos porque no se la oye. Seguro que Juanfran los ha llamado porque los polis

siempre encuentran todo lo que se le pierde a la gente y la encontrarán para nosotros. Les oigo hablar desde aquí arriba, haciendo preguntas a mamá y a mi futuro novio de ojos turquesa. No tardarán en venir... Míralos, están subiendo las escaleras. Vienen direc...

¡Toc toc!

Unos nudillos golpearon la puerta entornada del dormitorio. Alba levantó la cabeza y se encontró con la sonrisa de una joven policía que la miraba con simpatía.

—¿Se puede, cariño? —dijo la agente.

Alba asintió sin pronunciar palabra y fue cerrando a Mickey para envolverlo en un abrazo que lo protegiera de miradas ajenas. La mujer de uniforme se aproximó a la niña lo suficiente para mostrarse cercana, pero no invasiva.

—Soy Marta, policía y psicóloga infantil.

—¡Ohhh! ¿Tú también tienes dos profesiones? —le preguntó la niña, impresionada.

La agente rio ante el desparpajo infantil que mostraba la pequeña y aprovechó la ocasión para reforzar esa complicidad.

—¡Vaya! Tu también, ¿eh? —le respondió en voz baja con un guiño de

ojos.

—Sí, soy periodective, y quizá, veterinaria y escritora también —dijo Alba muy seria y estirada sobre la cama—. Pero lo de periodective es un secreto, ¿eh?

—Comprendo... Y, oye, imagino que, en tu labor de investigación, habrás descubierto cosas... ¿Te importa que me sienta un ratito aquí contigo para hablar de tu hermana? —preguntó ella con una voz suave que le recordó a mamá antes del «accidente».

Reprimió las ganas de abrazarse a ésta y las lágrimas, ya que eso habría sido poco profesional, y accedió con un movimiento rápido de cabeza.

—Vale —aceptó la niña—. ¿Nos

vais a ayudar a encontrar a la tata?

—Para eso hemos venido, pequeña... —confirmó la policía.

—Está bien...

—¿Aquí fue donde la viste por última vez? —le interrogó la mujer con un gesto circular con la mano que englobaba al dormitorio infantil.

—Sí, estaba en su cama —señaló Alba—. Cuando me desperté, ya no estaba. Pero, en verdad... —puso voz de confesión—, la última vez que la vi fue en mis sueños, y desaparecía por la ventana. No ésta, sino la que había en el muro de mis sueños.

Marta desvió la mirada hacia la ventana del dormitorio por inercia y se quedó paralizada al ver la sangre. Se

levantó de inmediato y se asomó al umbral.

—¡Carlos, Miguel! ¡Subid ahora mismo, aquí también tenéis trabajo! —dijo a voces.

—¿Te preocupa esa sangre? —dijo la voz de la niña a su espalda—. No es de la tata, sino mía. Me golpeé la nariz en el sueño para tratar de salvar a Sonia, pero los lobombres se la llevaron. Mira qué pupa tengo...

Marta examinó la nariz de la niña y frunció el ceño. El caso empezaba a complicarse. Dos agentes irrumpieron en la habitación infantil, apoderándose de los últimos reductos de paz.

—Alba y yo os dejamos trabajar. ¡Que os cunda, chicos! —dijo la agente

a sus dos compañeros masculinos mientras empujaba suavemente la espalda de la niña para invitarla a salir.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alba.

—A otra habitación para que mis compañeros puedan buscar y encontrar pruebas del paradero de tu hermana.

—Ohhh, comprendo... Si puedo ayudar a encontrarla... Puedo mostrarte mi trabajo de detective y espía —le ofreció Alba, inquieta.

—Te lo agradezco, pequeña. La encontraremos, te lo prometo —le dijo la mujer vestida de poli mientras le regalaba un abrazo—. Bajemos a la planta baja y me lo cuentas todo, ¿vale?

—¡Vale! —dijo Alba intentando

no llorar al escuchar a su madre gritando ahí abajo.

Un cuarto agente se la estaba llevando de casa...

Santurce (Vizcaya), noche del lunes 14 de mayo, 1984.

¡Hola Mickey!

Antes te he dejado porque ha venido una policía chica (sí, ¡existen!) a mi cuarto para hablar conmigo de la tata y de mamá. Es muy simpática y creo que quiero ser como ella de mayor. Además,

huele muy bien y sus ojos verdes son muy bonitos. Hemos hablado mucho, me ha hecho muchas preguntas sobre mami y Sonia, y se ha interesado por mi trabajo como periodective, así que mañana vuelvo al trabajo porque yo también quiero ayudar a que mi hermana venga cuanto antes y, de este modo, no me olvidaré de nada nadita para contárselo a Marta.

Los compañeros de la policía Marta no son tan simpáticos como ella. Supongo que tener que echar polvos y recoger cosas de las paredes y los suelos, además de tener sólo un trabajo, no es tan chupi como hacer investigación policial de verdad. Seguro que le tienen envidia porque ella tiene dos

profesiones, como yo, y ellos sólo una...

Cuando he terminado de hablar con Marta, me he enterado de que se han llevado a mamá también para interrogarla, pero, como ahora es como una niña pequeña, Juanfran se ha ido con ella. Entonces ha venido el doctor Martínez (sí, el ladrón de papás), con una señora muy gorda que no dejaba de toser todo el rato. Lo he mirado supermal para que sepa que no me cae nada bien y que lo sé todo. Y juraría que se ha dado cuenta...

La mujer gorda que ha venido con él se llama Lorena y se va a quedar con nosotras de momento para ayudarnos con la casa, la comida y demás. Es simpática, pero tose mucho y me pone

nerviosa. Se supone que va a dormir en la camita de la tata para que yo no tenga miedo, pero ellos no entienden que así aún tengo más miedo. ¿Y si ella también desaparece, como ha pasado con Sonia? ¿Y si me levanto mañana y tampoco está, y las manos de mamá vuelven a estar llenas de sangre?

Juanfran y mami han llegado hace un ratito de la comisaría. Mami venía llorando mucho. Creo que han sido muy malos con ella. Voy a llamar a Marta, que me ha dado su número, porque ahora somos muy amigas, y se lo voy a chivar. ¡No pueden tratar así a mami!

Mickey, por favor, asómate a todas las teles y libros del mundo, y busca a Sonia... ¡Echo de menos a la

tata y quiero que vuelva!

Alba, la periodective,
informando al mundo entero

MARTES, 15 DE MAYO,
09:27 de la mañana

La noche ha sido normal,
o buena, porque no se ha
abierto la ventana ni ha venido
Ángela. Temía que apareciera

en mis sueños, pero esta vez no lo ha hecho. También esperaba poder ver a Sonia en ellos, pero nada... ninguna visita, sólo los ronquidos y las toses de Lorena, la mujer gorda y simpática que nos va a cuidar a mí y a mamá mientras encuentran a Sonia.

Estoy preocupada. He escuchado hablar al doctor Martínez y a Juanfran, y decían algo así como

«Tenemos que hablar de qué va a pasar con Alba si, al final, ingresamos a Natalia».

Ha sido escucharlo y he tenido que ir corriendo al baño por la cagalera que me ha entrado de la impresión. No soy tonta: o la van a meter en la cárcel porque creen que ha hecho algo a la tata, o en un manicomio. Y a mí... pues me llevarán a algún sitio donde se dejan a los niños que ya no se

usan, como los paraguas en el verano...

Marta, si lees esto, no lo permitas. Ayúdanos a encontrar a Sonia y a seguir estando las tres juntas, aunque no tengamos un papá con el que vivir, por favor. Mickey ya nos está ayudando.

De hecho... ¡Acabo de caer en la cuenta de algo! Voy a hablar con mamá ahora mismo y luego te lo digo...

MARTES, 15 DE MAYO,
10:53 de la mañana

Mamá y yo hemos hablado, y ahora somos muy amigas. Mientras Lorena limpiaba la casa, mamá y yo hemos ido a su habitación de abajo a hablar. Pongo nuestra conversación:

—¡Mamá! —la llamo con

la voz muy bajita.

Mamá está en el salón, en el sofá, jugando a peinar a Nino, pero que no es Nino para ella, sino la tata. Mamá me mira y estira el cuello mucho. Sabe que tengo que decirle algo importante.

—¡Ven, corre! —susurro.

Ella mira a Nino, lo coge en brazos y corre en silencio al dormitorio.

—¡Vamos a jugar! —

chillo en voz alta para que se entere Lorena y que así no nos moleste.

Mamá se sienta en la cama, acomoda al osito de peluche y se espera a que yo haga lo mismo. Me siento con ella y le cojo las manos mientras se las miro y remiro.

—Te creo... —le suelto.

Los ojos de ella brillan de lágrimas.

—He pensado en ello —

continúo—, y creo que los cocodrilos que te hicieron estas heridas son las mismas garras de los lobombres que se llevaron a la tata. ¿A que sí? Son los mismos bichos, pero tú los llamas de otro modo...

Mamá abre la boca mucho y la vuelve a cerrar, como si el miedo le deshiciera las palabras en su garganta. La miro a los ojos mucho y sé que está ahí ahora, que es

mamá primera de nuevo. Me abraza fuerte fuerte, en silencio, y luego dice:

—Es nuestro secreto, ¿vale? Mejor no saber. Si no sabes ni ves, no te atrapa. Olvida a esos lobos, cámbialos por otra cosa y estate a salvo. No quiero perderte.

—Mamá... te echo de menos —lloro sobre su pelo largo y negro.

Pero mamá se ha vuelto a

ir a otro sitio donde Ángela no puede cogerla. Le sonrío, le doy muchos besos de mariposa, de los que me daba ella cuando era más pequeña yo (caricias en la cara con las pestañas... éstos son besos de mariposa) y le digo al oído de nuevo que la creo y que su secreto está a salvo, y que vamos a encontrar a Sonia. Ella ríe porque mis palabritas le hacen cosquillas en la oreja.

MARTES, 15 DE MAYO,
16:58 de la tarde

Juanfran ha venido a casa con noticias. No, no es Sonia, pero ha puesto carteles con su foto por todo el barrio: en las farolas, en las paradas de autobús, en los escaparates de las tiendas, en las paredes de las calles... Si paseas por la

calle ahora, te creerías que estamos en Sonialandia y que todo esto es suyo; y ella, la reina. Juanfran ha dicho que van a hacer batidas (que no es hacer mahonesa como yo pensaba, sino buscar a la tata entre todos los vecinos por muchos lugares), y acaban de irse a hacer la primera. Estoy contenta y nerviosa porque son tantos que es imposible que no la encuentren.

MARTES, 15 DE MAYO,
21:15 de la noche

Han venido Juanfran y el doctor Martínez de la primera batida con las caras largas. No han encontrado nada y eso que eran muchos. Mañana van a repetir y esta vez nos dejan apuntarnos a nosotras tres (mamá, Lorena y yo).

¡Ya verás cómo la encontramos!

Luego los he espiado un rato corto hasta que me han pillado y han cambiado de tema. Comentaban lo que habían hablado en comisaría con mamá. Todos creen que mamá ha tenido algo que ver con la desaparición de la tata y hablan de una enfermedad mental en nuestra familia.

No tienen ni idea...

MIÉRCOLES, 16 DE MAYO,
20:02 de la tarde

Hoy tampoco he ido al cole. En su lugar, por la mañana, hemos ido a la segunda batida, que también llaman «peinar las calles» aunque no tengan pelo (estos mayores lo complican mucho todo). Me duelen los pies de

las ampollas de caminar tanto y los ojos, de llorar.

Sonia no va a venir.
Ahora lo sé.

He soñado con ella esta noche, aunque ella no me ha visto a mí, gracias a Dios. Ya no tenía colores, sino que estaba en blanco y negro, y jugaba con los lobombres a comerse a otros niños. Fue asqueroso y me levanté enseguida a vomitar.

Pero esta mañana he disimulado y me he ido con los demás vecinos a «peinar», aunque yo sabía que las calles estarían calvas. Sonia ya no está aquí, sino allí, y es una más de ellos. Mamá caminaba junto a mí y me ha mirado con una sonrisa triste de amigas que comparten un secreto doloroso, me ha apretado la mano, y hemos seguido caminando fingiendo

esperanza.

JUEVES, 17 DE MAYO,
11:33 de la mañana

¡Noticias terribles de
última hora!

Esta mañana me han
despertado los gritos de
mamá. Lorena y yo hemos
bajado corriendo a verla. ¡Qué
horror! Lloraba, chillaba y

pataleaba de un modo que me hacía sentir dolor en la garganta. Tenía mucho miedo y tristeza.

Al verme, se ha abrazado a mí y me ha dicho en voz alta:

—Alba, Sonia ha desaparecido.

Yo no sabía qué decir aparte de que ya lo sabía.

Entonces ella ha movido la cabeza frenéticamente al

ver que no la entendía.

—No la Sonia de siempre —ha dicho—. Me refiero a la Sonia que se escondía dentro del osito, la que vivía ahí a salvo, pero Ángela se la ha llevado también.

He buscado a Nino con los ojos por la habitación, preocupada.

—¿Dónde estaba Nino la última vez, mami? —le pregunto cada vez más

nerviosa.

Yo también empezaba a pensar que una parte de la tata estaba dentro de él.

—En la cama —señala—. Dormimos juntas todas las noches para alejar al miedo y a las sombras malas.

—Ayúdanos a encontrarlo, por favor —le suplico a Lorena.

Ella ve nuestras lágrimas y se une a nosotras, pero en la

habitación no hay nadie más.

Nino ha desaparecido.

Dos horas más tarde, mamá se pone a chillar mucho de dolor, como si le mordieran las tripas. Lloro porque ha perdido a su hija. Yo lloro con ella. Todas lloramos, incluso Lorena, que corre al teléfono a llamar a alguien.

JUEVES, 17 DE MAYO,

17:12 de la tarde

Han vuelto Juanfran, el doctor Martínez y la policía Marta, cada uno a hacer sus preguntas y a escuchar sus respuestas. Todos con malas caras, todos con los ceños fruncidos y las miradas rotas.

Cuchicheos, palabras que no comprendo, una incomodidad creciendo entre estas paredes, llantos de mamá

y mi corazón también
llorando.

Algo malo va a pasar.

Se despide Alba, la
periodectiva, cerrando la
conexión por el momento...

Diario de Alba (III)

Santurce (Vizcaya), viernes 18 de mayo, 1984.

¡Hola Mickey!

Anoche fue un día taaaan horrible... Imagino que has leído mis noticias periodectivescas. No me han salido tan bonitas como otras veces, pero es que no me encuentro muy bien. Hoy he llorado mucho. Ahora que no está tampoco Nino, sé que Sonia no volverá.

¿Por qué se ha ido también Nino, por qué?

Y todas esas miradas de adultos malos sobre mamá... Pobrecita... Se encogía sobre sí misma, haciéndose cada vez más pequeña por culpa del odio, las sospechas o las acusaciones que los demás le echaban con sus miradas de mayores cabreados.

Ya no queda nadie, todos se han ido. Primero fue papá, que se fue a la cárcel cuando pegó a mamá y le hizo todas esas cosas. Ahí también se fue mamá porque, aunque a veces vuelve, no lo hace mucho y dura tan poquito que casi duele más que me visite para irse tan pronto. Luego dejamos nuestra casa bonita y vinimos a ésta, la casa de

Ángela, la casa mala y tramposa con la puerta de color verde y animalitos bonitos para engañarnos.

Y, ahora, se han ido Sonia y luego Nino... ¿Sabes que tenía tanto miedo de que te fueras también tú que he dormido agarrada a ti toda la noche? ¡Claro que lo sabes! Espero que no te haya molestado. No quería dormirme y perderte.

Sé que hoy va a pasar algo importante, que hoy perderé a alguien más. Lo sé, Mickey. Por favor, cuando ocurra, agárrate muy fuerte a mí y no me sueltes. ¿Lo prometes?

Te quiero, Mickey.

Debo irme, Juanfran va a llegar de un momento a otro. Creo que es él

quien nos va a traer las malas noticias.
Ya no quiero ser su novia...

Alba cerró el diario con los ojos acuosos, se lo escondió en la espalda, oculto tras la chaquetita de punto y la cinturilla de la falda de cuadros, y se limpió las lágrimas frente al espejo mientras ensayaba una sonrisa que satisficiera y conmoviera al mundo adulto de ahí abajo que estaba a punto de arrasar el suyo, su mundo.

Bajó con un caminar cansado y dolido. Natalia estaba sentada en el último peldaño de las escaleras, acunando a un ser invisible.

—¿Qué haces, mami? —le saludó la niña acariciando el precioso pelo oscuro de su madre, que ella misma había heredado.

Natalia levantó sus ojos verdules hacia ella y se encogió de hombros reprimiendo una mueca que prometía un vómito de dolor y lágrimas.

—Recordaba cuando os cogía así... —dijo la mujer.

—Mami, hoy... —lloriqueó Alba mientras se acurrucaba en el seno de su madre buscando ser un bebé de nuevo.

—Lo sé, mi vida, lo sé. Yo también lo sé. He soñado con nosotras dos... —respondió la madre.

Ahora era ella quien le acariciaba el pelo y la consolaba dentro de sus

brazos.

—¿Y qué has soñado, mami? — preguntó la pequeña.

—¡Ohhhhhh, pajaritosssssss! — exclamó la madre, ida completamente, cuando el timbre resonó en la casa como un canto fúnebre.

Lorena corrió a abrir la puerta en su habitual acompañamiento de toses y resoplidos. Entretanto, Alba salió con desgana del regazo de su madre para enfrentarse a su destino. Suspiró rebuscando el valor entre sus bolsillos y se encaminó hacia la puerta.

—¿Más café? —pregunto Alba representando su papel de damita anfitriona.

Había algo en aquel corro de gente que le impulsaba a demostrarles que tanto su madre como ella se podían valer por sí solas, que no hacía falta tomar ninguna medida drástica y que, quizá, con alguien como Lorena supervisando lo importante, todo iría bien. Iba a cumplir diez años en breve y eso la convertía en toda una mujercita. Aunque no ayudaba que Natalia bailara alrededor de ellos cantando una canción entre dientes.

Los invitados sin invitación corearon un «Sí, por favor» jugando al

tenis con sus miradas aquí y allá. Natalia detuvo su baile para observarlos tan a fondo como lo habría hecho un entomólogo con una nueva especie de insecto: con fascinación, curiosidad y, quizá, algo de miedo.

—Tú, mi abogado... —señaló a Juanfran—. El muchacho de los ojos irresistibles que llegaste a mi casa con la última voluntad de Padre. —Éste se sobresaltó al notarla tan lúcida y certera—. Vienes ahora a quitarme la mía, a quitarnos la nuestra, ¿no es así?

El abogado recibió las palabras como un disparo inesperado cuyas balas le desgarraron el pecho. Bajó la vista, avergonzado, y susurró en su cabeza un «Lo siento» que murió entre saliva y

culpabilidad antes de alcanzar el exterior.

—El doctor Martínez —prosiguió ella, saltando al siguiente en la mesa—. El médico de los lamentos y los «Yo no quería», el cirujano que arregla cuerpos rotos o heridos mientras destroza familias y corazones...

—¿Qué dices, Natalia? —intervino la agente de policía, que ya se incorporaba del asiento para tomar las riendas.

—No se preocupe, agente —dijo el médico, deteniendo con su mano a la mujer policía—. No está desvariando ni mintiendo ahora.

El grupo de adultos clavó sus miradas curiosas en el doctor.

—Es privado, pero bueno... A estas alturas y en esta situación, creo que le debo a esta familia una confesión y confío en que no salga jamás de esta habitación.

—Depende de lo que diga, doctor... —puntualizó la agente—. Si está fuera de la ley...

—Asier, el marido de Natalia —empezó, obviando el comentario de la mujer policía—, y yo tuvimos una relación sentimental que duró muchos años, demasiados...

Un coro apagado de murmullos y exclamaciones acompañó su confesión.

—Luego, la traté las dos veces que él... Soy responsable, en parte, de sus lesiones —reconoció, con los

hombros tan hundidos como su voz y los ojos chapoteando en el suelo de vergüenza.

—Bueno, no hemos venido a esto... Yo... —retomó la agente con la perplejidad adherida a sus labios y en una posición incómoda.

—La policía, la amiga de los niños, la amiga de mi hija... —habló de nuevo Natalia, mirándola esta vez a ella—. Psicóloga y amiga, pero no me devuelve a mi hija robada y ahora viene a robarme a la que me queda.

A esas alturas, Natalia los observaba a todos envuelta en una cortina de lágrimas desde la que se sentía lejana. De hecho, sabía que no tardaría en irse muy pronto de ese lugar

con olor a café recién hecho y a lágrimas infantiles. Estudió a Lorena y a las dos mujeres desconocidas sentadas junto a Marta, y terminó esbozando una sonrisa triste.

—Vosotras... A vosotras no os conozco, pero sois las que vais a matarme....

—Bueno, ya está bien, Natalia — irrumpió Juanfran poniéndose en pie.

Natalia lo miró un segundo a través de las lágrimas y luego chocó con los ojos que anhelaba encontrar con desesperación.

—¡Qué bonita eres, mi amor! ¡Recuerda: pajaritos, pajaritos! —le dijo amorosa, inclinándose hacia su princesa mientras le acariciaba las

mejillas—. ¡Pajaritooooos!

—¡Mamiiiiiii! ¡No te vayas! —
rogó Alba aferrándose a su madre, pero
cuatro manos femeninas, crueles e
insensibles ante su amor y necesidad
mutuos, habían comenzado a separarlas.

Lorena y una de las mujeres
desconocidas, la más joven, sujetaron a
su madre bajo la supervisión de los
demás adultos: Marta, la amiga policía
traidora; Juanfran, el amigo abogado
traidor; el doctor Martínez, que de
amigo no había tenido nunca nada, pero
que era más traidor y ladrón que los
demás; y la mujer guapa de pelo blanco,
a la que no conocía pero que, seguro,
era otro mal bicho traidor. Alba se
palpó disimuladamente la espalda y la

confirmación de que Mickey seguía acompañándola le reconfortó en parte.

—¡Mamá! —exclamó de nuevo —. ¿Sabes que te quiero mucho, verdad? —le dijo sintiendo un súbito impulso de dejarlo claro.

La madre la miró sin verla, pues su único ojo sano se había quedado colgado en algún lugar mucho más alejado de aquella cocina. Sintió la mirada verzul de su madre atravesándola sin quedarse con ella y lloró por dentro, sin lágrimas.

—¡Te quiero! —le dijo, y esas dos palabras mágicas abrieron las compuertas a un llanto amargo.

La niña volvió a aferrarse a ella con los ojos llenos de tormenta,

intuyendo una despedida que olía a sal y a decepción, a peces muertos en los ojos de océano de su madre. Se abrazó con desesperación al sentir las manos enemigas separándola de su seno. Luchó y pataleó, pero las mujeres eran más fuertes que ella.

—¡Uno, dos! La Muerte ha regresado, no mires a otro lado... — cantó la madre a pleno pulmón mientras los brazos que las habían mutilado la alejaban de allí.

Alba observó paralizada cómo se la llevaban a rastras, cómo desaparecía su madre y, acunada por el canto terrible y profético de ésta, le golpeó la certeza de que jamás volvería a ser una niña.

—¡Tres, cuatro! La Muerte tiene

hambre, y me despierto con calambres... —sonó la voz desquiciada y dulce, si eso era posible, de Natalia flotando por el pasillo— ¡Cinco, seis! La Muerte te está buscando, aunque tú la estés espiando... ¡Siete, ocho! No me mires a los ojos, o verás cómo te cojo... ¡Nueve y diez! No abras la ventana, o haré lo que me dé la gana...

Alba se limpió las lágrimas con los puños de la chaqueta y se enfrentó a las miradas compasivas del resto con la rabia creciendo en su estómago y en las yemas de sus deditos.

—¿Y ella quién es? —apuntó directamente a la mujer de pelo blanco y sonrisa dulce, aunque sabía que señalar con el dedo era de mala educación, pero

también lo era aparecer en una casa sin avisar y llevarse a su madre.

La aludida intercambió su mirada con la de la agente de policía, quien asintió levemente con la cabeza. Entonces ambas, mujer y niña, se contemplaron un instante como si no hubiera nadie más en el universo aparte de ellas hasta que la sonrisa de la mujer se ensanchó todavía más, pero era una sonrisa que contenía más dolor y tristeza que alegría y felicidad. Era la sonrisa del adulto que conoce la última carta y, por tanto, el final de la partida.

—Alba, cielo... ¿Te sientas con nosotros un momento? —pidió el abogado.

Ella los miró a todos apretando

los labios y los puños; no obstante, se sentó en el asiento que, minutos antes, había ocupado la mujer que le había arrebatado a su mami, retorciéndose las manos para que éstas no salieran disparadas contra ellos.

—Esta mujer es Raquel, de Servicios Sociales —le explicó Marta en cuanto se hubo acomodado entre ellos.

Alba asintió sin dejar de preguntarse si los asuntos de la sociedad le concernían a ella o es que a la sociedad lo que le preocupaba era su mami y ella en lugar de tratar de recuperar a Sonia.

—Tu mamá no puede cuidar de ti —habló por vez primera Raquel, la

mujer del pelo de nieve—. Tiene que irse a un sitio en el que hay enfermitos como ella para poder curarla. Y, como tú no puedes vivir sola, pues vas a mudarte a un lugar precioso lleno de jardines donde tendrás muchos amigos nuevos con los que jugar.

—No soy una niña pequeña — replicó, incapaz de retener por más tiempo la rabia que le desbordaba—. ¿Os la habéis llevado con los locos?

Juanfran se levantó de su asiento con los ojos borrosos por la tristeza dejando un reguero de pena tras su salida, pero esa vez a Alba sus lágrimas sólo le enfurecieron más.

—Sí —confirmó el médico—. Ahí podremos ayudarla y, si mejora,

quién sabe...

—¿Si se cura, podré volver con ella? —preguntó Alba buscando respuestas concisas para denunciarlo en cuanto pudiera en su pequeño diario de periodective.

—Así es, pero sólo si se cura...
—subrayó la policía.

—¿Y ahora yo tengo que hacer la maleta, no? —siguió preguntando Alba, mordiéndose los labios y las lágrimas. No quería llorar más delante de ellos.

—Así es... —contestó la desconocida de pelo de plata—. Te vienes conmigo en cuanto recojas tus cosas.

—¿Cómo se llama mi nuevo hogar?

—Es un orfanato de casos especiales, como el tuyo. Se llama «El Refugio» y está en Bilbao. Te gustará, te lo prometo.

Alba meditó sobre sus palabras mientras analizaba la sonrisa de la mujer extraña y, sin saber por qué, supo que no mentía. Entonces, un grito nació en su estómago y ascendió como una llama que había adquirido dimensiones bíblicas para cuando alcanzó sus labios. Fue un grito de dolor y traición a sí misma al saber que una parte de ella acababa de vender y olvidar a su madre.

«Ángela, me las pagarás...», pensó antes de desmayarse cuando su corazón se sintió sobrepasado por tanta angustia.

PARTE 4:
ALBA

Diario de Alba (I)

Bilbao, martes 2 de agosto, 1988.

¡Hola Mickey!

No sé ni por qué te llamo así, jejeje. Supongo que será por la costumbre y por una idea romántica sobre ti y la niñez, algo que me recuerda a mi otra vida, cuando aún tenía una familia y los ojos llenos de ilusiones y juegos infantiles. Hoy cumplo trece años ya y tú, mi viejo Mickey, hace tiempo que duermes escondido entre antiguos

libros desde que tus páginas se agotaron.

Sin embargo, hoy estreno (¡por fin!) nuevo diario. Las monjas me lo han regalado por mi cumpleaños ante mi insistencia machacona (se me da muy bien ser pesada de narices) y, aunque su portada es de un feo y frío gris aséptico, permíteme la licencia de dirigirme a ti, nuevo diario, como si fueras mi viejo amigo el ratón. Me hace sentirme acompañada...

Aquí dejaré, escondiditos y bien doblados, mis últimos reductos infantiles, los sueños que me quedan sin desgastar y que no dejo que vea nadie más. Los pondré a secar como flores, guardados entre tus páginas, para poder verlos siempre que quiera y recordar

que, una vez, tuvieron vida y olor.

Estamos en las vacaciones de verano y las monjas nos han llevado a su casa de Medina de Pomar. Está bien porque este lugar es muy bonito, con encanto, y diferente al resto del año, siempre tan frío y tan gris...

Hasta vamos a las piscinas del pueblo muchas tardes, como hoy.

Ahora mismo, mis tres mejores amigas (Julia, Jeanette y Silvia) chapotean en la piscina, se salpican las unas a las otras, y ríen como tontas adolescentes. Yo las observo y río también con ellas en la distancia, porque la mía es siempre una risa lejana, de querer estar ahí pero sin estar, sin formar parte...

Las cuatro hemos aprobado Séptimo de EGB y el año que viene cursaremos Octavo por fin. Tengo ganas porque es el último y quiero ver cómo son las clases de los «mayores» y, sobre todo, estar cada vez más cerca de mi sueño de licenciarme en Periodismo.

Bueno, en realidad, te confieso que lo que quiero es alcanzar la mayoría de edad cuanto antes y salir de aquí para poder visitar a mamá en el sanatorio mental y abrazarla, pues ya son muchos años sin ella. ¿Sabes que ni siquiera recuerdo su cara? Sí me acuerdo de sus ojos verzules y de su colonia de flores, sus canciones y besos de mariposa, pero nada más de ella. Sólo la cara de mi hermana Sonia permanece grabada en

mí, pues la veo en mis pesadillas.

Sí, cuando sea mayor de edad y abandone este sitio, será lo primero que haga: ir a ver a mi madre. ¡Me muero de ganas! Seguro que se ha sentido sola, incluso más sola que yo y debo pedirle perdón por haberlo permitido.

Pero aún quedan años para ese momento y, mientras, debo seguir esforzándome por ser la mejor en las notas, por sacar sobresalientes en todo y parecer feliz. Sólo así los adultos te dejan en paz y te consideran «sana y normal». ¡Como si fuera normal ser feliz todos los jodidos días de tu vida!

En fin, Mickey, que me hace muy feliz el reencuentro, pero la piscina me está poniendo ojitos y no puedo

resistirme, como adolescente que soy.
¡Voy a darme un chapuzón!

Pero, recuerda, por favor: te he echado de menos y te quiero. Decírtelo a ti es como decírselo a ellas, aunque no me oigan...

Bilbao, lunes 19 de septiembre, 1988.

¡Buenos días, Mickey!

Hoy han comenzado las clases de mi último curso en la EGB. Mis amigas lo odian y no dejan de refunfuñar, pero yo soy feliz aspirando el aroma de los nuevos libros, forrándolos y

cotilleándolos. Me encanta hojearlos y saber qué veremos durante el curso, sobre todo el libro de Lenguaje, que es mi asignatura favorita.

Quizá, algún día, yo también escriba libros... No soy mucho de soñar porque los sueños siempre exigen pagar un precio alto por ellos, pero...

—¡Alba! —llamó la religiosa asomándose al umbral de la sala multiusos.

Alba se vistió con la sonrisa con la que salía cada día al mundo y levantó la mirada del diario.

—¿Sí, hermana? —respondió.

—Tienes una visita, pequeña...
—le anunció la hermana Inés, la más joven, cariñosa y cercana a las huérfanas de entre las monjas que las cuidaban.

Alba ahogó una exclamación de sorpresa pero el impacto se acusó en sus ojos, incontenible, en forma de brillo amenazador. Se trataba de su primera visita desde su ingreso en el hospicio, hacía ya cuatro años.

—¿Es...? —tartamudeó en sus pensamientos sin atreverse a pronunciarlo.

No quería soñar, aunque ya era tarde para retener su imaginación, desbocada como un alazán salvaje, y ésta corría libre por las praderas verdes

de sus sueños, poblados de jardines secretos que nunca más había vuelto a visitar. ¿Y si su madre se había curado y venía a buscarla como le prometieron aquel día ese grupo de adultos que se divertía jugando con los destinos ajenos?

El corazón le golpeó en la garganta y ella, en un acto reflejo, se llevó las manos a la boca con la intención de retenerlo si éste decidía escaparse. Se apretó más y más los labios, incapaz de hablar, a medida que los ojos se le convertían en pequeños oasis.

—Es un caballero, pequeña. Te espera en las tutorías de la planta baja. No le hagas esperar, vamos —explicó la

hermana Inés, siempre sonriente y amable.

La chica la miró agradecida. No sólo era la religiosa que mejor le caía del centro, sino que ahora se convertía en su dispensadora oficial de regalos. Se alisó el uniforme del colegio, se peinó los cabellos ondulados con las manos y corrió al encuentro con la religiosa mientras se esforzaba por mantener el paso pausado y tranquilo que ésta marcaba.

—¿Nerviosa, verdad, pequeña?
—preguntó la religiosa cuando estaban bajando al piso inferior.

Alba asintió con la cabeza, aquejada de un inusual mutismo. Su cabeza era un hervidero de ideas,

preguntas, teorías y suposiciones que se contradecían entre sí en una amalgama de sensaciones tan terribles como bonitas. Entonces reconoció el sabor del miedo en el cielo de su boca y se quedó paralizada en el último peldaño. La monja se giró hacia ella y la observó con benevolencia, comprendiendo (o tratando de hacerlo) su angustia.

—No te preocupes, pequeña... No es nada malo —apostilló la mujer atreviéndose a apretarle la mano en un gesto tan tierno como infrecuente en ese centro, que terminó por herir los ojos de Alba hasta hacerles llorar—. Vamos.

La joven se obligó a recorrer los doscientos metros que distaban hasta la tutoría. Miró alternativamente a los ojos

de la religiosa y a la entrada, una puerta que se escindía en tres tutorías, y aguardó a un gesto de Inés.

—Adelante, pequeña... —le animó la mujer de hábitos blancos con un gesto que le mostraba en cuál de las tres la esperaba el hombre desconocido.

Alba forzó una sonrisa, tragó saliva y cuchillas de miedo, y se adentró en la estancia...

Visitas

El hombre estaba de espaldas frente a la puerta leyendo distraídamente las anotaciones en tiza sobre la pizarra. Alba reparó en el maletín que reposaba en la mesa del despacho con la inquietud revolviéndole el estómago, carraspeó, porque la huida no era una opción, y el hombre volvió el rostro hacia ella.

—Alba... —musitó el hombre con una sonrisa sincera—. ¡Mírate! ¡Estás preciosa y hecha toda una mujercita!

Ella se quedó muda e inmóvil

sintiendo un mar de recuerdos salándole la sonrisa y los ojos. Pestañeó un par de veces para alejar el salitre de ellos y, en un hilo de voz, consiguió decir:

—¡Hola! Tú, en cambio, no has cambiado nada. Sigues igual... (*de guapo*).

—¿Te sientas? —le ofreció clavándole sus irresistibles ojos de color turquesa mientras él hacía lo propio.

Alba asintió, hecha un manojo de nervios, y tomó asiento con la mirada pegada a aquel portafolios.

—¿Qué traes ahí? —preguntó ella.

El abogado la miró desconcertado un segundo y, seguidamente, prorrumpió

a reír con ganas mientras se atusaba los cabellos castaños que le caían sobre la frente.

—¡Veo que sigues siendo toda una guerrera y una chica directa!

Alba se sonrojó, aunque mantuvo su mirada oscura sobre la de él, perdida en un basurero de dudas y preguntas amontonadas e inservibles que sólo podían abrirle sus mal curadas heridas.

—Alba... Vengo en calidad de abogado, pero también en calidad de amigo. Han pasado ya unos años y, quizá, ahora sea el momento perfecto para hablar —continuó el hombre de traje sin abandonar su sonrisa en ningún momento.

—Bien... Tú dirás —respondió

ella, incapaz de añadir nada más al sentirse engullida por el pasado y los recuerdos.

—Sé que has cumplido trece años, ¡felicidades! —dijo él—. Te he traído un regalo...

—No... No era necesario, Juanfran —acertó a contestar ella—. ¿A qué has venido, por favor?

—Me habría gustado visitarte antes, pero me lo desaconsejaron. Ahora ya tienes una edad y puedo venir a verte cada cierto tiempo con la excusa de tratar temas legales... También quiero que sepas que no me he olvidado de vosotras en ningún momento. Seguí buscando a Sonia mucho tiempo después, ¿sabes? —la voz se le quebró

en los labios.

Entonces la niña no pudo soportarlo más y se incorporó del asiento, anegada en lágrimas, para arrojarse a sus brazos. El abogado apenas tuvo tiempo de ponerse en pie, pero abrió sus brazos para ella y la envolvió con ellos. Agarrada a él, lloró hasta vaciarse de rabia y dolor, hasta limpiar la insensibilidad de esos últimos años con la que se había arropado para no romperse ante su contacto con la vida. Juanfran la abrazó a su vez, emocionado, y dejó que fuera ella la que deshiciera su abrazo, ya más calmada.

—¿Me enseñas mi regalo? — preguntó con un mohín mimoso.

—Claro —sus turquesas brillaron

al responder, sonrientes.

Juanfran extrajo de su maletín un pequeño paquete cuadrado envuelto en un papel precioso de tonos dorados.

—¡Es... guauuuu! —exclamó arrobada mientras lo aceptaba con las manos temblorosas.

—¡Pero si no lo has abierto todavía y no sabes ni qué es! —respondió el otro, jocosamente.

—¡Ya, pero me refiero al papel! ¡Cuánto brilla! —rió ella, que volvía a ser la niña de antaño—. Creo que me quedará el papel para siempre.

—Tú ábrelo... Si no has cambiado demasiado en estos años, estoy seguro de que te gustará —dijo él, encantado con las emociones de la

muchacha.

La joven abrió el envoltorio dorado con la delicadeza de un cirujano para no dañarlo hasta desnudarlo del todo. Alba se llevó las manos a la boca de la impresión y buscó los ojos de su amigo en busca de confirmación.

—¿Es...?

—¿No te gusta? —preguntó Juanfran con una leve inquietud oscureciéndole el tono.

—¿Es...? —susurró ella con lágrimas renovadas que le empañaron la vista.

—Sí, es una grabadora. ¿Aún sigues queriendo ser periodista? —Ella respondió con un silencioso movimiento afirmativo de cabeza y las manos llenas

de dedos nerviosos que se esforzaban por no acariciarla y centrar su atención en ella—. Pues con este aparato podrás hacer entrevistas, grabar conversaciones y, luego, plasmarlas en tu diario si es que aún escribes...

—Sí —confirmó ella radiante—. Me acaban de regalar uno las monjas por mi cumple. ¿Cómo sabes que me gustaba escribir como en un periódico?

—Me lo contó Marta...

—¿Marta, la policía? —preguntó ella.

—Sí. Cuando tu madre y tú os... «marchasteis», Marta siguió con el caso oficialmente unos meses más y, extraoficialmente, muchos otros más.... Junto a mí, hasta que nos dimos por

con cierta incomodidad.

—¿Os habéis hecho novios? — preguntó incrédula.

Juanfran sonrió mientras le mostraba una alianza en la mano.

—¡Vaya! ¡Os habéis casado! — exclamó la niña.

—Sí, hace dos años, y acabamos de ser padres... —le contó con una nota de orgullo en la voz.

—¡Vaya! —repitió ella sin saber qué decir.

—Pero... no he venido a hablar de mí... —apuntó el abogado, inclinándose hacia delante para indicar que comenzaba la conversación de verdad—. Vendré cada año por estas fechas, si estás de acuerdo, y te contaré

cómo están tu madre y tus finanzas.

—¿Mis... finanzas? —repitió

Alba.

—Por supuesto... Tu madre está incapacitada legalmente desde que ingresó en el sanatorio; tu padre, en la cárcel; tu hermanita, oficialmente desaparecida y fallecida... de modo que tú eres la única heredera de las propiedades de tus padres.

—¡Vaya! —volvió a exclamar Alba, que parecía abonada a esa interjección.

Unos nudillos sonaron al otro lado de la puerta.

—Puede pasar, hermana —habló Juanfran en alto.

La cara sonriente de la religiosa

Inés se asomó al otro lado.

—Disculpe, pero lamento decirle que debe irse. Alba tiene clases de inglés en diez minutos. Les dejo unos segundos para que se despidan, ¿sí? —dijo la voz cantarina y dulce de la religiosa.

—Muchas gracias, hermana. Deme dos minutos y salimos —contestó él con una leve inclinación de cabeza.

—¡Pues sí que ha sido corto! —protestó la joven, echándose de nuevo a sus brazos en un sorprendente y consciente olvido de sus antiguos recelos y del decoro, que dictaban otro tipo de conducta.

—¿Cuándo vendrás? —le preguntó ella, aferrada a él.

No quería que se marchara ahora que le había restituido un trocito de su anterior vida. Siguió abrazada a él, buscando en su contacto las viejas sensaciones de su infancia, el calor de un alma amiga y conocida, y, quizá, la fragancia de su madre.

—No podré venir demasiado... Una o dos veces al año... Piensa que me permiten venir en calidad de abogado y ni siquiera hemos tratado el tema. La próxima vez prometo contarte sobre tu madre...

—¡Ohhhh! ¿Vas a verla? — preguntó Alba, sorprendida y emocionada.

—Voy cada año en su cumpleaños, pero ya te lo contaré la

próxima vez y le pediré que te escriba una carta a condición de que guardes el secreto, ¿de acuerdo?

—¡Lo juro, Juanfran! —gritó de felicidad volviendo a agarrarse a él.

—Venga, cariño... debo irme ya. Te veo el próximo año, o antes si me conceden permiso, ¿sí?

Alba notó derramarse su corazón. Había pasado de tenerlo anestesiado desde que entrase a vivir entre aquellos muros a sentirse como una niña desvalida. Se frotó los ojos para que no deletaran su pesar y susurró:

—Un año.... ¡vaya!

—Sé que suena mucho, pero te prometo que volveré todos los años, TODOS. Y recuerdos de Marta.

—Gracias, y felicidades por vuestro hijo.

—Hija, es una hija... Se llama Ángela —le dijo él risueño.

Pero a Alba el nombre se le había quedado clavado en el pecho y, como tantos años tras, su cerebro se quedó sin oxígeno y cayó al suelo a plomo.

Bilbao, viernes 22 de septiembre, 1989.

—Hoy, como es viernes, tendréis un poquito más de tiempo juntos —le informó la religiosa—. Ya he visto que

les une una relación de amistad y Alba no ha dejado de hablar de usted en todo el año. No sé qué le ha hecho a esa chiquilla, pero parece más viva y resuelta aún de lo que ya era —rio.

—Ohhhh. No sé que decir, pero se lo agradezco, hermana. ¿De cuánto tiempo dispongo? ¿Se hace tan escaso de un año para otro! —respondió el abogado de ojos tan imposibles como seductores.

—Cuarenta minutos si todo va bien y la hermana superiora no se entera... El desmayo de la otra vez... —apuntó la hermana bajando la voz.

—¿Le había pasado más veces? —preguntó el letrado guardándose para él aquel recuerdo de una Alba más

pequeña desfallecida al separarla de su madre y de su mundo.

—Jamás... Y, si vuelve a repetirse... —negó la mujer agitando la cabeza de izquierda a derecha.

—Comprendo. Esperemos, por el bien de todos, que no vuelva a suceder entonces —remató él con su sonrisa encantadora de abogado ganador de pleitos.

—Esperemos... Pase aquí, donde la otra vez, y ahora mismo se la traigo, señor Peralta.

—Muchas gracias, hermana. Y gracias por los minutos extra —añadió con una sonrisa que haría suspirar a cualquier objeto inanimado.

La monja se alejó entre los frufús

de sus hábitos, que jugaban al «pilla-pilla» entre ellos, y él quedó, de nuevo, a solas en aquella habitación-aula con ventana enrejada que apenas si daba para recordar la verdadera intensidad del sol. Juanfran se estremeció al compararlo inconscientemente con una celda.

—¡Juanfran! —exclamó una muchacha huracanada mientras se lanzaba hacia sus brazos.

El hombre rio y la abrazó sin dudarle.

—¡Pero, por Dios, chiquilla! ¡Deja de crecer o no te reconoceré un día de éstos! —teatralizó él,

separándose de su cuerpo mientras la examinaba.

—¡Es que ya tengo catorce! —respondió ella entre risas encantadas y encantadoras—. ¿Me has traído algo? —preguntó poniéndole ojitos.

—Por supuesto, ¡siéntate y al lío! No quiero que nos suceda como el año anterior e irme sin haberte contado nada, ¿eh? —dijo un Juanfran sonriente tomando la misma silla del año anterior.

Ella lo imitó y esperó a que su mago particular sacara un nuevo conejo de su chistera en forma de paquetito. El mago no se hizo esperar y extrajo del portafolios un paquete de color rojo fuego.

—Dentro de él... —comenzó a

explicarle—, hay cintas de cassette y pilas para la grabadora, un cuaderno de anotaciones por si quieres separar las transcripciones de tus reflexiones personales en el diario y...

—¿Y...? —repitió Alba con el corazón acelerado.

—Y una carta que te ha escrito tu madre —remató él.

—¡Ohhhh, Juanfran! ¡Te quiero, gracias! —gritó la chica volviendo a tirarse sobre él entre lágrimas de felicidad.

Luego, recuperó el aplomo y regresó a su sitio abrazando el paquete contra sus pechos nacies. Se dispuso a abrirlo para recrearse visualmente en su contenido, pero el hombre la detuvo

colocando su mano sobre la de ella.

—Ya sabes lo que hay dentro, so impaciente... —fingió regañarla—. Espérate a abrirlo cuando ya no esté aquí o nos quedaremos sin tiempo para hablar.

—Cierto... ¿Puedo hacerte una pregunta rápida?

—Claro...

—¿Por qué Ángela? —le soltó de repente con los ojos nublados.

Se había pasado un año haciéndose esa pregunta cada día, desde que recuperó la consciencia de la impresión al escuchar el nombre.

—¿Cómo? —preguntó el abogado sin comprender.

—Me refiero a por qué se llama

Ángela tu hija. ¿Puedes contármelo?

—¡Vaya! Un año sin vernos, con muy poco tiempo para hablar y, en vez de contarme o preguntarme sobre ti, tus preocupaciones o asuntos económicos, ¿quieres malgastarlo hablando de mi hija?

—Por favor... —le suplicó ella.

Algo en su voz y en sus ojos le comunicó que no se trataba de un simple capricho adolescente. Agitó la cabeza a causa del desconcierto y accedió finalmente.

—Está bien. Pero es, ciertamente, curioso que me lo preguntes porque tiene una historia detrás casi mágica, ¿sabes? —le contó él, recordando con cariño aquellos días.

—¿Ah, sí? —acertó a pronunciar ella con el corazón helado.

—Sí. Marta llevaba unos cinco meses embarazada cuando tuvo aquel sueño...

—¿Una pesadilla? —interrumpió la chica.

—No, de eso nada —repuso Juanfran, extrañado por el excesivo interés de la niña y por su gesto adusto, frío y pesado, sin rastro de la jovialidad de un instante atrás—. Fue un sueño bonito, un sueño que me describió con pelos y señales; tanto que casi me parece haber estado yo también ahí con ella si cierro los ojos.

—Cuéntamelo, por favor...

—No sé si debo... —titubeó él.

—¿Por qué? —a esas alturas, tanto la voz como la mirada de Alba se habían vuelto todavía más oscuras.

Temía las siguientes palabras que iba a escuchar, pero necesitaba oírlas; necesitaba la confirmación de su regreso, del regreso de Ángela. Sujetó el temblor de sus manos como pudo y se inclinó hacia él para no perder detalle.

—Salía tu hermana...

—¿Sonia? —la palabra le rasgó la lengua y sintió el sabor de la sangre inundándole la boca y los ojos.

—Sí, aunque es normal si lo piensas. Pasamos mucho tiempo viendo sus fotos, buscándola... Y, claro, cuando Marta se quedó embarazada, creo que proyectó sus miedos de perderla en un

caso que ambos habíamos convertido en personal —se apresuró a teorizar al abogado.

Sin embargo, Alba sabía que toda aquella palabrería sólo trataba de esconder una realidad aplastante: que, en algún lugar, Ángela tenía retenida a Sonia como compañera de juegos o, incluso, como sustituta. Forzó una sonrisa en unos labios totalmente inflexibles y sintió cómo la piel de las comisuras de sus labios se rasgaba por la violencia del acto. Jamás sonreír había sido un acto tan infame y traicionero como aquél. Mantuvo su sonrisa sangrante sobre la piel cuarteada para animarlo a continuar y fijó sus ojos en esas piedras preciosas que

enmarcaban su rostro.

—Marta soñó con unos jardines llenos de flores. Dice que se parecían a los de tus sueños y seguro que su subconsciente los tomó de ahí. Algunas flores le hablaban y los pájaros revoloteaban sobre ella para dejarle guirnaldas de flores sobre su tripa y nuestra hija nonata. Algo le llamó la atención y se acercó a un muro que tenía una curiosa ventana hecha de luz... ¿De verdad quieres que siga? —se interrumpió el hombre.

—Sí, por favor...

—Bueno, pues en esa ventana había una niña idéntica a Sonia, según Marta, que sonrió al verla embarazada. Entonces le tocó el vientre y le dijo:

«Será una niña fuerte y bella. Se llamará Ángela y será abogada, como su papá. Felicidades». Después la ventana se oscureció hasta volverse invisible y Marta dio un paseo entre las flores susurrantes y parlanchinas hasta que se despertó.

—Ohhhh —musitó Alba.

—¿Estás bien, pequeña? Estás muy pálida...

—Sí, bien, bien. Estoy bien —mintió las veces necesarias como para ir al Infierno.

—¿Qué piensas? —preguntó el otro, desconcertado, que comenzaba a arrepentirse de haber accedido a los deseos de la joven.

—¿De qué color tiene los ojos

Ángela? —quiso saber ella de pronto.

Juanfran se mostró aún más sorprendido por el cariz de la conversación, aunque respondió una vez más antes de volver a dirigir él la visita.

—Verdes, los tiene verdes.

—¡Vaya, qué sorpresa! Me alegro... ¿Y es bonita? ¿Se porta bien? ¿Tiene buena salud?

—¿Qué interrogatorio es éste, pequeñaja? —rio el otro en una mezcla de incomodidad y perplejidad inquietante—. Es mi turno. Y, por lo que veo... escaso —apuntó mirando su reloj de pulsera—. Hemos agotado la mitad del tiempo hablando de mi familia...

—De acuerdo —contestó Alba, que ya estaba planeando grabar la

próxima conversación que tuviera con él —. Soy toda oídos.

—Tu madre está deseando verte, como verás en la carta. Está bastante bien y seguro que te sorprende cuando la leas. Quería avisarte de ello. Estos años ha progresado mucho y, aunque nunca ha vuelto a ser la misma, mantiene conversaciones con lucidez gran parte del tiempo en muchos temas.

—¡Guauuu! ¡No me lo esperaba! —exclamó recobrando algo de su alegría habitual.

—Sí. Seguro que vas a disfrutar mucho leyéndola. Sobre tus asuntos... ya lo hablaremos más en detalle, pero sabes que, dentro de cuatro años, alcanzarás la mayoría de edad...

—Y saldré de aquí —irrumpió ella sin poder contenerse.

—Y saldrás de aquí, en efecto. Pero, además, ese día todas las propiedades y el dinero heredados te serán transferidos. Ya he abierto a tu nombre una cuenta bancaria a tal efecto, que podrás usar desde el mismo día de tu dieciocho cumpleaños. Mi pregunta es... ¿dónde querrías vivir? Si quieres, piénsatelo y me dices cuál es tu idea. Yo haré lo que tú me digas; después de todo, tu abuelo me contrató, dejando unos fondos más que generosos, previstos para sufragar mis honorarios y que siempre os atendiera a tu madre y su descendencia.

—No lo sé. —dudó ella—. ¿Qué

opciones tengo? Quizá así lo vea más claro...

—Mira: tienes la casa de tus padres donde viviste toda tu infancia antes de mudarte y la casa donde...

—Sí, la casa donde la tata desapareció. No quiero vivir en ninguna de ellas —replicó sería después de sopesarlo. No quería volver a poner un pie en ninguna de las dos.

—¿Tampoco en tu primera casa?
—se extrañó él.

—No, menos aún...

—Entonces sólo nos queda la opción de vender o alquilar una de las propiedades (o las dos) para adquirir una vivienda a tu gusto y que se adapte a tus necesidades. ¿Qué te parece?

—¡Eso sería magnífico! —
aplaudió ella y la sonrisa resplandeció
en su cara de nuevo, haciéndola
increíblemente hermosa, como todas las
caras adornadas con sonrisas reales.

—De acuerdo. Si te parece bien,
me voy a ir encargando de poner a la
venta... ¿cuál de ellas?

—Las dos, por favor.

—Las dos —repitió con un
cabeceo afirmativo—. Tú podrías
prepararme una lista realista de cómo
quieres la vivienda: número de
habitaciones, prestaciones, tipo de
vivienda, ubicación... Y, con eso, te
buscaría algo adecuado para ti donde
vivir cuando salgas de aquí, continuar
con tus estudios y comenzar una nueva

vida.

—Una nueva vida... —repitió la chica con los ojos soñadores—. Suena fantástico. Para tu próxima visita te tendré preparada esa lista. ¡Qué bien! ¡Voy a tener mi propia casa!

—Sé que eres una chica inteligente, pero eres jovencita y estas cosas siempre nos pueden: trata de ser realista en lo que quieres y necesitas. No despilfarres el dinero y así podrás vivir holgadamente para pagarte unos estudios universitarios. Si quieres, te puedo traer una lista de propiedades inmobiliarias con apartamentos coquetos que estén situados cerca de la Facultad de Periodismo, si es que has decidido eso finalmente.

—¡Síííí! —se emocionó ella—.
¡Cómo me conoces!

—De acuerdo. Además, tenemos cuatro años por delante. Vamos bien de tiempo... —le guiñó una de las turquesas haciendo que el corazón de la chica tocara el tam tam.

—El tiempo ha expirado, disculpad —se asomó la hermana Inés.

—¿Yaaaa? ¡Pero si acaba de llegar! —protestó la joven Alba dando un puntapié al suelo.

La religiosa puso los ojos en blanco y las manos mirando al cielo, provocando la risa de la chica.

—Está bien, hermana. Ya vamos.

Ambos se incorporaron de su asiento, en esa ocasión bajo la

supervisión de la monja, y se dieron un largo abrazo de despedida que debía valerles hasta el próximo año.

—¿Ma traerás fotos de tu hija y me contarás cositas de ella en tu siguiente visita? —le susurró Alba al oído.

—Ehhhh... Claro —dijo aquél, extrañado.

—¿Qué pasa? ¡Me encantan los niños! —se excusó ella con una sonrisa inocente mientras se encogía de hombros—. ¡Hasta el año que viene, Juanfran, y gracias por los regalos!

—¡De nada, preciosa! Disfrútalos y hasta el próximo año. Y, si quieres, me puedes dar una carta para tu madre en la siguiente visita.

—¡Me encantaría, Juanfran!

¡Gracias! Te quiero.

—Y yo, pequeña...

La monja carraspeó, incómoda ante un abrazo tan prolongado, y ambos se separaron con el rubor tiñendo sus mejillas.

Alba pidió permiso para retirarse y dejó a los adultos en sus asuntos mientras ella corría como un rayo hacia su dormitorio para abrir su tesoro en soledad. Se sentó sobre su pequeño escritorio, colocó el paquete frente a ella, y lo abrió con tanta emoción que pensaba que su corazón iba a morir ahí mismo de un ataque.

Diario de Alba (II)

Bilbao, viernes 22 de septiembre, 1989.

¡Hola, Mickey!

Debo contarte algo terrible y no sólo sobre lo que ha pasado hoy durante la visita de Juanfran, no. Tengo que confesarte algo que no le he dicho a nadie durante años (ni siquiera a ti) por miedo a que Ella se enterara. Perdóname. Pero voy en orden mejor...

Juanfran se acaba de ir y yo he

subido al dormitorio como un rayo, loca por reencontrarme con mi madre. He abierto el paquetito, he acariciado la carta de mamá un buen rato y, con lo echada pa'lante que soy, fíjate que me he descubierto cagadita de miedo por lo que pueda haber dentro. Después de todo, sólo tengo recuerdos infantiles de ella, ¡y vete a saber cuáles son reales y cuántos adulterados por mis ojos de niña y el paso del tiempo, o, incluso, imaginados del todo! Me ha dado miedo, miedo de abrirlo y averiguar que la madre que existe en mis recuerdos no tiene nada que ver con la real. Y aquí ando saboreando mi cobardía, echando miradas furtivas al sobre que me aguarda mientras te escribo. Dejaré la

carta para después...

Aquí viene mi confesión.

Al poco de desaparecer la tata y de que a mamá y a mí nos separaran, decidí buscar yo también a Sonia por mi cuenta, pero en mis sueños. Mi plan era perseguir a Ángela y obligarla a que me la devolviera. Ya ves, ¡qué plan más estúpido, eh!

El caso es que conseguí dar con ella y espiarla sin que reparara en mí, pero lo que vi me causó tanto miedo (o trauma) que jamás me atreví a recorrer de nuevo el camino hasta su casa. Aunque ya va siendo hora de volver a intentarlo... ¿Por qué... te preguntas? Jolines, ¿cómo explicártelo?

Mira, en el sueño, Ángela jugaba

a tomar el té en unas tacitas de oro con la tata y con una mujer llamada Azucena, a quien llamaba «mamá». La tal Azucena llevaba un vestido blanco y largas cadenas en piernas y brazos para que no pudiera escapar. Ella le rogaba que se las quitara, que no se le volvería a aparecer a su hija (otra sería, imagino) y que hacía años que estaba encadenada sin poder moverse. Entonces Ángela la miró con odio profundo y le dijo que le había decepcionado mucho la experiencia de ser hija suya, que no le valía ya para nada y que ahora tenía una nueva compañera de juegos, a Sonia, que sería su hermanita pequeña.

Ambas se miraron con complicidad y rieron mostrando sus

colmillos sangrientos de un modo que me congeló la respiración. Asintieron y, entonces, Ángela apartó su taza de té viscoso y le pidió que hiciera los honores de abrir la merienda para ella. Yo pensaba que se trataba de pastitas de té, pero Ángela dijo: «Meriéndate a la abuela».

¡Así la llamó, Mickey, abuela!

La tata sonrió, dejó en el suelo la tacita llena de un líquido verde asqueroso, se encaminó hacia la mujer de ojos ojerosos y, con un «Lo siento, abuela» saltó sobre su cuello como un animal salvaje y se lo desgarró. Cuando vi a la pobre mujer convertida en un aspersor de sangre, no pude más y salí de ahí pitando y llena de lágrimas. No

podía creerme lo que había visto.

De hecho, con los años, había llegado a convencerme de que sólo fue un sueño tonto causado por la sugestión, una pesadilla como tantas otras, que no era real. Pero ahora sé que fue real y que debo volver a la guarida de Ángela. Creo que fue ella quien se llevó a la abuela, la madre de mamá, y puede que incluso quisiera llevarse a mami en su día, pero no pudo por lo que fuera. Sonia me advirtió de ello: La Muerte se había despertado con hambre y había regresado para cazar más. Tener una madre ya no le valía y buscaba completar la familia con una hermana, así que se la llevó a ella.

Creo... Creo que ahora ha podido

cansarse también de la tata. Creo... ¡Me da miedo decirlo!

¡Creo que ha conseguido cruzar a nuestro mundo! Creo que posó sus ojos en Marta cuando entró en aquella casa maldita y que se ha metido de ella usurpando a su bebé. Creo que la niña de Juanfran y Marta es la Muerte creciendo entre nosotros, mimetizada para experimentar todas las emociones humanas y vete a saber qué más.

¿Y sabes también qué más creo, Mickey? ¡Que Sonia ha ocupado el lugar de Ángela en su mundo, que se han intercambiado! Ahora mi hermana es la Muerte y Ángela finge ser una niña más... hasta que se cansen. Por eso he decidido ir a buscar a mi hermana en

mis sueños.

¡Voy a encontrarla!

Y, ahora que me veo tan valiente, aprovecho para abrir la carta de mami y pegártela aquí, en tus páginas, para que nunca se me pierda, y poder leerla miles y miles de veces hasta memorizar cada coma, palabra o tachón. Otro día te cuento lo de mi nueva casa y otras cosas de las que he hablado con Juanfran. Ahora... ¡ahora voy a conocer a mi madre de nuevo!

Alba rasgó el sobre y, asediada por los nervios y un pulso deficiente, comprobó decepcionada que la carta era

excesivamente breve para colmar tantos años de silencio. Cogió las tijeras y el pegamento de barra, y pegó los recortes de papel bajo sus propias confesiones. Después tomó aire un par de veces para serenar por igual a sus ojos y a su ritmo cardíaco, y comenzó a leer:

Carta de mamá

Mi querida niña:

Por fin sé algo de ti.

¡Qué alegría cuando Juanfran me contó que os habíais visto! ¿Le darás

una carta para mí la próxima vez que os veáis? Y, si no es mucha molestia, ¿podrías enviarme una foto tuya? Han pasado muchos años ya, mi pequeña Alba, e imagino que estarás preciosa, hecha ya una mujercita tan guapa como tu padre...

Me muero de ganas de verte y abrazarte, porque a Sonia la veo de vez en cuando, pero a ti... ¿Crees que tú también podrás visitarme en breve como hace tu tata?

Lo que pasa es que no me dejan hablar de ella, sólo de ti. No puedo decir que la veo o hablo con ella porque, entonces, me castigan de muchas formas: con medicamentos, sin salir al jardín, etc., así que será nuestro secreto,

¿vale? Delante de los demás finjo que Sonia no está para que no me envíen al piso de arriba, que es donde están los peores casos, los que gritan y dan mucho miedo. Si ellos lo supieran, adiós a la planta baja con el club de lectura, a las partidas de cartas al atardecer, a los deliciosos paseos por los jardines exteriores, y hola a la locura.

Esto es precioso y la verdad es que puedo considerarme feliz. También hay monjas aquí, como las hubo toda mi vida en el orfanato, pero éstas sonrían y te dicen cosas bonitas, igual que las enfermeras. Si sabes hacerte la cuerda y respondes lo que ellos quieren oír, es un sitio ideal para terminar mis días, ya que jamás me van a querer como me quiere

aquí mi grupo de amigas (ya lo sé). Y aquí Ángela no podrá cogermé. No, jamás saldré de este sitio. Aquí estoy a salvo.

Te quiero, mi pequeña de ojos oscuros y alma brillante. Estoy deseando que me cuentes de ti, conocer tus sueños, inquietudes, cómo vas en los estudios y si sigues queriendo tener cada día una profesión distinta, mi niña terremoto.

Recuerdos de una madre que nunca te olvida. Recuérdalo, Alba: ni en mis peores momentos de bruma y de niebla me olvido de vosotras. Jamás, mi amor.

Te llevo dentro de mí.

Alba releyó la carta un total de seis veces: las tres primeras, para libar las emociones y sentimientos que se desprendían de aquellas palabras con una caligrafía asombrosamente infantil; las tres últimas, para centrarse en los datos sobre Ángela y Sonia, y recopilarlos en su nuevo cuaderno periodectivesco.

Tenía mucho trabajo que hacer, despierta y dormida, y quería hacerlo preparada...

**Bilbao, domingo 24 de septiembre,
1989.**

¡Hola, ratoncito simpático!

Lamentablemente, tengo las mismas noticias que ayer: malas y nulas.

Es la segunda noche que trato de dar con la casa de Ángela pero, o he olvidado el camino en todos estos años, o lo ha protegido de mí. No soy capaz de encontrarla y eso me tiene angustiada. Pensaba que podría ver a Sonia a la primera.

Pero, ¿sabes qué? ¡No pienso rendirme! Cada noche buscaré el camino hasta la casa de Ángela o hasta encontrarme con mi hermana. Hoy he tratado de ir a mi Reino de los Jardines de la infancia, pero alguien los ha

tapiado. ¡Sé que has sido tú, maldita Ángela! Voy a encontrarte y, como consiga quedarme a solas contigo si Juanfran accede a que nos conozcamos, ¡te mataré, aunque presumas de ser tú misma la Muerte! ¡Vaya que sí!

Bilbao, jueves 2 de agosto, 1990.

¿Qué tal, Mickey?

¿Sabes qué día es hoy? ¡Síííí! ¡Mi decimoquinto cumpleaños!

¡Cada vez queda menos para salir! ¡Sólo tres años, sólo tres! Y saldré de aquí, iré a ver a mamá y le pediré que

me enseñe cómo encontrarme con Sonia, puesto que tengo un plan, pero es secreto de momento.

Hablando de cosas más alegres, ya tengo preparada la carta para mamá junto a unas fotos mías haciendo el gamberro para que se ría tanto al verme que le duren las agujetas en el estómago días y días. También tengo preparados unos recortes de pisos que me gustaría ver, una lista de lo que debe tener mi nueva casa y dónde tiene que estar, precios, etc, y también tengo la grabadora lista para hacerle muchas preguntas sobre su hija que, según mis cálculos, ya debe de tener dos añitos y pico, así que es posible que ya le hayan notado cosas raras a la niña. Porque

digo yo que, cuando eres la Muerte, algo se te tiene que notar, ¿no? Aunque hayas dejado tu trabajo temporalmente y se lo hayas encasquetado a otro...

Tengo ganas de que venga Juanfran, de que me dé noticias y una nueva carta de mami, de que me derrita con un nuevo abrazo suyo, con sus ojos, sus regalos y sus risas... Sin olvidarme de toda la información que necesito sobre su hija, por supuestísimo. ¡Me encanta cuando me abraza y mi corazón se acelera como si fuera epiléptico o tontodelculo! ¡Huele tan bien y es tan guapo! Pero, claro, para él yo soy sólo una niña, la hija de la mujer que lo pudo haber sido todo pero que nunca llegó a ser nada. Yo, quince años; y él,

treintaymuchos. ¡Hasta para enamorarme tengo que ser complicada!

Como lo lo tuyo con Minnie es una relación tan larga y duradera, seguro que lo que te cuento te suena a chino, ¿eh, ratoncete?

Bilbao, viernes 21 de septiembre, 1990.

¡Pues esto ya está hecho!

Juanfran se acaba de ir. ¡Qué guapísimo es, leñe!

Esta vez he grabado toda la conversación, como te había dicho, y así

podré analizar cada respuesta y hacer anotaciones sobre sus gestos, pausas, dudas y su lenguaje corporal para no olvidarme de nada. Todo eso lo pondré en mi cuaderno periodectivesco, si no te importa, porque no me quiero quedar sin hojas para mis cositas personales. Y, cuando lo tenga todo analizado, pondré mis conclusiones en plan profesional en el cuaderno además de contártelo a ti, por supuesto.

He conseguido que me muestre una fotografía de su hija y la verdad es que no se parece en nada a Ángela. Es una niña normalita, con cara algo mustia, eso sí, de rizos castaños y ojos verdes. Incluso he llegado a plantearme que fuera todo una casualidad y que su hija

se llamase así porque sí, pero no... no es posible. Encima, tenías que haber visto la expresión de Juanfran de asombro y la cara de bobo que se le ha puesto cuando le he preguntado si la niña tiene una salud y comportamiento normales. La cara se le ha transformado. Estaba incómodo de veras y le he visto afectado por la pregunta, dolido. No he querido hacer más sangre, pero estoy convencida de que Ángela no consigue ocultar sus pulsiones malignas conviviendo entre humanos. Algo hará...

Entonces ha sido cuando hemos hecho intercambios de cartas (para variar de tema) de mi madre y me ha dado la gran noticia: ¡Se han vendido las dos casas por fin!

Siento que me he liberado de algo terrible y nocivo. Ya no tendré que volver a saber jamás de la casa donde papá trató de matar a mamá y en la que Ángela venía a cazarnos, y, mucho menos, de la casa donde finalmente dio caza a la tata.

Soy libre, o casi... Ahora sólo falta que Juanfran me compre la casa que hemos acordado entre los dos (es estupenda, ya lo verás), amueblarla y tenerla lista del todo para cuando salga del orfanato. Cada día estoy más cerquita de la libertad... ¿La hueles, Mickey? Huele a tortitas con nata y caramelo, y a besos de sol en los párpados. ¡A eso huele!

Bilbao, domingo 17 de febrero, 1991.

¡Hola, Mickey!

¡He conseguido algo increíble!

Como sabes, casi todas las noches trato de entrar en mi jardín porque estoy convencida de que la ventana en el muro continúa ahí, como una puerta entre los dos mundos que nos separan a mi hermana y a mí, pero no hay manera de traspasar o escalar la barrera. Así que, anoche, probé algo nuevo...

Me concentré, dentro de mis sueños, en los ojos de Ángela, en su

horrible cara de niña-anciana preciosa y temible a un tiempo... Me concentré tanto que, cuando me quise dar cuenta, ¡estaba dentro de ella! ¿No es flipante? A ver si me explico bien...

Cuando abrí los ojos, reparé en que ya no veía la asquerosa tapia que me separaba de mis Jardines secretos, no... En ese momento veía a través de los ojos de Ángela, la Ángela que ha conseguido cruzar a este lado en forma de niña.

Me vi sentada en el suelo en una especie de patio interior asfaltado adornado con varias plantas. Alcé (o alzó) mis manitas infantiles y regordetas del suelo, que habían estado jugando con algo sucio y pringoso a juzgar por el

color de éstas. Ángela rio al mirarlas, se las llevó a la boca y las lamió con satisfacción hambrienta. Luego volvió a llevarlas al suelo y rio todavía más. Yo sentía sus risas desde dentro de ella, como un eco desagradable retumbando en mi cabeza y volviéndome el estómago del revés.

Entonces Juanfran apareció en escena dando un chillido que te cagas. La niña giró la cabecita hacia él. Éste tenía el rostro desencajado por el horror y miraba alternativamente a su pequeña hija y a lo que tenía entre las piernas.

—¿Qué diablos has hecho? —
estalló en un grito de dolor.

La pequeña Ángela se rio aún más, como si la hubieran pillado

haciendo alguna trastada adorable. Ella se inclinó sobre su zona de juegos y miró hacia el suelo para mostrarle a su papá su gran obra de arte.

Y ahí yo también me horroricé.

No eran pinturas ni tierra con lo que estaba jugando, sino con las tripas, abiertas en canal, de un pequeño gatito blanco.

—¡*Mía*, papi! Zuri^[10] por *dento* es *goja*, no *banca*.

—¿Qué le has hecho a nuestra gatita? —repitió él con lágrimas en los ojos, acercándose a la escena en evidente estado de *shock*.

—¡*Jubar*! —respondió la cría con un tono que venía a decir que cualquier explicación estaba de más por

innecesaria.

La cría del demonio cogió a la gatita muerta y abierta, y se la llevó a la boca delante del padre, que dio un nuevo alarido. Yo noté el placer ajeno recorriendo el cuerpo de la pequeña a la vez que un sentimiento de repugnancia infinita me invadió hasta estremecerme y hacerme gritar también a mí.

Y me descubrió.

Se sacó el pobre animal muerto de su boquita de niña buena y, escupiendo pelo, espetó:

—¡Vaya, vaya! ¿Estás aquí, eh?

Pero yo ya había huido antes de que terminara la frase y de que su padre, el lindo abogado de ojos cautivadores, la cogiera por los hombros y la

zarandeara hecho un revoltijo de sentimientos.

No voy a volver a buscarla, Mickey. ¿Y si ahora ella puede rastrearne a mí igual que lo he hecho yo? Ahora sabe que la busco y que la he encontrado. Quizá se sienta en peligro y se proponga eliminar a su amenaza: yo.

Tengo algo de miedo, lo confieso.

Vale, he descubierto que, en efecto, es ella, pero me he expuesto de un modo imprudente y yo n...

—¿Alba? —interrumpió una voz al otro lado de la puerta, acompañada de unos nudillos rítmicos.

La joven se puso en guardia al reconocer la voz. Si la propia hermana superiora venía a buscarla, se tenía que tratar de algo importante, muy importante. Cerró el diario y lo malescondió en la cajonera.

—¿Sí, hermana Teresa? — consiguió decir sobreponiéndose al miedo.

La puerta se abrió e hizo aparición el severo rostro de la religiosa, surcado por un sinfín de arrugas que siempre le recordaban a un mapa de carreteras. La religiosa dibujó una sonrisa tensa en el rostro y anunció, cuando se acercó hasta ella:

—Tu abogado está aquí abajo, esperándote...

—¡Pero si no es septiembre aún!
—exclamó ella tratando de ordenar ideas y miedos.

—Lo sé, es un caso... excepcional —aclaró la monja evitando el contacto directo con los ojos escrutadores de la joven.

—¿Ha pasado algo malo, hermana?

—Así es... Baja enseguida. El señor Peralta te aguarda para explicártelo. No me corresponde a mí hablar de temas... familiares.

—Ohhhh —gimió ella con debilidad.

Alba se levantó de su endeble silla de madera y humilló la cabeza ante la religiosa como señal de despedida,

pero ésta la retuvo un instante al tomarle la mano con cariño y decirle:

—Lo siento, preciosa.

Estas palabras le escocieron los ojos hasta hacerlos lagrimear. No podía ser casualidad. Ángela la había descubierto anoche y, hoy, Juanfran se presentaba ante ella en una reunión de urgencia cuyo contenido era lo suficientemente malo como para que la monja superiora le trasladara su pésame y su sentir.

Se obligó a caminar a una cadencia menor que la de sus latidos, que iban a ritmo de carrera de coches. No quería que la interceptaran en el camino por correr a través de los pasillos del internado y que no le

permitieran alcanzar aquella aula. Mil millones de latidos y doscientos pasos después, se encontró frente a la puerta de la tutoría. La abrió ignorando todos los protocolos y normas que dictan la buena educación, y entró sin llamar, hecha un manojito de nervios. Juanfran estaba sentado en una postura de abatimiento que contrastaba con su habitual imagen enérgica y activa. Levantó hacia ella unos ojos nublados que habían transformado sus turquesas en zafiros, así como los labios en un grotesco intento de sonrisa fracasada.

Alba se abrazó a él un segundo y éste la ciñó con más fuerza de la esperada, provocando que el cuerpo de ella temblara entre sus brazos de deseo

adolescente.

—¿Qué ha pasado, Juanfran? Sin paños calientes, por favor... —le dijo ella, apoyada en su pecho.

—Tu padre ha muerto esta noche en la cárcel —soltó él acatando sus requerimientos.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó ella sintiéndose el ser más miserable sobre la Tierra al escuchar, aliviada, que no se trataba de su madre.

—Parece que se suicidó en su celda con la sábana... —explicó él fríamente, como si su cabeza se hallara en otra parte.

—Ohhhh —respondió la chica, confusa.

—Pero... hay algo mas... —

regresó él con la voz dolida.

—¿Tu hija? —preguntó Alba de manera automática.

Él se separó de ella con brusquedad ante la mención de su niña y la miró temeroso.

—¿Qué obsesión tienes tú con mi hija? ¿Por qué la has nombrado? —le espetó él con cierta furia.

—No... yo... Te he visto tan afectado que he pensado, no sé... que igual se había puesto malita... —improvisó Alba mientras se reprochaba en su interior por su estupidez.

Ahora sospecharía de ella porque no tenía forma de estar enterada de aquella escena en el patio de su casa. Nada justificaba su pregunta ni la

información que poseía.

El abogado relajó la tensión de sus extremidades y volvió a tratar de sonreír, obteniendo de nuevo una mueca triste, una sonrisa desteñida e inverosímil.

—Perdona... Estoy un poco nervioso yo también. Ayer tuve un día duro en casa y hoy he recibido estas terribles noticias... Y, encima, te acabo de comunicar que tu padre ha fallecido... Discúlpame —se explicó con una voz abatida y dolida mientras la envolvía de nuevo entre sus brazos.

—No pasa nada... —respondió ella en un extraño intercambio de papeles que Alba aprovechó para besarlo en la mejilla—. Yo también lo

siento... todo... Por favor, ¿qué más ha pasado?

—Pues he llamado al doctor Martínez para comunicárselo, porque...
—el hombre se interrumpió.

—Sí, porque había sido el novio de papá... Suéltalo —le conminó ella.

—Exacto... Pensé que debía saberlo. Después de todo, se quisieron muchos años, y colaboró con Marta y conmigo varios meses después en la búsqueda de Sonia, y hasta le paga ciertos lujos a tu madre en el sanatorio mental... —explicó.

—¡Vaya! No sabía que la culpabilidad diera para tanto... —replicó Alba, amarga—. Pero supongo que, al final, es un buen hombre; sólo

una víctima de sus propios apetitos y sentimientos en un mundo que los proscribiera, ¿no? —reflexionó ella—. ¿Y qué ha dicho de la muerte de papá?

—Nada, no ha dicho nada. Me ha cogido su mujer el teléfono. El doctor Martínez ha muerto esta madrugada de un infarto cerebral. Parece que le sobrevino un ataque de pánico en sueños, según me ha explicado su viuda. Alguna pesadilla tan vívida y terrible que le provocó un colapso y no llegó a despertar siquiera.

—Es... increíble —habló la chica midiendo sus palabras.

Y, entonces, sintió una herida tan grande en el pecho que, en vez de abrirle la piel, le abrió los ojos. Ángela

los había matado a ambos como advertencia. Era su culpa, su puta culpa. La boca se le llenó de palabras sin sentido y escaparon por los ojos en forma de lágrimas culpables. Su padre y el médico seguirían vivos si ella no..., si ella no...

Esta vez no llegó a acariciar el suelo. Su cuerpo inconsciente quedó al abrigo de un hombre abrumado por el dolor y el horror, que miraba a esa chiquilla desmayada sobre él con una mezcla de fascinación y admiración que le sobrecogía.

—Pobre Alba, pobre Natalia...
—lloró sobre ella antes de dar la voz de alarma.

Diario de Alba (III)

Bilbao, domingo 2 de agosto, 1992.

¡Hola, Mickey!

Hoy cumpla diecisiete años y no siento nada. Ninguna emoción.

En un año saldré de esta cárcel de ladrillos ideada para víctimas eternas de una prisión de la que no se zafarán jamás: el desarraigo.

Perdona si no te he escrito antes, amigo mío, pero ya ves cómo estoy. Desde la muerte de papá y del médico...

No sé, algo ha cambiado en mí. La culpabilidad me está devorando por dentro, comiéndose mis risas y mis sueños, que siguen ahí, sí, pero cada día más mermados y descoloridos.

Estoy deprimida, Mickey. Eso es lo que me pasa. No puedo creer lo estúpida que fui y que, por culpa de los actos imprudentes de una niñata como yo, ahora ellos estén muertos. Me ahoga el dolor.

Me dejaron acudir al funeral de papá, ¿sabes? Ahí todavía era yo, fuerte, decidida y estúpida, pues aún estaba dispuesta a encontrar a Ángela para hacérselo pagar.

Sin embargo, me he dado cuenta de que nunca funcionó así. Sólo

pagamos nosotros, nunca Ella. Primero, la abuela Azucena; luego, mamá, Sonia, papá y el doctor...

Si continúo buscándolas (a cualquiera de las dos), Ángela vendrá a llevarse el alma de mamá y, después, a mí. Y no quedará nada de nosotras, nadie de nuestra familia.

Por eso abandono, por eso renuncio en mi lucha suicida y quiebro la promesa que le hice una vez a la tata: que la encontraría y la vengaría.

Lo siento, tata.

No puedo presentarme en el campo de batalla armada con un pompero de jabón frente a un tanque. Y no soportaría el peso de más muertes sobre mi conciencia. No puedo perder a

mamá ni que ella pierda lo poco que tiene... Mamá es una de las pocas razones que impiden que me derrumbe, el pensar en verla dentro de un año, cuando salga de aquí. Bueno, ella y otros alicientes, claro, como vivir a mi nueva casa, ir a la universidad para hacerme periodista (¡por fin!) y verlo a él...

Por muy mal que esté pensar en él, por muchos años que me lleve, por muy padre que sea de la Muerte y por casadísimo que esté, no puedo evitar pensar en él...

He tomado una decisión, Mickey, he elegido y elijo VIVIR, sacudirme esta tristeza y estudiar, estudiar mucho para cumplir mi sueño, ser feliz, y disfrutar

de mi libertad y de lo afortunada que soy dentro de todo lo malo. Me elijo a mí, a mi risa y a mi madre, y rechazo a la Muerte y todo lo que se ha llevado de nosotras. La rechazo. No existe.

No existes, Ángela, yo reniego de ti. Te estoy olvidando, te olvido, ya te he olvidado. Jamás volveré a pronunciar tu nombre.

**Bilbao, miércoles 23 de septiembre,
1992.**

¡Dios mío, Mickey! ¡Ha sucedido!
¡Ha sucedido!

No sé cómo, pero... ¡ha pasado!

Uffff, a ver si logro serenarme porque tengo ganas de ponerme a bailar contigo, dando vueltas en el aire como una loca, y de comerte a besos...

Justo después del intercambio de cartas de rigor de/para mamá y de que me diera mi regalo (un nuevo diario y fotos de mi apartamento mega maravilloso, ya listo y amueblado para mi salida), pasó algo extraño.

Estaba guardando el paquete y él tenía la mirada extraviada, como si estuviera muy lejos de mí. Le he preguntado si dormía bien ¡porque vaya ojeras terribles!, y ese aspecto tan cansado que me chocaba tanto en él... Y se ha derrumbado, se ha convertido en río derramándose sobre mí y ha llorado como nunca había visto llorar a un hombre. Abrazada a él, me ha contado que han internado a Ángela en Suiza, en un colegio de esos pijos y caros para niños ricos, a ver si la «enderezaban» porque tenía un comportamiento extraño y cruel.

No ha entrado en detalles, pero ya sabes a qué se refiere, Mickey. Seguro que no se ha conformado con matar nada

más a su gatita y habrá seguido con ello. Lo lleva en su naturaleza terrible y no puede contenerse. ¡A saber cuántas víctimas lleva ya con sus cuatro años de vida!

Ainsss, que me voy del tema. ¡Tú, regáñame, Mickey, que estoy atontá y dispersa!

El caso es que tenías que haberlo visto, totalmente destrozado. Entre llantos, me ha confesado que la conducta de su hija está haciendo mella en su relación de pareja y en su optimismo. Se siente fracasado como padre y esposo al haberla mandado tan lejos de ellos y siendo tan pequeña.

Se ha agarrado más a mí como si se sintiera caer. He jugado a acariciar su

pelo, que siempre había querido tener entre mis dedos (y sí, es tan suave como me imaginaba) para darle consuelo y... entonces ha ocurrido.

De repente, nuestros labios se estaban hablando pegaditos hasta acariciarse. He abierto la boca sin saber muy bien qué hacía y dejado que su lengua explorara mi interior y lo llenara de colores. ¡Mi primer beso! No sabía que fuera así, con esas cosquillitas llenándolo todo y corriendo bajo mi piel... ¡Guauuuu!

Y ahí he metido la pata, cuando le he dicho que lo quería. Ha abierto sus ojos lluviosos, y se ha separado de mí y de mis brazos con un rictus de horror en la cara. Me ha pedido perdón, se ha

deshecho en excusas y disculpas salpicadas en lágrimas subrayando que estaba mal, muy mal, lo que habíamos hecho; que era imperdonable su actuación.

Y se ha ido así, sin más, a toda prisa... con el sabor de sus labios de café aún en mi boca y las cosquillas de mi piel haciéndose hiel.

¿Cómo puede estar mal el amor?

Bilbao, martes 11 de mayo, 1993.

¡Qué mierda de todo, Mickey!

Acabo de recibir una carta de Juanfran. En ella vuelve a pedirme perdón por portarse, según él, como un cerdo conmigo y haber tenido ese proceder tan inadecuado. Dice también que, para asegurarse de que no va a suceder nada igual, ha tomado medidas y que ya no llevará mis cuentas ni mi economía personalmente sino a través de su ayudante, que me asistirá en «todo lo que necesite», como si lo que necesitara no fuera él.

¡Mierda, mierda, mierda! ¿Y

cómo le hago cambiar de opinión ahora? Ni siquiera va a venir a recogerme en agosto, cuando cumpla mis ansiados dieciocho. Dice que no puede arriesgarse a verme de nuevo a solas y que será su ayudante el que venga a buscarme ese día para llevarme a mi casa, darme las llaves, los datos de la residencia de mamá y todos los malditos documentos del mundo que me importan una mierda.

¡Juanfran, mi hombre de los ojos turquesa! ¿No ves que te amo? ¿Que siempre ha sido así desde que era una cría y te vi cuidando de mi mamá-niña, y me llenaste de luz para que nunca me apagara? ¿No ves que mi luz es la tuya? ¿Me vas a dejar a oscuras?

¿Qué hago, Mickey, qué hago?
¿Cómo me curo este corazón roto y solitario? ¿Qué haré ahí fuera, yo sola en ese mundo hostil? Ahora me entran los miedos. Soy una cría, una cría estúpida que no sabe ni cocinar y que, en unos meses, tendrá que llevar una casa y empezar una carrera universitaria haciendo frente a un mundo desconocido para mí.

Tengo que verlo, tengo que hablar con él. Sin sus ojos ni su sonrisa me siento pequeña frente al mundo, desvalida y poca cosa. Tengo que verlo, tengo que hablar con él...

**Lejona (Vizcaya), lunes 2 de agosto,
1993.**

¡Pufffff! No sé ni cómo empezar...

Hoy ya soy mayor de edad y me siento viejarra de veras...

Me he despedido de mis amigas del orfanato, de las monjas... Hemos llorado, reído, nos hemos besado y prometido que nunca nos olvidaríamos...

Pero él no ha venido.

Lo ha hecho, en cambio, el pavisoso de Sebastián, su ayudante, que no dejaba de tartamudear cada vez que le preguntaba por Juanfran. Sebas me ha traído a mi nueva casa, que es muy

bonita, la verdad, y hasta me han dejado llena la nevera y la despensa de comida, así como el armario de ropa.

En otro momento, chillaría de la emoción con tanta ropa, libros y novedades, pero no dejo de pensar en que es mi cumple y estoy sola; y que siempre será así. Que no hay brazos amorosos que me abracen, ni la voz de una madre y una hermana que me canten el cumpleaños feliz, que no hay velas que soplar para mí en una tarta de nata, ni ojos de turquesa haciéndome sentir espec...

¡Ring, ring! ¡Ring, ring!

Alba se enjugó las lágrimas antes de que éstas mancillaran el cuerpecito de Mickey y se levantó hacia el portero preguntándose quién sería.

—¿Sí?

—Baja, por favor, soy yo... — dijo una voz masculina al otro lado que le hizo mostrar las encías como un caballo salido.

—¡Juanfran! Has...

—Sí, pero no es lo que crees. Es tu cumpleaños. No quiero que lo pases sola, y más siendo tu primer día fuera, así que coge el bolso, que te vienes conmigo... —respondió la voz.

Alba no necesitaba verle la cara

para escuchar la sonrisa contenida en su voz e hizo un esfuerzo para no gritar de éxtasis.

—¿Adónde vamos?

—A ver a tu madre, que ya es hora, y luego a matricularte en la autoescuela. Necesitarás un coche cuanto antes...

—¿Por?

—¡Es una sorpresa! ¡Baja ya, pesada!

Alba rio nerviosa. Cogió su chamarra vaquera, le dio un beso de despedida a Mickey con la promesa de «Luego te cuento» y dio varios saltos en el aire para quemar su idiotez nerviosa antes de reencontrarse con el hombre al que amaba.

El reencuentro

**Hospital psiquiátrico de Zamudio
(Vizcaya)**

—¿Nerviosa? —le preguntó Juanfran antes de franquearle la puerta de acceso a la sala de visitas.

—¡Mogollón! —reconoció la joven con las mejillas encendidas.

No se había llevado consigo la grabadora por culpa de las prisas y, con los nervios revolviéndole los

pensamientos, no estaba segura en aquella ocasión de poder retener cada gesto y palabra de su madre para inmortalizar luego su encuentro por escrito. Juanfran la miró un segundo y esbozó una sonrisa cautivadora.

—Normal. Recuerda que yo estaré aquí fuera sentado en estas sillas —señaló a la bancada del pasillo—. Si necesitas algo, no tienes más que avisarme.

—¿Es... peligrosa? —se inquietó Alba.

—¡Por supuesto que no! En ese caso, no podrías entrar ahí tú sola... Es un tipo de paciente que no necesita apenas supervisión. Me refiero a si necesitas apoyo moral o que entre

contigo.

El enfermero que los acompañaba asintió para reforzar las palabras del abogado.

—Yo entraré de todos modos a la sala de visitas —informó el enfermero—. Estaré alejado, pero pendiente. Son las normas —se justificó al ver la cara de decepción de la chica—. Tenéis veinte minutos, ¿de acuerdo?

—¿Está... bien? —dudó ella antes de entrar en la habitación.

—Está muy bien, tranquila —aseguró Juanfran mientras el enfermero empujaba la puerta abatible.

Alba entró con pasitos cortos y dubitativos tras el enfermero, sintiéndose inusualmente cohibida.

Quizá fuera a causa del olor a lejía y a enfermedad, o de las imponentes paredes blancas y frías donde cada objeto y persona se mimetizaba con ellas, o a causa de los gritos desquiciados de los pacientes a modo de banda sonora terrorífica que se escuchaban de fondo. Quizá sólo se debiera a los nervios por volver a ver a su madre tras nueve años separadas, justo la mitad de la vida de Alba.

Su madre estaba sentada en una mecedora con tapicería de flores, frente a un amplio ventanal que ofrecía una imagen relajante y hermosa de los jardines del hospital. Sostenía un libro entre sus manos, el cual ignoraba inconscientemente con los ojos puestos

en la belleza ajardinada de flores y setos tras el cristal. Giró la cabeza hacia la puerta y su boca se abrió por la sorpresa al verla.

—Alba... ¿Eres tú? —preguntó la mujer con la voz atropellada.

—Sí, mamá. ¿A quién esperabas? —respondió ella a lágrima viva y con los brazos abiertos.

Natalia se levantó de la mecedora y corrió a su encuentro. Ambas se miraron largamente, detenidas la una frente a la otra con los brazos pegados al cuerpo sin atreverse a tocarse más que con los ojos.

—Estás preciosa, mamá. No podía imaginarme que estuvieras tan joven y guapa... —dijo Alba,

—¡Pues anda que tú! ¡Dios mío! Si eres casi tan alta como tu padre... ¡Pero mucho más guapa! Mírate... — respondió Natalia, quien se había atrevido, por fin, a entrelazar sus manos hambrientas con las de su hija mientras se perdía en sus ojos oscuros.

—¡Ohhh, mamá! ¡Cuantísimo he echado de menos tus ojos verdules! — exclamó la chica peleándose con las palabras en una boca abarrotada de emociones.

—¿Vienes? —preguntó la madre abriendo sus brazos.

Alba se arrojó hacia ellos sin responder. Los brazos de Natalia rodearon amorosamente a su hija hasta unirse en un abrazo silencioso y

prolongado. Sólo sus lágrimas y corazones, latiendo al unísono, conversaban intercambiándose secretos y confesándose lo que se habían extrañado.

El tiempo transcurría inexorable, pero no importaba. Era momento de sentirse, de respirarse la una a la otra, no de hablar. Ya lo harían la próxima vez...

—¿A quién esperabas, mami? — repitió ella en una fusión curiosa de lágrimas y risas.

—A Juanfran, claro. Viene todos los años por mi cumpleaños —se explicó la madre—. Ven, cariño. Siéntate conmigo sobre mis rodillas, como en los viejos tiempos, y

cuéntame... Quiero saber de ti —le pidió a la vez que tiraba de su mano para recuperar el trono desde el que admiraba el paisaje.

—¡Mamá! ¡Que soy más grande que tú! ¿Cómo voy a sentarme sobre ti? —protestó la adolescente haciendo pucheros.

No obstante, era un falso lamento que malescondía centenares de sonrisas de felicidad y una necesidad por volver a ocupar el regazo de su madre, como la última vez que se habían visto, hacía nueve años, sentadas en el último peldaño de la escalera de aquella casa maldita.

Natalia rio con un movimiento negativo de cabeza y se reclinó en la

mecedora con los brazos preparados para su pequeña. Alba rio, nerviosa, y se acomodó en el pecho de su madre.

—Siguen oliendo igual... —dijo la chica.

—¿El qué?

—Tus cabellos, mamá. HueLEN a flores, como mi Jardín Secreto. Quizá mi jardín secreto eras tú y, por eso, ya no te podía encontrar en mis sueños... —reflexionó Alba en voz alta.

—¡Calla! No hables de eso —le regañó la mujer cambiando la relajación de sus músculos por una tensión súbita.

—¿De qué, mamá? —preguntó ella alerta.

—No se hablan de esas cosas. No, señor —repitió ella con seriedad.

—¿De qué? —reiteró ella.

—Así, muy bien... que los cocodrilos no te oigan. Finge que no sabes...

—¡Mamá! ¿Te has vuelto a ir a otro lugar, verdad? —preguntó Alba con la sonrisa borrada.

—Chissssstttt...

—¿Hablas de Sonia? —preguntó al caer en la cuenta.

Natalia asintió con una sonrisa demente.

—No se habla de ella o me suben a la planta de arriba con los locos gritones... —respondió compungida.

—Entiendo. Mami, Sonia viene a visitarte, ¿a que sí?

La madre volvió sus ojos claros

hacia ella y se inclinó sobre su oreja mientras fingía peinarla con los dedos.

—Escucha, mi amor. No quiero que te encuentre y es peligroso que las nombres, a cualquiera de las dos. No lo hagas. Yo ya no puedo escapar; pero tú, sí.

—Pero...

—Ni peros ni peras —replicó la madre recobrando el gesto y tono autoritarios que regalan a las mujeres con el carnet de maternidad—. Ella ya no es ella y buscarla hará que tú tampoco lo seas. Sigue adelante con tu vida. Estudia, disfruta, enamórate, ten una familia y vive por mí, mi pequeño terremoto de ojos oscuros. Mi madre pagó por mí y, ahora, yo lo hago por ti.

No hagas que sea algo estéril.

—¿Eres feliz, mamá? —preguntó Alba, atragantada con un trozo de pena que se le había quedado en la boca.

—Todo lo que puede serlo una madre sin sus hijas y una esposa sin su esposo —contestó recuperando una vieja sonrisa a medio usar—. Mira... Aquí estoy bastante bien, salvo cuando hay niebla en mi cabeza y llegan las visitas... Pero a mí no me hará nada malo. Viene buscando sus ecos de humanidad, sus recuerdos de este mundo, el amor perdido de cuando era humana, representado en mí. Pero tú eres distinta. Si te atrapa...

—¿No estarás hablando del fantasma de tu hija otra vez? —

interrumpió el enfermero con el semblante preocupado y el índice señalando al piso superior.

—No, qué va. Los fantasmas no existen —dijo ella como una niña buena que se había aprendido la lección a base de reglazos en las puntas de los dedos.

—Eso está mejor. Llevas un par de años estupendamente en la planta baja. No queremos que te alteres con la visita de tu hija y subas una planta, o dos... —señaló el enfermero de bata blanca y sonrisa aséptica.

—Mamá... ¿quieres decir que me busca? —retomó Alba al oído de su madre.

Natalia negó con la cabeza y las palabras, aunque la hija supo que

mentía. Su madre jamás había sido buena actriz ni jugadora de póquer.

—No, cariño. Nadie te busca porque no existe nadie —dijo desviando la mirada hacia el enfermero—. Yo aquí soy feliz, créeme, y más ahora que te he recuperado. Moriré aquí, tranquila y en paz, con el orgullo de saber que lo hecho todo por ti. Ahora haz que yo también me sienta orgullosa de ti...

—¿Cómo, mamá?

—Siendo feliz, cariño. No cometas las mismas tonterías que yo en el pasado y aléjate de la casa, de diarios, animales de garras y dientes afilados, y de todo eso. Aléjate y escapa de la maldición. Sé feliz, sigue con tu vida y haz que yo sea feliz a través de ti.

—¡Mamáááá! Eres mejor de lo que esperaba: más lista, más guapa, más joven, más fuerte, más...

—¿Cuerda? —rio ella.

—Sí —asintió la joven bañada en un llanto mudo—. ¡Te quieeeeero!

—Bueno, tengo mis días, no te creas... —bromeó la otra.

El enfermero carraspeó de forma artificial. Madre e hija se giraron hacia él.

—Lo lamento —se disculpó—. Pero la hora de visitas ha finalizado.

Natalia le dio una palmadita en la pierna a Alba para que se levantara y ésta se puso en pie de un salto, obediente, para que su madre pudiera incorporarse a su vez.

—¿Cuándo volverás? —preguntó con la voz ansiosa.

—El viernes, mamá.

—¿Este viernes? —preguntó mientras realizaba cálculos mentales de las horas que transcurrirían hasta volver a abrazarse.

—Todos los viernes del mundo, mamá. Haga frío, calor, nieve, llueva o trueno vendré todos los viernes de mi vida. Te lo prometo.

—Gracias, mi amor —respondió Natalia con el llanto ahogándole la garganta y las palabras.

—¿Por qué?

—Por devolverme la sonrisa y por haber luchado contra... —se detuvo colocándose la palma de la mano sobre

los labios.

—Contra los cocodrilos — completó ella la frase con un guiño cómplice de ojos.

—Exacto. Y ahora corre, ve, descubre el mundo y sé feliz. El viernes que viene me lo cuentas todo.

—Lo juro —respondió solemne Alba mientras abandonaba la sala de visitas con la sonrisa en los labios y una promesa en el corazón.

Nada volvería a separarlas.

Nada.

Iría a verla todos los viernes, cada viernes del resto de su vida.

Diario de Alba (IV)

**Lejona (Vizcaya), sábado 9 de abril,
1994.**

¿Qué pasa, Mickey?

No he parado en todos estos meses, pero es que mi vida ha cambiado tanto...

¿Por dónde empiezo? Estoy muy feliz con las clases, con mis compañeros... con todo. Eso sí, no paro. Por eso Juanfran, que piensa en todo,

contrató una asistente del hogar para mí. No te creas que soy una ricachona ahora, ¿eh? Viene una hora y media al día de lunes a viernes, me deja preparada la comida y limpia un rato. Me lo puedo permitir, jejeje.

Es que mira, Mickey, cómo son mis días ahora: voy temprano a estudiar a la Uni, vengo a casa a comer, voy a la autoescuela y luego a un programa de radio donde me ha enchufado Juanfran para que vaya cogiendo experiencia en mi profesión. Después, prepara las clases, estudia las asignaturas para llevarlo todo al día... Y así todos los días. Luego, los viernes, voy a ver a mamá, como sabes, y la verdad es que cada vez estamos más unidas. Hay veces

en las que se dispersa un poco, pero la recupero enseguida.

¡Soy muy feliz, Mickey!

¡A ver si me saco de una vez el carnet y me compro un cochecito! Porque los viajes en bus me comen parte del día y no llego, no llego... Como también sabes, el teórico lo he aprobado a la primera, pero el práctico es otro cantar... ¡Jo! ¡Qué ganas de tener mi coche!

¿Y qué más? Bueno, de Juanfran me cuesta hablar. Después de mi cumpleaños y llevarme aquel día a ver a mamá, me ha evitado de todas las maneras posibles. No quiere recibirme, verme o cogerme el teléfono, aunque sé que está muy pendiente de mí, de que no

me falte de nada. Lo cierto es que me he hecho muy rápido y fácilmente a vivir sola y a esta nueva vida. Claro que, si no tuviera a Carla para cocinarme en casa y ayudarme en las tareas del hogar, otro gallo me cantarí...

Lo de Juanfran me tiene triste. Creo que es una historia que ha acabado sin que ni siquiera llegara a empezar... Pero me pasa por imbécil. ¡Anda que no hay chicos de mi edad por ahí! Pero voy yo y me enamoro de un hombre que podría ser mi padre, casado con la agente de policía que llevó nuestro caso, y que es el padre de... de ESO.

Sé que tengo que olvidarme de él, lo sé. ¡Pero es más difícil que aprobar el examen práctico del coche!

En fin... te iré contando.

Lejona (Vizcaya), domingo 26 de junio, 1994.

¡La vida es maravillosa, Mickey!

Ayer mis compis de la facul y yo hicimos una cena de despedida del curso y me lo pasé genial. Nos reímos mucho, me pillé mi primera borrachera y... ¡me di mi segundo beso de amor en mi vida!

¿Te acuerdas de Unai, este compañero de clase que siempre se ofrecía para ayudarme en las clases

prácticas del coche hasta que aprobé, por fin, la semana pasada? Pues resulta que no estaba siendo amable conmigo porque sí, sino que me ponía ojitos, ¡y yo sin coscarme! Ayer, tras la cena, salimos a bailar por los pubs de la zona y ahí se me declaró.

Me dijo que le encantaba y que quería conocerme más. Vamos, ¡que me pidió salir! Jajajaja. Yo estaba feliz y la verdad es que siempre me ha parecido un tío guapo y con mucho carisma, además de sacar muy buenas notas... Así que me dejé llevar por la canción de amor que sonaba, las luces y el momento (bailábamos un lento en mitad de la pista de baile), y nos besamos...

No sentí lo mismo que con

Juanfran, todo hay que decirlo, pero la música se me metió dentro para ayudarme a que no extrañara la falta de hormiguitas recorriendo mi piel, y fue bonito. Creo que me gusta un poquito, o un muchito... jijiji.

Te iré contando, Mickey.

Lejona (Vizcaya), viernes 28 de octubre, 1994.

¡Estoy enamorada, Mickey!
Enamoradísima de Unai. Llevamos saliendo juntos cuatro meses y lo quiero con locura. Pasamos todo el día juntos,

ya que estamos en la misma clase, y esta noche pienso darle una sorpresita. Después de visitar a mamá, nos vamos a cenar a un restaurante chino y luego... luego quiero entregarme a él. ¡Estoy nerviosa!

¿Crees que se lo debería contar a mamá? Aún no le he hablado de él. Quizá es un poco pronto, ¿no?

Te dejo, que me voy a ver a mamá...

Lejona (Vizcaya), martes 9 de mayo, 1995.

¡No te lo vas a creer, Mickey!

He llegado a casa a comer después de la Uni, ¿y a quién creerías que me he encontrado esperándome en el portal? Di, di... ¡A ver si lo adivinas!

¡Exacto!

Y yo que pensaba que lo había superado... Ha sido notar sus turquesas posadas sobre mí y sentir cómo las piernas se me convertían en espaguetis reblandecidos. Ha sonreído de veras al verme, pero esta vez no ha habido abrazo.

Tenías que habernos visto a los dos, tan nerviosos y contenidos... Por un momento, hasta he pensado que venía a buscarme, ¿sabes? Y lo triste es que le habría dicho que sí. Habría dejado a

Unai después de casi un año de la relación, con lo que él me quiere... Y yo a él, claro.

Pero no venía a regalarme mi cuento de hadas, sino a despedirse de mí. No ha querido darme excesivos datos, pero Marta y él se están separando por algo relacionado con «su hija». Parece ser que la niña (ya sabes, prohibido decir su nombre: mencionarla es invocarla) ha hecho algo muy grave en el internado de Suiza y esto ha terminado de desestabilizar a ambos. Tuvieron una pelea terrible, llena de acusaciones graves (todo esto, palabras de él, aunque no ha entrado en detalles en ningún momento). Marta se ha cogido una excedencia para estar cerca de su

hija lo que dure el «tratamiento» y Juanfran me ha dicho que se va a Londres una temporada (que a mí me ha sonado a un «para siempre»).

Mickey... No lo comprendo. Ahora que el amor de mi vida se separa y se queda libre, en lugar de quedarse conmigo y que nos demos una oportunidad, se va. Se va para siempre de mi camino, se aleja y aleja... ¿Por qué?

Lejona (Vizcaya), miércoles 20 de diciembre, 1995.

Enseguida llegarán los cuatrimestrales y ¡anda que no se nota que estamos en tercero ya! Se está poniendo chungo...

Todo, en realidad.

Juanfran apenas me ha escrito dos frías cartas de compromiso, llenas de datos y tonterías económicas que evitan cualquier alusión personal. Y lo echo de menos... Es horrible, pero es así.

Además, el sábado tuve una bronca gordísima con Unai, y todo porque continúo sin hablarle a mamá de él. ¡Pero es que no me atrevo! Cada vez que saco el tema de algún modo tonto e inocente, mamá se me va...

Todos se van últimamente...

Carla, mi asistente, también se va.

Se va a casar con su novio del pueblo y se va allí. Pero bueno, a estas alturas y con veinte años, ya puedo defenderme sola. Además, voy a dejar el programa de la radio para meterle más caña a los estudios o Unai me ganará en las notas, ¡y de eso nada, monada! Me quedan dos años más de carrera -sin contar éste- y quiero centrarme en estudiar. Y como no tengo que preocuparme por el dinero de momento...

¡Ahhh! ¡Que no te he contado cómo acabó nuestra primera pelea de novios! Me dijo que me amaba pero que no se sentía correspondido por mí, y salió de mi casa cabreado dando un portazo descomunal mientras gritaba que parecía no darme cuenta de nada. Pensé

que también lo perdería a él, y estaba ya buscándote para contártelo todo cuando llamaron al timbre.

Era él de nuevo.

Enfurecido, bañado en lágrimas.

Yo, también.

Esta vez no me dijo nada, no se deshizo en demandas, reproches ni súplicas. Me cogió de la mano en absoluto silencio y lo resolvimos en el dormitorio de una manera salvaje que no le conocía. Ni a él ni a mí.

Me gustó.

No te escandalizas, ¿verdad, Mickey? Fue... uff, no sé. Y, cuando yo más feliz estaba, clavó sus ojos grises en mí y lo soltó:

—Quiero casarme contigo, Alba.

Así, sin flores ni rodillas en el asfalto, ni anillos o música. Sólo el sudor de nuestros cuerpos desnudos y jadeantes después de un polvazo (un señor polvazo, Mickey; sí, señorito ratón, tápate los oídos si quieres, pero...) y una mirada de amor en su cara.

Y me gustó lo que vi.

¡Me caso, Mickey, me caso!

Nadie me mirará como me mira él, nadie. Es inteligente, divertido, tierno, está buenísimo y cae genial a todo el mundo. El único «pero» es que no es él, no es Juanfran. Pero nadie lo será, debo ser realista. Y no me imagino a nadie mejor para compartir la vida. Estudiamos la misma carrera, somos

buenos en lo nuestro y como compañeros de vida, queremos las mismas cosas, nos entendemos genial y nos reímos muchísimo juntos. No puedo pedir más, mi bigotudo amigo. No debo.

Lo quiero y voy a casarme. Ahora sólo falta decírselo a mamá...

Lejona (Vizcaya), sábado 6 de julio, 1996.

¡Por fin lo he hecho, Mickey! ¡Por fin!

Sé que he tardado mucho, pero ya no podía demorarlo más. Unai me exigió

que fijáramos una fecha para la boda y que hablara ya mismo con mi madre.

Hemos hecho las dos cosas.

Nos casamos en cuanto acabemos los dos la carrera, en agosto del 98. Sé que dos años dan para mucho, pero ambos queremos centrarnos en los estudios y, después de todo, el próximo mes se viene a vivir a casa conmigo así que no está tan mal.

Pero, antes de que te cuente lo de mamá, deja que te diga otra cosa...

Juanfran... Le he dicho a él también que me caso. Le he escrito una carta para decírselo e invitarle a la boda aunque aún quede tanto para ella. Esto que voy a decirte me avergüenza mucho reconocerlo...

Y es que, cuando la escribí, deseaba, en el fondo de mí, que algo reaccionase dentro de él al enterarse de la noticia; que, al ver que iba a perderme de verdad, algo se le moviera y viniera galopando en su caballo blanco de príncipe encantado, con sus ojos de turquesa prometiéndome que sólo van a mirarme a mí a partir de ese momento...

Pero eso no sucederá. Hace más de un año que se fue y no va a regresar a España. Lo sé.

Así que toca realidad. Y toca contarte mi visita de ayer a mamá. Voy a transcribir aquí una parte de la conversación captada con mi grabadora, a la que he añadido detalles y

observaciones más. A ver qué opinas,
Mickey, porque me he quedado muy
preocupada...

Transcripción n° 54

El sujeto (mamá) está intranquilo desde el inicio de mi entrada, como si intuyera la noticia. Quizá, siendo objetiva en mis análisis, llevara yo el nerviosismo pegado a las suelas de mis zapatos y ella lo sintió.

Supe que sería una visita distinta en cuanto traspasé la puerta y la encontré girada hacia mí, acechante, en lugar de contemplar, como es costumbre en ella, las vistas ajardinadas a través del ventanal. Fingió una sonrisa, que se quedó en absurda mueca, y señaló con el dedo la mecedora contigua. Me acerqué a ella tratando de darle un beso y un abrazo de

bienvenida, pero interpuso ambas manos entre nosotras. La sonrisa se me murió al instante.

—¿Qué sucede, mami?

—Bien lo sabes, viborilla... —dijo con una voz ajena.

—¿Có...cómo has dicho, mamá? —tartamudeé.

Ella me miró un segundo con cara de desprecio y los ojos haciéndose transparentes

por momentos.

—¿Así que te casas con ese mierdas, no? —preguntó con una sonrisa heladora.

No era mamá. Era... la tercera mamá, la que daba miedo y se asomaba entre sus pupilas en muy contadas ocasiones. Noté su mano haciéndose garra sobre mi piel, cada vez más fuerte y dañina.

—¿Sonia? —pregunté de

repente sin saber muy bien por qué.

Ella volvió a reír.

—¡Hija de perra! Te lo has llevado todo, ¿eh? — susurró.

Me giré hacia el enfermero, que dormitaba en el sofá de enfrente ignorando la escena. Se había relajado demasiado en mis visitas semanales y hacía tiempo que no cumplía con su labor de

supervisión.

El dolor ante sus uñas clavándose en mi antebrazo me hizo volver la cara hacia ella, que reía con la mirada clara y traslúcida.

—¡Mamá, me haces daño! —protesté, zafándome de su ataque.

Pestañeó varias veces seguidas y su expresión se dulcificó. A continuación, me regaló una sonrisa amorosa.

—¡Hola, cariño! —me saludó como si acabara de verme—. ¿Acabas de llegar?

—No... Mira... —le dije aturdida mientras le mostraba las heridas sangrantes de los brazos.

Ella se observó contrariada las uñas y reprimió un gemido de disgusto al comprobar que había restos de mi piel y mi sangre bajo ellas.

—Yo...

—¿Ha sido Ángela, mamá? ¿O Sonia? —me atreví a preguntar.

—¿Qué haces? ¡No las llames! ¡No las invoques! ¡¿Qué has hecho?! —exclamó con la cara contraída por un pánico auténtico.

—Mamá, está claro que han venido sin nombrarlas —traté de razonar con ella—. Parece que, al menos una de ellas, sigue pululando por aquí.

—¡Dios mío! ¿Y por qué?

—se preguntó llena de inquietud—. ¿No habrás vuelto a acercarte a la casa?

—No, mamá. Te lo juro...

—¿Entonces, cielo? ¿Qué pueden querer ahora de nosotras si nada ha cambiado?

—Bueno... —respondí con la vista humillada como si hubiera cometido una trastada bien gorda—. Llevo dos años

saliendo con un chico de mi clase y...

—¡Oh, cielo, pero eso es maravilloso! —canturreó ella con absoluta felicidad.

—Sí. En un mes nos vamos a vivir juntos y queremos casarnos en cuanto acabemos la carrera.

—¡Ohhhhh! ¿Crees que podré ir a la boda, pequeña? —preguntó ella, soñadora.

—¡Eso espero, mamá!

Me encantaría que fueras la
madrina y...

—¡Oh, oh, oh, pero los
lobombres! Huele a ellos,
huele a ellos... —me
interrumpió dándose golpes
frenéticos en la cabeza.

—¡Mamá! —exclamé
sorprendida.

Me arrodillé frente a ella
y detuve los golpes que se
estaba ocasionando. Me
resultaba dolorosísimo verla

así.

—¿Qué sucede aquí?
Creo que me he quedado
traspuesto... —intervino la voz
del enfermero, que se
empezaba a incorporar del
sofá y nos miraba con evidente
fastidio.

—Nada, no se preocupe.
Le he dicho que me caso y se
ha emocionado un poco, nada
más... —me apresuré a
explicar.

El enfermero frunció el ceño y apartó la vista de nosotras para concentrarse en su record de fabricar pelotillas perfectamente redondas, cuya materia prima suele extraer de su nariz cada vez que estoy por ahí.

—Ehhhhh —susurró mamá, que había regresado otra vez a un estado de quietud—. No tengas hijos con Unai o se los comerán los

cocodrilos. Me lo ha dicho un lobito...

—Mamá... —repliqué asustada—. ¿Cómo sabes que se llama Unai?

—Yo sé muchas cosas, jijiji —se rio con las manos sobre la boca como una niña traviesa—. ¿Sabes qué más sé?

—¿Qué?

—Que esta noche comerán...

—¿Quiénes, mamá?

—Los lobos, por supuesto —me respondió con los ojos tristes y la voz lúgubre.

—¿A quién se van a comer, mamá? —pregunté, cada vez más inquieta y a punto de desmayarme, como me ocurría cada vez que una situación me alteraba los nervios y la tensión.

—¡Pobre chico! —dijo

mamá frente al ventanal con la vista perdida en algún punto lejano.

—¿Qué va a pasar, mamá?

—Lo siento, cariño, lo siento... —contestó sin mirarme.

—Mamá... ¿Qué sientes, por favor? ¿Qué sabes? Cuéntamelo... —le supliqué cogiendo su preciosa cara de niña eterna entre mis manos.

Ella me devolvió la mirada y, atesorando toda la tristeza del mundo en sus ojos verzules, me dijo:

—Es tarde. Van a comer... La Muerte tiene hambre y se despierta con calambres —dijo en un tono que no admitía réplica.

—Pero podemos pararlo, ¿no? ¡Podemos detener a Ángela! —grité.

Ella me rodeó con sus

brazos pensando, quizá, que no había una respuesta verbal que me pudiera consolar. Yo me abracé, a su vez, a su cuerpo menudo.

—Te traicionaré, mi vida, te traicionaré... —me dijo al oído mientras dibujaba corazones en mi espalda.

—¿Hablas de Unai, mamá?

Entonces sentí otra vez sus uñas hiriéndome la

espalda. Su voz suave se había transformado en una risa terrible y amenazadora a la vez que me oprimía más y más hasta dejarme sin respiración.

—¡Pobre niña estúpida!
¡Yo siempre gano! ¡Tú pierdes! —chilló—. ¡La Muerte ha regresado, no mires a otro lado!

El enfermero acudió a la carrera y la obligó a soltarme.

Mamá tenía la mirada revuelta y encolerizada, que recordaba al mar embravecido. Se giró hacia el enfermero, llena de rabia al ver a su presa fuera del radio de acción (yo), y le asestó un puñetazo en la cara. El hombre, sorprendido, trastabilló hacia atrás perdiendo el equilibrio. Mamá se arrojó sobre el enfermero, que trataba de incorporarse, y clavó sus dientes en su mano.

El hombre lanzó un alarido de dolor. Yo corrí hacia la salida y grité pidiendo socorro.

Tres minutos más tarde, le habían inyectado un sedante a mamá y se la habían llevado entre amenazas e insultos mientras un tercer enfermero curaba al herido. Tenía un buen tarisco en la mano...

Y así finalizó la visita, Mickey.

Ha sido horrible, como ves. Creo que, después de este ataque o crisis (lo que haya sido eso) van a subirla una planta más, y eso significa la muerte para ella: una medicación más fuerte, más vigilancia, menos visitas (traducción: menos viernes juntas), menos privilegios y uso del Club de lectura o sus paseos por los exteriores; y, sobre todo, una constante exposición a gritos y locuras mayores que la suya, que sólo le perjudicarán estando en esa planta.

¡Qué horror, Mickey! ¿A quién crees que se habrá referido mamá con eso de que moriría alguien anoche? No he pegado ojo pensando que hablaba de Unai, o hasta de mí, pero lo primero que

he hecho esta mañana al levantarme, incluso antes de escribirte, es llamar por teléfono a mi novio para asegurarme de que se encontraba bien y, cuando he visto que todo estaba en orden, he llamado al psiquiátrico para preguntar por ella. También está «bien»: sedada y atada, pero bien.

Así que no sé qué cojon...

El timbre del teléfono le hizo soltar el bolígrafo. Una sacudida eléctrica le azotó la espalda hasta arrancarle un grito. El teléfono y Alba chillaron *a capella* y en sincronía en timbres llenos de sufrimiento. Alba se

dobló del dolor y cayó al suelo entre sacudidas invisibles. Cada timbrazo era como un golpe de fusta sobre su cuerpo. Se arrastró hacia él por el suelo, consciente de que debía alcanzarlo como fuera. Alargó el brazo desde abajo y se apoderó de aquel teléfono de chillidos agoreros de muerte.

—¿Sí? —acertó a decir en un hilo de voz mientras su cuerpo se recuperaba, poco a poco, del tormento experimentado.

—¿Hablo con la señorita Alba Aguirre?

—Sí, soy yo...

—Le llamo para comunicarle un trágico suceso... —. Silencio a ambos lados de la línea—. ¿Está bien?

—¿Ajá? —preguntó, exclamó o escupió ella. No lo sabía.

—Soy Roberto Moreno, abogado español afincado en Londres. Trabajo... —realizó una pausa—. Trabajaba con el señor Peralta en un bufete, aquí en Londres.

—¿Sí? —repitió con la voz rota.

El corazón ya le estaba llorando mucho antes de que las lágrimas se la comieran viva y el cuerpo le temblara descontrolado.

—El señor Peralta, Juanfran, me dejó solicitado que las llamara usted y a su ex mujer si algún día le... sucedía algo.

—Ajá... —dijo de nuevo en modo automático.

La voz le venía de lejos, de muy lejos, porque ella sólo podía pensar en esos ojos turquesa que le hacían sonreír y que llenaban de arcoíris su vida. Pensaba en ellos, y en su pelo castaño y suave que sólo pudo acariciar un día. Y en sus manos y en sus brazos, pues nadie supo nunca abrazarla como él. Y en su olor y su sonrisa preciosa, que nunca volvería a ver. Pensó en cómo habría sido dormir sobre su pecho y hacer el amor con él. Y todos esos pensamientos se volvieron cristales desgarrándole la garganta y las retinas.

—¿Señorita? ¿Me escucha? — dijo la voz masculina al otro lado del auricular.

—Perdone, ¿qué decía?

—Que ha muerto esta noche en extrañas circunstancias. Le preguntaba si quiere saberlas o mejor...

—Sí, por favor. Cuénteme...

—Le hemos hallado en su habitación con el cuerpo inclinado sobre la ventana y la cabeza colgando fuera de ella, sobre la fachada. Lo más extraño de todo es que presentaba heridas en cara y brazos, heridas... inusuales.

—¿Inusuales? ¿A qué se refiere?

—preguntó la periodista que había en ella, temiendo una respuesta que ya sabía.

—Parece que han sido producidas por garras y dentelladas de algún cánido: lobos o perros salvajes... Pero

el apartamento de Juanfran está en plena urbe, y es un séptimo piso. La puerta estaba cerrada con llave desde dentro y no hay marcas en el interior de ninguna lucha o animal salvaje. Es como si... — se detuvo.

—¿Sí?

—Como si alguien le hubiera llamado desde fuera de la ventana para que se asomara a ella, pero eso no es posible... No sé. Cuando le realicen la autopsia, sabremos más. Sus padres han reclamado el cuerpo y lo repatriarán a España en breve. ¿Quiere que le avise de los resultados cuando sepamos algo más, señorita?

—.....

—¿Señorita?

Pero Alba ya no podía responder. Ni ella ni su teléfono mudo colgando del mueble-bar, balanceándose estúpidamente de un lado a otro. Alba yacía en el suelo, de nuevo inconsciente, envuelta en un mundo negro donde nada oía, nada sentía, nada había.

Diario de Alba (V)

**Lejona (Vizcaya), lunes 13 de enero,
1997.**

Hola, mi ratoncito bonito...

¿Cuánto tiempo sin escribirte, eh?
Lo siento, lo siento mucho. Pero, hasta
hace bien poco, apenas me apetecía
levantarme de la cama. Es como si toda
la tristeza del mundo se me hubiera
metido dentro y cada pierna me pesara
toneladas hasta el punto de no poder

caminar ni levantarme de la cama. Sólo quería llorar, llorar y llorar... De hecho, este año lo he medio perdido académicamente por faltar a clase todo lo que llevamos de curso, y me tocará volver a matricularme de las asignaturas que me he perdido.

Ahora lo voy superando, pero estos seis meses de atrás me han resultado muy duros, Mickey, como si me hubiera perdido a mí misma, como si ya no fuera yo ni pudiera encontrarme la sonrisa, ¿sabes?

Unai se vino a vivir en agosto y, claro, ha sido durillo hacernos el uno al otro. Para empezar, yo ya estaba habituada a vivir sola en mi casa, y mi estado de ánimo no ha facilitado ese

acople, las cosas como son.

¡La convivencia no es nada fácil!

Al principio se mostró muy tierno, comprensivo y paciente con mis llantos y con esta depresión que se me había metido dentro, sobre todo cuando le hablaba de cómo habían restringido las visitas a mamá y que ya no me permitían verla. Esa parte la entendía bien y también que yo sufriera la muerte del «abogado», como lo llama siempre él, pero se empezó a desesperar y a molestar cuando pasaron dos o tres meses y seguía igual de apática (o peor). Ahí comenzaron las acusaciones. Me recriminaba que estuviera así por un simple amigo de la familia.

No lo comprendía. No

comprendía tanta pena por alguien ajeno después de haber sufrido pérdidas peores, como la de mi padre, mi hermana o, incluso, la de mi madre de algún modo.

Y el otro día estalló una discusión monumental que, lejos de separarnos, ha hecho que las cosas vuelvan a mejorar. Quizá necesitábamos que todo saltara por los aires, que acabáramos desparramados en miles de trozos para poder reinventarnos, pelearnos, reconciliarnos y hablar. Esa pelea me hizo reaccionar, aunque al principio fuera solamente por defenderme.

Y desperté. Y le mentí como una jabata, o eso creía yo hasta que me sorprendí al reconocer la verdad

enterrada en mis propias palabras y pude empezar a limpiar mi dolor.

Le dije que se me había acumulado todo lo que no había llorado en su día, todo lo que soporté en el pasado, y que el peso de todo aquello junto cayendo sobre mí repentinamente me había aplastado. Porque así me he sentido, amigo: aplastada.

Y, sobre Juanfran, le expliqué que no era sólo un amigo ni un simple abogado que me llevara la economía, sino la persona que cuidó de mamá y de nosotras cuando las cosas se pusieron mal; la persona que me regaló a Mickey; quien aceptó, voluntariamente, asumir la repentina ausencia de una figura paterna; quien estuvo a nuestro lado por muy feo

que se puso todo después; quien nunca me abandonó; mi referente, mi apoyo, mi amigo (mi amor... aunque eso me lo guardé para mí, pues sabía que le era infiel de alguna manera con él).

Y lloramos, nos abrazamos y nos volvimos a querer. Y aquí estoy de nuevo, Mickey, en pie y dispuesta a sonreírle al mundo y a la vida. Me han dicho que, en breve, mamá podrá recibir visitas.

¿No es genial?

Lejona (Vizcaya), viernes 21 de febrero, 1997.

¡Hola, caracola!

Ya ha transcurrido más de un mes desde mi último escrito, pero es que he estado ocupada estudiando un montón. Unai me ha pasado todos los apuntes de lo que han hecho este cuatrimestre y me he presentado a casi todos los exámenes. ¡Fíjate si apruebo todo sin haber asistido a clase! Y, si me quedan un par para septiembre, no pasa nada, ¡mejor que haber perdido el curso completo!

Ha sido un mes de estudiar sin parar (y los exámenes, por supuesto). Además, han reiniciado las visitas de mamá, aunque ahora serán cada quince días, pues sigue en la segunda planta, donde las visitas son más espaciadas.

¡Pobrecilla! Estaba muy apagada... Nadie le ha contado lo de Juanfran, como pasó con la muerte de papá y del doctor, pero estoy segura de que lo sabe. Su mente camina entre los dos mundos: el mío... y el de ELLAS.

Lejona (Vizcaya), jueves 7 de agosto, 1997.

¡Todo vuelve a ser bonito, Mickey!

Hace un mes que nos dieron las notas y he aprobado con excelentes calificaciones todas las asignaturas.

¡Cuarto curso aprobado, sí, señor! Sólo uno más y seremos los dos licenciados y nos casaremos. ¿Sabes que ya tenemos la fecha? Pues sí. Será el primer domingo de agosto (el día 2, coincidiendo con mi cumpleaños) y es posible que mamá obtenga un permiso especial si consigue que la trasladen a la primera planta.

Para celebrarlo, Unai me sorprendió el mes pasado con unas vacaciones maravillosas a Italia. ¡Cuánto nos hacía falta! Ha sido como escapar de la realidad y del mundo durante dos semanas, visitando ciudades extraordinarias como Roma, Florencia, Siena... ¡Me he enamorado de Italia, Mickey!

La vida empieza a darme alegrías y ya lo veo todo como debería haber sido siempre: nuestra boda, mamá acompañándome al altar, yo trabajando en un periódico (con el que he colaborado alguna vez gracias a los contactos de Juanfran), Unai enchufado en otro periódico gracias a su padre... ¡Vamos a ser muy felices!

¡Muy felices, Mickey, ya lo verás!

Lejona (Vizcaya), domingo 24 de mayo, 1998.

¡Dos meses para la boda! ¡Y sólo uno para licenciarnos en Periodismo! ¿No es genial, amiguito mío?

Además, a mamá acaban de bajarla de planta y he obtenido el permiso para que pueda acompañarnos en nuestra boda. ¡Es más de lo que podría soñar! Todo está yendo tan bien que, a veces, me da miedo, ¿sabes? Por si se estropea...

Sobre todo, por mamá... Cuando me han preguntado en el hospital cómo la veía yo, he dicho que conmigo está

muy bien y lúcida.

He mentido un poquito (chistttt) porque no siempre es así. Te voy a poner, a continuación, unos fragmentos de las transcripciones de nuestros últimos encuentros para que veas a qué me refiero. Porque, ¿y si he hecho mal en ocultar que mamá, a veces, conmigo se pone rara mientras que con el resto finge y responde lo que quieren escuchar los demás?

Ojalá que no... Lee y dime, por favor, Mickey:

Nuevas transcripciones

Transcripción n° 55

(viernes 14 feb, 97)

Primera visita tras su ataque y mi depresión.

No nos habíamos visto en siete meses, desde el 6 de julio del 96, para que consten los datos.

Ahora mismo, yo cuento con 21 años y ella, con 38. Sigue pareciendo

una preciosa muñeca de porcelana que no envejece, pero se le ve más cansada y perdida, quizás por la medicación.

Sonia desapareció hace trece años ya, papá murió hace seis y Juanfran hace unos meses (el 5 de julio del año pasado). Pero mamá ignora tanto lo de papá (y el doctor Martínez) como lo de Juanfran. O eso creo yo... Por mi parte, son datos que, desde la dirección del hospital, se me pidió que no le revelara y así lo he cumplido hasta ahora.

Entro temerosa. Ella reacciona con una sonrisa verzulada en su único ojo vivo cuando me ve. Todo es mejor de lo esperado. Nos abrazamos, besuqueamos sin límite y nos empapamos con las lágrimas de la otra.

Es un momento mágico.

No estamos ya en la salita de visitas con ese magnífico ventanal del piso de abajo, sino en un cuartucho feo y pequeño con moqueta azul y luz artificial. Sólo hay una minúscula mesa, dos sillas de plástico y el enfermero en una esquina a modo de fingido perchero. Ése es nuestro escenario.

Le cuento, me cuenta, nos decimos cuánto nos hemos extrañado, le hablo de los exámenes, de Unai y de la boda, evitando mencionar mi depresión para no ponerla triste...

Este fragmento se produce en mitad de la conversación, más o menos:

Mamá: ¿Y no vas a invitar a papá?

Yo: Mamá... Es posible que no deba decirte esto. De hecho, lo prometí, pero papá ya no está...

Mamá: ¡Qué tontería, hija! ¿Entonces cómo es que vino a verme el otro día?

Yo: (*sorprendida y aterrada*) ¡Qué dices, mamá!

Mamá: Pues claro que sí. Vino para felicitar me por mi cumpleaños. Dice que tiene un regalo para mí cuando cumpla los cuarenta...

Yo: Mamá, eso no es posible. Papá murió en la cárcel. Se suicidó...

Mamá: (*riéndose*) ¡Eso es lo que quería que creyeras! No lo hizo, él no...

(se señala el cuello haciendo el gesto de un ahorcamiento).

Yo: *(cada vez más nerviosa mientras ella sigue tan pichi)* ¿Pero cómo sabes que se ahorcó?

Mamá: *(entre risas juguetonas)*
Ya te dije que sé muchas cositas, hija mía...

Luego cambió la conversación con la irrupción del enfermero-perchero para darnos aviso de que debíamos despedirnos. La primera visita acabó así.

Transcripción n° 63

(viernes 8 ago, 97)

Llevo viéndola regularmente cada quince días. Se muestra cada vez más sana (digamoslo así) y los médicos coquetean con la idea de bajarla a planta en breve, por lo que no pienso mencionar los momentos en los que ella se va... Yo sé que ahí arriba no es feliz. Su sitio está en la planta de abajo. Ahí es donde podrá recuperarse del todo, así que mentiré cuanto sea necesario para ello (y para que asista a mi enlace matrimonial, lo confieso...).

Hablamos de mi viaje a Italia, otra vez de la boda, de los estudios y de

mis notazas. Ella ríe, asiente, escucha y vuelve a reír. Todo va como la seda.

En ese momento se produce este nuevo fragmento:

Mamá: ¿Entonces papá va a asistir a la boda también?

Yo: (*sorprendida de nuevo*)
Mamá, ya lo hemos hablado. Papá está en el cielo. No va a venir...

Mamá: Pues claro que sí. Si no se pierde mis cumpleaños, ¡se va a perder la boda de su hija mayor!

Yo: Mamá, deja de decir esas cosas, por favor. Me pones nerviosa. El enfermero finge no escuchar, mirando distraídamente hacia otro lado, pero no

se está perdiendo ni una de las palabras que dices. ¿No quieres volver abajo con tus jardines y tus libros, mamá?

Mamá: (*muy seria*) ¡Claro que quiero, mi amor! ¡Me muero de ganas de estar ahí abajo! Con los «sanitos» y no con los «desquiciaditos» de aquí arriba. Pero es que tengo que darte un recado...

Yo: Vale, pero baja la voz (*le ruego en voz baja, acercando mi cara a la suya, que me observa con amor*).

Mamá: (*se apoya en mi oído, consciente de lo ceremonioso del momento*) Te irá a ver pronto, y no sólo él...

Yo: ¿Quién más, mamá? ¿Adónde? ¿Cuándo y con qué propósito? (*le pregunto creyéndome cada una de*

sus palabras, sin ponerlas en duda).

Mamá: Pronto... él y Juanfran, los dos.

Yo: *(doy un respingo en el asiento al notar una punzada de dolor en el alma)* ¿Qué dices, mamá?

Mamá: Las manadas, hija, las manadas...

Yo: ¿De qué manadas hablas, mami?

Mamá: Manadas, manadas... siempre juntas (*canturreó*).

En esa visita no pude sonsacarle más al respecto. Volvió a la normalidad, si es que nosotras tenemos de eso, y acabó la visita entre nuevos besos y

abrazos.

Transcripción n° 81
(viernes 22 may, 98)

Las visitas anteriores han sido prometedoras y auguran una recuperación más que probable. Ya tengo por escrito el permiso hospitalario para que mamá venga a nuestra boda. La jornada de hoy es especial, un día de celebración. Unai y yo estamos a punto de casarnos y de terminar los estudios.

Mamá y yo nos permitimos recrear el día de la boda, la ropa, el

baile, las fotos y lo felices que vamos a ser. Palmoteamos como niñas tontas por la habitación de la moqueta azul bajo las miradas reprobatorias del campeón de pelotillas moqueriles, y damos vueltas enlazando nuestras manos y nuestras risas. Entonces ella se detiene y se inclina hacia mí. Yo me preparo al ver su mirada, que se ha transformado.

Sé que viene algo malo a continuación:

Mamá: (*susurra*) ¡Vaya, esto no me lo esperaba de ti, Alba!

Yo: (*sin saber qué pensar*) ¿El qué?

Mamá: Que llevaras cocodrilos encima (*responde con la voz gélida*).

Yo: ¿Cómo, mamá?

Mamá: No te hagas la tonta. Mal, muy mal. Trayendo cocodrilos a esta casa. ¡Pero de qué vas! (*ahora grita*).

Yo: ¡Yo no tengo ningún cocodrilo, mamá! (*me defiendo con lágrimas y pucheros heridos al ver su cara de odio*).

El enfermero interrumpe la visita al verla nerviosa. Tuerce el gesto y sé que el permiso de mamá pende de un hilo.

¿Qué opinas, Mickey? ¿Mamá está bien y sabe algo que yo no pero que va a pasar, o es que ha perdido del todo la cabeza? ¿Debo avisar al hospital o hacerme la tonta?

Diario de Alba (VI)

Lejona (Vizcaya), domingo 13 de julio, 1998.

¡No te vas a creer todo lo que tengo que contarte, Mickey!

Pero empezaré por lo más bonito: tanto Unai como yo ya somos, oficialmente, periodistas. ¡Sí! Nuestros planes eran irnos de viaje de luna de miel todo agosto a Grecia para poder incorporarnos en septiembre en nuestros respectivos trabajos. Unai incluso tendrá

un pequeño despacho para él y una auxiliar (o secretaria, como le gusta presumir a él). ¿Qué no se consigue con un buen enchufe, eh? Y más cuando tu padre es el hermano del director del periódico...

Hasta ahí, todo super chulo, ¿verdad? Pues ahora se joribia todo...

He tenido dos faltas en mi menstruación, me he hecho el test y, sí, estoy embarazada de ocho semanas y media. Debería estar feliz por la idea de ser madre, pero siento mucho miedo, ¿sabes?

Lejona (Vizcaya), sábado 25 de julio,

1998.

Ayer mamá intentó matarme, Mickey.

Llegué dispuesta a preguntarle si sus palabras sobre el cocodrilo tenían que ver con mi embarazo recién descubierto, si ella lo sabía y se refería a eso... Pero no me dio opción.

Me abrazó muy raro cuando nos saludamos y, cada vez que le hablaba, esquivaba mi mirada continuamente; algo muy curioso en ella, pues siempre está pendiente de mí, de mis ojos y mis labios cuando le cuento cualquier cosa, por tonta que sea, igual que yo de ella.

Esta vez no... Había frío en su

mirada, en su cuerpo y en aquella habitación pese a encontrarnos en verano. Le pregunté si ella también tenía frío y respondió:

—Ángela adora y odia el calor. Se lo lleva porque lo ama y quiere sentirlo, pero lo odia porque lo deshace. Ella es frío, siempre frío y, cuando trata de poseer el calor, lo mata. Tú eres calor, yo soy calor... Tu sonrisa es calor y te odia por eso.

Di un paso atrás instintivamente. Ésa no era mamá. Ella no hablaba así ni la habría nombrado. Entonces cruzó sus ojos de hielo conmigo y me sonrió haciéndome tiritar. El frío me estaba poseyendo.

—¿Mamá? ¡Vuelve a mí, por

favor! —la llamé.

Y, para mi sorpresa, volvió. Pero volvió como no me imaginaba nunca que volvería. Me dedicó una sonrisa que no supe descifrar y, mientras se acercaba a mí, dijo con una voz que sonaba a amenaza:

—¿Vamos a cazar cocodrilos?

Y me clavó un tenedor en el vientre, que llevaba escondido no sé dónde. Sin darme tiempo a reaccionar, caí hacia adelante con la mirada colgada del tenedor clavado en mi carne. Ella musitó un «Lo siento» y saltó después sobre mí como un depredador, dispuesta a acuchillarme de nuevo. El enfermero la inmovilizó por detrás y yo sólo llegué a escuchar, a lo lejos, «Acabemos con

las manadas, hija mía» antes de desmayarme.

Estoy bien y el bebé, también. Estamos bien.

No, no lo estamos.

Mamá ha intentado matarme.

Lejona (Vizcaya), lunes 27 de julio, 1998.

¡Cómo he podido ser tan tonta, Mickey!

Yo creo que, con la impresión de lo que me hizo mamá, no me había dado cuenta de que no quería matarme a mí

sino al bebé. ¡Quería protegerme!

No, no puede ser. ¿Y esa cara de odio sobre mí buscando mi dolor?

¿Y si sucedieron las dos cosas? ¿Que una parte de ella buscara protegerme tratando de acabar con la maldición de nuestra familia, que sería no tener descendencia, y que otra (la tercera mamá, la poseída) fuera la que buscaba hacerme daño de veras? Puede que ella ni siquiera sepa que se convierte, que la poseen. O quizá sí, y por eso se esconde entre tinieblas para que no la encuentren...

He llamado al hospital para intentar hablar con ella y contarle mi teoría, y para decirle que la perdono, que sé que no era ella, que era... la otra.

Pero la tienen incomunicada. Me han prohibido tratar de contactarla porque dicen que mis visitas la alteran. ¡Cabrones de mierda! ¡Soy su hija!

Lejona (Vizcaya), domingo 2 de agosto, 1998.

¡Adivina quién soy!

No... Tampoco... Tampoco...

¡Soy la señora Peña! ¡Sí, ya nos hemos casado! Aunque todavía no sé cómo definir el día. Piensa, además, que encima es mi cumple: 23 años ya...

Por un lado, ha sido intenso, bonito, emotivo... Me he casado con un buen hombre, al que adoro y que me adora, rodeada de gente que nos quiere: su familia, nuestros compañeros y amigos... Mi vestido de novia era exquisito, entallado completamente.

Tenía miedo de no entrar en él a causa del embarazo o de que se me notara la tripita, pero aún no me ha salido nada de barriga. ¡Menos mal! ¿Te imaginas que, encima, la gente murmurara que me caso de penalti cuando tenemos la fecha concordada hace una eternidad? ¡Lo que faltaba!

Dejando esos detalles frívolos a un lado... La boda ha tenido un poso de tristeza importante para mí. ¿Qué novia va al altar sin que la acompañe ni un solo miembro de su familia? ¿Quién? Bueno, sí: mamá, la pobre... Y yo. Con un padre que se ha suicidado después de desgraciar a mi madre, una madre ingresada en un manicomio, una hermana pequeña desaparecida (o no), unos

abuelos muertos y unos tíos paternos que fingen que no existo... Así que no he podido evitar ponerme algo tristona a ratos, ¿sabes? Pero luego veía la cara de besugo enamorado de Unai y se me pasaba...

A partir de ahora, nada de pensar en lo feo y triste de la vida. ¡Fuera, fuera! Hoy me he casado, esperamos un bebé para febrero y tenemos toda una vida por delante.

¡Bienvenida, nueva vida!

Por si pudieras hacerle llegar estas palabras a mamá en sus sueños, Mickey, dile que he vuelto a intentar hablar con ella hoy minutos antes de subir al altar, pero no me han dejado tampoco. Dile que la quiero, que no

estoy enfadada por lo del tenedor (por si cree que no voy a verla por eso), que pienso en ella y la echo de menos. Que la quiero siempre, siempre, siempre...

Hoy siento que debo deciros a todos que os quiero, Mickey. A ti, a Juanfran, a todos, aunque no sea maduro ni razonable hablarles a un diario y a un muerto...

Lejona (Vizcaya), martes 1 de septiembre, 1998.

¡Serán sinvergüenzas!

¡Tengo un cabreo, Mickey, un

cabreo! Que, si pudiera, mataba a un par de tipos...

Te cuento. Llegamos el sábado de nuestra luna de miel (preciosa, Mickey, de verdad. Ahora me he enamorado de Grecia también. Sí, lo sé. Soy una facilona, jajaja) y hoy comenzábamos ambos en nuestros respectivos puestos de trabajo. Nos deseamos suerte y nos vamos cada uno a nuestra oficina. Y allí llego yo a la mía tan contenta y noto que unos compañeros me miran mal y empiezan a cuchichear. Yo, toda mosca y reprimiendo un «¿Y a vosotros qué os pica?». Viene a buscarme el jefe de sección y le veo, de nuevo, que me mira con desagrado y, en vez de enseñarme mi puesto de trabajo, ¡me ha enseñado la

puerta de la calle por estar embazarada!
Dicen que no contratan embarazadas
porque luego piden la baja...

¡Cabrones de mierda! Perdona,
Mickey, pero es así... ¿En qué mundo
asqueroso vivimos que me despiden por
estar embarazada? ¿Acaso no se dieron
cuenta de que era una mujer, o es que
pensaban que yo era una maceta y que no
iba a quedarme embarazada nunca? ¿O
creen que las mujeres nos embarazamos
por generación espontánea, así solitas,
sin la intervención de un hombre? ¿Y
por qué somos nosotras las que
perdemos nuestro trabajo, cobramos
menos, debemos demostrar más y, aún
así, somos el sexo débil? Arggggg,
¡Estoy muy enfadada, Mickey!

He llegado a casa llorando de rabia e impotencia. ¿Y sabes qué ha hecho Unai cuando ha vuelto de su trabajo y se lo he contado? A ver, que sé que quería calmarme, pero... Se ha limitado a sonreír mientras se cruzaba de brazos y me soltaba que quizá era una señal; que, con lo que iba a cobrar él, podía quedarme tranquilamente en casa para cuidar del bebé... Y, oye, que no digo que no me parezca mal estar con nuestro hijo en sus primeros años, pero yo no me he matado a estudiar para ahora quedar reducida a un ama de casa mantenida y dependiente, ¡cuando he sido la mejor estudiante de la promoción y soy muy buena en lo mío! ¡No es justo!

Al final, nos hemos tranquilizado

(yo lo he hecho) y hemos llegado a un acuerdo. Vale, hasta que el peque vaya al Jardín de Infancia, me quedaré en casa desempeñando el rol machista de las mujeres. ¡Pero luego me pongo a buscar trabajo sí o sí! Y ya le he dicho: que serán años revisables y negociables y que, mientras, voy a hacer cursos a tutiplén e idiomas para mejorar mi formación. No pienso llegar a los treinta con el curriculum vacío y que luego no me contrate ni Dios. ¡De eso nada!

Lejona (Vizcaya), jueves 8 de octubre, 1998.

¡Voy a tener un niño!

Sí, ya sé que lo sabes, pero no me refiero a eso... ¡Voy a tener un hijo varón! Unai y yo dábamos palmas de alegría en la ecografía. Él, porque quería un «miniyo»; yo, porque una estupidez cruzó por mi mente al verlo. Y ahora no me lo puedo quitar de la cabeza, y me pregunto si no es una genialidad en lugar de una gilipollez.

¿Y si la maldición sólo afectara a las mujeres de la familia y que se hubieran conectado, de algún modo, con esa casa? Piénsalo. Por todo lo que he averiguado de nuestros antepasados, son ellas las que morían, desaparecían o enloquecían de maneras muy

extravagantes. Sólo ellas, las mujeres. Sonia, mamá, su madre, la madre de ésta... Nunca los varones, de los que sólo he encontrado índices sospechosos de violencia, adicciones o alcoholismo: papá en la cárcel tras dar una paliza de muerte a mamá; el abuelo, con fama de mano larga (y otras partes del cuerpo); el bisabuelo, lo mismo...

¡Creo que he dado con algo importante! Mi teoría es que sólo busca a las mujeres, sólo le importan ellas. Y, si yo no tengo una hija sino un hijo... ¡Eso significa que he roto la maldición! ¡Que todo se acaba conmigo y que no podrá llevarse a nadie más! ¿Sabes lo que eso implica realmente? ¡Que mi hijo estará a salvo, sobre todo si jamás nos

acercamos a la casa!

¡Chúpate ésa, Ángela! ¡Chúpatela, niña del demonio! ¡No puedes hacernos nada!

Lejona (Vizcaya), viernes 9 de octubre, 1998.

Anoche volví a vérmelas con la Muerte.

No, no fue Ella quien me atrajo por haberla nombrado ayer. Fue otra «persona» la que me condujo hasta allí, hasta todas ellas.

Soñé con su guarida y la pillé por

sorpresa. No se lo esperaba. Yo, tampoco. ¡Estuve en la guarida de la Muerte, Mickey! Pero no era la cabaña en el bosque de la otra vez. Todo había cambiado. En esta ocasión, era otra cosa...

Me «desperté» paseando por un acantilado. De inmediato supe que estaba en un sueño, pues tengo un miedo atroz a las alturas. Caminé largo rato por la montaña siguiendo el rastro de un olor nauseabundo, como de calcetines mojados olvidados en una bolsa de deporte. Las rocas se me iban clavando en los pies desnudos, pero no me importaba; sabía que estaba a punto de llegar a algún sitio trascendente. Me acaricié el vientre para que mi pequeño

se tranquilizara y seguí, decidida, hasta toparme con una pequeña cueva excavada en la roca.

Me agaché para introducirme en ella y caminé varios pasos en esa posición, inclinada para no golpearme la cabeza. Estaba oscuro, pero no por completo, de modo que podía verme los pies chapoteando por los charcos del suelo. La cueva apestaba a humedad y a algo rancio. Y hacía frío, mucho frío. Del fondo surgía una luz amarillenta y temblorosa, y se escuchaba un murmullo de voces que me recordaba a las abejas. Seguí adentrándome en ella, con el corazón tamborileándome el pecho, hasta alcanzar el origen de aquella luz.

Se trataba de un grupo de unas

diez personas de color amarillento, como de libro antiguo y polvoriento, pero que presentaban diversos grados de transparencia. Aunque se podía ver a través de todas ellas, en algunas, las más recientes, se hacía con más dificultad... Eran fantasmas o almas perdidas, no sé cómo decirlo, espíritus de mujeres que charlaban alocadamente entre ellas y se golpeaban contra las paredes, ciegas, tratando de hallar una salida.

Entonces la reconocí. Se trataba de la mujer de blanco, de mi abuela.

—¿Azucena? —pregunté sin pensar.

La mujer detuvo sus golpes y conversaciones con el resto de almas con las que compartía prisión y giró su

cara traslúcida hacia mí con una sonrisa de reconocimiento.

—¡Has venido! —exclamó ella—. No estaba segura de poder traerte...

—¿Para qué me has llamado? —pregunté, inquieta al notar un repentino hedor a azufre y putrefacción llenando la estancia.

La temperatura de la gruta descendió otro par de grados más. Tirité sin poder controlarme.

—¿Puedes sacarnos, por favor? ¿Guiarnos al exterior para poder escapar de Ella?

—¿Para eso me has traído? ¿Me pones en peligro a mí y a mi hijo, que sí estamos vivos, para poder mostrarles el camino a un montón de almas de mujeres

mueras desconocidas? —le increpé atónita.

—No son almas desconocidas. Son tus antepasados, Alba, tus mayores. Tu familia. Ayúdanos a acabar con esta maldición y libéranos. Tu hijo está bien, estará bien. Es un varón. No le sucederá nada. Ángela jamás ha querido varones...

—Eso díselo a papá, al doctor y a Juanfran... —reliqué, sintiéndome cada vez más ahogada y revuelta entre esas paredes rocosas cubiertas de agua, claroscuros y ese hedor apestoso.

—¿Está Ángela aquí? —pregunté mirando en derredor al sentir que el corazón se me oprimía.

Una sombra alargada se proyectó

por un lateral, aproximándose. Desorbité los ojos por el miedo y retrocedí espantada al ver cómo la sombra se iba haciendo más grande sobre las paredes.

—¿Está Ángela aquí y aun así me has traído, vieja loca? —grité sin compasión ni un mínimo de respeto a mis muertos.

Su cara se desfiguró en un gesto de asombro, duda y culpabilidad.

—Perdona... No quería, no quería... No es Ángela, no...

Pero una voz de niña retumbó en la cueva irrumpiendo cualquier sonido previo:

—¡Es Alba! ¡Cazadla!

No la vi, pero su voz me activó el

instinto de supervivencia y corrí a cuatro patas sobre ese suelo mojado y pedregoso. Mi pequeño se revolvía dentro de mí pateándome la tripa, como si el también quisiera escapar de allí. En ese instante, cuando ya me estaba asomando al exterior, una garra me atrapó un tobillo y detuvo mi huida.

Con un chillido muriéndose en mi garganta, me giré para verla, pero no se trataba de ella, sino de sus lobombres. Los miré a la cara y el chillido manó con fuerza hacia el exterior cuando observé sus ojos y los reconocí.

No podía crérmelo. ¡Eran ellos! Mi padre y mi hermoso Juanfran, convertidos en sus propios lobombres, utilizados para toda la Eternidad.

—¡Noooooo! —grité llena de rabia y dolor—. ¡Vosotros, no!

Las bestias dudaron un segundo, quién sabe si reconociéndome, y cruzaron una mirada desconcertada antes de saltar sobre mí. Pero yo había aprovechado ese tiempo de duda que brilló en sus ojos y recorrí a gatas los cuatro pasos que me faltaban para alcanzar el exterior de la cueva.

Ya fuera, cerré los ojos para concentrarme en mi cama y sentí una nueva garra en el brazo antes de despertarme a salvo en ella. Corrí al baño y comprobé que todo había sido real. La sangre de mi brazo y del tobillo estaban ahí para atestiguarlo.

Ahora entendía a mamá.

Estaba aumentando su manada pero, esta vez, con ellos. La rabia descendió hacia mi estómago, provocando olas y náuseas. Vomité y regresé a la cama junto a Unai, que dormía a pierna suelta, con un único pensamiento en la mente: Jamás permitiré que se acerque a mi hijo.

Y sonreí. Ya sabía el nombre que íbamos a darle: David. Mi pequeño y valiente David, que derrotaría al gigante e invencible Goliat.

David... Así va a llamarse, y la maldición se acabará de una vez por todas.

—¿Podemos hablar un momento, Alba? —dijo su marido tocándole con suavidad el hombro.

Ella dio un respingo sobresaltado y levantó sus ojos oscuros hacia los de él mientras cerraba de golpe el diario.

—¿Sí? ¿Dime? —contestó ella, fabricando para él una sonrisa obligada al reparar en su semblante serio.

—Creo que deberías dejar de escribir ese diario... —le espetó Unai sin rodeos.

—¿Cómo?

—Mira, he estado en tu antigua casa preguntando a los vecinos, tirando de hemeroteca...

—¿Que has hecho qué? ¿Cómo te atreves? ¡Te pedí que no te acercaras a

ella! ¡Forma parte de mi intimidad y de una promesa que me hiciste! —se alteró ella.

—Sí, bueno. Soy periodista, ya sabes.

—¿Y yo qué cojones soy: un lapicero? ¡Eres mi marido y te conté lo suficiente! Deberías haberlo respetado... —le recriminó ella con el ánimo cada vez más encendido.

—Lo siento. Pero, oye, necesitaba saber algunas cosas... He averiguado que todas las mujeres de tu familia escribían un diario. ¿No te parece extraño?

Alba lo miró con desconcierto. Reflexionó un segundo y su voz se relajó, llena de curiosidad.

—Es una rara coincidencia, sí.
¿Adónde quieres ir a parar?

—Pues... —Unai realizó una pausa incómoda y alejó sus ojos grises de ella—. Es como si ese diario fuera un conducto de vuestra locura...

—¿«Nuestra locura»? —repitió la joven, incrédula, agitando sus rizos negros.

—Bueno, sí... En tu familia hay antecedentes de enfermedades mentales, muchos trastornos psíquicos... —se explicó en voz baja. Le estaba costando decir aquello.

—¿De qué va todo esto? ¿Es por el sueño de anoche que te he contado hoy? —teorizó ella.

Él la miró con tristeza y sacudió

la cabeza.

—No me crees, ¿eh? ¿Y entonces qué son estas marcas en el brazo y en el tobillo? —lo retó ella poniéndole frente a su cara las marcas abiertas—. ¿Qué son estas heridas, eh?

—Alba... No me obligues a decirlo...

—¿El qué? Dilo, ¡cojones! —alzó su voz de nuevo.

—¡Ahí no hay nada! ¡No tienes ninguna puta herida, cariño! ¡Nada de nada!

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Me estás diciendo que estoy loca como mi madre? ¿Eso me estás diciendo? —le preguntó ella saltando de la silla—. ¡Porque te aseguro que ni ella lo está ni

yo tampoco! ¡Todo es real! ¡Los lobombres se llevaron a Sonia!

Unai le cogió la mano con una sonrisa de condescendencia y respondió:

—Sólo digo que, quizá, deberías dejar de escribir esos diarios tontos e ir a ver a un médico.

—¡Vete a la mierda! —le gritó ella antes de dar un portazo airado y abandonar la casa.

Esa noche los dos cenaron lágrimas, dolor y soledad.

Lejona (Vizcaya), lunes 23 de noviembre, 1998.

Bueno, las cosas han estado un poquito tensas por casa, pero ya está todo bien otra vez. Unai y yo no sabemos estar enfadados. Necesitamos dormir abrazados, reírnos juntos y hacernos rabiar para ser felices.

Me está costando lo de quedarme en casa sin hacer gran cosa mientras él tiene su maravilloso empleo con secretaria (¡Le han dado un móvil y todo! ¡Un móvil!). Pero bueno, aprovecho para leer libros y, quizá, me anime a escribir el mío propio. Ya me empiezo a notar pesada, ¡y es que apenas faltan tres meses para que nazca nuestro pequeño David!

No he vuelto a tener sueños, ni buenos ni malos, así que estoy tranquila. Nada de ventanas abiertas ni sueños chungos, como debe ser. Tampoco Unai y yo hemos vuelto a sacar el tema de los diarios, de la casa maldita o de la locura hereditaria en mi familia. ¿Que él dice no haber visto mis cicatrices de los zarpazos? Perfecto, pero yo los he visto muuucho tiempo hasta que se me han curado. Quizá los demás, los que no están conectados con esta maldición sobrenatural, no puedan ver y escuchar ciertas cosas. ¡Yo qué sé!

Pero hemos pactado no tocar ese tema. Sólo hemos discutido un poco sobre mi madre, ya que el otro día nos llamaron del sanatorio mental para

informarme de que las visitas se reanudaban. Mi primer impulso fue correr hacia ahí, pero Unai me detuvo. Tenía miedo de que nos hiciera algo al bebé o a mí. Al principio me indignó y le grité, pero luego entendí que no le faltaba razón. Con el embarazo tan adelantado, si mamá fuera poseída de nuevo y me agrediera... Y ella tampoco volvería jamás a la planta baja si ocurre algo así...

No. Es mejor no verla hasta que David haya nacido y pase el peligro. Sólo entonces volveré a visitarla y le presentaré a su nieto. ¡Eso haré! La llamaré por teléfono, mientras tanto, para que sepa que sigo aquí.

¿Qué te parece, Mickey?

Lejona (Vizcaya), martes 16 de febrero, 1999.

¡Ya soy mamá, Mickey!

¡Joder, no sabía que se podía amar tanto en tan solo un segundo! Es... es... precioso, ¡y lo hemos hecho nosotros! ¡Con nuestro amor! Ya no puedo imaginarme la vida sin él. ¡Lo quiero tanto!

¡Tienes que verlo, Mickey! ¡Mira, mira! ¿No es clavadito a mi hermana? Es pronto para decirlo, pero a mí me parece que son como dos gotas de agua

si los comparas. En cuanto pueda, porque ahora resulta que no permiten la entrada de niños en la segunda planta del hospital, llevaré a David a conocer a su abuela.

El parto fue bien. Las contracciones llegaron el sábado por la noche y el domingo por la mañana, el 14 de febrero (¡qué bonita fecha! ¿verdad?), vino al mundo nuestro pequeño ladrón de corazones, de sonrisas y sueños.

¡Es imposible que haya nadie más feliz que nosotros, Mickey, imposible!

Lejona (Vizcaya), lunes 2 de agosto, 1999.

Hoy cumpla 24 años, ratoncito querido, y mi bebé tiene ya casi medio añito. ¡Cómo pasa el tiempo, eh!

Este sábado pasado salimos Unai y yo de cena para celebrarlo: tanto mi cumple como nuestro primer aniversario de boda. Davitxu^[11] se quedó en casa de mis suegros, que nos hicieron la ola por dejarles a su primer nieto toda la noche en su casa. ¡Se les cae la baba con nuestro gordito de ojos azules!

Todo iba bien: comida italiana, vino y música agradable... aunque le notaba distraído, inquieto, ¿sabes? Como, si por primera vez en nuestra relación, él estuviera en otro sitio en lugar de ahí, conmigo. Se palpaba

continuamente el bolsillo de la americana hasta que llegó un momento en que se disculpó y abandonó la mesa con prisa diciendo que debía ir al baño. Regresó al cabo casi de un cuarto de hora (demasiado, ¿verdad?) con una sonrisa de oreja a oreja que fue incapaz de guardarse en lo que restó de noche.

Eso me mosqueó un montón. Traté de sonsacarle pero me dijo que eran imaginaciones mías, así que fingí olvidarme del tema y acabamos la velada con unas copas y unos bailes entremezclados de besos, risas y «te quiero». Cuando volvimos a casa, esperé a que se quedara frito después del polvete especial de aniversario y registré sus bolsillos.

Sé que no está bien y que no me pega ese comportamiento, pero mi intuición me decía que algo raro estaba pasando. El bolsillo que tantas veces se había tocado durante la cena estaba ocupado por el móvil del trabajo. Lo cogí sin quitarle el ojo de encima a Unai, por si se despertaba, y corrí al baño con él. Él siguió durmiendo como siempre. Mitad hombre, mitad ceporro.

Y no te creerás lo que vi... ¡El muy cerdo (y gilipollas, por no borrarlos) tenía el teléfono lleno de SMS subidos de tono con su secretaria! ¡Maldito hijo de puta! Me costó horrores no despertarle con un cariñoso puñetazo en toda su cara de mentiroso, pero me contuve. Me acosté junto al traidor y

conté lágrimas en vez de ovejas hasta dormirme.

 Mi vida feliz era una mentira,
Mickey...

**Lejona (Vizcaya), viernes 6 de agosto,
1999.**

 Te estarás preguntando por qué, a estas alturas, no le he dicho nada a Unai y finjo desconocer su infidelidad. No te cuadra con mi manera de ser, ¿a que no?

 Pues se debe a que necesitaba pensar ciertas cosas, asentarlas y, aunque te parezca una locura, hablarlo

con mamá. Hoy he ido a verla al hospital y ha estado a la altura, Mickey: me ha escuchado, comprendido, consolado y aconsejado como la madre más prudente y juiciosa del mundo.

Te preguntarás qué voy a hacer ahora, claro... Pues voy a decirle que necesito trabajar, que nuestro trato se rompe y que no es nada malo que David vaya a la guardería, como tantos otros niños. Me discutirá, pero no tendrá nada que hacer porque, si no transige, en ese momento le pido que se vaya de casa y el divorcio. Así, sin más. Y, si está de acuerdo (que lo estará), me dará tiempo para ordenarme y tomar una decisión, aunque hay una parte de mí que ya la ha tomado, que me dice que me separaré de

él en cuanto vuelva a ser independiente económica y emocionalmente.

Pero no me engaño tampoco, ¿eh? Mi «plan» no es fruto exclusivamente de un interés práctico por recuperar mi vida y darle lo mejor a mi hijo... También responde a un absurdo sentimiento de culpabilidad y de amor por él. Me explico: lo quiero y lo sé (aunque no me veo capaz de perdonarlo), pero he querido mucho más a Juanfran. Debo ser sincera conmigo misma. Sí, me ha engañado con esa peliteñida tetona (y eso me enfurece, me lastima y me deprime), ¿pero no le he sido infiel yo todos estos años con Juanfran, aunque fuera en pensamiento? Sí, Mickey, sí. Pues sólo fue de

pensamiento porque no tuve la oportunidad, pero bien sabemos tú y yo que, si él hubiera venido a buscarme, yo... yo... ¡lo habría dejado todo por él!

Debo aclararme y conciliar todo lo que siento: culpa, dolor, rabia, tristeza... Y ver qué pesa más y con qué decisión seré más feliz, seremos más felices... Puesto que tampoco quiero que nuestro hijo crezca sin un padre, con una familia rota. Conozco bien qué es eso y las marcas que se te quedan en el alma, y no lo quiero para David. Para él, no...

Lejona (Vizcaya), sábado 16 de

octubre, 1999.

¡Uffffff! Tengo tantas cositas que contarte... ¿Por dónde quieres que empiece, por las buenas o por las malas?

¿Por las malas? De acuerdo...

Todo ha explotado en casa. Ya no aguantaba más. Demasiado tiempo he soportado callada y ayer, cuando se arrimó a mí en la cama para hacerme carantoñas con el cuento de que me extrañaba, ¡le arrojé la verdad a la cara! No supo reaccionar al inicio y se quedó ahí, congelado, mirándome con cara de gilipollas sin decir ni pío. Eso me enfureció todavía más y le llamé de

todo. Luego lloró, trató de abrazarme y justificarse con mis cambios de humor y mis «excentricidades» (yo sí que le *excentricidaría* la cara), y me juró que habían estado solamente un par de semanas juntos, que fue un desliz tonto que había acabado enseguida porque me quería y aquello estaba mal.

Yo no sabía qué hacer... Los dos llorábamos como niños. Quería matarlo y perdonarlo a la vez, pero notaba un cuchillo paseándose por mi garganta al imaginarme la vida sin él y con David sin un padre. ¡Cuánto dolor visualicé en esos momentos, amigo! Él vio la duda en mis ojos, reconoció mi miedo y se arrodilló frente a mí para suplicarme que le diera una segunda oportunidad,

para decirme que me amaba...

Y lo he hecho, lo he perdonado, aunque algo se ha roto, Mickey. Algo se ha roto en esta casa y caminar por sus suelos llenos de cristales me desgarró la piel.

Sobre lo bueno que tengo para contarte hoy, agárrate...

¡Ayer devolvieron la primera planta a mamá! Tenías que haberla visto... ¡Tan guapa y rejuvenecida al volver a ver las flores del jardín, el sol, sus libros amados! Sólo pude llorar con ella de felicidad y prometerle que pronto le traería a su nietecito. ¡Está tan cambiada! Tanto que estoy por traérmela a casa, ¿sabes? Pero ella no quiere, dice que ése es su sitio. Yo no estoy de

acuerdo en absoluto y mi nuevo objetivo será convencerla de que se venga a vivir a casa. ¿Cómo va a ser ese hospital su sitio si está más serena y cuerda que los que estamos afuera? ¡Si conmigo va a recibir todo el amor del mundo! Podría compartir la vida con nosotros y ver crecer a David... Ya te contaré, porque no pienso parar hasta que cambie de opinión. A cabezota no me gana nadie...

Y la última noticia es... ¡que he conseguido trabajo! Empecé hace dos semanas y estoy súper contenta a pesar de que se trata de un periódico local muy pequeño y modesto. Pero siento que vuelvo a tomar las riendas otra vez y que hago algo decente en mi vida, y no sólo lucir cornamenta mientras mi

corazón se aclara y decide si puede perdonarlo.

Lejona (Vizcaya), lunes 15 de febrero, 2000.

Perdona que ya no te escriba, pero está siendo una época de grandes cambios. Mamá, aunque está curada, se niega a abandonar el hospital. El viernes pasado, por fin, nietecito y abuela se conocieron. Un añito ha cumplido ya mi príncipe de caracolas de oro y ojos azulados. Un añito...

En el trabajo me va muy bien y ya

me han ascendido a responsable de una nueva sección, lo cual es todo un logro. Y ojalá pudiera decir lo mismo a nivel personal, pero no... No he conseguido superar la traición de Unai y, lo que es peor, creo que está de nuevo con ella, así que, tarde, pero me he decidido:

Voy a conseguir pruebas de los cuernos y a divorciarme de Unai.

Lejona (Vizcaya), viernes 16 de junio, 2000.

¡Ya está hecho, Mickey!

Soy, oficialmente, una mujer

separada. Unai se ha llevado todas sus cosas sin discutir esta vez. No podía. No cuando le he enseñado las fotos en las que se estaba besando con una mujer (y no era la secretaria, no. Esta vez era otra, una chica morena que se parecía mucho a mí. Maldito cabronazo...). Agachó la cabeza como el cretino que es y salió de casa con un «Mañana vengo a recoger mis cosas».

Me siento triste, engañada, fracasada y estúpida. No debí haberlo perdonado jamás.

No.

Lejona (Vizcaya), viernes 23 de

marzo, 2001.

¡Aquí estoy, Mickey!

Sí, lo sé: cada vez te escribo menos... Pero es que he estado recomponiendo mi vida.

He trabajado como una burra en el periódico y criar al pequeño yo sola no es nada fácil. Me entró una crisis terrible cuando nuestros amigos comunes me contaron que Unai y ésa con la que me estaba poniendo los cuernos se han hecho pareja oficialmente. Aunque lo dejara yo, duele, ¿sabes? Duele. Ahora David sólo ve a su padre dos fines de semana al mes. Cuando viene a recogerlo, ensayo sonrisas y un

diálogo fluido con él para que el niño no note nada, ¡pero lo odio! ¡Odio lo que le ha hecho a mi corazón, a mi confianza en la vida y a estos labios míos que se han olvidado de sonreír por su culpa!

Mamá dice que salga y me divierta, que conozca a alguien nuevo, pero no me apetece, ¿sabes? Ya no... Prefiero volcarme en mi trabajo, donde ya dirijo una sección; en mi pequeño, que crece a ritmo imparable; y en mi madre.

Hoy no le toca a su padre, así que me lo llevo a ver a la abuela. ¡Se va a poner tan contenta de verlo! Sólo lo ha visto una vez en persona, siendo todavía un bebé, y, aunque le he enseñado cientos de fotos en el móvil, no es lo

mismo. Se podría decir que hoy los dos se van a conocer de verdad.

Bueno, te dejo, que nos vamos ya y, encima, hoy quiero contarle a mamá que me acaban de notificar que ya soy una mujer divorciada. ¡Sííííí!

Visitas con David

Viernes 23 de marzo, 2001 (David tiene dos años)

—¡Dios santo! —exclamó la mujer impactada—. Es... es... —trató de explicarse, pero todas las palabras habían huido de su lengua.

—Sí, mamá... Es idéntico a mi hermana, lo sé —concedió la hija, nerviosa, pues era consciente de que constituía un fuerte impacto emocional

para su madre.

—¡Es que míralo! ¡Virgen santísima! ¡Mira esas caracolas doradas y esos ojazos azules! ¡Son idénticos! — siguió Natalia admirando al niño—. Pero sentaos, sentaos... —añadió en un esfuerzo por sobreponerse de la impresión.

Alba sonrió y se acomodó en la mecedora contigua frente al apreciado ventanal de Natalia con David en brazos, que no dejaba de revolverse y protestar.

—¿Qué le pasa? —preguntó la emocionada abuela.

—No lo sé, mamá... No suele portarse así —le susurró—. ¿Qué te pasa, amor? —le preguntó al pequeño

mientras le pasaba los dedos por sus tirabuzones.

—¡No *quedo etar* aquí! ¡No *quedo*! —protestó el niño a la vez que lanzaba patadas coléricas al aire.

—¿Por qué, corazón? ¿Te da miedo este sitio? —le preguntó Alba.

—Me da miedo ella —señaló muy serio a Natalia, quien sintió cómo los ojos se le empañaban de dolor—. No *quedo*, no *quedo*.

—Davitxu, pero si es tu abuela y te quiere mucho... Ve, anda. Siéntate en sus rodillas y dile que te cuente el cuento del Dragón y el espadachín que tanto te gusta. Me lo enseñó ella, ¿sabes? Pero ella lo cuenta mucho mejor, porque pone voces muy bonitas,

verás... —le explicó la joven madre mientras ellas intercambiaban una mirada de incomprensión y tristeza.

El niño la observó con un instante de duda en las pupilas, volvió su cabecita dorada hacia la abuela desconocida y regresó a la seguridad de los ojos maternos. Entonces gritó:

—¡Mala, mala, malaaaaaaaaaaaaa!
¡No la *quedo*! ¡*Quedo idme*! ¡No, no, noooo!

El pequeño se arrojó al suelo en plena rabieta bajo la atenta mirada de las dos mujeres y el enfermero, que contemplaba la escena como quien ve una película en el cine. Las lágrimas heridas de Natalia corrieron sin pudor por sus pómulos y Alba, dividida entre

dos sufrimientos, corrió a levantar y a calmar a su hijo entre sus brazos. El niño, lejos de calmarse, pataleó, moqueó y chilló con más furia.

—Lo siento mucho, mami. La próxima vez será mejor, te lo prometo... —se disculpó avergonzada.

Natalia sonrió a través de su lluvia triste, dibujó una sonrisa amorosa y asintió.

—Claro que sí. No te preocupes, mi vida. Lo comprendo. Márchate antes de que enloquezca a toda la planta y el personal sanitario te invite a irte.

—¿De verdad, mamá? ¿No te importa?

—Claro que no, pequeña —le mintió—. Son niños. Se le pasará...

—Te quiero, mamá —contestó Alba a su vez enfilando hacia la salida —. ¡Ahhhh! ¿Sabes qué?

—Que ya te has divorciado, ¿no? —dijo la otra, detenida en el umbral con el gesto serio.

—¡Exacto! ¿Cómo lo sabes? — quiso saber la hija, que estaba ocupada en batallar con un David al que parecían habersele multiplicado los brazos y las piernas a juzgar por sus manotazos y patadas.

—Cariño, recuerda... Sé muchas cositas... —respondió Natalia con una mirada extraña.

Alba salió de allí con un escalofrío recorriéndole el cuerpo. Sus ojos habían vuelto a cambiar después de

tanto tiempo...

Viernes 15 de febrero, 2002

—¿Recuerdas lo que hemos hablado, mi vida? —le preguntó Alba buscando su mirada en el espejo retrovisor.

El niño asintió con la cabeza desde los asientos traseros.

—Sí, que es tu mamá y que debo portarme bien con ella... —contestó el niño repitiendo de carrerilla la lección.

—Muy bien... ¿Y cómo lo harás?

—Me sentaré con ella un rato

para que me cuente un cuento y yo seré un niño bueno... —añadió el pequeño.

—¿Y por qué? —preguntó Alba con una sonrisa en la cara.

—Porque es mi abuela y me quiere, y yo tengo que quererla un poquito a ella también.

—Así es, cariño. Cuando la gente nos quiere bien, nosotros tenemos que ser buenos con ellos, ¿lo comprendes?

—Sí, ama... Pero después de la visita, ¿me comprarás el helado que me has prometido, no?

Alba respondió un «sí» entre risas y estacionó en la zona de aparcamiento para visitantes del complejo hospitalario.

—¿A quién me traes aquí? —dijo Natalia a modo de saludo a un David aferrado a la mano de su madre y escondido detrás de las piernas de ésta.

—David... —le susurró Alba mientras le daba un suave empujoncito para que se adelantara hacia ella.

—¡Hola, abu! —dijo el niño.

Natalia se convirtió en una gran sonrisa y se acuclilló frente a su nieto.

—¡Hola, David! ¿Me quieres contar tu secreto para estar tan grande de un año para otro? —le dijo la mujer desconocida en un cuchicheo que prometía una conversación llena de secretos y excitación.

El niño rio, orgulloso, poniéndose de puntillas para aparentar aún más altura, y se soltó de la mano materna para acogerse a la mano que la abuela le ofrecía.

—¡Tengo *tes* años! —le informó con seriedad manifiesta—. ¿Y tú, abuela?

Entonces rieron las dos mujeres, que intercambiaron sonrisas y miradas de alivio al ver que, por fin, el encuentro marchaba bien. Alba lo deseaba con todas sus ganas, pues ambos eran las dos personas más importantes de su vida.

—¿Yo? ¡Uffff, muchos, cielo! —respondió Natalia mientras lo aupaba con ella.

—¿Cuántos? ¿Éstos? —quiso saber David mostrándole sus diez deditos abiertos.

Natalia volvió a reír. Los tres se sentaron en las mecedoras frente al ventanal. Natalia, con su nieto a cuestas, y Alba, a su lado, acompañada de una sonrisa de felicidad ante la situación.

—¡Oh, cariño! ¿Diez años? ¡Ni siquiera me acuerdo ya de cuando los tenía! Tengo cuarenta y tres años ya.

—¡Halaaaaaa! ¡Ésos son muchos, ama! —respondió el niño girando la cara hacia Alba para buscar su aprobación.

—Son unos cuantos, pero no tantos —contestó la madre—. Además, aunque no lo sepas, David, las abuelas

normales suelen ser mucho mayores y la tuya no sólo es joven, sino que aparenta como diez años menos.

—Gracias, hija... —rio Natalia.

—¿Y *pod* eso hueles *dado*, abu?

—reflexionó el niño en voz alta.

—¿Huelo raro? —repitió ella extrañada.

—¡David, eso no se dice! —le amonestó Alba—. En los hospitales todo huele así porque hay gente enfermita, toma medicinas y sale poco a la calle.

—*Pedo* huele a *fío*... —protestó el pequeño.

—¿A frío? —corearon madre e hija.

—El frío no tiene olor, cariño... —le explicó Alba—. El frío es sólo frío

y estamos en febrero. ¡Claro que hace frío!

—La abuela huele a frío —recalcó con toda la gravedad que un niño de tres años puede reunir.

—David... ¿De qué me has dicho antes que querías el helado? —intervino la madre con un guiño de ojos.

—De *cocholate*, *pedo* amatxu^[12] ... —replicó de nuevo David, aunque no consiguió finalizar la frase porque una marea inesperada acudió a su pequeña boca.

El niño vomitó sobre sí mismo, bañando su cuerpo y sus pies, y a la propia Natalia, que lo sostenía en su regazo.

—¡Me duele, me duele! —lloró el

niño.

Alba se levantó de un rápido movimiento, sacó pañuelos de papel del bolso y corrió a limpiarlo.

—¿Qué te duele, mi amor?

—El *fío*, el *fío* de la abu me duele. ¡*Mamos, mámonos* de aquí! — suplicó el crío entre espasmos, llantos y más vómito.

—Llévalo al médico, corre —le rogó Natalia—. No te preocupes. Ya me informas el próximo viernes de qué tiene. Hoy hemos batido un récord... Casi quince minutos con él. La próxima vez será mejor, mi vida.

—Mamá, te quiero. Eres la mejor —respondió Alba, saliendo de la puerta con David tiritando después de darle

dos sentidos besos de despedida.

—Te quiero, ¡corre! —se despidió Natalia con una sensación extraña en el cuerpo.

Ella también había llegado a sentir el frío rondándole la espalda, acariciándole la columna vertebral.

Viernes 16 de febrero, 2003

—¿Preparado para entrar? —quiso saber ella antes de bajar el picaporte.

—Sí, ama —afirmó David.

Alba empujó la puerta

suavemente y entró seguida por su hijo. Natalia estaba sentada en la mecedora con la vista perdida en los jardines. La joven se extrañó de que ésta no se levantara ni girara al sentirlos llegar.

—¿Mamá? —dijo en voz alta Alba—. ¿Mamá?

Se inquietó al ver que seguía impasible, sin reaccionar ante su llamada, y se acercó a ella con la angustia cosida a las tripas.

—Quédate ahí... —le susurró a David para que no avanzara—. ¿Mamá, estás bien? —preguntó tocándole el hombro.

Natalia dio un respingo asustado en su asiento y giró el rostro hacia ella.

—¡Oh, mi niña! ¡Estás aquí ya! —

exclamó la mujer con la mirada aturdida —. Creo que me he quedado traspuesta. ¿Vamos a comer ya?

—¿Qué dices de comer, mamá?

—Ohhhh, pero si estás aquí tú también... —dijo al ver a su nieto en mitad de la sala de visitas.

—Sí, claro. Como quedamos en todos sus cumpleaños... Anteayer hizo ya cuatro añitos, mamá —le recordó ella mientras estiraba el brazo hacia el niño y flexionaba los dedos de la mano para que se reuniera con ellas.

—¿Cuatro? ¿Cómo va a hacer cuatro años si tenía cuatro? ¡Serán cinco, despistada! —replicó Natalia.

—¡Vaya, mamá! ¿Me estás diciendo que no sé la edad de mi propio

hijo? —bromeó ella sentándose a su lado, con el niño de pie entre las dos.

—¿Tu hijo? ¡Válgame Dios, Alba! ¡Es tu hermana Sonia! ¿No la ves? Lo que no entiendo es por qué le has cortado así el pelo. ¡Qué chico la has dejado! —refunfuñó.

Natalia recibió aquellas palabras como un puñetazo en el tórax. Incómoda y preocupada, trató de salvar la situación:

—Mami... Es mi hijo David. Ahora tiene la misma edad de Sonia cuando desapareció y es cierto que son dos copias exactas, pero es mi hijo David, no Sonia. Lo ves todos los años por su cumple, ¿no lo recuerdas?

—No, la que no recuerdas eres tú,

hija... —le reprochó la otra mirando alternativamente a sus dos visitantes.

—¿Qué no recuerdo, mamá? —preguntó Alba sonriendo mientras acomodaba a su hijo sobre sus rodillas.

—Que una ventana es una puerta... —contestó Natalia con el ceño fruncido y entre susurros.

—¿Una puerta? —repitió su hija siguiéndole la corriente.

—Ventanas y puertas... —añadió en tono confidencial—. Son, ambas, entradas y salidas, puntos de acceso a este mundo (y al otro). No lo olvides nunca —recalcó asiéndole la muñeca derecha.

—¡Mamá, suéltame! ¡Me estás haciendo daño y asustando a mi hijo!

—¿Qué hijo ni qué niño muerto?
—dijo proféticamente—. Has cuidado fatal de tu hermana. ¿Por qué está tan delgada? ¿Eh, por qué? ¡Te la he dejado un rato para que juegues con ella y me la devuelves así, escuchimizada y sin sus mofletes!

—Mamá, nos vamos a ir. David se está asustando y, la verdad, yo también. Suéltame el brazo, mamá —le pidió en voz baja y suave para que el enfermero no se percatara de la situación y que su madre no acabara regresando a la planta de arriba.

—Lo que tú digas, cariñito —dijo Natalia, ajena a toda esa marabunta de sensaciones que aturdía a su hija—. Pero ponle un plato hondo en la mesa a

Sonia, que tiene que comer más. Y, luego, la bañamos, ¿quieres?

—No, mamá, no quiero bañar a David. Está limpio.

—Ama... —intervino el niño—. Me quiero ir a casa. Hace mucho frío aquí.

—Sí, mi amor. Ya nos vamos —le dijo con una caricia en la mejilla—. Y, tú, mamá... no sé qué te pasa hoy, pero prefiero que lo hablemos a solas tú y yo el próximo viernes...

—Claro, querida. Aquí estaré, te lo prometo. Siempre estaré aquí... Pero vigila tus puertas y ventanas —le advirtió agitando el dedo índice en el aire.

—Sí, mamá. Cuídate. Te veo en

una semana —replicó Alba con la tristeza asomando a sus ojos.

—No, cuídate tú. A mí sólo pueden tocarme a ratos, nada más... —dijo con la voz gris.

Alba sintió cómo su corazón se aceleraba al escuchar esas palabras y se quedó clavada en el umbral, incapaz de atravesarlo.

—Repíte eso, mamá... —susurró con los ojos cerrados.

—¡Nueve y diez! No abras la ventana, o haré lo que me dé la gana... —respondió Natalia entre lágrimas, sin rastro de la sonrisa que había adornado su cara hasta hacía unos segundos.

—Mamá, ¡no me asustes así! —suplicó la chica.

—Cuídate. Te estaré esperando...

—dijo por toda respuesta antes de arrastrar a ambos hasta la salida.

Después se dio media vuelta y recuperó su asiento, donde empezó a mecerse rítmicamente repitiendo una y otra vez las palabras de esa horrible cancioncilla:

—¡Nueve y diez! No abras la ventana, o haré lo que me dé la gana...
¡Nueve y diez! No abras la ventana, o haré lo que me dé la gana... ¡Nueve y diez! No abras la ventana, o haré lo que me dé la gana...

—Amatxu, ¿por qué repite la abuela todo el tiempo esa canción? —

preguntó David en el pasillo tirando de su abrigo.

Alba bajó los ojos hacia su pequeño y se obligó a mentir:

—No lo sé, mi amor. No lo sé...

Venga, ¡a por ese helado de chocolate cumpleañosero!

Viernes 13 de febrero, 2004

—¿Estás listo, cariño? —gritó Alba desde el despacho mientras echaba un último vistazo a su nuevo diario.

Releyó dos fragmentos específicos: el trágico, en el que narraba la muerte de Unai y de sus padres en un trágico accidente de coche y otro, más agradable, donde relataba lo feliz y realizada que sentía en su trabajo y que había empezado a salir con un hombre al que había conocido en el gimnasio que ambos frecuentaban. Sonrió al llegar a esa parte y recordar la cara de Mario, el hombre que le había devuelto la

curvatura a sus labios. Luego guardó el diario en el cajón del escritorio, le dio dos vueltas de llave y levantó la cabeza en dirección a la entrada.

—¿David? ¿Estás listo? — preguntó de nuevo.

—Más o menos. ¡Espera, mamá, que me he dejado el dibujo para la abuela en algún sitio y no lo encuentro! —contestó el niño a lo lejos.

Alba abandonó el escritorio, se dirigió al salón y se extrañó al no verlo por allí dibujando en el suelo entre una nube de folios y pinturas de colores. Entró en el dormitorio del chico, pero tampoco se hallaba allí. Iba a salir de la habitación cuando reparó en el dibujo que descansaba sobre la cama.

—¡Qué desastre de niño! — exclamó para sí riendo—. ¡David, el dibujo para la abuela lo tienes aquí sobre tu cama! —añadió en voz alta.

—¡Sí, ama! Dame un rato que estoy yendo al baño. ¡Me estoy haciendo cacotas! —respondió a su vez la voz infantil de éste mientras resonaban sus pasitos correteando por el pasillo.

Alba recogió el dibujo entornando los ojos y se encaminó hacia el salón con él entre las manos. Los pies se le congelaron a mitad de camino. Los sentía como estalagmitas clavadas al suelo, con el hielo ascendiendo a lo largo de sus piernas hasta congelarle todo el cuerpo. El folio se agitó en sus manos entre temblores y el horror lo

invadió todo cuando se fijó de verdad en el dibujo que había hecho David sobre la familia. Entre todos ellos, incluida la abuela, había escondida una niña pequeña de tirabuzones rubios que sostenía un osito de peluche entre sus brazos. Al fondo de la estampa, tras ellos, se veía una gran ventana desde la cual unos enormes ojos azules los observaban.

—¿Davidddddddd? —la pregunta se convirtió en un grito de pánico.

Corrió hacia el baño y aporreó la puerta.

—¡Ama, que así no me concentro! Dame diez minutos, por favor —protestó el niño desde el interior del cuarto de baño.

—¿Tú has...? —empezó a decir Alba, pero unos nudillos ahogaron sus palabras.

Sintió una ráfaga de viento gélido que le heló la sangre. Luego, un mordisco en la espalda y una caricia helada, como la de un témpano de hielo sobre la piel. Volvió la mirada hacia la puerta, insegura.

Toc, toc, toc.

Los nudillos volvieron a insistir sobre la madera. Sintió el pulso enloquecido en la sien, el vello erizándose como un gato alerta y a su corazón descontrolado. Debía relajarse o se desmayaría de un momento a otro.

Abrió la puerta con el miedo en los dedos y suspiró aliviada ante la

escena.

NO HABÍA NADIE.

—Todo está en tu cabeza, Alba, en tu cabeza. Cálmate —se dijo con una sonrisa nerviosa—. ¿Te queda mucho, cariño? —preguntó luego en voz alta.

—¡Jo, qué pesada, ama! ¡En un ratito salgo! —respondió David a lo lejos.

Alba volvió a centrarse en el dibujo y el chillido se le quedó atravesado en la garganta. Los ojos de Ángela ya no estaban tras el cristal, sino dentro. En..., en....

—¡Los ojos de Sonia! —gritó.

Cerró de golpe la puerta y reclinó su espalda sobre ella en un intento de mitigar su mareo. El cuerpo le dolía de

frío y terror. Trató de alejarse de la entrada, pero algo externo se lo impedía. El golpe de nudillos regresó.

Toc, toc, toc.

Toc, toc toc.

Toc, toc, TOC.

TOC, TOC TOC.

TOC.

Cada vez más fuerte e insistentemente.

Se giró con lentitud, con la cara contraída por el horror, y lloró al verse a sí misma (y en contra de su voluntad) abriendo la dichosa puerta exterior.

NADIE.

Rio desquiciada con los últimos restos de humor que le quedaban en el cuerpo hasta que éstos se le murieron en

los labios. Intentó cerrar la puerta y, entonces, descendió la vista.

La orina se deslizó, acusadora, por los muslos de Alba y el grito emergió en sus ojos al no encontrar otra escapatoria. Su garganta se había transformado en una bola de fuego en la que se bañaba su llanto.

Era ella. Era tan pequeña...

Sonia, su pequeña hermana desaparecida, estaba frente a ella con las mismas ropas y apariencia que la de aquella noche en que desapareció. Con su raído camión de flores, con sus cuatro años de edad y con su osito Nino en los brazos. Sí, era ella. Con sus pies desnudos, su melena rizada y rubia, y esos ojos azules penetrantes, perversos,

helados.

Alba buscó su voz, pero ésta se le había quemado. Tiritó congelada y Sonia respondió a la pregunta que su hermana no había conseguido formular:

—Sí, soy yo. Me llevé a Nino para jugar en mi cueva, pero echo de menos tener una hermanita... —le dijo con una voz que nunca le había pertenecido; una voz que comenzaba con un timbre infantil pero que terminaba en una sonoridad arcaica, grave y lúgubre.

La mujer negó con la cabeza. Eso era seguramente lo que le había pasado a mamá y ahora le estaba sucediendo a ella: se estaba volviendo loca.

Aquello no podía ser.

Probó a gritar de nuevo, pero sólo

consiguió que el sonido rebotara en su interior apuñalándola en cada golpe. Percibió el sabor de la sangre inundando sus sentidos. Volvió la cabeza y pensó aterrorizada en David, que ya estaría a punto de salir del servicio. Las lágrimas acudieron a sus ojos con el propósito estéril de consolarla.

—No puede salir, no te preocupes —le informó la niña muerta—. Tiene la puerta atrancada...

—..... —trató de hablar nuevamente.

—Hablarás cuando yo lo diga y siempre que yo te lo diga —puntualizó la hermana—. He venido a que cumplas tu palabra, tata. Siempre juntas, ¿recuerdas? ¿No es lo que me contabas

de pequeña cuando aún estaba viva? Ahora cumplirás aquella promesa y tu parte de la tradición familiar, tu legado. Quiero tener una hermanita de nuevo y jugar contigo en mi cueva.

—¡Noooooooooooooooooooo! —
consiguió pronunciar la boca sellada de Alba, escupiendo sangre junto a aquellos sonidos.

Sonia le regaló una sonrisa cruel y satisfecha sabiéndose ganadora de la partida. La puerta estaba abierta y ella la había cruzado para llevársela.

La hermana mayor se rebeló contra esa realidad, contra una mente confusa, un corazón desbocado y unas cuerdas vocales que se habían apagado como una cerilla en la lluvia.

—Dame tu mano, TATA —le ordenó la niña—. ¡Date prisa!

Alba negó con la cabeza, luchando con toda su alma por alejarse de ella, pero un golpe de aire helado le maltrató la espalda y le hizo caer hacia delante, donde Sonia la aguardaba entre risas de hiel y escarcha.

Sus frías manos de hielo y de garras la apresaron de las muñecas. Alba tiritó ante el contacto con su piel, perdida ya en esos ojos que eran profundos pozos de maldad, unos ojos de un azul claro e imposible que le estaban devorando el aliento y la fuerza. ¡Eran los ojos de la Muerte!

Los temblores se multiplicaron con violencia inusitada. Alba, incapaz

de hablar y de defenderse, sintió cómo le abandonaban la vida y los pensamientos.

«¿Qué me está ocurriendo?», pensó, pero hasta su mente tiritaba, inconexa.

No. No eran sólo sus ojos: ella era la Muerte, la Muerte que venía a reclamar su alma.

—¡Tú eres la Muert

.....

.....

Epílogo

Martes 14 de febrero, 2017

—¿David? —preguntó la madre Mercedes al joven que dibujaba concentrado sobre una mesa de dibujo.

—¿Sí, madre? —se volvió el muchacho esbozando una sonrisa radiante.

—¿Lo tienes todo recogido? —preguntó la religiosa acercándose cariñosamente hacia él.

—Sí, madre —repitió alzándose de la silla—. Pero me aterroriza y entristece dejaros y salir ahí fuera. He estado tanto tiempo aquí... —se sinceró el muchacho de ojos y corazón claros.

—¡Como me hagas llorar, te voy a castigar rezando tres veces al día el

Rosario, verás! —bromeó la religiosa mientras ocultaba la prueba delatora en forma de lágrimas que se habían comenzado a dibujar bajo sus ojos—. Nosotras también te vamos a echar de menos, nuestro pintor angelical, pero ya has cumplido los dieciocho... Y, mírate, estás hecho todo un hombre, un buen hombre, David. Estamos muy orgullosas de ti.

Los dos se dieron un sentido abrazo y ninguno ocultó las lágrimas en esa ocasión. Su pequeño David, que había llegado a ellas el día en que cumplía los cinco añitos, se les iba ahora, trece años después. No era justo.

La madre Mercedes carraspeó emocionada y volvió a sonreír.

—¿Qué sucede, madre? — preguntó suspicaz el muchacho.

—Tengo una sorpresa para ti —le anunció ella—. Bueno, en realidad, la sorpresa ha sido para todas nosotras. No esperábamos este milagro...

—¿De qué hablas? —preguntó él, muerto de la curiosidad.

—Ahora lo verás. Deja tu equipaje aquí y sígueme —dijo ella, encantada de poder mantener la expectación.

El muchacho la siguió a través de los corredores del centro de acogida para niños sin hogar. La madre Mercedes se detuvo frente a la puerta de su despacho y le regaló otra sonrisa antes de entrar.

—Adelante... —le invitó ella franqueándole la puerta.

David se adentró en el despacho, donde una atractiva mujer de cabellos largos y castaños deambulaba a uno y otro lado de la habitación. Ésta detuvo su caminar impaciente en cuanto notó su presencia y clavó sus enormes ojos verdes en el azul de él. Sus labios se curvaron exageradamente y David quedó prendado de aquella belleza que bien podría llevarle una década.

—¿Quién es? —preguntó confuso, buscando la mirada de su mentora para escapar de ese estado de hipnosis en el que le sumía la desconocida.

—Es tu abogada —dijo la monja mostrando las encías de tanto sonreír.

Él le dirigió una mirada interrogante pero la mujer se adelantó hacia ellos y tomó la iniciativa:

—Soy la señorita Peralta, tu abogada, Ángela Peralta. Vengo a hacerte entrega de tu herencia familiar, una casa ubicada en Santurce, con terreno y preparada para una pequeña granja.

—¿Una casa... mía? ¿Y no se trata del piso de Lejona de mi madre? —preguntó con desconcierto.

—Me temo que esa propiedad no nos consta ahora mismo... Firma aquí y, ahora, cuando salgamos, te ayudo a instalarte en la casa y te lo explico todo con más detalle, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —titubeó el

chico.

La madre Mercedes asintió con la cabeza para animarlo y el chico estampó su firma en los documentos ignorando que acababa de venderle su alma al diablo. O a la Muerte...

No muy lejos de ahí, en un sanatorio mental, una mujer de ojos verzuados profirió un alarido espantoso, que recorrió todo el sanatorio hasta alterar a todos sus habitantes, enfermos y enfermeros.

—¡Mi nieto, no! ¡Mi nieto, no, Ángelaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Él noooooooooooooo!

FIN

Sí, sí, ¡pero
espera, que aún
queda más! Dale la
vuelta a la página y
descubre el relato

en el que me basé
para escribir este
libro.

Relato original

—¡Mami! ¡Han venido! ¡Han vuelto a venir! —exclamó compungida mi hermana Patricia, tres años mayor que yo.

Mamá vino corriendo a nuestra habitación, con esa preocupación maternal típica reflejada en el rostro. Echó un rápido vistazo por toda la habitación... La ventana, como ocurría últimamente cada mañana, aparecía de nuevo abierta.

Mamá hizo una mueca de disgusto.

—Inés, ¿has visto u oído algo esta noche? ¿Has abierto tú la ventana? No me enfadaré, pero dímelo, que estoy muy

preocupada —me dijo con semblante serio.

—¡No, mamá! —exclamé entre aturdida y enfadada. No podía entender cómo mamá me podía acusar de abrir la ventana todas las noches. ¡A mí, una niña de seis años que no medía ni un palmo!

—¿Estás segura? —inquirió ella—. Si no has oído nada ni has abierto tú la ventana, dime quién lo ha hecho. ¿Ha sido Patricia?

—Mami... —protesté—. ¡No me he despertado en toda la noche!

—Está bien, cariño, perdóname. Quizá alguna de las dos es sonámbula y la abre dormida... —susurró mamá con la vista fija en la ventana.

Ella quería disimular su nerviosismo, pero a mí no podía engañarme. Tenía la misma expresión triste y desesperada de hace un año, cuando papá nos dijo que ya no nos quería y que se iba muy lejos con otra familia. Ahora esa expresión había vuelto a su cara desde hacía una semana, cuando empezaron a suceder fenómenos extraños en casa.

Para no preocuparnos, intentaba mantenernos al margen, pero yo era muy curiosa y no podía pasar por alto que mi hermana estaba cada día más pálida y débil. Ni que todas las mañanas decía, entre sollozos, que unas luces grises entraban por la ventaba y que “le metían frío en el cuerpo”. Por supuesto, también

sabía que la dichosa ventana aparecía cada día abierta, pese a que mamá se aseguraba concienzudamente de cerrarla.

El primer día que esto ocurrió, mamá apenas escuchó lo que Patty explicaba y creímos que se trataba de una pesadilla. Mamá quiso convencerla, inútilmente, de que era imposible que unos seres de luz abriesen la ventana — desde fuera— para asustar y “dar frío” a una niña tan buena.

Pero la escena se repitió al día siguiente, y al siguiente... Al cuarto día, mamá estaba atónita y desesperada, y Patty empezó a encontrarse mal: el color sonrosado abandonó sus pómulos, empezó a perder rápidamente mucho

peso, y eso que mi hermana siempre había sido una albondiguilla. Su piel era de una palidez espeluznante y sólo se la podía reconocer por su magnífico y largo cabello dorado.

Ya no jugaba conmigo. Dejó de ir al colegio y se pasaba todo el día en casa, durmiendo o mirando la ventana de un modo obsesivo, pues decía que debía vigilar. Aunque, más a menudo de lo que ella pretendía, el Señor Sueño protestaba por usurparle su Reino del Silencio y, haciendo de las suyas, sumía a Patricia en un profundo letargo.

Mamá comenzó a tomar unas pastillas que, según ella, le aliviaban el dolor de cabeza. Aunque más tarde averigüé que se trataba de ansiolíticos.

Ella tampoco dormía ni comía bien y sobre mí cayó la pesada carga de fingir que no me enteraba de nada. No quería que se tuviera que preocupar también por mí.

—Cariño, voy a la calle a llamar al médico —dijo mamá, mordiéndose el labio (por entonces, no existían los móviles, ni Internet y teníamos que ir a una cabina de teléfonos, ya que nosotras no nos lo podíamos permitir)—. ¿Verdad que te vas a portar bien y que vas a cuidar de la tata?

—Claro, mamá... ¿qué le pasa a Patty?

—No te preocupes, que ya verás cómo se pone buena en cuanto el médico la trate.

—Ya lo sé, mami. Vete tranquila, que la voy a cuidar genial.

Se calzó los zapatos de los domingos y cogió el bolso de ante negro que papá le había regalado por su cumpleaños, sólo unos meses antes de dejarnos solas. Lo miró con una mueca de dolor y desapareció apresuradamente por la puerta.

Yo suspiré y me dirigí a nuestro dormitorio para intentar animar a mi hermana. Patty estaba sentada en la cama, de frente a la ventana, de modo que yo sólo podía verla de espaldas desde la puerta. Llevaba el camisón de flores de los últimos días, pues se negaba a ducharse o cambiarse de ropa, y éste casi había llegado a formar una

nueva capa de su piel. Su osito de peluche, al que llamaba Nino y con el que jugaba siempre, yacía tirado bajo su cama, olvidado por completo. Sólo se veía un bracito del peluche, como implorando ayuda para escapar de su oscura celda.

Me agaché y lo recogí con cariño. Los ojos del peluche tenían una expresión tan real, tan triste... ¿Cómo podía estar tan frío? Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¡Patty! —dije en un susurro para no sobresaltarla—. Nino se siente solo, creo.

Mi hermana se dio la vuelta y me atravesó un segundo escalofrío. No era ella, no eran sus ojos... Su cara,

demacrada y pálida como la muerta, no era nada comparado con esa mirada diabólica y aterradora.

—¿Qué quieres, Inés? —me preguntó débilmente. Pero incluso su voz era distinta, más adulta.

Tenía tanto miedo que rompí a llorar. Mamá entró justamente en ese momento y me abrazó con fuerza, como si fuera nuestro último abrazo.

—¡Mami! —exclamé—. ¡No es Patty!

—Inés, la tata está malita y no se encuentra bien para jugar contigo. ¿Te acuerdas de cuando tuvo la varicela? Pues esto es igual, pequeña. Lllaman al timbre. Verás cómo el médico la cura.

El doctor estuvo examinando a mi

ya cadavérica hermana durante un buen rato. Cuando se acercó a nosotras, su rostro reflejaba preocupación. Mi madre me indicó que saliera para poder hablar con el doctor. No obstante, me quedé en el quicio de la puerta para poder escuchar la conversación y porque, debía confesarlo, me daba miedo quedarme a solas con mi hermana.

Por más pruebas que el doctor y otros médicos le hicieron, nada malo o anómalo encontraron en Patty. Y cuando mamá les contó la historia de la misteriosa ventana, comenzaron a pensar en algún tipo de desorden mental. Mi hermana empeoraba a pasos agigantados pese a los diversos medicamentos que los doctores le recetaban.

Mi madre estaba cada día más histérica e irritable, y la tozuda ventana se empeñaba en reaparecer abierta día tras día. Yo estaba tan asustada que me negué a dormir ahí y empecé a dormir con mamá.

Una mañana, doce días después de la primera vez que la ventana había aparecido abierta, me despertaron unos horribles chillidos histéricos. Salté de la cama y fui corriendo a la otra habitación. Mamá lloraba y chillaba a partes iguales y la cama de Patty estaba ocupada tan solo por Nino.

—Patricia no está. La he buscado y no está. Jamás se habría ido de casa, y menos estando enferma y sin su osito — dijo mamá ahogada entre sollozos.

Por inercia, desvié la mirada hacia la ventana: volvía a estar abierta.

Mamá y yo la buscamos, sin éxito, por todo el barrio, y nada. Los vecinos y el doctor y sus colegas colaboraron al principio en la búsqueda de mi hermana, pero, después de dos semanas fijando carteles, peinando la zona, usando los medios de comunicación, acabaron por cansarse de ayudarnos y prefirieron creer que Patty estaba muerta. Con el tiempo, la gente se olvidó de nosotras y de ella, pues nunca apareció su cuerpo.

Mamá se encerró en sí misma y terminó enloqueciendo. Se empeñaba en creer que Patty seguía con nosotras y todos los días ponía tres platos en la mesa.

—Inés, ponle un plato de los grandes a tu hermana —me decía con la mirada perdida—. Tiene que comer más. Últimamente come muy poco y está muy delgada.

Hablaba sola continuamente y por las noches nos preparaba la ropa del día siguiente junto a las camas, como si ella siguiera allí. Me besaba tímidamente en la frente y luego se acercaba a la solitaria cama de Patty (pues Nino había desaparecido misteriosamente) para besar la almohada.

Acababa de cumplir los siete años cuando una señora vino a casa a hacer un montón de preguntas a mamá sobre nuestra vida, sobre Patty, sobre mí y sobre la ventana (la cual jamás volvió

a aparecer abierta desde el día en que mi hermana desapareció). Al final se dirigió a mí y me dijo las palabras más terribles que le podían decir a una niña:

—Tu mamá no puede cuidar de ti. Tiene que irse a un sitio en el que hay enfermitos como ella, para poder curarla. Tú vas a vivir en un lugar precioso y tendrás muchos amigos nuevos con los que jugar.

Mis ojos se nublaron y me agarré a mi madre con desesperación. Pero, por mucho que luché y pataleé, la señora consiguió separarme y me arrastró con ella mientras veía desaparecer a mi madre. Nunca más volví a ser una niña.

Así fue cómo mamá ingresó en un psiquiátrico y yo fui a parar a un centro

de acogida de menores hasta que cumplí la mayoría de edad. Al poco de salir de allí y encontrar un trabajo que me permitiera sobrevivir, conocí a un buen chico que era la viva imagen de papá y, tras un año de noviazgo, me casé con él. Este buen chico me dejó por otra mujer, con mi hijo David. La viva imagen de papá....

David y yo íbamos todos los viernes al psiquiátrico a visitar a mi madre, que jamás volvió a ser la misma. Mi hijo odiaba esas visitas a su abuela, en parte porque ella jamás le llamaba por su nombre y le confundía con mi hermana Patricia.

—Patricia, tienes que comer más. ¡con lo gordita que estabas antes! —le

decía cogiéndole del brazo.

Al final siempre nos íbamos de allí antes de cumplir la hora de visita, con David pidiéndome a moco tendido que nos fuéramos.

Fue uno de esos viernes, poco antes de salir hacia el sanatorio mental, cuando volví a sentir una ráfaga de viento gélido que me heló la sangre. Unos nudillos golpearon la puerta de casa y, con el miedo en el corazón, abrí la puerta. NO HABÍA NADIE.

La cerré de golpe y el golpe de nudillos en mi puerta volvió, cada vez más fuerte e insistentemente. La abrí de nuevo: NADIE.

Entonces bajé la mirada. ¡Dios, creí que iba a morir en ese instante! Era

ella; era tan pequeña...

Patty, mi hermanita, estaba ahí mirándome, con su raído camión de flores, con sus nueve años (¡con sus nueve años!), y con su osito Nino en los brazos. Sí, era ella, con sus pies desnudos, su melena rizada y rubia, y con esos ojos penetrantes, perversos, helados.

No podía hablar. Esto era seguramente lo que le había pasado a mamá y ahora me pasaba a mí: me estaba volviendo loca. No podía ser.

—Inés —dijo una voz que no le pertenecía—, no tengas miedo. He venido a aliviar tus sufrimientos.

Luché contra esas palabras, contra mi mente, mi corazón y mis

cuerdas vocales para poder responder, pero mi voz se había apagado como una cerilla en la lluvia.

—¡Patty! Pero tú... tú... —acerté a responder al final—. ¡Sigues siendo una niña de nueve años, aunque han pasado 26 años desde entonces! ¿Cómo? No entiendo...

—Eso no importa. Dame la mano —me ordenó—. ¡Date prisa!

Quise negarme, pero algo extraño me empujó hacia ella. Sus frías manos me apresaron y pude sentir el tacto de su piel mientras sus ojos, en los que anidaba una profunda maldad, me dejaban sin fuerza ni aliento.

¡Eran los ojos de la muerte! No podía dejar de tiritar y sentía cómo me

abandonaban la vida y los pensamientos.
¿Qué me estaba ocurriendo? No eran sólo sus ojos: ella era la Muerte, la Muerte que venía a reclamar mi alma.

Ella era la Mu.....

.....

¿Te ha gustado la novela? ¡Pues espera, no te vayas aún! Tengo cosas que contarte... Ven, ven...

¿A que jamás te han pedido que dejes “opi” en Amazon? ¿Puedo ser la prime, puedo, puedo? Pues eso... ¡Comparte con el mundo mundial tu opinión sobre la novela! Me ayudarás mucho más de lo que piensas si compartes tus sensaciones y opiniones al leerme. Sea en Amazon, en Goodreads, o en tus redes sociales o incluso en el tablón de anuncios del Mercadona.

Por cada opinión que dejéis, alguien, en algún lugar del mundo, adoptará un gatito. Si con eso no os animáis ya, yo

no sé...

Va... ¿Me ayudas a que más gente se anime a leerme y a conocerme?

Y si, a estas alturas, te has enamorado irremediablemente de mi pluma, mi deber es ayudarte a que encuentres mi obra fácilmente, jijiji. Así que ahí va:

**SAGA
MALDITOS”
gótica)**

**“SERES
(novela**

Actualmente, están publicadas las tres primeras entregas. Y, para cuando estés

leyendo esto, la cuarta estará ya en proceso, o incluso terminada. Pero, aviso: serán un total de 5 o 6 entregas. ¡Más diversión!, ¿no? ¡Bieeeeeen!

Sinopsis:

Dos niños con cualidades mágicas se conocen en un orfanato. Desde el inicio, ambos reconocen en el otro sus facultades, además de un espectacular parecido físico. ¿Qué misterios encierra esa fuerte conexión que sienten? ¿Qué sucede en el futuro para que ambos busquen la muerte del otro? ¿Quién matará a quién?

A su vez, una serie de seres sobrenaturales poblará su existencia y se mezclarán con ellos en un sinfín de

aventuras llenas de contrastes: violencia y ternura, misterio y dolor, terror y humor, erotismo y amor.

Prepárate para sumergirte en un mundo de fantasía oscura que te hará emocionarte, horrorizarte y sorprenderte. **SENTIRÁS, EN MAYÚSCULAS.**

“LA CONDESA MUERTA” (thriller sobrenatural)

Sinopsis:

Una mujer de época casada con un conde sanguinario. Un extraño asesinato en un hotel de Nápoles, que dará comienzo a una espiral de misteriosos asesinatos. Dos tramas, aparentemente inconexas, que se revelarán como una sola.

Misterio, sorpresa y ficción sobrenatural se unirán en esta trepidante novela negra que te cautivará.

Apuntes de la autora: Esta novela es un homenaje a clásicos como Poe, Christie, Lovecraft y muchos otros. Una novela negra fusionada con lo gótico y sobrenatural, salpicada de humor y guiños a la actualidad. Crimen,

misterio y horror se mezclan aquí en una historia que te mantendrá constantemente en vilo.

Hazte con ellas en Amazon en los siguientes enlaces:

Seres malditos. El origen (Libro 1):
[rx.me/VG4Z26](https://www.amazon.es/dp/B084Z26V4Z)

Seres malditos. La conversión (Libro 2):
[rx.me/VFWF1K](https://www.amazon.es/dp/B084Z26V4Z)

Seres malditos. Metamorfosis (Libro 3): rx.me/4TB2PQ

La condesa muerta: rx.me/47TF4O

Manual práctico de comunicación escrita: rx.me/2AIGC4

PRIMICIA:

Si todo va bien, en Navidades de 2017 saldrá la cuarta entrega de la saga, que llevará por título: *Seres malditos. Venganza (Libro 4)*.

Mis proyectos para el próximo año 2018 son: escribir *Seres malditos 5* (sin título por ahora), una colección de relatos de miedo, un *spin off* de *Los ojos de la muerte*, una nueva novela de misterio paranormal y *Seres malditos 6* (que será, posiblemente, el final de la saga).

Sobre la autora

Eba Martín Muñoz nació en Barakaldo (Vizcaya), aunque en la actualidad reside en Ciempozuelos (Madrid). Licenciada en Filología Hispánica, ha trabajado como profesora de Español para extranjeros dentro y fuera de España, como profesora de Italiano e Inglés para empresas, y como diseñadora de cursos.

Fijada su residencia en Madrid, los diez últimos años los ha dedicado a su actividad docente como profesora de Lengua y Literatura castellana, Inglés y Latín en Secundaria y Bachillerato,

compaginándolo con la creación literaria y la corrección de textos.

Tras su éxito en las dos últimas facetas, la autora decidió dejar las aulas hace un año y dedicarse a tiempo completo a la corrección profesional de novelas y a la creación de las suyas.

Además de las tres primeras entregas de la saga *Seres malditos*, de *La condesa muerta* y *Los ojos de la muerte*, ha publicado un libro especializado titulado *Manual práctico de comunicación escrita*. Actualmente, está trabajando en la cuarta parte de la saga y en un libro de relatos de misterio orientado a la práctica escolar, con propuestas de ejercicios sobre estos.

Para contactar con la autora,
pedirle un libro dedicado a casa o
seguir su avance en sus novelas, puedes
hacerlo a través de su twitter:
@ebamiren o entrar en sus páginas

<https://www.facebook.com/EbaMartinM1>

y

<https://www.facebook.com/Seresmaldito>

Este libro se terminó de imprimir en julio de 2017.



[1] En el País Vasco, se llama así al juego consistente en apresar a los demás jugadores tocándoles con la mano mientras se grita “Te pillé”. Te librabas de ser apresado si lograbas subirte a cualquier superficie que te elevara del suelo.

[2] Nombre femenino de origen griego cuyo significado es “Mensajera” (de Dios).

[3] Aunque el término “guateque” engloba cualquier acto social con música y alcohol, durante las décadas de los 70 y 80 en el País Vasco, se llamaba así también a cualquier local para bailar y socializar; lo que en la actualidad se llaman “pubs” o “discotecas”.

[4] Tradicionalmente, una de las zonas más ricas y burguesas de Vizcaya.

[5] «Padre» en euskera (lengua vasca).

[6] «Madre», en la misma lengua.

[7] Nombre coloquial que se le daba antiguamente al Jardín de Infancia, o

Preescolar.

[8] Campamentos de verano infantiles

[9] Antiguos establecimientos en España en el que se vendían productos baratos desde cien pesetas y que, con la llegada del euro y los cambios sociales, fueron sustituidos por los “Chinos”, tiendas regentadas por gente de nacionalidad china en la que se vende de todo y muy económico.

[10] Zuri, zuria: en euskera, blanco o blanca.

[11] -txu es un sufijo diminutivo- apreciativo en las zonas vascoparlantes, que vendría a equivaler a “Davicito”.

[12] Mamá, mami, en euskera. “Ama” es madre y mamá también.